# ENTRE ESTE Y OESTE

## Un viaje por las fronteras de Europa

ANNE APPLEBAUM

Ganadora del Premio Pulitzer

DEBATE

# Entre Este y Oeste

## Un viaje por las fronteras de Europa

ANNE APPLEBAUM

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

DEBATE

*A Radek*

SUECIA
DINAMARCA
Mar Báltico
LITUANIA
Klaipėda
Río Nieman
Kaliningrado
(Königsberg)
Perloja
Gdansk
(Danzig)
DISTRITO DE KALININGRADO
República rusa
(Prusia Oriental)
Berlín
POLONIA
Varsovia
Kobrin
Brest
ALEMANIA
Praga
Lviv
(Lwów)
Drohóbych
CHECOSLOVAQUIA
Cárpatos
Uzhgorod
Mukáchevo
RUTENIA
Viena
AUSTRIA
Budapest
HUNGRÍA
RUMANÍA
ITALIA
ESLOVENIA
CROACIA
SERBIA

ESTONIA
LETONIA
RUSIA
N
Moscú
Río Dniéper
Frontera soviética antes de 1939
Frontera alemana antes de 1935
Paberže
Vilna/Vilnius (Wilno)
Bieniakonie
Minsk
Nowogródek
BIELORRUSIA
0 50 100 150 200 millas
0 100 200 300 kilómetros
Kiev
Woroniaki
Chernivtsí (Czernowitz)
UCRANIA
GALITZIA
Kamenets-Podolski
Río Dniéster
Transnistria
BUCOVINA
BESARABIA
MOLDAVIA
Cárpatos
Tiráspol
Chisinau (Kishinev)
Odesa
CRIMEA
Mar Negro

# Introducción a la edición de 2023

*Entre Este y Oeste* se publicó por primera vez en 1994, y muy pronto empezó a parecer desfasado. El libro describe un viaje que hice desde Kaliningrado hasta Odesa —del Báltico al mar Negro a través de las tierras fronterizas de Europa— en el otoño de 1991, con algunas escenas añadidas de otros viajes realizados en 1992. Muy poco tiempo después, los lugares que había visitado se sumieron en una época de cambios convulsos que afectarían profundamente a todas las personas que había conocido.

Las repúblicas de Lituania, Bielorrusia, Ucrania y Moldavia, que durante mi viaje todavía formaban parte de la Unión Soviética, se convirtieron en estados independientes. Las antiguas instituciones —el Partido Comunista, las granjas colectivas— desaparecieron o se transformaron hasta quedar irreconocibles. Surgieron nuevos políticos que sustituyeron a los viejos y que, a su vez, también serían reemplazados. Y lo que es más importante aún: el extraño estado de animación suspendida que descubrí a principios de la década de 1990 —la sensación de que el imperio soviético había desaparecido, pero nada había llegado todavía a reemplazarlo— se vio bruscamente revertido por la llegada de la cultura global, la encarnizada lucha política y la revolucionaria agitación económica. Los tortuosos debates en torno a la historia y la identidad que tan importantes parecían en 1991 o 1992 también empezaron a descubrirse irrelevantes en la medida en que los nuevos estados de la región emprendían trayectorias muy distintas.

Sin embargo, por más que mis descripciones de Lviv o Úzhgorod no resultaran de mucha utilidad para los analistas que intentaban comprender la situación de la región cinco años después, ahora, cuando han transcurrido más de treinta, han adquirido un nuevo tipo de relevancia, no en el ámbito del periodismo sino en el de la historia. Yo misma me he dado cuenta tardíamente de que en este momento leer *Entre Este y Oeste* es reencontrarse con un mundo que ya no existe.

Actualmente la aislada aldea de Bieniakonie, donde conocí a un hombre que hablaba en verso, tiene su propio sitio web; pero cuando me presenté por allí en 1991, la gente se detenía en la calle para mirarme. En Chernovtsi conocí a una pareja de profesores de inglés de la universidad que no había visto nunca antes a ningún ciudadano estadounidense. Cuando estuve en Lviv no tenía forma de llamar a mi familia: en efecto, no había teléfonos móviles, y las líneas fijas apenas funcionaban. Cuando viajé en coche por los Cárpatos en compañía de un par de húngaros gruñones, no vimos un solo restaurante, una sola tienda ni un solo hotel. Aunque no nos encontrábamos lejos de la frontera, no teníamos la sensación de estar cerca de «Europa», ni de que «Occidente» fuera algo más que un constructo mitológico. Aquel aislamiento, y la consiguiente desolación, eran el resultado de décadas de guerra, limpieza étnica y gobierno totalitario.

Treinta años después, el aislamiento se ha disipado. Sin embargo, pese a haber experimentado un proceso de transición que ha triunfado en algunos lugares y fracasado casi por completo en otros, el impacto de aquellas múltiples tragedias todavía puede sentirse en todo el territorio. Resultó que no era posible empezar de cero en 1991. La historia no se desvaneció sin más. Muchos habitantes de la región se quedaron perplejos ante la desintegración de la Unión Soviética, y, lejos de sentirse revitalizados por el fin del comunismo, lo que vino después los

confundió y enfureció. No sentían el menor apego por los nuevos estados en los que de repente les había tocado vivir ni la menor responsabilidad hacia sus nuevos gobiernos. Desde luego, no sentían ninguna conexión especial con sus nuevos conciudadanos, y en ello se parecían a la mayoría de los habitantes de muchas de las demás repúblicas postsoviéticas. Los rusos no mostraban lealtad alguna hacia su «nuevo» país ni hacia sus nuevos compatriotas. De hecho, muchos de ellos albergaron un profundo resentimiento y enfado hacia el «imperio perdido».

Pero sin lealtad y sin un sentimiento nacional, fue difícil al principio que la democracia funcionara, por no hablar del Estado de derecho. Las personas que finalmente llegaron a liderar la Ucrania independiente en los primeros momentos fueron incapaces de consolidar las instituciones del país; al contrario, se dedicaron a consolidar sus propias fortunas. Pude observar los inicios de ese proceso en Lviv, donde conocí a una mujer canadiense, ucraniana emigrada, que intentó renovar un hotel pero fracasó debido a que su socio ucraniano la estafó. Su historia, que se describe en este libro, parece ahora un presagio de lo que estaba por venir.

A escala nacional, toda una sucesión de líderes —que culminarían en el presidente Víktor Yanukóvich— saquearon el Estado ucraniano, desmantelaron el ejército, eviscerar on la burocracia y destruyeron tanto el sector público como el privado mientras acrecentaban su propia riqueza personal. Pero tras la invasión rusa de 2014 la sociedad civil ucraniana por fin se movilizó, lo que resultó en dos líderes sucesivos dedicados a la causa de la soberanía ucraniana, Petró Poroshenko y Volodímir Zelenski. Como ya saben los lectores, la feroz y patriótica defensa de los valores liberales de Zelenski hizo que su país se uniera para resistir la invasión rusa de 2022, e inspiró al resto del mundo para que colaborase en el conflicto.

Ucrania ha completado así una extraordinaria transformación, y se ha convertido en un país muy diferente al que era en 1991.

En Bielorrusia, los intelectuales nacionalistas que conocí en Minsk resultaron ser una pequeña minoría. Nunca tuvieron el apoyo para transformar su país en una democracia moderna, y ni siquiera para darle la confianza necesaria para llevar a cabo sus propias políticas. En su lugar, Aleksandr Lukashenko, un fascista a la antigua usanza, asumió el mando de los servicios de seguridad, la única rama operativa del Estado, y estableció una nueva dictadura que responde ante Moscú. Un naciente movimiento civil desafió a Lukashenko en 2020, pero este lo aplastó con una extraordinaria brutalidad: arrestos masivos, torturas y asesinatos. En Moldavia, quienes querían acercar el país a Europa se sintieron frustrados por el conflicto constante en la provincia secesionista de Transnistria —un lugar extraño en 1991, como tuve ocasión de descubrir, y aún más extraño en la actualidad—, que todavía hoy sigue siendo una zona caracterizada por la anarquía y el tráfico de armas. Allí la política sigue estando marcada por una profunda división entre las fuerzas prorrusas, apoyadas por el Estado ruso, y un movimiento prooccidental a favor de la democracia cuyo fin es unirse a la Unión Europea.

De los estados que describí en su momento, solo de Lituania puede decirse que ha logrado alcanzar cierto grado de estabilidad. Gracias al tremendo impulso en favor de la independencia, y gracias a los recuerdos de un pasado precomunista que no se había extinguido del todo, Lituania, junto con los otros dos países bálticos, se esforzó en cumplir los criterios requeridos para entrar en la Unión Europea y en la OTAN. En 2022, Lituania se alzó como una de las voces más audibles en Europa contra la autocracia rusa y bielorrusa.

No cabe duda de que la región ha cambiado en las dos últimas décadas; yo también. Por extraño que pueda parecer,

tal vez hoy no tendría la presunción de escribir el relato de un viaje en primera persona, y ni siquiera estoy segura de que siga gustándome el género. Si volviera a escribir este libro, probablemente sería más prudente a la hora de emitir juicios, y, desde luego, me mantendría fuera de la narración. De hecho, cuando lo releo, siento la constante necesidad de hacer enmiendas y correcciones, y verificar los datos, aunque sé que ya no es posible: mis cuadernos de viaje hace tiempo que desaparecieron en una serie de mudanzas transatlánticas y transeuropeas.

Y quizá sea mejor así. Porque, si aún cabe atribuir un valor a este libro, es como registro documental de una experiencia que no puede repetirse. Las vidas de todos aquellos a los que conocí en este viaje hubieran sido completamente diferentes en los últimos treinta años. Ahora tal vez tienen más mundo, andan más atareadas, quizá incluso se sientan más seguras de sí mismas y tal vez se muestren más escépticas que cuando las conocí. Ya no me tratarían como a una emisaria de otro mundo, y yo ya no las percibiría —como me ocurrió entonces— como exóticas y extrañas. Pero así es como era yo en 1991, y así es como eran ellas. Dejo, pues, que el lector disfrute del libro tal como se escribió.

# Introducción

Durante un milenio, la geografía de las tierras fronterizas de Europa ha determinado su destino.

Las tierras fronterizas a las que me refiero se hallan en una planicie, aprisionadas entre las civilizaciones de Europa, y también de Asia. Al este de Polonia, al oeste de Rusia, la ausencia de montañas, mares, desiertos y cañones siempre ha hecho que estos territorios sean fáciles de conquistar. Hace cinco siglos, un ejército de hombres a caballo podía marchar desde un castillo a orillas del Báltico hasta un fuerte en la costa del mar Negro sin encontrar un solo obstáculo físico mayor que un río de aguas bravas o un extenso bosque. Aún hoy, un espía que fuera en dirección este de Varsovia a Kiev no se toparía con ningún accidente natural que obstaculizara su paso. Las distancias son grandes, pero aquí siempre ha sido más fácil transmitir mensajes al rey, al kan, al gran duque o al zar que en las zonas más montañosas de Europa, pues hay muy pocas cosas que se interpongan en el camino del mensajero.

Históricamente, esta falta de accidentes geográficos de las tierras fronterizas ha atraído a todo tipo de invasores, y los más conocidos —y también los más amenazadores— siempre han venido del este. Mucho tiempo después de la invasión mongola del siglo XIII, el nombre de la Horda de Oro seguía pronunciándose en un susurro, y también ha persistido la fama de los turcos, que atacaron una y otra vez desde el siglo XVI hasta el XVIII. Pero los invasores más destructivos llegaron del norte: los voraces suecos, que arrasaron por completo la región en el Gran Diluvio de 1655, y los moscovitas, que iniciaron sus

incursiones en las tierras fronterizas más o menos en la misma época. En cambio, los invasores más imprevistos vinieron del sur, donde en el siglo XVI los príncipes moldavos se alzaron para reclamar más territorio y en el XVII se rebelaron los cosacos, dejando a su paso aldeas reducidas a cenizas. Finalmente, los que lograron mantener durante más tiempo su dominio vinieron siempre del oeste. A partir del siglo XII los polacos y lituanos administraron vastas regiones de estas tierras, mientras los Caballeros Teutónicos controlaban el rincón septentrional del Báltico, reinando durante tanto tiempo que sus descendientes, los alemanes, llegaron a creer que Prusia Oriental les pertenecería a perpetuidad.

Las invasiones se sucedieron unas a otras, dejando siempre un rastro tras de sí: ideas sobre arquitectura, literatura y religión; palabras y modismos; niños de ojos negros o niñas de pelo rubio. Los nombres paganos lituanos de los ríos y bosques se mantuvieron, así como la afición a las alfombras turcas y las herramientas alemanas. A veces se produjeron cambios de mayor calado. A finales del siglo XVIII, muchos de los nobles lituanos, bielorrusos y ucranianos habían abandonado sus antiguas lenguas en favor del polaco. En el XIII los Caballeros Teutónicos llevaron a cabo el que sería el primer holocausto de la región, destruyendo a la población autóctona de Prusia y sustituyéndola por alemanes.

Pero la mayoría de las veces, ni las polonizaciones, prusificaciones o rusificaciones, ni los esfuerzos para ganar conversos católicos, ni las cruzadas para construir iglesias ortodoxas, ni los planes para reconvertir las iglesias en mezquitas... nada de ello sirvió para unificar la región. Las tierras fronterizas simplemente eran demasiado extensas y despobladas, por lo que resultaba demasiado difícil para cualquier nación invasora mantener un dominio permanente. De modo que, en lugar de uniformidad, las sucesivas oleadas de

invasiones crearon extraños híbridos, como la catedral con minarete de Kamenets-Podolski o la ciudad de Trakai, donde antaño cinco religiones distintas (católica, ortodoxa, judía, musulmana y caraíta) instalaron sus centros de culto en torno a un mismo lago. Durante la mayor parte de la historia de las tierras fronterizas, los pueblos que las habitaron —los campesinos y leñadores, e incluso la nobleza— siguieron siendo diversos. Las leyendas locales variaban de una ciudad a otra, y de una aldea a otra la gente cantaba diferentes canciones populares con melodías distintas.

Dada la incapacidad de los invasores de imponer un conjunto de normas uniformes, incluso podría decirse que hasta hace poco en las tierras fronterizas no había naciones, o al menos no había estados nación en el sentido que hoy damos a este término. Estaban la nobleza y los invasores —los polacos, rusos, alemanes, tártaros y turcos—, que a veces intercambiaban su papel, derrotándose unos a otros, solo para ser derrotados a su vez. Estaban los campesinos: los estonios y livonios, que hablaban lenguas bálticas; los mazurios y casubios, que tenían lenguas bálticas propias; los numerosos descendientes de las tribus eslavas —volinios, podolios, polesios, galicianos, braclavianos… hoy conocidos como ucranianos o bielorrusos—, que tenían palabras similares para nombrar al sol, el cielo y la tierra, pero llamaban *chai* al té si vivían en la parte oriental de la región y *herbata* si vivían en la zona occidental. En los pueblos y ciudades había judíos, más que en ninguna otra parte del mundo: comerciantes y sastres judíos, judíos pobres y ricos, judíos cuyos dialectos yidis y costumbres religiosas diferían de una región a otra tanto como los de sus vecinos eslavos. Dispersos entre todos aquellos pueblos también había otros: colonias de armenios, griegos y húngaros, tártaros y caraítas, descendientes de prisioneros de guerra, comerciantes, herejes o criminales. Durante mil años,

los pueblos de las tierras fronterizas hablaron sus propios dialectos y adoraron a sus propios dioses, mientras llegaban oleadas de invasores, se mezclaban con ellos, retrocedían y luego regresaban.

Con el siglo XIX se atisbaron los primeros indicios de cambio. Las nuevas ideas sobre las naciones y la nacionalidad empezaron a filtrarse hacia el este, primero desde la Francia napoleónica y luego desde la recién unificada Alemania, erosionando las tradiciones más antiguas y haciendo que incluso aquellos que no eran nobles se identificaran con categorías nacionales. Si en el siglo XVIII se le hubiera preguntado por su nacionalidad a un campesino de las tierras fronterizas, probablemente habría respondido «católica» u «ortodoxa», o tal vez habría empleado simplemente la palabra polaca *tutejszy*, que podría traducirse como «uno de los habitantes de aquí». Pero en el siglo XIX los hijos de los *tutejszy*, independientemente del dialecto que hablaran, empezaron a trasladarse a las ciudades, donde se convirtieron en polacos, rusos, alemanes, lituanos, ucranianos o bielorrusos. El número de *tutejszy*, de personas sin una nación, empezó a disminuir gradualmente.

Este proceso podría haberse prolongado durante bastante tiempo de no haber sido por el inesperado colapso de tres imperios fronterizos —la Rusia zarista, Austria-Hungría y Prusia— al final de la Primera Guerra Mundial. En el vacío que dejaron, proclamaron su independencia un puñado de nuevos estados, junto con un grupo de estados más antiguos que durante mucho tiempo habían sido gobernados por otros: Checoslovaquia y Yugoslavia, Hungría y Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y la Rusia soviética. Ninguno de aquellos países tenía unas fronteras establecidas, y todos reclamaban territorios de sus vecinos. «La guerra de los gigantes ha terminado —escribió Churchill—. Comienza la guerra de los

pigmeos».

En la conferencia de paz que siguió, las naciones consolidadas de Occidente se adjudicaron la tarea de ayudar a redibujar las fronteras de la región según lo que en aquel momento se consideraban principios racionales: los pueblos con la suficiente conciencia nacional habían de ser reconocidos; los que no la tenían debían incorporarse a otros. Se elaboraron normas, se celebraron plebiscitos, y se hicieron excepciones por razones históricas o por mera conveniencia.

Pero en última instancia los límites de las tierras fronterizas se trazaron por la fuerza. Durante los cinco años que duró la guerra civil rusa, lucharon por la posesión de Ucrania nada menos que once ejércitos, desde las fuerzas de la República Ucraniana independiente hasta los rusos blancos, pasando por los bolcheviques y los polacos. En la guerra de 1919-1920 entre la recién independizada Polonia y la recién creada Rusia soviética, un millón de hombres marcharon de un lado a otro a lo largo de más de mil quinientos kilómetros de territorio, y en la batalla final —el último gran combate de caballería de la historia europea— se enfrentaron un total de veinte mil jinetes armados con centelleantes sables.

Las fronteras que surgieron de aquellas batallas y negociaciones apenas satisfacían a nadie. A los alemanes les disgustaba la franja de Polonia que se interponía entre Prusia Oriental y el territorio alemán propiamente dicho, mientras que los lituanos estaban furiosos porque los polacos habían reclamado Vilna (Wilno para estos últimos; Vilnius para los primeros). Los ucranianos seguían queriendo su propio Estado, y un puñado de bielorrusos opinaban lo mismo. Algunos de estos agravios contribuyeron a avivar la llama de la Segunda Guerra Mundial: las ambiciones territoriales llevaron a Alemania a invadir primero Checoslovaquia y luego Polonia. Lejos de unirse para luchar contra Alemania, polacos, lituanos

y checos se dedicaron a discutir y pelearse entre sí durante toda la década de 1930, y durante la propia guerra fueron incapaces de acudir unos en ayuda de otros.

Dado que las disputas fronterizas y las incompatibilidades nacionales habían dado a Hitler una excusa para iniciar la guerra, los líderes aliados tuvieron muy presentes estas cuestiones cuando el conflicto se acercaba a su fin. La racionalidad y el trazado de fronteras mediante tratados no habían funcionado —se dijeron a sí mismos—, y las guerras territoriales ya no eran aceptables. Era necesario encontrar soluciones mejores y más ordenadas; había que arreglar las partes conflictivas de la Europa del Este. Cuando se reunieron por primera vez en Teherán, en 1943, Roosevelt, Churchill y Stalin empezaron a abordar el problema, no siempre de forma directa. Había un precedente que todos conocían: después de la Primera Guerra Mundial, los turcos habían trasladado a más de un millón de griegos fuera de su territorio, mientras que los griegos habían deportado al mismo número de turcos. Griegos, turcos, vacas y pollos habían recorrido Europa en trenes abarrotados. «Aunque se trata de un procedimiento duro —señalaría Harry Hopkins, uno de los asesores de Roosevelt—, es la única forma de mantener la paz».

Churchill aceptó con discreción. En cuanto a Stalin, ya había probado los mismos métodos con los alemanes étnicos de Rusia, los tártaros y los finlandeses de Carelia, entre otros, y fue a él a quien se le ocurrió el plan: sencillamente propuso quedarse con los territorios que había adquirido en 1939 y 1940 —los estados bálticos y Polonia oriental, además de la provincia checoslovaca de Rutenia y las provincias rumanas de Bucovina y Besarabia— y deportar a cualquiera cuya nacionalidad ya no encajara. Aunque se trataba de territorios adquiridos mediante invasión y connivencia —en virtud del pacto secreto Ribbentrop-Mólotov entre la Alemania nazi y la

Unión Soviética—, Estados Unidos y Gran Bretaña aceptaron que Stalin tuviera lo que quería.

En Potsdam, en 1945, Stalin también reclamó Königsberg y la mitad norte de Prusia Oriental: de todos modos —mintió—, en este último territorio ya no quedaban alemanes; todos habían huido. Rusia necesitaba disponer en el Báltico de un puerto de aguas cálidas —es decir, libre de hielo— y, tras una prolongada guerra, el pueblo soviético merecía poseer un trocito de Alemania en la medida en que ello le haría sentir que había obtenido una auténtica victoria. Los otros líderes aliados estuvieron de acuerdo. De modo que la costa del Báltico también pasó a ser suya —aunque millones de alemanes seguían viviendo allí, y aunque, de hecho, la bahía de Königsberg se hiela en invierno—, y la Unión Soviética se extendió hacia el oeste todo lo posible.

En 1945 la labor de reordenación de los pueblos fronterizos estaba medio completada. Hitler ya había matado a la mayoría de los judíos de las tierras fronterizas, y los oficiales soviéticos ocupantes habían enviado a más de un millón de funcionarios, terratenientes y soldados polacos a Siberia y Asia central, junto con más de medio millón de ucranianos occidentales y otro medio millón de bálticos. Después de la guerra, las deportaciones continuaron, se incrementaron y acabaron convirtiéndose en el que sería el mayor movimiento masivo de población de la historia escrita. Los polacos que quedaban en el sur de Lituania, el oeste de Bielorrusia y Ucrania —varios millones de ellos— fueron trasladados a los territorios alemanes de Silesia, Pomerania y la región meridional de Prusia Oriental, y luego los alemanes que habitaban aquellas tierras fueron evacuados a Alemania Occidental. Los bálticos, ucranianos occidentales y moldavos que se oponían al dominio soviético fueron llevados a Siberia. Los alemanes y rumanos fueron expulsados de Bucovina, mientras que de Rutenia, la

provincia más oriental de Checoslovaquia, se hacía lo propio con los nacionalistas rutenos.

En los años siguientes, el ruso pasó a ser la lengua de la administración en todos estos territorios, y la ortodoxia rusa se convirtió en la única religión, apenas tolerada. Allí donde la población había descendido se trasladaron colonos rusos para ocupar el lugar de los deportados. Los historiadores soviéticos borraron a los polacos y a los alemanes de sus libros de historia, como si nunca hubieran estado allí. Königsberg se convirtió en Kaliningrado; las calles cambiaron de nombre, y los residentes también. Los rumanos de Moldavia se convirtieron en moldavos y aprendieron a escribir en cirílico. Se prohibió el alfabeto latino.

La idea era sencilla y maravillosamente clara. Poco a poco, todos los sutiles dialectos que se habían hablado en las tierras fronterizas, todas las variaciones nacionales y las diferencias de gustos y de indumentaria, todo quedaría sumergido por una oleada de rusificación. La diferencia sería destruida: el plan de Stalin era que todas aquellas tierras fronterizas desaparecieran en la Rusia soviética. Llámese limpieza étnica —por emplear un término acuñado más tarde en otro contexto— o genocidio cultural: en cualquier caso, fue un auténtico éxito. Mientras, Occidente miraba hacia otro lado, ignorando cómo la media luna de tierra que se extendía desde Königsberg, en el Báltico, hasta Moldavia y Odesa, en el mar Negro, se alteraba hasta quedar irreconocible.

La región ya había sido conquistada antes, pero el Imperio soviético proyectó una sombra más oscura que ninguno de sus predecesores. Naciones enteras cayeron en el olvido: en el plazo de unas décadas Occidente dejó de recordar que más allá de la frontera polaca hubiera otra cosa que «Rusia». Se creía que Kiev era una ciudad rusa, y muchos consideraban que Lituania era una provincia rusa; era como si los numerosos y

variados pueblos de la región se hubieran disuelto en las incoloras aguas de las marismas de Prípiat, el vasto y fangoso pantano bielorruso. La identidad nacional de aquellos territorios ya no podía definirse con claridad. En Londres y París, la historia de aquellas tierras fronterizas quedó relegada a librerías polvorientas, sus lenguas fueron desterradas a pequeñas revistas y sus emigrantes se replegaron en pequeños clubes e iglesias. Después de cuarenta años, incluso el recuerdo de unas tierras fronterizas antaño multicolores y multiétnicas se había desvanecido.

Fue durante un caluroso verano, justo al final de lo que más tarde pasarían a conocerse como los «años de estancamiento» soviéticos, cuando contemplé por primera vez las tierras fronterizas. Durante una noche y medio día, el tren al que me había subido en Leningrado se dirigió hacia el sur a través de Rusia y Ucrania, deteniéndose de vez en cuando en pequeñas poblaciones, todas ellas con una estación destartalada, un andén mugriento y un quiosco donde se podían comprar refrescos y galletas secas. Recuerdo que me sentía contenta y extremadamente libre: me iba, volvía a casa, me alejaba de Leningrado, dejando atrás las normas y restricciones que habían regido los dos meses que había pasado allí como estudiante. Pero también recuerdo la frustración que cualquiera podía sentir cuando recorría la Unión Soviética. En aquella época los extranjeros se veían relegados a ciertas ciudades, carreteras especiales y viajes en tren con determinadas limitaciones. Mientras sorbía té de un vaso, miraba por la ventana, deseando saber más sobre la llana y descuidada campiña que se extendía más allá de las vías del tren. Para mí era territorio prohibido, tan inaccesible como la luna.

Entonces, de forma bastante inesperada, se me concedió mi

deseo. El convoy entró en una estación mucho más grande. Habíamos llegado a la ciudad de Lviv, en el suroeste de Ucrania, y por megafonía llegó un anuncio sorpresa: había que hacer unas reparaciones y el tren permanecería detenido cinco horas. Se permitía bajar a los pasajeros. Fue como si alguien me hubiera dicho que podía entrar en una foto enmarcada: salté del vagón y corrí por el andén en dirección al paisaje prohibido.

Unas horas después me encontraba en un cementerio. La lluvia propiciada por el calor estival había empezado a caer, y estaba oscureciendo. A mi alrededor, colocados desordenadamente unos junto a otros, había un millar de monumentos a la confusa historia de Lviv. Aparté la maleza que tapaba la parte frontal de una pesada lápida y vi las letras K&K (siglas de *kaiserlich und königlich*, «imperial y real», símbolo de Austria-Hungría) talladas bajo el epitafio. Cerca, varias tumbas de mármol blanco con inscripciones en una hermosa caligrafía polaca se inclinaban unas contra otras, como si se tratara de una penitencia impuesta por algún olvidado crimen. Algunas de las tumbas eran ucranianas y estaban marcadas con la cruz grecocatólica; a menudo exhibían también un pequeño retrato del difunto. También había sepulcros más recientes, soviéticos, coronados por una estrella roja, y viejas piedras con inscripciones demasiado desgastadas para resultar legibles. ¡Tantas naciones enterradas unas sobre otras, tantas personas distintas disputándose aquel espacio!… En aquel momento me pareció que el cementerio contenía la historia secreta que me habían ocultado el anodino paisaje y las aburridas normas de la Unión Soviética. Volví al tren, y a la mañana siguiente me desperté en Hungría, contemplando por la ventanilla un campo de dorados girasoles y sujetando todavía el pasaporte que la policía fronteriza me había exigido, escudriñado y devuelto sin pronunciar palabra la noche

anterior.

Aunque abandoné Europa unos días después, Lviv seguía inquietándome. Lviv, o Lvov, o Lwów, era soviética, pero también ucraniana, o polaca, o a veces judía, según a quién se le preguntara. No conocía ningún otro lugar así, excepto quizá Kobrin, donde nació mi bisabuelo paterno. De niña, a veces me decían que él era de origen polaco y otras que era de origen ruso. Sin embargo, cuando yo buscaba su ciudad en un mapa, resultaba que estaba en un país llamado Bielorrusia. Solo entremedio, y antes, la población estuvo en Polonia, y solo en el siglo XIX aquel territorio se llamó Rusia. Aquello fue una sorpresa para mí: nunca se me habría ocurrido que mi estable y consolidada familia estuviera vinculada a un lugar de identidad incierta y esquiva. Mucho más tarde, en 1989, me trasladé a Varsovia, donde viví la hiperinflación, las primeras elecciones democráticas y cuatro cambios de Gobierno en otros tantos años: vi acceder al poder a casi tantos primeros ministros como presidentes estadounidenses recordaba. Varsovia me hizo cogerle el gusto a la inestabilidad, y en cuanto pude regresé a Lviv.

En mi primer viaje, en la primavera de 1990, encontré la ciudad prácticamente igual. El cementerio seguía en su sitio, al igual que las calles empedradas, las casas antiguas y la cuidada plaza del mercado que recordaba de mi breve visita anterior. Pero esta vez, en el centro del principal parque de la ciudad, había varias ancianas bajo la bandera ucraniana azul y amarilla hablando del destino de Stepán Bandera —el líder guerrillero que luchó por la independencia de Ucrania en las décadas de 1930 y 1940— y vendiendo alfileres de metal con forma de tridente, el símbolo nacional de Ucrania. Un grupo de hombres jóvenes, de piel áspera y cabello largo, reían y bromeaban mientras vendían periódicos con la tinta emborronada que exhibían títulos como *Ucrania Libre* y *Ucrania Democrática*.

Frente al teatro de la ópera, otro grupo de hombres desconchaban furiosamente la base de una estatua de Lenin. Cuando volví, al día siguiente, Lenin había desaparecido. El anodino paisaje soviético que antaño había contemplado por la ventanilla del tren se había transformado para siempre.

En Occidente, lo que estaba ocurriendo en Lviv ya se describía como una «oleada nacionalista» que —según se decía — estaba «barriendo» Europa oriental y la antigua Unión Soviética. Había ya un montón de columnistas escribiendo editoriales sobre los peligros del resurgimiento nacionalista en lugares como Ucrania y Lituania, cuyos últimos líderes semiindependientes habían sido títeres de la Alemania nazi y cuyas fronteras serían objeto de disputa. Mientras, varios políticos afirmaban que la independencia de las repúblicas soviéticas no rusas conduciría a un colapso que desestabilizaría la Unión Soviética y llevaría a la creación de una Rusia airada y revanchista. George Bush, que visitó Kiev en el verano de 1991, cantó las alabanzas del líder soviético Mijaíl Gorbachov y advirtió a los ucranianos de que abandonaran aquellas peligrosas tendencias nacionalistas: «¡Larga vida a la Unión Soviética!», proclamó. Aun así, en contra de sus deseos, y en contra de los deseos del Departamento de Estado estadounidense, el Ministerio de Exteriores británico y casi todos sus homólogos en Europa occidental, Ucrania se independizó unas semanas después, junto con las repúblicas bálticas, Bielorrusia, las repúblicas caucásicas y Asia central.

El nacionalismo postsoviético resultaría ser ciertamente peligroso, desestabilizador e incómodo para los diplomáticos. Pero habría que añadir unas cuantas cosas más al respecto. A fin de cuentas, a lo que algunos llamaban nacionalismo otros lo llamaban patriotismo, y, aun otros, simplemente libertad: la estabilidad tan preciada por los estadistas internacionales también había sido una cárcel. En el siglo XIX, el nacionalismo

se había considerado una parte integrante del liberalismo, íntima e inextricablemente ligada a la democracia, mientras que a los nacionalistas se les veía como héroes democráticos, la encarnación de todo lo que era progresista y justo. En la antigua Unión Soviética, en los años posteriores a 1989, popularmente seguía creyéndose que el nacionalismo era progresista; seguía creyéndose, al menos al principio, que los líderes nacionalistas hablaban en nombre de las muchas personas cuyas voces habían sido reprimidas en el pasado. Al fin y al cabo, todos los periodos de «deshielo» de la Unión Soviética —las décadas de 1920 y 1960— habían venido acompañados de resurgimientos nacionalistas. En la era que siguió al colapso soviético, el nacionalismo también trajo consigo un renacimiento cultural: la libertad de hablar las lenguas autóctonas, de leer literatura autóctona, de descubrir la verdad de la historia nacional.

Cualquiera que crea en la democracia y en la reforma económica sabe también que el nacionalismo postsoviético fue una necesidad práctica. Alexis de Tocqueville escribió que el patriotismo racional surge cuando «un hombre comprende la influencia que ejerce el bienestar de su país en el suyo propio; sabe que la ley le permite contribuir a la producción de ese bienestar, y se interesa por la prosperidad de su país, primero como algo útil para él y luego como algo que él ha creado». Para que la democracia arraigara en el mundo postsoviético después de tantas décadas (o siglos) de tiranía, la gente tenía que identificarse con sus gobiernos, tenía que creer que el bienestar de su país comportaría su propio bienestar. Los ciudadanos de las repúblicas postsoviéticas tenían que votar a líderes locales y nacionales que creyeran que iban a representarles, no a los distantes rusos de Moscú; para que los nuevos parlamentos y los nuevos sistemas jurídicos tuvieran credibilidad, no podían ser solo instituciones soviéticas con

nuevos nombres.

Cualquiera que deseara que reinara la paz en las naciones del mundo postsoviético también sabía que el nacionalismo, en sus formas más benignas, era necesario. Aunque era cierto que las repúblicas de la Unión Soviética aparentemente habían estado en paz unas con otras, en realidad esa paz también había sido una ficción, impuesta por el terror, las mentiras y la tradicional creencia rusa en el lema «divide y vencerás». Haz que las naciones pequeñas se odien entre sí —sostenía el argumento ruso— y tendrán menos energía para rebelarse contra una grande; haz que las minorías estén resentidas con las mayorías y no podrán unirse para rebelarse contra el dominio ruso. Deshacer el terror, enmendar las mentiras, devolver la representatividad a las minorías… todo ello requería justamente el tipo de reevaluación de la historia que los nacionalistas demandaban. Dejar que los rusos dirigieran las cosas como antes no habría resuelto ningún conflicto nacional; solo los habría enconado.

Por supuesto, era igualmente cierto que la era soviética no podía borrarse de un plumazo: por muy artificiales que fueran, los odios implantados tanto en los colonizadores rusos como en las colonias no rusas durante los setenta años de poder soviético permanecían vigentes. A los rusos que se habían desplazado a Estonia o Letonia, unas veces por la fuerza y otras por elección, no se les podía deportar por mucho que se deseara que no estuvieran allí. En la mayoría de los casos, una persona que ha vivido en una determinada población durante cuarenta años siente que tiene tanto derecho a ella como alguien cuya familia lleva un milenio habitando ese lugar pero que ha vivido cuarenta años en otro sitio.

Peligrosos, liberadores, o quizá ambas cosas: los líderes

nacionalistas que derribaron la Unión Soviética tenían dos caras en más de un sentido. Miraban al pasado, a veces a un pasado muy antiguo, para justificar sus actos y legitimar sus reivindicaciones; pero también miraban al futuro, confiando en que, mediante la educación o la represión, la democracia o la guerra, podrían crear nuevos estados a partir de las viejas naciones. Podían hacer el bien o el mal, crear el caos o la paz; pero, en última instancia, la razón por la que volví fue justamente para ver de qué modo sus nuevas ideas afectaban a las personas a las que decían representar, aquellas que otrora se autodefinían como *tutejszy*. En los días en que declinaba el poder soviético, no mucho después de que tales viajes fueran posibles por primera vez, viajé del Báltico al mar Negro, de Kaliningrado a Odesa, a lo largo de la frontera occidental de lo que hasta hacía poco había sido la Unión Soviética, a través de Prusia Oriental, Bielorrusia occidental y Ucrania occidental, a través de la Rutenia subcarpática, Bucovina y Besarabia.

No fue un viaje fácil. No había guías de la región, ni letreros, ni atracciones turísticas obvias. La mayoría de los edificios y casas más hermosos han sufrido al menos un siglo de abandono. Viajar aquí requiere cierta pasión forense, no una mera afición al arte, la arquitectura o la belleza natural; en las tierras fronterizas hay muchas capas de civilización, y no están ordenadamente superpuestas. Una iglesia medieval en ruinas se asienta en la ubicación de un templo pagano, no lejos de una fosa común rodeada por una ciudad moderna. Hay un castillo en la colina con una iglesia católica a sus pies y una iglesia ortodoxa junto a una sinagoga en ruinas. El viajero puede conocer a una persona nacida en Polonia, criada en la Unión Soviética y que actualmente vive en Bielorrusia, todo ello sin haber salido nunca de su pueblo. Para escudriñar todas esas capas hay que practicar una especie de arqueología visual y auditiva, imaginar cómo era esa población antes de que se

colocara la estatua de Lenin en la plaza, antes de que la iglesia se convirtiera en una fábrica y se cambiara el nombre de la calle principal. En las conversaciones, hay que escuchar los matices, adivinar lo que el interlocutor podría haber dicho hace cincuenta años sobre el mismo tema, comprender que por entonces su nacionalidad podría haber sido distinta; saber, incluso, que podría haber empleado otra lengua.

Cuando llegué, la región había estado más de cuarenta años bajo el hielo de la dominación soviética, y a veces todavía daba la impresión de que el pasado estuviera aplastando al presente. Había días en que parecía que nadie podía hablar de nada que no fuera trágico, como si nadie pudiera recordar nada que no estuviera impregnado de amargura. Pero también había otros días en que, de forma completamente inesperada, me encontraba con alguien que veía el pasado no como una carga, sino como una historia olvidada, que ahora debía contarse de nuevo; días en que me tropezaba con una vieja casa, o una vieja iglesia, o algo inesperado como el cementerio de Lviv, que de repente revelaban la historia secreta de un lugar o una nación. Eso formaba parte de lo que yo buscaba: la prueba de que había cosas hermosas que habían sobrevivido a la guerra, el comunismo y la rusificación; la prueba de que la diferencia y la diversidad pueden superar una homogeneidad impuesta; el testimonio, de hecho, de que las personas pueden sobrevivir a cualquier tentativa de desarraigarlas.

# Preludio

Curiosamente, no podía encontrar ninguna forma sencilla de llegar a Kaliningrado desde el oeste.

Examiné los mapas. Kaliningrado se halla justo al norte de la frontera polaca, y la antigua carretera que llegaba hasta allí desde Varsovia todavía aparecía marcada. Pero aquella carretera era inservible, ya que desde la guerra no se había permitido el tráfico civil a través del puesto fronterizo. Los trenes que antaño recorrían la ruta hacia y desde Berlín se habían detenido hacía tiempo. Tampoco se podía volar: en aquella época solo los aviones militares tenían permiso para aterrizar en el Distrito de Kaliningrado.

Durante cuatro décadas tampoco había habido acceso por mar, ni siquiera desde Gdansk, el puerto que mira a Kaliningrado desde el otro lado de su rincón compartido del Báltico como una celosa hermana gemela. Desde la Segunda Guerra Mundial, Kaliningrado había sido una ciudad cerrada, una base naval que dejaba fuera a los extranjeros, incluidos los

polacos. Como enclave de habla rusa situado entre Polonia y Lituania, el Distrito de Kaliningrado —la mitad norte de lo que antaño se llamaba Prusia Oriental— se hizo famoso por sus puestos de escucha estratégicos, su elevado nivel de seguridad y su alta concentración de oficiales navales. A su vez, consideraba a la Gdansk polaca —con sus ruidosos sindicatos, sus librepensadores disidentes y su mercado negro— una vecina sospechosa. Supuse que los enlaces marítimos entre ambas ciudades habían desaparecido para siempre, de modo que empecé a planificar el comienzo de mi viaje al revés: volando hacia el este hasta Moscú o Vilna y luego tomando un tren en dirección oeste hasta Kaliningrado.

En realidad había otra manera. El propio nombre de «Kaliningrado» apenas se había mencionado durante cuarenta años: así de secretas eran las bases militares de la ciudad. Pero un día, justo después de que se levantara la prohibición a los visitantes extranjeros en el verano de 1991, simplemente apareció en el puerto un pequeño quiosco de hojalata que anunciaba excursiones turísticas diarias.

—¡Bah! —exclamó el polaco que vendía los billetes, encogiéndose de hombros a modo de explicación. Era un hombre mayor, con la mirada llena de malhumor—. Algún alemán ha hecho algún trato. —Señaló con el pulgar en dirección a la bahía—. Algún alemán ha hecho algún trato con algún ruso. *Jakaś Komuna*. Algún comunista.

No pretendía ofender. Sencillamente las cosas eran así. Si un polaco era dueño de un negocio y este tenía algo que ver con los rusos, entonces debía de tener buenos contactos, y tanto mejor para él.

—¿Cuánto cuesta el viaje?

—Cincuenta marcos.

—¿Puedo pagar en eslotis polacos?

—Cincuenta marcos.

—¿Y en dólares?

—Cincuenta marcos —repitió por tercera vez sin cambiar de tono.

—¿Por qué cobran en marcos alemanes un viaje de Polonia a Rusia?

El vendedor de billetes volvió a encogerse de hombros.

Tal vez fuera justicia histórica: al fin y al cabo, antaño Gdansk fue una ciudad de habla alemana llamada Danzig, mientras que Kaliningrado también fue una ciudad de habla alemana, Königsberg. Pagué los cincuenta marcos. El barco debía zarpar al día siguiente a medianoche.

Desde atrás, los dos viajeros resultaban indistinguibles. Ambos vestían chaquetas de piel, pantalones vaqueros de color oscuro y jerséis de lana fina. Llevaban la nuca pulcramente afeitada, y se habían cortado su rubio cabello hasta dejarlo encrespado. Solo cuando se volvieron hacia mí pude ver que ella llevaba dos pendientes de plata, mientras que él solo llevaba uno: se preservaba la diferencia sexual.

—Hemos dejado los kayaks en el puerto —me dijo el hombre, hablando un inglés entrecortado—. Espero que no les pase nada.

Nos hallábamos de pie en cubierta, viendo alejarse la costa. La noche era oscura, pero las luces de los barcos atracados proyectaban un tenue resplandor en el agua. Sobre los techos de los almacenes del muelle, las siluetas de las grandes grúas de los astilleros de Gdansk y Gdynia se recortaban contra el cielo como aves prehistóricas.

—¿Tenían ustedes parientes en Königsberg? —le pregunté a la chica, mencionando la ciudad por su nombre anterior a la guerra.

Ella sacudió la cabeza y se apresuró a responder «No, no,

somos de Múnich», como si la hubieran acusado de algo. Habían visto un documental sobre la historia de Königsberg —me explicó— y querían ver la ciudad por sí mismos.

En la escuela no le habían enseñado nada sobre Königsberg, solo que en otro tiempo hubo alemanes en la costa del Báltico y ahora ya no había ninguno. Por qué no había ninguno, qué suerte habían corrido varios millones de personas, era algo que nadie le había contado nunca; tan solo se lo habían insinuado. Y ella no quería saber —o al menos eso me dijo— demasiadas cosas sobre lo que había ocurrido.

—Verá, si hablamos demasiado de ello, la gente podría pensar que somos revanchistas —me dijo en tono grave—. Y no queremos que nos acusen de ser revanchistas.

Reí. Pero no pretendían hablar en broma. Los dos se miraron, algo sorprendidos. La chica se volvió de nuevo hacia su novio.

—No te preocupes —le consoló—, los kayaks estarán bien.

Volví a ponerme a cubierto.

El barco era un antiguo buque soviético, pero el interior se había rediseñado según el concepto polaco de lo que les gustaría a los turistas alemanes. Por toda la sala podían verse maquetas de barcos de plástico y estrellas de mar también de plástico. En una mesa, en el centro, había enormes jarras de cerveza, un cuerno de unicornio de cristal, un salvavidas en miniatura pintado en alegre color naranja y unos cuantos jirones de red de pesca. De las paredes de madera, densamente cubierta de laca, colgaban orgullosas banderitas de ciudades polacas y alemanas: Katowice, Cracovia, Hamburgo, Brunswick, Lodz, Essen, Bad Kreuznach…

Uno de los funcionarios, ataviado con el uniforme de un guardia fronterizo polaco, se ocupaba de registrar los pasaportes de los pasajeros. El origen de su metodología residía

tanto en la ética de trabajo comunista como en la falta de respeto poscomunista por los dispositivos de seguridad. Cogía cada pasaporte con sus grandes y carnosas manos y examinaba las fotos con desgana. Luego hojeaba las páginas. A veces se detenía a mirar un lugar de nacimiento o un visado poco habitual, y de tanto en tanto, cuando encontraba una flamante página en blanco, estampaba una gran marca de tinta en ella, obteniendo una evidente satisfacción por el fuerte ruido que se producía cuando el sello golpeaba el papel. Luego echaba todos los pasaportes, sellados o no, en una caja de cartón.

El capitán ruso estaba junto al funcionario, tocándose orgulloso su nueva y vistosa gorra con la yema de los dedos. De vez en cuando le susurraba algo al oído que parecía muy divertido. El aduanero echaba la cabeza hacia atrás, abría sus grandes mandíbulas y reía sin parar. Los dos parecían satisfechos de sí mismos, como si estuvieran tramando algo muy lucrativo. Se me ocurrió que el barco sería una excelente tapadera para hacer contrabando.

Los demás pasajeros, alemanes, polacos y rusos, se habían distribuido en grupos nacionales, lo más separados posible unos de otros. Los polacos estaban encorvados sobre la «barra», una larga mesa de madera con un puñado de botellas agrupadas en un extremo. Los alemanes se apelotonaban en un apretado círculo, hablando entre sí en voz baja y tono grave.

Solo había dos rusos. Ambos eran hombres, ambos estaban apoyados en una pared lateral y ambos iban vestidos con chándales idénticos.

—Nosotros no somos turistas —me dijo uno de ellos—. Somos deportistas de Krasnoyarsk —añadió, mostrándome con orgullo un estuche de cuero lleno de floretes de esgrima.

Alemanes, polacos y rusos: desde que los Caballeros Teutónicos pusieron la primera piedra de la muralla de Königsberg, estas tres naciones habían estado luchando por el

control de la costa del Báltico y de las tierras que desde allí se extendían hacia el sur y el este.

A lo largo de los siglos, los tres países perdieron hombres, riqueza y energía nacional tratando de dominar esta única región. Los intentos de Polonia y Alemania de controlar todas las tierras fronterizas condujeron a la derrota y la partición, y también la extralimitación imperial de Rusia acabó resultando contraproducente.

Pero, por el momento, no parecía probable que ninguno de mis compañeros de viaje fuera a desempeñar un papel importante en ninguna gran lucha nacional, ya fuera entonces o en el futuro. Me tumbé en un banco y estuve durmiendo a ratos durante todo el viaje nocturno.

Por la mañana me desperté bruscamente, desorientada. Una luz grisácea se filtraba por los ojos de buey del barco. Encontré el camino hacia la cubierta. Hacía viento, pero el aire era cálido y olía a sal.

Estábamos a punto de entrar en la bahía de Kaliningrado, una larga masa de agua protegida del Báltico por una estrecha extensión de tierra arenosa. A la derecha había un pequeño islote, y en el centro se alzaba un faro con varios agujeros en el techo de tejas rojas, como si le faltaran dientes; su base estaba cubierta de musgo y parecía que nadie la hubiera tocado durante años. Los alemanes, ahora agrupados junto a la barandilla, empezaron a hablar y reír. Aquellas ruinas eran de antes de la guerra; ¡debían de ser vestigios de Prusia! Siguieron más islotes, casi todos adornados con restos de una casa, un viejo muelle o un trozo de dique.

Poco a poco, el rugido de los motores se fue haciendo más sordo, el barco redujo la velocidad y los pasajeros se quedaron en silencio. Habíamos doblado un estrecho canal y ahora

contemplábamos un espectáculo extraordinario. En la orilla había docenas —tal vez cientos— de buques de guerra, cada uno de ellos con su bosque de afustes, sus erizadas antenas de radar, su timón oxidado, su descolorida bandera roja y sus insignias navales soviéticas pintadas en el costado del casco cubierto de algas. Algunos seguían flotando lánguidamente en el agua estancada; otros estaban varados, inclinados hacia un lado como abotargados peces; otros habían sido arrastrados más lejos de la costa, donde se habían montado sobre andamios de madera como si fueran objetos de museo. Había buques anfibios de desembarco diseñados para las costas de los estados septentrionales de la OTAN, además de cañoneras, destructores y pequeñas lanchas con motores fueraborda para la guardia costera.

Pasamos junto a un marinero que limpiaba con una manguera uno de los muelles y, un poco más lejos, desde el interior de un casco resonaba el ruido metálico de un martillo golpeando el metal. Pero no había nadie más. En lugar del bullicio de grúas, cajas de embalaje y camiones propio de un puerto comercial, había muelles sin vida. Los barcos parecían estar expuestos, como si no se hubieran concebido para ningún propósito real. Ni uno solo de ellos había transportado nunca mercancías útiles, ni uno solo se había ganado el sustento, ni uno solo había librado siquiera una guerra. Escondidos del mundo como preciadas concubinas, los navíos solo abandonaban los muelles de Kaliningrado cuando finalmente eran remolcados para ser fundidos y reconvertidos en chatarra.

La mayor fuerza de Rusia siempre ha residido en el tamaño de sus ejércitos terrestres, en su capacidad de librar guerras en tierra. Quizá por eso, en el pasado, sus intentos de obtener poderío marítimo a menudo parecieron fútiles. El marqués de Custine, un sarcástico aristócrata francés que viajó a Rusia en 1839, no pudo menos que sorprenderse cuando le dijeron que

toda la armada rusa no tenía otra utilidad que satisfacer la vanidad y la necesidad de diversión del zar:

> La visión del poderío naval de Rusia […] tan solo me ha causado así una dolorosa impresión. Los buques que se perderán inevitablemente en unos pocos inviernos, sin haber prestado ningún servicio, sugieren a mi mente imágenes no del poder de un gran país, sino de los inútiles esfuerzos a los que se ven condenados los pobres y desafortunados marineros.

¡Con qué eficacia los rusos habían trasplantado sus hábitos decimonónicos al suelo adquirido en Prusia Oriental! La necesidad de la joven nación soviética de exhibir su fuerza y su tamaño mediante un enorme número de barcos inútiles apenas había cambiado.

A mi lado, la mitad masculina de la pareja muniquesa levantó su cámara para fotografiar un destructor especialmente oxidado.

—No lo hagas —le advirtió su compañera—. No está permitido fotografiar objetos militares. Te arrestarán.

El hombre miró subrepticiamente a su alrededor. Las únicas personas que podían verle eran los otros pasajeros. Dudó unos segundos, y luego, obediente, bajó la cámara, giró la tapa del objetivo con firmeza y volvió a guardarla en su bolsa.

El temor a Rusia ya se había apoderado de él. Su novia asintió en señal de aprobación.

Entonces, sin previo aviso, el barco dio un bandazo. Todo el mundo trastabilló hacia un lado.

Habíamos llegado.

—Este es el primer muelle privado de la Unión Soviética —declaró el capitán, sin dirigirse a nadie en concreto.

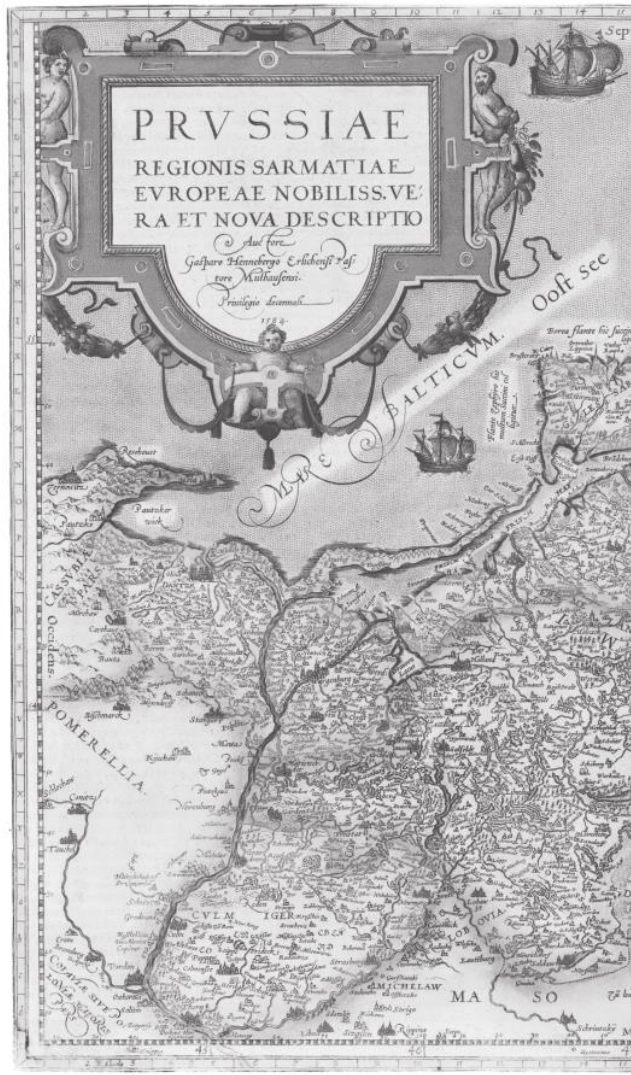
Al acercarnos, un letrero escrito con trazos rudimentarios se alzó en la orilla:

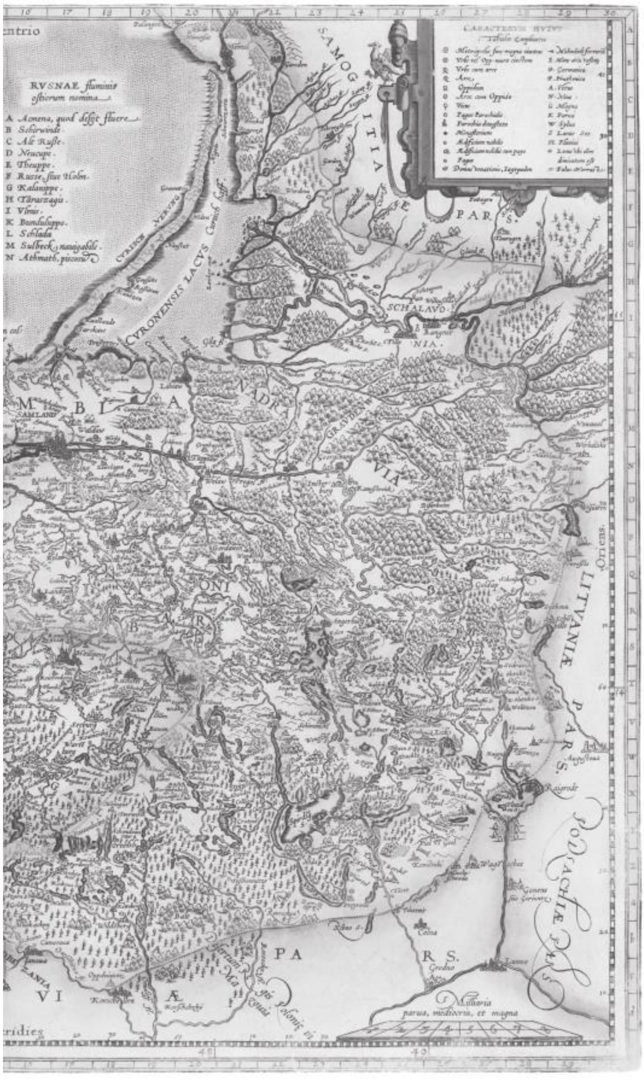
El barco golpeó con fuerza el malecón, y todos volvimos a trastabillar hacia un lado mientras el casco empezaba a balancearse con violencia.

—*Ja, ja!* —gritó un ruso bajo y rechoncho que estaba en la orilla—. ¡Por aquí, por aquí! —Y señaló un quiosco con techo de hojalata como el que habíamos dejado en Gdansk: teníamos que pagar una tasa de desembarco—. ¡Cincuenta marcos, cincuenta marcos! —vociferó, mientras saludaba y sonreía alegremente.

La pareja alemana, los contrabandistas polacos y los esgrimistas rusos rebuscaron en sus carteras mientras bajaban por la pasarela, formando una extraña procesión.

Yo pasé la aduana y salí a una plaza vacía.


PRVSSIAE
REGIONIS SARMATIAE
EVROPEAE NOBILISS. VE-
RA ET NOVA DESCRIPTIO
Auctore
Gaspare Hennebergo Erlichensi Pasi-
tore Mulhausensi.
Privilegio decennali
1584.
Septe
Oost See
MARE BALTICVM.
Occidens.
POMERELLIA.
CVLM
IGER
MICHELAW
MA
SO



RVSNAE fluminis ostiorum nomina.
A Aonena, quod desijt fluere.
B Schirwindt.
C Alt Ruße.
D Neucupe.
E Theuppe.
F Russe, siue Holm.
G Kalanippe.
H Tarwzagis.
I Vlmis.
K Bundulippe.
L Schlada.
M Sulbeck, nauigabile.
N Athmath, piscosa.
SAMOGITIAE PARS.
CVRONENSIS LACVS
SCHALAVONIA.
NADRAVIA
GRAVDENIA
SAMLAND
LITVANIAE PARS.
Oriens.
PODLACHIAE PARS
Milliaria parua, mediocria, et magna

PRIMERA PARTE

# ALEMANES

La germanización progresa satisfactoriamente [...] con ello no nos referimos a la difusión de la lengua alemana, sino a la de la moral y la cultura alemanas, la recta administración de justicia, la elevación del campesino, la prosperidad de las ciudades...

PRÍNCIPE OTTO VON BISMARCK, 1869

El nuevo Reich debe ponerse de nuevo en marcha por la senda de los Caballeros Alemanes de antaño, a fin de obtener, mediante la espada alemana, tierra para el arado alemán y el sustento diario para la nación.

ADOLF HITLER, *Mi lucha*, 1925

El término «limpieza étnica» es de acuñación reciente, pero lo que describe existe desde hace muchos siglos. Roma lo hizo con Cartago, y los Caballeros Teutónicos lo aplicaron con la población autóctona de la región que luego se llamaría Prusia.

La historia comienza en 1226, cuando el polaco Conrado I, duque de Mazovia, invitó a Hermann von Salza, gran maestre de la Orden Teutónica de la Santísima Virgen, a acudir en su ayuda: los clanes paganos prusios estaban incendiando aldeas en su ducado y raptando a mujeres polacas, y se veía incapaz de derrotarlos él solo. Sin duda —le escribió el duque al gran maestre—, la Orden, que se había hecho un nombre combatiendo a los turcos en Jerusalén, no querría negarse la satisfacción de salvar otro territorio para el cristianismo. Conrado consideraba que convertir a los prusios acrecentaría el esplendor de la leyenda de los cruzados y al mismo tiempo ayudaría a los polacos a respirar más tranquilos.

Los prusios eran un pueblo de saqueadores difíciles de tratar. Su lengua no pertenecía a la familia de las eslavas, sino que, en cambio, se hallaba estrechamente relacionada con la antiquísima lengua de los no menos desconcertantes lituanos. No consumían especias ni dormían en mullidos lechos. Bebían en exceso. Vivían en los bosques del norte del Báltico, adoraban a los árboles y creían que ningún noble debía ir a la tumba sin la compañía de su esposa, sus perros, sus halcones, sus armas y sus sirvientes. No acataban leyes ni otras normas propias de la civilización: eran nómadas selváticos. Creían que los caballos blancos daban mala suerte. Dado que eran polígamos, sufrían una perpetua escasez de mujeres; de ahí sus

incursiones en el territorio de Conrado I.

El duque de Mazovia debía de estar desconcertado por aquellos paganos moradores de los bosques, y bastante preocupado, porque no mucho después el gran maestre teutónico presentó al papa una copia de la llamada Acta de Kruszwica, un documento que supuestamente había firmado el propio duque en 1230. En nombre de los polacos, el Acta otorgaba todo el territorio de los prusios a la Orden Teutónica, a perpetuidad, y revocaba cualquier reivindicación polaca sobre dicho territorio. Cuando se divulgó la copia los polacos protestaron, alegando que Conrado nunca había firmado tal documento y que aquellas tierras no se habían otorgado a nadie. Los Caballeros Teutónicos —afirmaron— no tenían derecho a estar allí; eran ocupantes ilegales.

Fuera como fuere, nadie pudo encontrar el documento original.

El papa se puso del lado de Von Salza y bendijo aquellas tierras que pronto iban a ser cristianas. Con ello la presencia germana en la remota costa del Báltico estaba asegurada, presumiblemente a perpetuidad. Así empezó el conflicto entre los polacos y el expansionismo alemán hacia el este.

Los Caballeros Teutónicos transformarían para siempre la región. En Tierra Santa, la Orden se había ganado cierta reputación entre los demás cruzados por su seria y adusta eficacia. Ahora, en los oscuros bosques de los prusios, su lobreguez se convirtió en fanatismo. Se exigía a los hermanos que comieran en silencio, que durmieran en la misma habitación que sus compañeros, que no tuvieran posesiones —ni caballos, ni armas, ni sirvientes— y que evitaran la compañía de cualquier mujer, incluidas su madre y sus hermanas. Cuando luchaban contra los paganos, los caballeros llevaban una capa blanca con una cruz negra.

Los prusios no eran rivales para ellos. En unas pocas décadas

los Caballeros Teutónicos habían conquistado y convertido todas las tierras de la costa. Construyeron sólidos y desangelados castillos góticos, y prohibieron a los prusios que hablaran otra lengua que no fuera la de sus conquistadores. Les enseñaron —a punta de espada— a adorar a Cristo, y asesinaron brutalmente a quienes se negaron a hacerlo. La Orden destruyó los templos paganos y sus ritos no tardaron en desaparecer. También dieron nombres alemanes a los ríos, pueblos y ciudades, y los antiguos cayeron en el olvido. La población autóctona acabó desapareciendo, su sangre se mezcló con la sangre germana cuando no fue derramada, y casi quedaron borrados por completo.

Pero la fama de la cruzada báltica se extendió. Hasta el caballero de Chaucer se sentó en la cabecera de la mesa de los caballeros prusianos, y viajó por Lituania y Ucrania, entonces llamada «Rusia»:

> Casi siempre se le otorgó el lugar de honor con preeminencia a los caballeros de todas las otras naciones cuando estuvo en Prusia. Ningún otro caballero cristiano de su categoría había participado más veces en las incursiones por Lituania y Rusia.

Poco a poco, incluso el nombre de la tierra —«Prusia»— pasó a vincularse a los conquistadores de la costa antes que a sus habitantes originales.

En los siglos posteriores Prusia fue ganando fuerza. La ciudad de Königsberg, fundada en 1255, pasó de ser un mero recinto fortificado a convertirse en una auténtica plaza fuerte, para transformarse luego en la cuna de la Ilustración alemana. Kant, Herder y Hamann enseñaron en su universidad, y Federico el Grande fue el mecenas de la ciudad. En el siglo XIX, Prusia se alzó de la mano de Königsberg, anexionándose partes de Polonia y Lituania y dominando la Alemania unificada que

surgió más tarde. Paralelamente, Prusia desarrolló el ejército más fuerte de Europa y engendró algunos de sus más grandes monarcas. Los *Junker* —la élite guerrera prusiana— se hicieron ricos y poderosos. Con el tiempo llegaría a parecer inconcebible que Königsberg pudiera ser otra cosa que una ciudad alemana, y aún más que Prusia Oriental pudiera pertenecer a un pueblo que no fuera el alemán.

Vista en retrospectiva desde la complaciente seguridad del siglo XIX, a muchos alemanes incluso les parecía que la invasión de la costa báltica por parte de los Caballeros Teutónicos en el siglo XIII había sido un hecho inevitable. La historia tiene un propósito, se decían; no hay casualidades: al igual que se sucedían las estaciones y giraba la Tierra, del mismo modo los civilizados alemanes habían gravitado hacia el Este bárbaro.

Los alemanes de la época —historiadores como Heinrich von Treitschke y Johannes Voigt; políticos como Bismarck— recordaban a los Caballeros Teutónicos en el contexto de la gran migración oriental alemana, un desplazamiento mayoritariamente pacífico de agricultores y comerciantes a través del Vístula y de los Cárpatos, en dirección a Danzig y el Banato, que se inició en la Edad Media y se prolongaría hasta la última guerra. A veces por invitación, a veces por voluntad propia, los alemanes que emigraban rara vez volvían atrás. Lejos de ello, fundaron sus propias aldeas, labraron nuevos campos, abrieron comercios y siguieron siendo alemanes aunque ya no hablaran su propia lengua, aunque sus vecinos fueran serbios, moldavos, polacos o rusos. Fueron tantos los que se desplazaron hacia el este que a los alemanes llegó a parecerles que el propio desplazamiento, la propia actividad de caminar hacia el alba, era algo predeterminado, como si —en palabras del historiador Michael Burleigh— la civilización siempre estuviera destinada a fluir por un «gradiente cultural» desde la superioridad de Occidente a la inferioridad de Oriente,

de lo alemán a lo eslavo, sustituyendo la barbarie por la sofisticación. Los pensadores alemanes utilizaron metáforas de la naturaleza o de la biología para explicar el fenómeno, mientras los escritores germanos calificaban la migración de «orgánica», comparándola con la de las aves o la sucesión de las estaciones. Los Caballeros Teutónicos constituían un elemento importante del relato por cuanto habían sido ellos quienes habían iniciado el proceso; habían actuado como un «rompeolas» en el «embravecido mar de los pueblos orientales»; habían marcado la pauta para quienes luego les seguirían.

Estas imágenes adquirieron especial fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Alemania luchaba a la vez por unificarse y asimilar los territorios recién adquiridos en Polonia oriental y el Báltico. El orgullo racial se basaba en el recuerdo de los civilizados colonos alemanes que poblaron las tierras orientales, de los no menos civilizados guerreros germanos que conquistaron la costa báltica, de los cultos emprendedores y técnicos alemanes que llevaron la ciencia y el comercio a los bárbaros eslavos. Todos los alemanes podían sentirse orgullosos del *Drang nach Osten*, el «empuje hacia el este», que había hecho grande a su nación. El recuerdo llenó el imaginario imperial y despertó el instinto colonial. Alemania carecía de colonias africanas o asiáticas propiamente dichas, pero tenía el deber nacional de civilizar el Este eslavo; tal era su misión. Todos los escolares —opinaba Von Treitschke— debían conocer «el acontecimiento más formidable y fructífero de la Baja Edad Media: la arremetida del espíritu alemán hacia el norte y hacia el este, y las formidables actividades de nuestro pueblo como conquistador, maestro y disciplinador de sus vecinos».

La derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial acalló parte de esta pasión colonizadora, pero no la eliminó. Ni siquiera los cartógrafos que redibujaron las fronteras de Alemania en Versalles se atrevieron a convertir a Prusia

Oriental en algo que no fuera alemán. Estaban dispuestos a despojarla de algunos de los territorios polacos que había conquistado Prusia, o a reducir el tamaño y la fuerza de Alemania; pero antes que dar a otros Prusia Oriental, prefirieron dejar el país dividido. Así, en los mapas de entreguerras se puede ver a Prusia Oriental separada del territorio alemán propiamente dicho por una estrecha franja de Polonia, y todavía encaramada en su rincón septentrional del Báltico.

Sin duda, en aquel extraño periodo de entreguerras Prusia Oriental resultaba tan arcaica e incómoda como aparece en los mapas. Era un territorio septentrional y costero, mientras que la mayor parte de Alemania ocupaba una posición central en el interior del continente. Sus habitantes eran sospechosos orientales que no estaban a la altura de los bávaros o los renanos. En la década de 1930, Prusia Oriental era más pobre, agraria y primitiva que el resto de Alemania, y además estaba aislada: para llegar allí, los trenes procedentes de Berlín tenían que cruzar una franja hostil de territorio polaco. Pero por muy peculiar o absurda que pudiera parecer su ubicación, lo cierto es que Königsberg era una antigua ciudad hecha de piedra y ladrillo; no parecía tener nada de accidental, como tampoco sus robustas casas parecían frágiles.

Para Hitler, Prusia Oriental era un símbolo del heroico pasado alemán, como lo había sido para los historiadores decimonónicos. Para él, la historia de los Caballeros Teutónicos representaba el mayor y mejor ejemplo del *Drang nach Osten*. La Orden Teutónica habían logrado lo que no había conseguido ninguna de las otras migraciones alemanas, anteriores o posteriores: eliminar a toda una nación de la costa báltica y reemplazarla por alemanes. Para ensalzar su gloria, Hitler celebró mítines en castillos teutónicos a la luz de las antorchas. Convirtió la fortaleza de Marienburg en una escuela para las

elitistas juventudes nazis. Instó a los alemanes a desplazarse de nuevo hacia el este, a emular a sus antepasados, a conquistar las razas inferiores en aras de la difusión de la cultura alemana y, finalmente, a «asegurarse de que en el Este solo habiten personas de auténtica sangre alemana». A su proyectada invasión de la Unión Soviética le dio el nombre de Operación Barbarroja en honor al gobernante alemán medieval homónimo, emperador y él mismo forjador de imperios. La cruz negra de los Caballeros Teutónicos adornó los barcos y aviones de Hitler como había adornado los barcos y aviones alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Y armado con el recuerdo de los triunfos de la Orden, se lanzó a la conquista del Este.

Pero al final, el que se calificara de «aluvión eslavo y semieslavo endiabladamente agitado e inquieto» acabaría vengándose de quienes creían que los alemanes estaban destinados a gobernar para siempre los pueblos del Este.

El 6 de abril de 1945, las tropas soviéticas entraron en Königsberg tras una breve y —algunos dirían después— temeraria defensa. Los comandantes nazis habían prohibido a los civiles abandonar la ciudad hasta el último momento, por lo que numerosos testigos presenciaron su caída. Dado que carecían de una lengua escrita, los prusianos paganos no dejaron constancia del fin de su civilización. En cambio, los prusianos alemanes, un pueblo obsesionado con la historia, lo hicieron muchas veces.

En mayo de 1945, Hans Graf von Lehndorff, un aristócrata *Junker* que ejercía de médico en Königsberg, se dedicó a recorrer la ciudad. Y vio cómo, de forma sistemática y tomándose su tiempo, los soldados soviéticos agujereaban las calles, destrozaban las iglesias, incendiaban las casas y violaban

a las mujeres. Es difícil imaginar la magnitud de la destrucción. El propósito no era simplemente someter a Königsberg, sino también destruir su historia. No solo se mataba a la población; también se quemaban sus monumentos arquitectónicos para que cayeran más fácilmente en el olvido:

> Subiendo por Königstrasse, por encima del Rossgartenmarkt y aún más allá, hasta el castillo, serpenteaba una enorme espiral de tropas invasoras en la que ahora nos vimos envueltos. Me pellizqué el muslo con fuerza para convencerme de que todo aquello era realidad, y no un sueño. «Königsberg en 1945», me dije repetidamente.

El médico dobló una esquina, observó las ruinas, y al reconocerlas no pudo menos que dejar escapar un grito:

> Obviamente, aquí había casas levantadas: justo aquí era donde vivía nuestro dentista. Trabajaba allí arriba, en lo alto. Puede que en aquellos días mirara de vez en cuando por la ventana a la tranquila calle de abajo, como si estuviera esperando algo. Ahora, entre las ruinas en llamas, se abría paso por la misma calle una multitud que profería enfervorizados gritos, sin principio ni fin.

Karl Potrek, un civil de Königsberg, buscó refugio en el campo:

> En el corral, más abajo en el camino, había un carro al que se habían clavado por las manos a cuatro mujeres desnudas en posición cruciforme […] paralelo al camino había un granero, y en cada una de sus puertas había también una mujer desnuda clavada por las manos […]. En las viviendas encontramos un total de setenta y dos mujeres, incluidas niñas, y un hombre anciano, todos muertos, todos asesinados de forma brutal, excepto unos pocos que tenían agujeros de bala en el cuello. A algunos bebés les habían abierto la cabeza… Todas las mujeres, al igual que las niñas de ocho a doce años, e incluso una anciana de ochenta y cuatro, habían sido violadas.

Josefine Schleiter, una mujer del municipio de Osterode, en

Prusia Oriental, iba caminando en dirección oeste:

> De repente, un coche se detuvo, y tres tipos muy altos me rodearon, me sujetaron y me arrojaron al interior. En la tormenta de nieve mis gritos no podían oírse. El coche se puso en marcha, y yo estaba allí en medio, observada por uno de los rusos. Estaba helada de frío. No había comido nada desde el mediodía, y no tenía nada más que lo que llevaba encima. Uno de los tipos, que estaba envuelto en mantas, me sonrió y me preguntó cínicamente: «¿Frío?». El coche redujo la velocidad y yo me bajé de un salto, pero se detuvo de inmediato y volvieron a arrojarme al interior. Luego siguieron los momentos más deshonrosos de mi vida, que soy incapaz de describir…

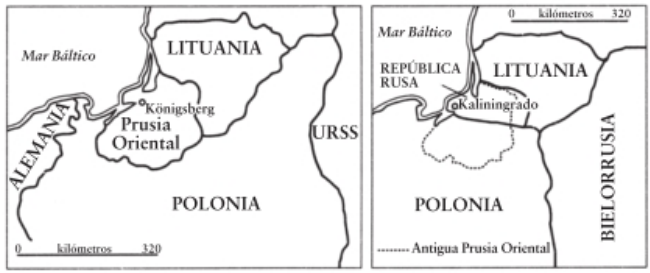
Pero sería la poesía de un ruso, un joven soldado llamado Aleksandr Solzhenitsin, la que mejor describiría lo que ocurrió cuando el Ejército Rojo invadió Prusia Oriental:

> *Desmoronados fragmentos de esbelto gótico*
> *arden en un montículo enorme.*
> *A través de la estrecha calle, el tránsito*
> *se condensa apretujado en un sólido atasco:*
> *unos demasiado rápido, otros demasiado despacio…*
> *Subiendo escalones, cruzando umbrales, en su avance,*
> *los conductores rusos se abren paso a la fuerza.*
> *Giran y maniobran, temerarios,*
> *¡en cualquier ángulo, en cualquier lugar!*
> *Estamos acostumbrados a los sobresaltos asiáticos,*
> *los topetazos, las sacudidas, las colisiones, las estampidas.* […]
> *Un gemido medio amortiguado por las paredes:*
> *la madre está herida, todavía viva.*
> *La hija pequeña yace en el colchón,*
> *muerta. ¿Cuántos han estado allí?*
> *¿Un pelotón, quizá una compañía?*
> *Una niña se ha convertido en mujer,*
> *una mujer se ha convertido en cadáver.*
> […]
> *Dándose palmaditas en los hombros llegan a la casa.*

*Ahora están dentro. Ella se queda ahí, paralizada.*
*Ríen. «¡Pues tráenos unos huevos, mamá!».*
*Y el ama de casa hace lo que puede,*
*les lleva manzanas, frágiles y maduras.*
*Ellos las cogieron, deambularon un poco,*
*un crujido entre sus dientes como la escarcha.*
*Y luego dispararon primero al ama de casa,*
*salpicando de sangre el pelo de la alfombra.*
*El marido estaba postrado en la cama, enfermo:*
*lo curaron con una ráfaga de carabina.*

«Los rusos —dijo el estadista estadounidense George Kennan — barrieron a la población autóctona de un modo que no tenía parangón desde los días de las hordas asiáticas».

Al volver la vista atrás, los habitantes de Königsberg solo vieron fuego, polvo, cenizas y el humo enroscándose en las agujas de sus iglesias góticas.




## Kaliningrado/Königsberg

Había media hora de viaje en un autobús desvencijado desde el puerto hasta el centro de Kaliningrado. Le pregunté al conductor si podía contarme algo sobre Kalinin, el antiguo presidente soviético (famoso por enviar a su mujer al gulag) que daba nombre a la ciudad.

—¿Kalinin? Tiene algo que ver con Stalin. —Se encogió de hombros—. No sé.

Nos acercamos a la ciudad a través de un corredor de edificios bajos y fachadas medio en ruinas de casas bombardeadas que nadie había arreglado después de cuarenta años. El autobús continuó a trompicones sobre los baches, el asfalto agrietado, las vías del tranvía y los trozos de la vieja carretera adoquinada. Las amplias calles se veían vacías de coches, como si hubieran sido construidas para una nación más grande y poblada. En las afueras de la ciudad, algunos de los bulevares estaban flanqueados por árboles viejos. Pero luego, a medida que avanzamos, los árboles desaparecieron, las casas adosadas dieron paso a edificios más altos, los anchos bulevares se abrieron a grandes plazas, las ocasionales explosiones de arquitectura de ladrillo cedieron al cemento y el

paisaje se hizo más descarnado, hasta que finalmente el autobús se detuvo: habíamos llegado al centro de la ciudad medieval.

—La catedral está por ahí —señaló el conductor.

Luego se cerraron las puertas y el autobús se alejó. El aire quieto olía a tubo de escape y a humo de carbón. Las aceras estaban vacías de gente. Dondequiera que uno mirara, no veía más que imponentes muros de hormigón y acero.

Pero no eran el hormigón y el acero limpios y relucientes de Nueva York o de Los Ángeles. Aquí los altos edificios estaban agrietados, rotos, flácidos, como si hubieran envejecido prematuramente. Las paredes estaban acribilladas de suciedad y defectos de construcción, las ventanas estaban rotas, las fachadas se habían ennegrecido por la contaminación. Aunque ya se hallaban en un estado de deterioro avanzado, pocas construcciones parecían haber sido terminadas. Junto a ellas, grandes pedazos de hormigón, tuberías oxidadas, alambres y placas de vidrio cubiertas con cinta adhesiva yacían esparcidos por el barro. Montones de ladrillos rotos se apilaban junto a puertas cuyas bisagras estaban ya oxidadas. Gruesas capas de hongos de color verdoso poblaban las aceras a medio construir. Había avenidas enteras parcialmente pavimentadas o cortadas por obras, y montones de tierra y arena cubriendo la hierba de los parques.

De vez en cuando, algunos indicios de la existencia de otro orden, más antiguo, asomaban entre los restos del nuevo. Aquí una acera de hormigón terminaba abruptamente, revelando de forma inesperada una calle pulcramente empedrada que yacía justo debajo de su superficie; allí un viejo edificio se inclinaba en un solar vacío sin nada que lo rodeara. Casi podía percibirse cómo las calles del casco antiguo —antaño retorcidas y estrechas, cubiertas de adoquines y flanqueadas por las altas casas de los comerciantes de la costa— habían desaparecido

bajo las avenidas soviéticas de hormigón agrietado; cómo la diversidad —los cimientos de piedra medievales, las puertas de los seminarios barrocos, las columnas clásicas, las paredes de ladrillo rojo prusiano y los delicados escaparates de los comercios— se había desvanecido tras una monotonía espectacular; cómo las iglesias y las pastelerías, los mercados agrícolas, los estancos, la universidad, las escuelas y los tribunales de justicia habían dado paso a bloques de pisos convenientemente numerados.

Sin embargo, la ciudad parecía no ser consciente de su propia historia. Tras una hora de búsqueda mapa en mano, encontré el que constituía el único monumento a la destrucción soviética de Königsberg: un diminuto museo subterráneo escondido en un búnker de guerra. La mayoría de los objetos expuestos eran dioramas de batallas, y una serie de diagramas representaban el avance del Ejército Rojo. Había representaciones artísticas de la quema de Königsberg e imitaciones de carteles alemanes: «*Wir Kapitulieren Nie!*» («¡Nunca capitularemos!»). La última sala contenía una serie de fotografías del antes y el después: antes casas e iglesias de ladrillo, después bloques de hormigón todos idénticos; antes iglesias medievales, después solares vacíos.

Una vez fuera, traté de recorrer a pie el viejo corazón de la ciudad, pero el plano de las calles era incoherente. El centro de Kaliningrado parecía dispar, inacabado; era como si alguien hubiera dejado caer por accidente sobre los monumentos más antiguos nuevos bulevares e insulsos edificios que no pegaban ni con cola, y luego, al contemplar el espantoso resultado, hubiera dado todo el proyecto por perdido.

—*Sprechen Sie Deutsch?*

Me di la vuelta. Un hombre mayor con un traje a cuadros y una gorra de cuero deshilachada me miraba fijamente mientras se hurgaba un diente con una astilla de madera. Estábamos en

una pequeña isla rodeada de canales contaminados; detrás de nosotros se alzaban las ruinas de la catedral, sin techo, suelo ni ventanas, expuestas como el costillar de una gran bestia.

—*Sprechen Sie Deutsch?*

Negué con la cabeza.

En realidad, él tampoco sabía alemán, de modo que empezamos a hablar en ruso. Era de la ciudad bielorrusa de Pinsk. Durante la guerra había hecho trabajos forzados en una fábrica penitenciaria alemana en las inmediaciones de Berlín. La comida era la mejor que había probado nunca. Las mujeres eran las más hermosas que había visto nunca. ¡Las casas estaban tan limpias, tan pulcramente ordenadas!... Después no le habían dejado quedarse en Berlín, pero él tampoco quería volver a casa, de modo que se fue a Kaliningrado.

—Esto es más occidental —me dijo—. Se parece más a Alemania.

Sus dientes negros se encrespaban sobre su palillo casero.

Le pregunté si quedaban muchos alemanes. Él se encogió de hombros.

—No conozco a ninguno. Estaría bien que hubiera más.

Me siguió en mi recorrido por las ruinas, adelantándose para señalarme la tumba llena de grafitis de Immanuel Kant. Uno de los raros filósofos que alcanzaron la gloria en vida, Kant fue en su día el habitante más célebre de Königsberg. Pese a las ofertas de otras universidades más famosas, Kant se negó a mudarse a otro sitio, y solo abandonó la ciudad en una ocasión, durante su juventud, para trabajar como tutor en una casa de la nobleza prusiana. Pero acudían a él intelectuales de toda Europa, atraídos por su exquisita conversación y la buena comida de su cocinera, así como por su erudición, informando reverentemente de sus agudezas y sus sabios consejos a sus universidades de origen «como Moisés a su regreso del monte Sinaí», en palabras de un admirador. Kant inspiraba una

devoción fanática en sus discípulos, incluido Johann Herder, el padre del concepto de *Volkgeist*, quien decía de su maestro que «no era indiferente a nada que valiera la pena conocer. Ninguna cábala, ninguna secta, ninguna ventaja para sí mismo, ninguna ambición ejercía la menor influencia en él en comparación con el desarrollo y la ilustración de la verdad». También se ganó la admiración de los oficiales y nobles prusianos que constituían la clase alta de Königsberg. En cierta ocasión, cenando en casa de un famoso general, el filósofo derramó accidentalmente un vaso de vino tinto sobre el costoso mantel. Para mostrar el respeto que sentía hacia su invitado, el general siguió hablando como si tal cosa, derramó su propio vaso, y luego, mientras hablaba de los Dardanelos, trazó la forma del estrecho en la mancha de vino con el dedo.

Kant era también una figura familiar en las calles de la ciudad. Era un hombre de hábitos meticulosos, hasta tal punto que los habitantes de Königsberg tomaban como referencia sus paseos diarios para regular su propia rutina. Cuando murió, acudieron a su funeral personas de todas las clases y profesiones.

El hombre de Pinsk no sabía mucho de Kant:

—Creo que escribió libros —me dijo.

Yo me desvíe un poco de nuestro recorrido y crucé un puente que todavía conservaba la barandilla de hierro de antes de la guerra. Abajo, el agua parecía estar muy lejos: puede que la contaminación hubiera hecho descender el nivel del río Pregolia (Pregel en alemán), o quizá era solo que estábamos a finales de verano. En el siglo XVIII los puentes de Königsberg habían inspirado un célebre rompecabezas matemático. Había siete puentes, que cruzaban tanto el Pregolia como el canal, y la mayoría conducían desde diversas partes de la ciudad hasta una pequeña isla. Se planteaba la siguiente cuestión:¿era posible seguir un camino que cruzara cada puente una sola vez

pero ninguno de ellos más de una vez? Algunas de las mentes más brillantes de Europa se obsesionaron por aquel difícil problema, dándole vueltas en sueños por las noches, hasta que Leonhard Euler, un pensador suizo que a los veintiocho años había ganado una cátedra de matemáticas en San Petersburgo, demostró de forma concluyente que «si hay un número impar de puentes que conducen a más de dos zonas, entonces el trayecto es imposible». Euler se convertiría más tarde en el matemático de la corte de Federico el Grande, pero nunca olvidaría su experiencia en Rusia. En cierta ocasión en que la reina de Prusia le reprochó su silencio, él le respondió diciendo: «Señora, vengo de un país en el que, si hablas, te cuelgan».

Mientras caminaba, tratando de seguir el recorrido de los puentes de Euler, el hombre de Pinsk continuaba detrás de mí. Parecía estar esperando algo. Pasada la catedral, volvió a dar un paso al frente.

—¡Mire, mire! —me dijo sin el menor asomo de ironía—. La sede del Partido Comunista.

Habría sido difícil pasar por alto aquel edificio: el exterior, la parte que se había completado, era de mármol rosa. Con su forma asimétrica y su mitad superior más ancha que la base, el edificio se cernía sobre el centro de la ciudad como una bruja montada en una escoba. Sus dos torres desiguales estaban unidas por lo que de lejos parecían ser trozos de tuberías metálicas. En el centro se abrían grandes ventanales redondos, y la base estaba rodeada de absurdas placas de granito, pero el rosado edificio estaba inacabado. Varios andamios cubrían aún sus paredes externas, y el viento silbaba en los huecos de los ascensores. Demasiado costoso para derribarlo, demasiado costoso para terminarlo, la única función que le quedaba era aquella para la que originariamente se construyó: borrar el recuerdo el castillo de los Caballeros Teutónicos que en su día

se había alzado en el mismo lugar.

Me di la vuelta para marcharme. El hombre me agarró del brazo.

—¿Puede llevarme a Alemania?

—¿Qué?

Aparté el brazo. Él juntó las manos imitando la postura del rezo.

—¿Puede llevarme a Alemania? Quiero volver a Alemania con usted.

Le dije que yo no podía llevarle y que además no era alemana. Él me miró de arriba abajo. No se lo creía.

Volvió a agarrarme del brazo.

—¿Tiene marcos alemanes? —me preguntó.

Le di un dólar, y se fue a toda prisa.

Kaliningrado es uno de los pocos lugares donde Stalin logró totalmente lo que se proponía. Exterminó a los prusianos orientales de forma tan radical como antaño los Caballeros Teutónicos habían exterminado a los prusios, aunque tardando unos pocos años en lugar de un siglo. Llenó de forasteros la ciudad. Destruyó las iglesias, las casas y los árboles, y los sustituyó por bloques de hormigón. Borró el pasado. «Si me lanzaran en paracaídas sobre esta ciudad y me preguntaran dónde estoy —escribió Marion Gräfin Dönhoff, editora de *Die Zeit*, que había pasado su infancia en un palacio cerca de Königsberg y regresó a la ciudad mucho después de la guerra —, respondería: tal vez en Irkutsk».

Aquella tarde entré en la sede de un periódico local. Antes se llamaba *Komsomólskaya Pravda*; ahora la dirección estaba buscando un nuevo nombre. Pregunté si alguien sabía dónde encontrar a algún alemán.

—No un alemán soviético —les dije—, uno originario de

Königsberg.

Los alemanes soviéticos descienden de los campesinos alemanes que cultivaban sus campos a orillas del Volga, donde Catalina la Grande les concedió tierras baldías en el siglo XVIII, o de los comerciantes e ingenieros alemanes que importaron ella y su predecesor, Pedro el Grande, para desarrollar ciudades como San Petersburgo y Odesa. Aunque ahora miles de ellos residían en Kaliningrado, los antepasados inmediatos de los alemanes soviéticos eran inmigrantes, todavía con plena conciencia de vivir en un país extranjero. En cambio, un regiomontano (como se denomina a los naturales de Königsberg) no era un inmigrante aunque sus antepasados hubieran venido de Alemania en la Edad Media. Independientemente de lo que pudiera haber sido antaño, antes de la guerra Königsberg no era una colonia alemana en el Este de Europa: era Alemania.

La directora del periódico, una mujer con un corte de pelo masculino de complexión fuerte, y una larga falda de franela, me miró con escepticismo.

—¿Por qué? —me preguntó—. No sería un tema interesante para usted. —Sacó un papel y me mostró el desglose de nacionalidades del Distrito de Kaliningrado—. Somos mayoritariamente rusos. Yo soy rusa. Pero también hay lituanos, letones, estonios, bielorrusos, ucranianos, armenios, uzbecos y azerbaiyanos. En Kaliningrado tenemos más de treinta nacionalidades; hay mucha gente interesante a la que entrevistar. —Se sentía orgullosa de la diversidad de Kaliningrado: su ciudad era un pequeño reflejo de la Unión Soviética—. ¿Por qué quiere conocer a un viejo alemán?

Ella había nacido en Siberia y había pasado su infancia en una base militar en las islas Kuriles. Sus padres habían huido del frío y la pobreza de la Rusia asiática alistándose en el ejército, trasladándose al oeste y, más tarde, al jubilarse,

optando por quedarse allí. Ese fue el camino que siguieron muchos rusos de su generación. La costa del Báltico —Lituania, Letonia y Estonia, además del propio Distrito de Kaliningrado— parecía más civilizada, más europea, que Rusia. Dado que muchos de los habitantes de la región habían sido asesinados o deportados, había más espacio. Incluso había casas vacías —robustas casas prusianas de ladrillo— que podían conseguirse gratis.

La directora del periódico había vivido en Kaliningrado la mayor parte de su vida, pero en la escuela no le habían enseñado que Kaliningrado había sido antaño una ciudad alemana. La historia empezaba en la Revolución rusa, y el siguiente acontecimiento importante era la Segunda Guerra Mundial, la Gran Guerra Patria. Sus profesores le dijeron que después de la guerra Stalin había liberado Kaliningrado de la ocupación nazi, pero nunca le explicaron nada sobre la ciudad antes de ese acontecimiento. Ahora ella sabía más. Había visto fotos de la catedral, y se sentía muy orgullosa de Kant; de hecho, creía que Kaliningrado debería rebautizarse como Kantgrado. Me dijo que su generación ya se consideraba «diferente» de los rusos de Rusia. Ellos eran rusos bálticos, una nueva nacionalidad. Por el momento eran más bien pasivos, hijos de soldados y marineros, pero seguramente se convertirían en una gran nación comercial; al final la geografía tendría que imponerse. En varias ocasiones utilizó el término «allí», acompañado de un gesto de la mano, para referirse a Rusia, que ella consideraba un país distinto. Inconscientemente había adoptado la actitud de los alemanes que la habían precedido: aquí, la costa báltica, era civilizada; allí, el Este, era bárbaro.

Sin embargo, su conocimiento del pasado de la ciudad era superficial. Hablaba de Kant con la misma veneración que los rusos reservan a su canon de héroes culturales —Pushkin,

Tolstói y Dostoievski—, pero no había leído ningún libro suyo: «No creo que se publiquen en ruso». Los nombres de los demás filósofos de la ciudad eran nuevos para ella. Su interés por Alemania se centraba en el turismo y el comercio alemán, no en el pasado alemán. Sus planes para «su» ciudad eran planes que traerían dinero alemán. Esperaba que su periódico contribuyera a promover una zona económica libre en el Báltico, una frontera abierta con Polonia y el comercio con Alemania. Me habló con conocimiento experto del «corredor»: al igual que Prusia Oriental había tenido antaño un corredor polaco que la separaba de Rusia, también el Distrito de Kaliningrado se hallaba ahora separado de Rusia por un corredor lituano. El problema de las aduanas y el transporte tendría que resolverse, esperaba que pacíficamente.

Mientras me hablaba de todas esas cosas, la directora se entusiasmó tanto que cogió el teléfono y, sin dejar de hablar, empezó a marcar un número. Tenía un amigo —me dijo— que era economista. Él podía explicarme todo lo relativo a la zona económica, todo lo relacionado con el comercio y el transporte.

—Debería conocer a alguien que le hable del futuro; no del pasado, sino del futuro.

Pero su amigo no estaba en casa. Colgó el teléfono. Un avión pasó rugiendo sobre nuestras cabezas, llenando de ruido la habitación.

—Creo que un viejo alemán resultaría un tema interesante —le dije.

—Los únicos que podrían encontrarle un alemán son los del KGB —me aseguró—. Ellos tienen las listas. Y en nuestro distrito están bastante reformados. Nosotros conocemos a algunos de los jóvenes oficiales. Pero ¿no le gustaría entrevistar a un nuevo alemán, uno que haya venido aquí de visita, a invertir? Conocemos a personas así. Hay una nueva sociedad, una sociedad alemana, que han creado con los alemanes

soviéticos.

Volvió a coger el teléfono.

—No, ya he conocido a algunos de ellos —le respondí—, en el barco.

Colgó el teléfono de nuevo.

—¿No podría llamar al KGB? —le pregunté—. No hay nada malo en preguntarles si saben cómo encontrar a alguien.

—Si es lo que quiere, les llamaré. Pero no le prometo nada. —Con el ceño fruncido y encogiéndose de hombros, volvió a sentarse en su silla—. Vuelva mañana —añadió.

En Kaliningrado no había ningún hotel que me atrajera, de manera que por la noche cogí un taxi hasta Svetlogorsk —una población cuyo antiguo nombre alemán era Rauschen y donde se dice que se alojó Thomas Mann en la década de 1920—, a una hora al norte de Kaliningrado.

—Soy polaco —me dijo el conductor, hablando en ruso.

Su bisabuelo había sido un noble que luchó en la revuelta polaca de 1863 contra Rusia; el ejército del zar lo desterró a Kazajstán, de donde no volvió nunca. Su abuelo había trabajado en las minas kazajas, y su padre se había alistado en la marina soviética y había navegado por todo el mundo. En un memorable viaje había visitado la ciudad tejana de Galveston. El taxista vivía en Pioneersk, no lejos de Svetlogorsk.

—¿Pioneersk?

Él no veía nada de divertido en rebautizar una ciudad con el nombre de los Boy Scouts comunistas.

—Yo crecí allí —me explicó—. No sé cómo se llamaba antes.

Por parte de su madre era tártaro y uzbeko. Pero su lengua materna era el ruso, y no conocía ninguna otra.

Cuando nos aproximábamos a Svetlogorsk empezó a inquietarse.

—No habría que acercarse por aquí —murmuró. Se detuvo al pie de una empinada colina y me hizo un gesto para que me bajara—. Allí arriba encontrará un hotel —indicó, y se alejó con rapidez.

Subí despacio la colina, pasando junto a grandes casas con torres y altas ventanas góticas, algunas de madera, otras de ladrillo rojo y otras de piedra. Al cabo de unos minutos comprendí por qué el taxista quería alejarse tan deprisa. En cada casa había un cartel: PRIMERA DIVISIÓN, EJÉRCITO SOVIÉTICO, o CLUB DE OFICIALES NAVALES, o SANATORIO MILITAR… Svetlogorsk se había convertido en un campamento de vacaciones del ejército, vedado a los civiles. Quizá siempre había sido así. Era fácil imaginar a los oficiales prusianos con sus familias numerosas viniendo a pasar aquí el verano y disfrutando en las grandes y espaciosas casas y las amplias calles de la ciudad. Al acercarse, sin embargo, podía verse que las viviendas estaban cubiertas de moho y la madera medio podrida.

El único hotel que no estaba vinculado a algún regimiento se alzaba como si estuviera abandonado en un campo fuera del centro de la ciudad. El mostrador de recepción estaba desierto, y en el pasillo goteaba agua del techo.

Toqué el timbre.

Desde algún lugar de muy adentro llegó el sonido de una cucharilla al caer al suelo, y luego un silencio.

Volví a tocar el timbre.

Se oyó un portazo. Una mujer de largo cabello gris con un ojo estrábico se acercó a la recepción arrastrando los pies. Le pedí una habitación.

—Pasaporte —se limitó a decir. Cuando vio el águila estadounidense se le abrieron los ojos como platos—. Cincuenta rublos —declaró, indicando la cantidad de dinero más alta que imaginaba que podía pedir.

Cincuenta rublos, el salario de un mes, equivalían

aproximadamente a un dólar y medio. Cogió los billetes, los examinó detenidamente —en una época anterior habría mordido las monedas— y se los metió en el bolsillo con un gesto furtivo.

Subí por una escalera llena de suciedad y recorrí un oscuro pasillo. Al abrir la puerta de la habitación, contemplé un espectáculo extraordinario.

No era solo que la habitación del hotel estuviera mal diseñada. Era como si alguien se hubiera propuesto crear una habitación en la que todo estuviera mal hecho y nada funcionara en absoluto.

Todos los elementos del cuarto de baño eran defectuosos, como si allí se hubieran vuelto a montar fragmentos de trastos viejos en lugar de accesorios sanitarios. El lavabo no tenía desagüe, por lo que el agua se filtraba directamente al suelo. La cadena del váter no se accionaba con una palanca, sino con un trozo de alambre retorcido. La alcachofa de la ducha estaba colocada tan abajo que cualquier adulto normal tendría que arrodillarse para mojarse la cabeza. De la pared colgaba un ventilador inútil, desconectado de cualquier fuente de electricidad.

En el dormitorio, las paredes estaban cubiertas de azulejos desparejados. La mitad de la habitación era de color azul turbio y la otra mitad de color verde hospital. Nadie se había molestado en hacer que los azulejos llegaran al techo, de modo que la parte superior de las paredes estaba recubierta de varios centímetros de cemento puro y duro. En las camas no había sábanas ni almohadas. Una pequeña pero vigorosa cucaracha se arrastraba por el suelo.

Alguien había ordenado la construcción del hotel. Algún otro lo había construido. Alguien había colocado los azulejos desparejados en la pared. Alguien había instalado mal el lavabo. Alguien había elegido los colores de la pintura. Alguien

no había hecho las camas. Se habían tomado muchas decisiones, pero nadie se había responsabilizado de la habitación. Nadie se había visto obligado por la necesidad de dinero, o de conservar un empleo, o siquiera por el orgullo de ser propietario, a velar para que la habitación resultara agradable. Era solo un sitio creado para cumplir el plan de un remoto burócrata que nunca llegaría a verlo y al que nunca llegaría a importarle.

Pensé en los prusianos, en los originarios prusianos paganos que adoraban los árboles. Miré por la ventana. Unas suaves colinas verdes, envueltas en la niebla, constituían el telón de fondo del gran montón de ceniza gris que se alzaba en medio del patio.

La mañana siguiente volví a la redacción del periódico. La hombruna directora se mostró formal y distante, todavía enfadada porque yo no había querido hablar de las zonas económicas y del brillante futuro de la Rusia báltica. Pero había encontrado lo que yo quería.

Un joven sargento del KGB, amigo del periódico, tenía archivados los nombres de tres alemanes que aún vivían en el Distrito de Kaliningrado.

—No digo que todos lo sean. Pero esas son las personas en cuyo pasaporte consta «alemán».

Una de ellas, un tal Fritz R., estaba en un hospital psiquiátrico. La segunda era una mujer que vivía bastante lejos, a varias horas de viaje, y posiblemente estuviera demasiado enferma para hablar, puesto que tenía más de noventa años.

—La tercera, Gerda Petrovna —y aquí la directora me dio un apellido lituano—, vive en el centro de la ciudad. Pero no tiene teléfono.

—¿Le apetecería venir conmigo?

—No, no me apetece acompañarle —me respondió con firmeza—. No me gusta llamar a la puerta de gente que no conozco. Y para mí no resulta interesante.

Luego se apartó sin despedirse.

La casa era fácil de encontrar, aunque no estaba en el centro de Kaliningrado. Se hallaba en un suburbio de preguerra, uno de los pocos que se habían conservado, encajada entre otras casas adosadas con techos de tejas rojas y pequeños jardines. Aquellas antiguas viviendas, construidas para la clase trabajadora alemana, tenían ahora un aspecto lujosamente individualizado.

La propia Gerda Petrovna abrió la puerta. Era una mujer delgada, de espalda rígida y cabello gris firmemente recogido con alfileres. Cuando le expliqué quién era, esbozó una sonrisa sorprendida y distante.

—Pase —me dijo—. Nunca había conocido a ningún americano.

Me condujo por un pasillo oscuro. La antigua casa familiar se había dividido en cuatro apartamentos, y el suyo era el más pequeño. La única habitación que había estaba decorada con el mobiliario soviético estándar: estanterías baratas forradas con ejemplares de Tolstói que nadie había leído, una alfombra de producción industrial tejida imitando la artesanía campesina, varios ceniceros de plástico… En el centro de la estancia, una cortina separaba la «sala de estar» del «dormitorio». El rincón más apartado albergaba una pequeña cocina.

—¡Masha! —llamó Gerda Petrovna—, tenemos una invitada.

Otra mujer, tan gorda y fofa como frágil y quebradiza era Gerda Petrovna, se asomó desde la cocina. Al verme, sus flácidas mejillas mostraron un ligero temblor.

—¿Una invitada?

—Una invitada de América —declaró Gerda Petrovna con firmeza.

—¡De América! ¡Pero no he limpiado la habitación, no tengo nada de comer! —empezó a lamentarse mientras se acercaba a mí, limpiándose las manos en el delantal, visiblemente nerviosa —. ¿Qué le apetece? ¿Té? No hay café… ¿tal vez zumo?

—Un té está bien.

Tras retirar unos viejos platos de la mesa, Masha corrió de nuevo a la cocina para preparar té. Se escuchó ruido de ollas que entrechocaban, y algo cayó al suelo con estrépito. Gerda Petrovna ignoró los ruidos y se volvió hacia mí.

—Bueno, ¿qué quiere saber?

—Me han dicho que es usted alemana… —empecé a decir.

—¿Alemana? Yo no soy alemana —replicó de inmediato—. Soy lituana.

—¡Vaya!, lo siento… Estaba buscando a alguien que ya viviera en Königsberg antes de la guerra.

—Yo ya vivía en Königsberg antes de la guerra.

—Pero usted no nació aquí…

—Sí, nací aquí, pero mi madre era lituana.

—¿Entonces de pequeña hablaba lituano?

—No hablo ni una palabra de lituano. Mi madre se trasladó a Königsberg de niña, y mi padre era de Hamburgo.

Me quedé observando a Gerda Petrovna, y ella me devolvió la mirada con un rostro que era una perfecta máscara de inexpresividad. Alguien, o algo, le había enseñado a no autodenominarse alemana.

—Entonces habla alemán…

—Antes lo hablaba —me corrigió—, pero apenas lo recuerdo. Desde hace cuarenta años solo hablo ruso.

La madre de Gerda Petrovna había nacido en una ciudad portuaria situada al norte de Kaliningrado que ahora se llama Klaipėda. Al igual que Königsberg, era una ciudad báltica de habla alemana. Durante muchos siglos se llamó Memel y perteneció a Prusia. En el reparto que siguió a la Primera

Guerra Mundial cayó en manos de los lituanos, que la rebautizaron alegremente como Klaipėda. En 1938, Hitler exigió la devolución de la ciudad y declaró Memel nuevamente alemana. Después de la guerra, la ciudad se reintegró a Lituania, volvió a convertirse en Klaipėda, y así ha permanecido.

¿La madre de Gerda Petrovna era lituana o alemana? Dependía de cómo uno quisiera ver las cosas. Nacida de padres lituanos en el último cuarto del siglo XIX, vivió en una región tradicionalmente habitada por hugonotes, católicos alemanes y polacos, judíos alemanes y polacos, lituanos, rusos y otros pueblos hoy olvidados. Hablaba alemán, la lengua franca, en la escuela y en los comercios. Hablaba alemán con su hija. Hablaba alemán con su marido. Era ciudadana de Alemania, y para cuando llegó la guerra probablemente se había convertido en una partidaria incondicional del Reich.

Miré el estampado de flores de la alfombra y comprendí que Gerda Petrovna tenía miedo. La propaganda soviética había elegido términos desagradables para referirse a las personas como ella, antiguos alemanes burgueses: fascistas y enemigos del pueblo. Eso explicaría por qué había rusificado su nombre, por qué había «olvidado» su alemán. Pero sin duda —pensé—, aunque todavía tuviera miedo de opinar, al menos tendría algunos recuerdos.

—¿Podría describirme alguna cosa? —le pregunté—. ¿Podría describirme, por ejemplo, cómo era Königsberg antes de la guerra?

—Bueno, era una ciudad antigua, tenía calles viejas, calles estrechas, casas viejas… No sé, debería buscar en los libros. La verdad es que no lo recuerdo —me dijo—. Solo tenía veinte años cuando terminó.

Me comentó que, cuando estalló la guerra, ella estudiaba en el instituto pedagógico. Durante el conflicto había trabajado

como enfermera en una clínica para heridos de guerra. Había cartillas de racionamiento y ataques aéreos, y eso era todo.

—Solo tenía veinte años —me repitió.

Intenté probar con algo más concreto.

—¿Qué ocurrió el día en que el Ejército Rojo tomó la ciudad?

—Bueno… estábamos en el sótano de la clínica. Y… entonces llegaron, supongo. Yo no los vi.

Pensé en los tanques, en los soldados, en las infames violaciones, en las víctimas clavadas a las paredes.

—Yo no los vi —repitió.

—¿Qué ocurrió con los alemanes? —le pregunté, mientras pensaba: sus amigos, sus colegas, sus parientes, su familia…

—Algunos murieron. Mi madre murió, los demás se fueron.

—¿Adónde fueron?

—Imagino que a Alemania.

—¿Por qué no se fue con ellos?

Se encogió de hombros. No parecía tener respuesta.

—¿Cómo quedó después la ciudad?

—Estaba destrozada, desde luego.

—¿Cómo quedó el centro, la ciudad medieval?

—La verdad es que no lo recuerdo.

—¿Se sintió triste?

—¿Que si me sentí triste? —Miró por la ventana—. Probablemente.

Hice un último esfuerzo.

—¿No resulta extraño —pregunté— vivir aquí ahora, después de todo aquello?

Se volvió de nuevo hacia mí.

—Nos hemos acostumbrado —me dijo finalmente—, y no hay más.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y entró Masha cargada con una enorme y abarrotada bandeja de hierro con té servido en vasos (como lo beben los rusos), una fuente con

galletas de color masilla, un plato con un montón de pan negro y otro cubierto de mantequilla. Esbozó una sonrisa lacrimosa y me puso la comida delante.

Masha era de Rusia, de Sverdlovsk. Había ido al frente como enfermera. Después… bueno, no fue tan fácil volver. A muchos soldados también se les prohibió regresar, y numerosos prisioneros del gulag fueron repatriados a la fuerza a la región. La Unión Soviética necesitaba habitantes para sus nuevos territorios. Masha y Gerda Petrovna se habían conocido en 1947 en los campos de refugiados. No había mucho más que contar.

—Desde entonces seguimos juntas.

Llevaban cuarenta años viviendo en aquella casita con su única habitación dividida. A través de un roto de la cortina pude ver que solo había una cama.

—Solo queremos paz —dijo Masha de repente—. No queremos otra guerra.

—Sí —se apresuró a reafirmar Gerda Petrovna—, y no queremos todos esos problemas nacionales. Yo soy lituana, Masha es rusa, pero no tenemos problemas, ¿lo ve? Los problemas llevan a la guerra.

—Queremos paz —repitió Masha.

Lo dijo utilizando un eslogan soviético: *Miru Mir*, paz en el mundo; el tipo de frase tranquilizadora que solía aparecer con bastante frecuencia en las calles de las ciudades soviéticas, pintada en vallas publicitarias o en las paredes laterales de los edificios.

—Paz en el mundo —repitió Gerda Petrovna.

¿Era posible no sentir nada por el lugar donde la propia infancia había ardido en llamas? Gerda Petrovna había vivido el auge de los nazis y la caída de Königsberg, había presenciado cómo deportaban y asesinaban a toda una ciudad, la había visto caer en las garras de Stalin, la había visto poblada de

extranjeros. Pero no podía hablar de ello, o no quería.

Masha me estaba preguntando algo:

—¿Está casada?…

—Pronto —admití.

—¡Anushka! —exclamó Masha, poniéndome un apodo ruso —. ¡Qué alegría! —Luego se volvió hacia Gerda Petrovna—. ¡Qué alegría!

Visiblemente aliviadas, las dos damas empezaron a charlar sobre bodas mientras me ofrecían más té y galletas. El sentimentalismo ruso, que permite que unos completos desconocidos se traten con la mayor intimidad, comenzó a brotar a raudales.

Me hicieron preguntas maliciosas sobre maridos y bebés, riendo por lo bajo y llevándose las manos a la boca. ¿Es americano? ¿Es guapo? ¿Qué piensa su madre de él? ¿Cuándo es la boda, Anushka?

Luego la conversación pasó a versar sobre cocina, sobre la dificultad de ir de compras, la disponibilidad de abrigos de invierno. Hablaron vigorosamente de cómo había cambiado el tiempo. Se preguntaron si aquel invierno sería más frío que el anterior.

—Anushka —me dijo Gerda Petrovna—, ahora los precios suben sin parar. Las cosas ya no son como antes.

—Anushka —añadió Masha—, las patatas cuestan el triple que antes, y ya casi no vale la pena comprar carne.

Quizá fuera así como vivían, siempre en el presente. Tal vez de ese modo era más fácil. Me levanté para irme.

—Anushka —me interrumpió Masha—, coma un poco más.

Antes de salir, Gerda Petrovna me dijo:

—Vuelva a vernos, Anushka. ¡Llámenos, escríbanos una carta!

Luego las dos me despidieron alegremente desde la puerta.

En una plaza cercana cogí un taxi. Por veinte dólares, el

taxista aceptó de inmediato hacer el viaje de ocho horas hasta Vilna.

—No hay problema, de noche no hay tráfico —me dijo, y luego guardó silencio.

Dejando atrás los grandes bloques de hormigón y los solares vacíos, nos adentramos en la campiña. Había anochecido, pero a pesar de la poca luz que había pude ver que los campos estaban baldíos. En lo que antes había sido una tierra intensamente cultivada ahora crecían flores silvestres rojas y maleza. Las acequias estaban llenas de sedimentos por falta de mantenimiento. En los tejados de los graneros, ahora medio en ruinas, anidaban las cigüeñas. En algunos lugares se veían hombres a caballo —cowboys rusos— conduciendo ganado por los descuidados campos. Lo que antaño fueran tierras de cultivo europeas se habían convertido en estepa asiática. Cada kilómetro, más o menos, una antena parabólica de radar dirigía su redonda oreja hacia el cielo, al tiempo que varios grupos de antenas lineales se balanceaban en el aire quieto. Las bases militares soviéticas abundaban más que los tractores.

Los tilos que bordeaban la carretera eran el único signo viviente de los antiguos moradores. Los alemanes que los plantaron habían creído que sus descendientes vivirían para verlos crecer. Ahora aquellos árboles parecían tomarse una especie de sutil venganza contra quienes habían conquistado a los alemanes. A lo largo de la carretera de Kaliningrado a Vilna conté siete vehículos del ejército destrozados y un coche aplastado: los árboles debían de haber hipnotizado a los conductores.

Olía a humo.

—¿A qué huele? —le pregunté al taxista.

—Es heno —me respondió—. Las granjas colectivas queman los restos en otoño.

Volví la vista atrás, en dirección a la ciudad. Detrás de

nosotros los fuegos de los campos iluminaban el cielo con un color anaranjado, como si Kaliningrado estuviera ardiendo de nuevo.

Justo en las afueras de Vilna había otro prusiano oriental al que debía conocer: en un viaje anterior me habían dado el nombre de Petras Cidzikas. Unos años antes, Petras se había tendido junto a la catedral de Vilna con los brazos extendidos, asegurando que no se movería ni comería nada hasta que fueran liberados ciertos presos políticos lituanos. El ayuno había logrado su propósito. En otra ocasión había ido caminando de Vilna a Moscú con una cruz de madera a la espalda.

—La gente salía de sus casas para verme, era como si recordaran algo que habían olvidado hacía tiempo.

Petras fue uno de los primeros habitantes de Vilna que pidieron en voz alta, de manera clara e inequívoca, la independencia de Lituania.

Últimamente, Petras había hecho suya la causa de Kaliningrado, a la que llamaba la «Pequeña Lituania». Ello se debía —explicaba— a que los prusios paganos habían sido un pueblo báltico, emparentado con los lituanos por su sangre y por su lengua.

—Cuando los exterminaron —me dijo—, fue como si hubiera muerto un miembro de la familia.

Su casa era oscura y olía a humo. Sobre una larga mesa de madera había un gran cuenco lleno de manzanas rojas y ciruelas amarillas; las paredes estaban cubiertas de libros y polvo. Petras tenía el pelo negro, un bigote negro y una barba negra recortada de la forma en que lo hacían los profetas en las películas mudas. De vez en cuando cogía una ciruela, pelaba cuidadosamente la fina piel con un pequeño cuchillo, la

sostenía a la titilante luz de las velas y, sin dejar de hablar, mordía con decisión la carne desnuda.

Petras me explicó que no sentía ninguna compasión por los alemanes que habían ocupado la costa prusiana durante tantos siglos:

—Se merecían que se destruyera su ciudad: se construyó en tierra ajena.

De todas formas, toda aquella destrucción ya se había profetizado. Petras me contó la historia.

Cuando el último sacerdote prusiano superviviente llegó al campamento de la Orden Teutónica, los monjes-soldados lo ataron de inmediato con una cuerda y le dijeron que expusiera sus demandas. El sacerdote se irguió, pese a tener las manos y el cuerpo atados, y les pidió, en nombre de los prusianos que ya no existían, que dejaran de talar los árboles.

Los pueblos bálticos —les explicó— creían que los dioses vivían en los árboles, y adoraban a estos últimos como los seres vivos de los que procedía la civilización: el fuego, las casas, las astas y mangos para las armas… Los árboles eran sagrados.

Los caballeros rieron. Entonces el sacerdote empezó a salmodiar una maldición: «Mientras viváis aquí —les dijo—, nunca tendréis paz en esta costa». Los teutones, aunque cristianos, también eran supersticiosos, y la maldición les asustó. De modo que arrojaron al sacerdote a una hoguera, gritándole que ardería junto con sus falsos dioses.

Pero el sacerdote no se quemó. Permaneció sentado en el centro de la hoguera y siguió repitiendo: «Mientras viváis aquí, nunca tendréis paz en esta costa».

Entonces los teutones lo sacaron del fuego, le colgaron una piedra del cuello y lo arrojaron al río helado.

Pero el sacerdote no se hundió. Se quedó flotando en la superficie, al tiempo que repetía: «Mientras viváis aquí, nunca tendréis paz en esta costa».

Los teutones sacaron al sacerdote del agua, desenvainaron sus espadas y se las clavaron en el corazón una y otra vez. Él siguió repitiendo en todo momento: «Mientras viváis aquí, nunca tendréis paz en esta costa».

Finalmente murió. Pero con el tiempo se había cumplido la profecía.

—Los alemanes vivieron en Königsberg durante setecientos años —me dijo Petras—, y en apenas cuarenta y cinco los rusos lo han arrasado todo.

Luego mordió su melocotón con aire satisfecho.

Petras vivía la mayor parte del tiempo en Vilna, pero su afinidad con Kaliningrado iba mucho más allá de los lazos étnicos. Al fin y al cabo, había pasado cuatro años de su vida en un hospital psiquiátrico soviético en las inmediaciones de la ciudad.

El hospital psiquiátrico no era solo para enfermos mentales. También era para disidentes como Petras, y no tenía nombre. El día de su ingreso se le asignó una identificación especial: YCH OCH 216 CT2. La sigla YCH significaba «institución», mientras que OCH era un acrónimo de «circunstancias especiales», el número 216 era el del hospital y CT2 significaba «celda número dos».

Los «médicos» obligaban a Petras a ponerse inyecciones que le dormían, o a veces, en cambio, le mantenían despierto. Le colocaban una camisa de fuerza, y le interrogaban preguntándole cosas como: «¿Por qué estás tan loco?», «¿Qué te pasa?».

Los guardias entraban en su celda noche y día. Cuando se tendía en la cama le decían: «¿Por qué no te sientas?». Si leía un libro le preguntaban: «¿Por qué no duermes?». Si caminaba por la habitación le decían: «¿Por qué no te estás quieto?». Si miraba por la ventana le preguntaban: «¿Es que quieres escapar?». Por la noche le despertaban zarandeándole, y

sacándole de sus espeluznantes sueños, solo para preguntarle: «¿Por qué no puedes dormir?».

A veces le ponían un compañero de celda, un ladrón o un asesino, que se dedicaba a observarle apoyado en la pared de enfrente.

Cada día, como mínimo, uno de los otros pacientes se volvía loco. El propio Petras no sabía muy bien cómo había sobrevivido:

—Empecé a pensar que aquello era normal. Empecé a pensar: «Así es la vida». Y dejé de pensar en el mundo exterior.

Sin embargo, el hospital no consiguió quitarle la fe en el Dios católico. A él eso no le sorprendía; al fin y al cabo, el mundo absurdo del hospital no era más que una versión exagerada del mundo absurdo de la Unión Soviética, y esta última nunca le había hecho perder la fe.

Las convicciones religiosas de Petras tenían su origen en su lugar de nacimiento, un pueblecito llamado Šeštokai, situado en la frontera entre Lituania y Polonia. Šeštokai era la última parada del antiguo ferrocarril ruso, y su familia vivía junto a la estación de la que partía la línea en dirección este, desde donde salían los trenes que se dirigían directamente a los gulags. En 1940 —el año de la primera invasión soviética de Lituania— y de nuevo en 1945 —el año de la segunda invasión—, Petras y su madre podían asomarse a la ventana de su casa de madera y ver a los deportados agrupados junto a las vías, con sus abrigos de lana marrón y sus maletas de cartón que destacaban sobre la nieve. A punta de bayoneta, subían desordenadamente a los vagones de ganado que les transportarían a Siberia. Los rusos se llevaron a uno de cada diez lituanos: médicos, abogados, propietarios de comercios, campesinos ricos… Los ocupantes soviéticos querían despojar a la nación de sus líderes. Unos pocos regresarían, años después. La mayoría no volvieron.

—Me sentía obligado con aquellas personas, y durante

muchos años busqué la forma de ayudarlas. Encontré la solución en el Nuevo Testamento, donde Jesús habla del ayuno y la oración. Mi energía mental ayudó a liberarlos, y después de haber hecho lo que pude por los deportados siberianos, ahora quiero hacer lo mismo por los habitantes de la Pequeña Lituania. Quiero liberarlos a ellos también.

Petras creía que los antiguos prusianos orientales eran en realidad bálticos, y no alemanes en absoluto. Los alemanes —decía— se habían casado con más gente de la que habían matado, y además no habían contado de forma precisa el número de campesinos que hablaban lenguas bálticas. Hasta la misma guerra, habían falseado las estadísticas, exagerando el número de descendientes de los Caballeros Teutónicos y subestimando el de campesinos y trabajadores bálticos.

Pero los alemanes no podían ocultarlo todo. En el siglo XIX, cuando Lituania formaba parte de la Rusia zarista, había florecido en Königsberg un resurgimiento nacionalista lituano; allí se imprimió la primera Biblia lituana, además de obras literarias y periódicos lituanos.

—A veces, cuando vas caminando por allí, cuando andas por el bosque cerca de los antiguos templos paganos, tienes una sensación muy fuerte. Es como la energía que experimentas en una iglesia, o la que sienten un chico y una chica cuando están enamorados y se tocan por primera vez las manos. Las personas con percepción mística la reconocen de inmediato, y, cuando la detectan en una arboleda o en un campo, las fuentes históricas suelen confirmar que el lugar había sido el emplazamiento de un templo. —Petras alzó la vista—. ¿La siente?

—¿Si siento qué?

—¿Siente la casa?

Recorrí con la vista la oscura habitación. Allí no había nada.

—El KGB ha metido productos químicos. Aquí la gente suele caer repentinamente enferma; hay algo malo en la atmósfera.

El aire es turbulento. Mire. —Se dirigió al otro lado de la habitación y cogió una bolsa de plástico—. Esta es una camisa que estoy seguro de que ha sido envenenada con medios psicotrópicos. La semana que viene la llevaré a que la examine un químico.

El KGB —me dijo— tenía grandes conocimientos de psicología, parapsicología y magia negra. De hecho, eran los mayores expertos del mundo en el uso de plantas, pociones y productos químicos para influir en el pensamiento humano. Incluso habían investigado los poderes místicos del Distrito de Kaliningrado, los poderes especiales que los paganos habían conferido a ciertos lugares.

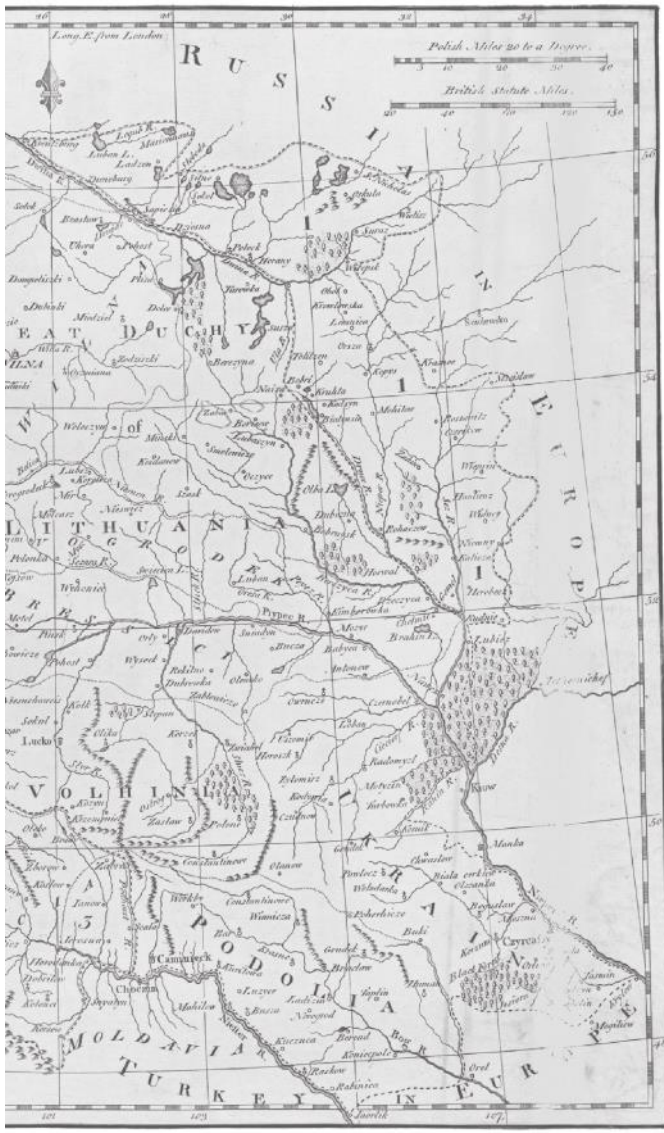
—El KGB está muy muy interesado en estas cosas —repitió Petras—, de manera que los rusos lucharán con uñas y dientes antes de renunciar a Kaliningrado.

Le pregunté si él creía que la Pequeña Lituania volvería a formar parte alguna vez de la Gran Lituania.

Me miró sorprendido.

—Por supuesto —aseguró.

POLAND, Showing the Claims of Russia, Prussia & Austria, until the late DEPREDATIONS, the extent of which cannot as yet be ascertained.
Remarks.
Claims of Russia ... 1
Prussia ... 2
Austria ... 3
Long. East from Philad.
W. Harker sculp.
SWEDEN
BALTIC SEA
GOTHLAND I.
Gulf of Riga
RIGA
COURLAND
SAMOGITIA
KONINGSBERG
DANTZIC
POMERELIA
GREAT POLAND
LITTLE POLAND
GERMANY
SILESIA
MASOVIA
PRUSSIA
WARSAW
CRACOW
RUSSIA
HUNGARY
Mount Krapack or Carpathian Mountains
Gnesna
Thorn
Marienburg
Brandenburg
Rasieine
Mittaw
Brussel
Lemberg




Matthew Carey, «Poland, shewing the claims of Russia, Prussia, & Austria, until the late depredations, the extent of which cannot as yet be ascertained», 1800. (Reproducido bajo licencia Creative Commons Atribución 2.0 Genérica [CC BY 2.0], www.creativecommons.org/licenses/by//2.0/deed.es. Foto: Norman B. Leventhal Map Center, Boston Public Library).

SEGUNDA PARTE

# POLACOS Y LITUANOS

Corre alumbrado por los rayos del sol que ahora cuelga a baja altura, como un mensajero de los moradores del cielo. Y el resonar de los cascos de su caballo se escucha por todas partes, pues en las extensas llanuras reina el silencio. No hay voces de alegres nobles ni de caballeros; solo el viento silbando tristemente al doblar el maíz, solo el suspirar de los túmulos, y bajo la hierba los gemidos de los que duermen sobre las marchitas guirnaldas de su antiguo esplendor… una música agreste, con palabras aún más agrestes, que preserva el espíritu de la vieja Polonia para los que están por venir…

ANTONI MALCZEWSKI, poeta polaco

El bosque y el campesino no conocieron la discordia Crecieron juntos, envejecieron en armonía…

ANTANAS BARANAUSKAS, poeta lituano

La afiliación de estas repúblicas a la Unión Soviética garantizará su desarrollo económico y el florecimiento de su cultura nacional en todos los aspectos; su entrada en la Unión Soviética, además, aumentará en gran medida su fuerza y garantizará su seguridad.

VIACHESLAV MÓLOTOV, ministro de Exteriores soviético, ofreciendo un «contrato nacional» a los estados bálticos en 1940

Para hablar de la historia de Vilna es mejor empezar por los hechos más antiguos. Porque sus dos principales protagonistas no solo no ofrecen la misma versión de la historia de su ciudad, sino que tampoco cuentan el mismo relato sobre la alianza que forjaron —una alianza que daría lugar a un Estado común, la Mancomunidad de Polonia-Lituania—, y que de una forma u otra gobernó gran parte de las tierras fronterizas desde el siglo XIV hasta el XVIII.

Las semillas del imperio residen en un repentino vacío producido a finales del siglo XIII: el Imperio eslavo de la Rus de Kiev se había disuelto, los mongoles estaban debilitados, los turcos todavía no habían entrado en escena, y los lituanos, una nación inusualmente vigorosa —la última nación pagana de Europa—, irrumpieron desde sus bosques septentrionales y avanzaron hacia el sur y el este, hacia el mar Negro, conquistando Kiev, Smolensk, Pólotsk y un sinfín de otras ciudades en lo que más tarde se convertiría en Rusia y Ucrania. Los lituanos no se molestaron en imponer su religión ni su lengua a los pueblos eslavos cuyos territorios conquistaron. Aunque ellos mismos siguieron siendo paganos, y aunque en su tierra de origen los lituanos siguieron hablando lituano —una lengua báltica—, sus líderes adoptaron la lengua de los eslavos conquistados.

Pese a ser una nación diminuta, se habían apoderado de una vasta extensión de tierra. Pero en el siglo XIV se toparon con un obstáculo: los lituanos no podían rivalizar frente a la superior tecnología —y la superior crueldad— de los Caballeros Teutónicos, que, tras hacerse con Prusia, avanzaban también

hacia el este. Para contrarrestar la amenaza germana, el Gran Ducado de la pagana Lituania buscó una alianza con los polacos cristianos.

Para los líderes de ambas naciones, las ventajas militares y políticas de la unión parecían compensar sus costes. No es que se profesaran una especial afición, pero ambos necesitaban poder combatir a los Caballeros Teutónicos, y ambos debían protegerse frente a las incursiones mongolas del este. De modo que en 1385 el gran duque de Lituania, Jogaila, prometió convertir a su pueblo al cristianismo y unir sus ejércitos a los de Polonia. Los polacos, a cambio, le ofrecieron la mano de su princesa Eduviges y el estatus de legítimo monarca cristiano y europeo. Hubo acuerdo. Los lituanos se convirtieron al cristianismo en una serie de bautizos masivos. Jogaila se convirtió en Vladislao Jagellón, rey de Polonia. Eduviges, obligada a casarse con un pagano extranjero que le triplicaba la edad, se consagró a las obras de caridad y murió a los veinticuatro años.

Juntos, los dos pueblos infligieron una contundente derrota al gran maestre teutónico en Grunwald, en 1410. A partir de ahí las versiones difieren.

Si el avance de los Caballeros Teutónicos por la costa báltica les parecía crucial a los alemanes decimonónicos que querían conocer el papel de su nación en el mundo, para los polacos de la misma época, la heroica saga de su pueblo en las tierras fronterizas del este de Polonia parecía revestir aún mayor trascendencia. En el siglo XIX, al volver la vista atrás desde las buhardillas de su exilio o las ruinas de sus propiedades, los patriotas polacos imbuyeron de connotaciones nostálgicas el concepto de *kresy* (plural de *kres*), un término que significa «marcas» o «tierras fronterizas». Utilizado únicamente para

referirse a las tierras del Este, *kresy* implicaba la ausencia de demarcación, un horizonte infinito más allá del cual reinaba la incertidumbre: antaño —se decían— los campos y bosques de las *kresy* constituían la linde del mundo conocido.

Para los alemanes de la época, el Este era un lugar plagado de pueblos bárbaros. Pero la noción polaca de *kresy* aludía más bien a un vacío; un vacío que contrastaba con *pogranicze*, otro término que designaba también una linde o zona fronteriza, pero en este caso referido a las tierras de la frontera occidental. *Pogranicze* (literalmente, «junto a la frontera») implicaba la presencia de guardias y vallas. Desde que se tenía memoria, el territorio *pogranicze* estaba habitado por germanófonos, sus contornos estaban perfectamente definidos y las tierras que había al otro lado estaban pobladas. En cambio, para la mentalidad polaca, las *kresy* siempre habían sido tierras vacías, como una página en blanco que aguardara a que alguien escribiera en ella; y mediante su valor y su coraje, los polacos habían dejado allí su impronta.

«Los últimos rastros de asentamiento humano terminaban en Tchehryn, a orillas del Dniéper», escribió el novelista romántico polaco Henryk Sienkiewicz. Él nunca había estado en el Este, pero sabía exactamente cómo había sido en el pasado:

> Más allá se extendía el ondulante vacío de la estepa, que fluía como un océano inexplorado y multicolor hasta el mar Negro, el Caspio y el mar de Azov. La vida cosaca bullía como un turbulento y salvaje abejar en el remoto *Niż* y a lo largo de los arroyos y pastos ocultos en los meandros del Dniéper, más allá de las cataratas, pero nada humano vivía en las propias Tierras Salvajes. Era un territorio tan vasto como toda Europa occidental, nominalmente sujeto al dominio de la Corona de Polonia, pero, en realidad, coto exclusivamente de los que vivían de sus zarpas, sus pies ligeros y las flechas disparadas de noche desde una emboscada.

En la memoria polaca, el año 1385, cuando tuvo lugar la unión polaco-lituana, era una fecha importante justamente porque marcó la apertura de las *kresy* a la influencia polaca. Con la ayuda de los lituanos, las fronteras occidentales y septentrionales pudieron pacificarse al fin, y a partir de entonces la cultura polaca ya no encontraría demasiados obstáculos para su gradual difusión hacia el este. Según recuerdan los polacos, esta polonización de las *kresy* se produjo de forma pacífica. La tolerancia y benevolencia polacas permitieron a las poblaciones locales conservar sus religiones y sus lenguas si así lo deseaban, de modo que en los territorios polacos prosperaron los judíos, convivieron católicos y ortodoxos, y se permitió que se mantuvieran las costumbres locales. Pronto empezaron a alzarse iglesias católicas en las pequeñas aldeas. Los nobles lituanos casaron a sus hijas con polacos y también polonizaron sus nombres; según recordarían los polacos, por voluntad propia. En 1569, Polonia y Lituania habían adoptado un tratado que sellaba la unión de ambos países de manera similar a como se unificarían Inglaterra y Escocia ciento treinta y ocho años después.

Sin duda, como ha escrito el historiador Norman Davies, la creación de la Mancomunidad cambió Polonia para siempre. De ser un país pequeño, pasó a convertirse en uno grande; de ser un país centroeuropeo más bien del montón, pasó a transformarse en un Estado multinacional con características propias. Con la incorporación de las tierras fronterizas de Lituania, Polonia asumió un nuevo destino nacional: el país se convirtió en la defensa más oriental de la cristiandad, un nuevo baluarte contra los paganos. ¿Acaso no fue un rey polaco, Juan Sobieski, el que derrotó a los turcos ante las murallas de Viena en 1683? ¿No fueron de hecho los polacos quienes rechazaron una y otra vez a los tártaros, los mongoles y los moscovitas?

Sin embargo, por más que las tierras fronterizas hicieran

grande a Polonia, su adquisición también contenía la semilla de su futura derrota. Debido en parte a que era una nación de naciones, la Mancomunidad no logró convertirse en una autocracia como sus vecinas prusiana, austrohúngara y rusa. Debido en parte a la necesidad de satisfacer los diversos intereses locales, era la nobleza (como en el caso de los venecianos, cuyo imperio surgió y cayó casi al mismo tiempo) la que elegía a sus monarcas. Debido en parte a la circunstancia de que controlaba un territorio tan extenso, la Mancomunidad nunca pudo fijar unos objetivos comunes, y la nobleza fue mermando poco a poco los poderes del rey para cobrar impuestos, formar un ejército o construir carreteras y castillos. Con un gobierno fuerte, las numerosas naciones de la Mancomunidad podrían haberse unido para vencer a los turcos en 1620, a los suecos en 1654 y a los rusos en 1772. Pero, en lugar de ello, debilitaron irremisiblemente el imperio. La traición, el engaño y las rebeliones protagonizadas por los cosacos y los campesinos llevarían finalmente a la práctica desintegración del Estado.

Poco a poco, los tres grandes vecinos de la Mancomunidad fueron mordisqueando su territorio, y en 1795 acordaron repartirse lo que quedaba de ella. Prusia se llevó la costa de Pomerania, las prósperas ciudades de la región occidental y —durante un breve periodo— Varsovia. La emperatriz Habsburgo, María Teresa, se quedó con las montañas y los encantadores pueblecitos de Galitzia, llorando compungida mientras lo hacía («Cuanto más se quedaba, más lloraba —decían los polacos—; y cuanto más lloraba, más se quedaba»). Rusia se hizo con las grandes extensiones del Este, que rebautizó como «Rusia occidental», y condenó al exilio siberiano a quienes discrepaban.

A mediados del siglo XIX, esas regiones orientales habían caído en el abandono. Despojados de sus señoríos y de sus

tierras, muchos de los miembros de la alta burguesía polaca se habían sumido en una respetable pobreza. Familias con antiguos escudos de armas y largos pedigríes pasaron a vivir en miserables casuchas de madera junto a los bosques o en la linde de las propiedades de los gobernadores rusos. Aquellas casas «nobles» estaban unidas por caminos intransitables y llenos de barro; sus habitantes vestían burdas telas caseras, y plantaban patatas y remolachas en sus huertos. Los forasteros se reían de sus pretensiones de nobleza. Durante las guerras napoleónicas, Murat, uno de los principales mariscales de Napoleón, fue el primero de su ejército en visitar lo que antaño fueran las tierras orientales de Polonia, y no pudo por menos que sentirse conmocionado al ver la inmundicia, el frío y la mugre en la que vivía la nobleza. Napoleón le había prometido la corona polaca, pero, tras su visita, Murat dejó de estar interesado en ella.

«¿Qué clase de clima y qué clase de país terrible es este? —le dijo a uno de sus camaradas—. ¿De verdad esos burros de Varsovia se imaginan que el emperador me va a regalar su reino? Bonito regalo sería. No lo tocaría a ningún precio», añadió. Y jamás volvió por aquellas tierras.

En su propio imaginario, no obstante, los nobles polacos seguían siendo tan grandiosos como sus ancestros medievales, y en las aldeas y casas solariegas aisladas todavía era posible vivir según los valores del pasado, morar en una época que ya no existía. El poeta polaco Czesław Miłosz, nacido en la Lituania de principios del siglo XX, creció oyendo hablar constantemente de un pasado más glorioso. «Sentía que yo solo estaba presente a medias —escribe en sus memorias—. Me envolvían demasiadas sombras: el ruido de los sables, el frufrú de los vestidos renacentistas, la fragancia de las viejas casas llenas de pieles de animales, armas de caza, carruajes, armaduras oxidadas… y eso despojaba todo lo que ocurría a mi

alrededor de parte de su realidad».

Sin embargo, esta época de derrota y nostalgia también daría origen a los más grandes escritores y poetas románticos de la lengua polaca. Mientras los historiadores alemanes reflexionaban sobre la leyenda de los Caballeros Teutónicos y esbozaban un proyecto para el destino de Alemania, los poetas polacos volvían la vista atrás y veían una civilización perdida, un ideal romántico, a veces un lugar de salvaje y sublime belleza y otras un lugar donde reinaba una gran calma. En 1883, Sienkiewicz describía «la agreste belleza […] los ondulantes pastos donde un hombre a caballo podía desaparecer como un buceador en un lago […] un paraje de bosques, árboles caídos, repentinos y relumbrantes lagos y ríos que estallan en cataratas». El poeta Adam Mickiewicz, exiliado en París en la década de 1830, recordaba:

> *esas pequeñas colinas boscosas, esos campos a orillas*
> *del azulado Niemen, extendiéndose verdes y anchos*
> *los maizales pintados como una colcha*
> *la plata del centeno, el dorado de los trigales*.

Él anhelaba volver allí, escribió, «para buscar a solas el sol y la sombra, la huerta hogareña y los interminables días de la infancia». En la mitología polaca decimonónica, la nostalgia de la niñez, de un pasado más feliz, del esplendor de la desaparecida Mancomunidad y de los espacios abiertos de las *kresy* se convirtieron en una misma cosa.

Dos veces en el siglo XIX —una en 1830 y otra en 1863—, la leyenda del pasado glorioso (junto con las inusuales crueldades del dominio ruso) inspiró sendas rebeliones en la partición rusa de Polonia. En ambas ocasiones los polacos intentaron revivir no únicamente la Polonia étnica, sino todo el conjunto de las naciones que formaban la antigua Mancomunidad. De ahí que

recabaran la ayuda de Lituania, junto con la de los bielorrusos y ucranianos que vivían en el antiguo Gran Ducado. En 1863, los conspiradores de Varsovia dirigieron su manifiesto a «la nación de Polonia, Lituania y Rutenia». Algunos respondieron, pero las rebeliones fueron aplastadas. Polonia siguió dividida durante otro medio siglo hasta que, inesperadamente, las tres potencias que se repartían su territorio se desmoronaron en las llamaradas de la Primera Guerra Mundial.

Tras el conflicto renació la Polonia independiente, aunque los políticos polacos diferían con respecto a qué forma debía adoptar. Algunos creían que debía ser una nación homogénea, solo para polacos étnicos; otros —en especial Józef Piłsudski, el gran comandante militar polaco— tenían ideas distintas. Piłsudski, él mismo originario de Vilna y descendiente de lituanos polonizados, sabía que la Polonia delimitada por las fronteras de 1772 —una Polonia lo bastante grande y poderosa para resistir a Alemania y a la Rusia soviética— ya no era posible, entre otras cosas porque las aspiraciones nacionales de los pueblos fronterizos se habían fortalecido. De modo que propuso recuperar el espíritu generoso y tolerante de la Mancomunidad, aunque no su sistema político. En lugar de un imperio reunificado, quería que Polonia, Lituania y Ucrania, tres naciones unidas por una historia y una solidaridad comunes, se unieran en una federación.

Los lituanos se negaron en redondo, gritando en cambio consignas de independencia. Reivindicaron agresivamente amplias extensiones de tierra situadas muy adentro de lo que la mayoría de los polacos consideraban Polonia. Pero, sobre todo, reclamaron la ciudad de Vilna —Wilno para los polacos; Vilnius para los lituanos—, ignorando las expresiones de dolida sorpresa que tal reivindicación suscitó en la nación polaca.

Los lituanos no querían revivir la Mancomunidad, y tampoco es que las nobles tradiciones de esta última suscitaran en ellos un especial sentimiento o anhelo romántico. Al contrario, para los nacionalistas lituanos la Mancomunidad no era una grandiosa democracia, sino más bien un grandioso engaño. Los polacos, afirmaban, habían engañado a los lituanos para despojarlos de su reino medieval, anexionándose tierras que pertenecían legítimamente a Lituania. Los aristócratas polacos también habían embaucado a los lituanos para privarles de su lengua; solo la tenacidad de los campesinos lituanos en las provincias más aisladas había mantenido viva la lengua báltica de los paganos del siglo XIII. Posteriormente, los nuevos poetas nacionalistas decimonónicos recuperaron las tradiciones campesinas, escribiendo sobre granjas y bosques, estableciendo constantes vínculos entre los lituanos y la flora y fauna que les rodeaba, y demostrando así su apego a la tierra. «El ruiseñor llama más fuerte que los demás», escribía Antanas Baranauskas, uno de los poetas nacionalistas lituanos del siglo XIX, añadiendo:

> *En un canto a pleno pulmón, variado, lleno de brío*
> *Siempre cambiante y siempre directo*
> *Al corazón, como las canciones populares lituanas…*

La cultura lituana era auténtica; la cultura polaca era un fenómeno foráneo que había asfixiado los hábitos y costumbres tradicionales. La poesía polaca era una importación ajena; la cultura polaca, una imposición ajena. Habría que desaprender la lengua polaca.

Todos estos nacionalistas coincidían en que el pacto original polaco-lituano había sido fruto de la necesidad. Pero no lo consideraban una unión. En 1385 —protestaban— los lituanos no se habían unido realmente a Polonia: tan solo había habido

dos estados, el Gran Ducado y el Reino Polaco, bajo el mandato de un único rey lituano. Los lituanos habían sido la parte fuerte, no la débil. Solo que los historiadores polacos se habían empeñado en que pareciera lo contrario.

Era cierto, por ejemplo, que Vladislao Jagellón, el lituano que se convirtió en rey de Polonia, había derrotado al gran maestre teutónico en Grunwald, en 1410. Pero, para los lituanos, el auténtico mérito les correspondía al primo de Jagellón, Vitautas, el gran duque lituano, y a sus legiones lituanas, rutenas y tártaras. Ellos habían logrado la victoria cuando las tropas polacas habían retrocedido.

También era cierto que durante el periodo de unión Lituania había seguido siendo un ducado y no había llegado a convertirse en un reino por derecho propio. Pero eso, aseguraban los nacionalistas, no se debía a otra cosa que a la perfidia polaca. En 1429, una reunión de la nobleza europea celebrada en Lutsk había determinado que Vitautas debía ser coronado rey. Planearon la ceremonia de coronación para el 8 de septiembre, natividad de la Virgen María; encargaron una corona de oro a Alemania e invitaron a los embajadores de varias cortes europeas. Acudieron a la ceremonia el rey de Dinamarca, el gran duque de Moscú, el gran maestre teutónico y el kan tártaro. Comieron, bebieron y festejaron durante cincuenta días. Pero la corona nunca llegó: los polacos la habían robado. Se fijó una nueva fecha para la coronación, pero Vitautas murió antes de que llegara, y no dejó herederos. El Gran Ducado de Lituania siguió siendo un ducado, técnicamente subordinado a Polonia, y con el paso de los siglos perdería casi toda su autonomía.

Al volver la vista atrás desde la Lituania gobernada por los rusos, en los años posteriores a la desintegración de la Mancomunidad, los nacionalistas lituanos no recordaban un hermoso reino perdido. Recordaban más bien a una degenerada

aristocracia polonizada que se dedicaba a beber y a pelearse mientras la Mancomunidad ardía. Recordaban sus enormes latifundios, sus ejércitos privados y sus guerras privadas, junto con las angostas vidas de los campesinos lituanos que servían a señores polacos. Lejos de vitorear a los revolucionarios polacos del siglo XIX, brindaban por hombres como los hermanos Radziwiłł, considerados traidores por los polacos, que lucharon en el bando enemigo durante las invasiones suecas y aspiraban a revivir una Lituania libre.

Mientras sufrían bajo el dominio de los zares —que prohibieron el uso del término «Lituania», suprimieron la lengua lituana y exigieron a los lituanos que emplearan el alfabeto cirílico—, los nacionalistas lituanos ciertamente sentían nostalgia, pero esta se relacionaba con una época más antigua, la del gran duque Vitautas. Él, un auténtico lituano, era su héroe nacional; no el polonizado Vladislao Jagellón. Y el emblema del Gran Ducado —un hombre a caballo— era su símbolo nacional; no el águila polaca. La Lituania que ellos anhelaban era una Lituania pura, una Lituania lituana, junto con una Vilna igualmente lituana. Esta ciudad había sido la capital originaria de la Lituania pagana, y debía volver a ser lituana.

El clamor reivindicativo lituano sobre Vilna fue lo bastante fuerte para que llegara a oídos del presidente estadounidense Woodrow Wilson. Alemania, que buscaba un Estado satélite en el Báltico, también lo apoyaba. Pero los polacos se mostraban ferozmente en contra. Con una frenética actividad, la Conferencia de Paz de París trató de determinar la frontera apropiada entre Polonia y Lituania. Llegaron legiones de franceses con mapas y cartas topográficas; los miembros de diversos comités se sentaron durante horas en salas mohosas para examinar cientos de documentos, demandas y contrademandas. «Wilno —escribía Miłosz, buscando un modo

de definir la ciudad—: unos doscientos mil habitantes, más toneladas de memorandos, notas y taquigrafías en los archivos de la Sociedad de Naciones». Hubo un movimiento en favor de crear una Vilna independiente: una ciudad libre que no formara parte de ninguna nación, un cantón separado. Pero en 1919 el general Piłsudski zanjó la discusión: dio instrucciones a uno de sus generales para que organizara un «motín» y tomara la ciudad por la fuerza, cosa que este se apresuró a hacer.

Desde el punto de vista de Piłsudski, la invasión no fue una apropiación indebida: a él la idea de que Wilno debía ser Vilnius, una ciudad lituana, por el mero hecho de que había sido fundada por lituanos, le parecía absurda. La ciudad se había llamado Wilno durante siglos; la mitad de sus habitantes hablaban polaco, la mayoría del resto, yidis, y solo una pequeña minoría hablaban lituano. En cualquier caso, desde 1920 hasta 1939 los polacos y los lituanos permanecerían legalmente en estado de guerra. Durante esos años los lituanos despotricaron contra los supuestos complots polacos, mientras los polacos se quejaban de la perfidia de los lituanos. De vez en cuando una bala cruzaba la frontera y alguien moría. Pero a la luz de lo que vendría después, esas riñas parecen pintorescas, como una guerra entre soldados de juguete.

Y ello porque, independientemente de la pretendida superioridad moral de sus argumentos, fueran cuales fuesen sus reivindicaciones territoriales, tanto los polacos como los lituanos esperaban que continuara su historia común. Al igual que los regiomontanos pensaban que su civilización duraría para siempre, los polacos creían que sus conciudadanos orientales, los remanentes de la Mancomunidad, siempre estarían allí en Wilno, así como en los territorios situados al sur y el este de la ciudad. Los imperios irían y vendrían, pero al este siempre habría iglesias y escuelas polacas; los habitantes de las pequeñas casas solariegas siempre hablarían en polaco a

sus sirvientes, los cementerios siempre albergarían tumbas polacas y siempre podrían visitarse los lugares descritos por los poetas románticos polacos.

Al mismo tiempo, los lituanos también creían que, una vez alcanzado, su pequeño Estado sería siempre libre; que con la independencia habían cruzado un umbral, y nunca volverían atrás. El lituano sería una lengua nacional, no un dialecto; y la cultura lituana sería una cultura nacional, no una rareza campesina. Nadie podría volver a negar que Lituania tenía su propio derecho a existir. Metafóricamente, la corona robada de Vitautas había sido devuelta, y en el periodo de entreguerras los lituanos creyeron que ya no había vuelta atrás.

Nada de eso importó.

Entre 1939 y 1945, la guerra pasó tres veces tanto por Lituania como por las *kresy* polacas, Bielorrusia occidental y Ucrania occidental. Desaparecieron aldeas enteras envueltas en llamas. Se destruyeron ciudades en bombardeos aéreos. La nobleza fue exterminada, mientras los rusos, luego los alemanes y a continuación de nuevo los rusos ocupaban sus grandes casas. Se derrumbaron fábricas, se incendiaron campos, los campesinos perdieron sus casas y graneros.

La región se vio invadida por sucesivos ciclos de odio y de venganza cuando polacos y lituanos —junto con los judíos, ucranianos y bielorrusos— se culparon mutuamente de los ataques. Alentados por la propaganda soviética, algunos judíos colaboraron con los comisarios soviéticos; a su vez, alentados por la propaganda nazi, algunos lituanos saludaron la llegada del ejército alemán y contribuyeron a enviar judíos a los campos de concentración. Después, nadie recordaría que el Ejército Rojo también había matado a judíos, ni que los nazis también habían asesinado a lituanos.

Lituania y las *kresy* se vieron envueltas en una fiebre de sospecha y recriminación. Más tarde, el escritor polaco Józef Mackiewicz describiría así la vida en el recién ocupado territorio soviético en su libro *Camino a ninguna parte*:

> La gente se había vuelto muy peligrosa. Todo el mundo podía destruir a todo el mundo. Lo único que había que hacer era acudir a las autoridades y hacer una declaración. El acusado estaba acabado. En el pasado, dar falso testimonio estaba castigado y no tenía consecuencias. Había que tener cuidado de no perjudicarse a uno mismo formulando acusaciones precipitadas. Ahora el asunto era más sencillo: unas pocas acusaciones, y tu enemigo desaparecería…

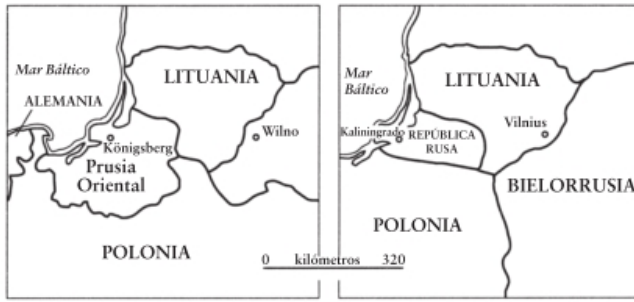
Después de la guerra, los comunistas polacos acusaron a Mackiewicz de colaborar con los nazis; incluso para los polacos de a pie, sus descripciones de la vida en la Polonia oriental ocupada parecían demasiado macabras, y demasiado aterradoras, para ser verdad.

En realidad, la vida con frecuencia era mucho peor de lo que él describía. Entre 1939 y 1941, las comunidades polaca y lituana se vieron igualmente diezmadas por las deportaciones: a Siberia, al círculo polar ártico o a campos del Extremo Oriente ruso. «Nos apiñaron tan apretadamente —recordaría más tarde un campesino lituano— que si alguna vez tuviera necesidad de volver a apiñar a la gente, sabría cómo hacerlo. Nos dijeron que nos sentáramos en el camión y que extendiéramos las piernas alrededor de la persona que teníamos delante. Luego el camión se dirigió a la estación de tren, donde nos aguardaban sesenta vagones: en un vagón de ganado cabían dieciséis familias. Durante una semana nos dieron de comer tres veces al día y nos dijeron que no abandonáramos los vagones. Finalmente los trenes no pudieron continuar: el hielo era demasiado grueso. Así que nos bajamos y seguimos a pie hasta el campo…».

Aquella política prosiguió después de la guerra: uno de cada diez lituanos fue asesinado o desterrado. Al mismo tiempo, varios millones de polacos de Lituania, Bielorrusia occidental y Ucrania occidental fueron expulsados de sus hogares y enviados al oeste, a vivir dentro de las nuevas fronteras de Polonia, que ahora incluían los antiguos territorios alemanes de Prusia Oriental y Silesia.

Una conocida película polaca, *Sami Swoi*, da testimonio de esta época. En la primera escena, una familia de campesinos de Polonia oriental —que van descalzos, llevan jerséis de confección casera y viven en chozas con techos de paja— discute con sus vecinos. Más tarde las dos familias son desalojadas y deportadas: las suben en vagones de tren junto con sus vacas, sus horcas de madera y sus cabras. Viajan día y noche a través de las llanuras de Polonia occidental, y finalmente terminan en casas alemanas (robustas casas de ladrillo, cuyos propietarios se han ido hace tan poco que todavía hierve el agua en la cocina), solo para descubrir que, ¡mira por dónde!, siguen viviendo puerta con puerta, y siguen discutiendo. La película pretende ser divertida, pero narra una historia real: toda una civilización había sido transportada, material y espiritualmente, del Este al Oeste de Europa.

Cuando todo esto terminó, las diversas y multiétnicas *kresy* habían desaparecido para siempre. La mayoría de los polacos se habían ido de la región y la mayoría de los judíos habían muerto. Los supervivientes estaban asustados y desmoralizados. Vilna pertenecía a Lituania, pero apenas importaba ya. Polonia seguía existiendo, pero los últimos vestigios de la Mancomunidad polaca habían desaparecido, al igual que —al menos por el momento— la Lituania libre.



Antes de 1939 Después de 1945

## Vilna/Vilnius/Wilno

En Vilna todavía era verano, aunque el calendario señalaba septiembre. Varias chicas vestidas con falda corta recorrían arriba y abajo la avenida Gediminas —antes HitlerStrasse, y antes bulevar Mariscal Piłsudski—, deteniéndose a mirar las revistas de moda extranjeras que se vendían en las aceras. En una plaza arbolada, tres hombres jóvenes exprimían con optimismo las últimas notas de un antiguo piano vertical, una desvencijada guitarra acústica y un trombón oxidado, mientras el cuarto cantaba y pasaba el sombrero. Todas las canciones eran lituanas salvo, inexplicablemente, una balada reggae —«The Harder They Come»—, interpretada al ritmo chumpa-chumpa característico de las bandas callejeras. Dondequiera que fuese, escuchaba voces polacas y lituanas que competían por llamar mi atención: la nueva libertad de Lituania implicaba que el pasado de Vilna ya no era algo de lo que solo se podía hablar en susurros. Se había quitado la venda a una herida todavía sin cicatrizar.

En la Puerta del Alba, una capilla escondida en las antiguas murallas de la ciudad, varias ancianas polacas subían de

rodillas la escalera medieval y rezaban pidiendo milagros, mientras otras se acuclillaban y pedían dinero a los turistas polacos que había fuera. El pasillo que conducía al icono de Nuestra Señora de la Puerta del Alba era oscuro y estrecho. En el interior, cientos de medallas de plata en forma de piernas y corazones humanos, ofrendas de personas mutiladas y enfermas, relucían a la luz de las velas. En contraste con las brillantes joyas y el marco dorado que la engalanaban, el rostro de la Virgen se veía oscuro y opaco, como si se desvaneciera, quizá, de regreso al pasado.

La catedral, en cambio, parecía extremadamente limpia y blanca. Se encontraba en el límite del barrio más antiguo de la ciudad, pero las elevadas columnas dóricas, la fachada neoclásica y el frontón (resultado de una reforma realizada en el siglo XVIII) le daban un aire de modernidad superior. Justo en la entrada, una turista polaca le enseñaba a su hijo a echar monedas en la rejilla.

—Es para que volvamos —me dijo, refiriéndose no a su familia, sino a su nación.

En la iglesia de Santa Ana, un cartel en la puerta indicaba que cada semana se decía misa tanto en polaco como en lituano. Pero un sacerdote bilingüe vestido con una sotana marrón me dijo que, durante la pausa entre los dos servicios, los polacos y los lituanos se daban codazos y empujones.

—Ocurre todos los domingos —me explicó, meneando la cabeza—. Cuando los polacos se quedan rezando demasiado tiempo, los lituanos creen que lo hacen para alardear.

Por todas partes había letreros de calles cuyo nombre se había cambiado por uno lituano; mi guía polaca, una reliquia de antes de la guerra, era prácticamente inútil. Busqué en vano los hoteles que mencionaba —Bristol, Europejski— y un restaurante llamado Naruszewicza. En cambio, la toponimia polaca se conservaba en lugares extraños y olvidados: las

farolas y las tapas de las alcantarillas llevaban los nombres de la autoridad local polaca de antes de la guerra; y en las puertas de las casas antiguas, los buzones de latón llevaban la inscripción PARA CARTAS Y PAQUETES en polaco.

Fui a cenar a un piso del casco antiguo de la ciudad, cuya sala de estar, con una ventana que daba a un jardín, exhibía vitrinas llenas de porcelana, cristal y diversas baratijas orientales como un Buda de latón o un abanico de papel chino. El anfitrión era un cauteloso político lituano, y nos acompañaba otro invitado: un profesor alemán de Frankfurt, que estaba en Vilna por una conferencia.

El alemán llevaba una camisa blanca bien planchada, un traje oscuro con chaleco rojo, zapatos brillantes y corbata. Además, lucía la barba recortada. El anfitrión vestía el mismo atuendo en versión soviética: camisa blanca arrugada, traje mal cortado, chaleco de color malva y zapatos con suela de goma. Pero, consciente de su naturaleza occidental, no llevaba barba.

La cena fue un contundente y complejo conjunto de viandas servidas por la esposa del anfitrión, una mujer callada que llevaba zapatos de tacón alto. Toda la conversación, que giró en torno a la última crisis de nacionalidad, estuvo presidida por cierto aire de gravedad noreuropea. Aquel día los polacos, al menos una parte de la ínfima minoría que aún quedaba, se habían plantado ante el Parlamento lituano exigiendo escuelas polacas.

—Sabemos —dijo el anfitrión, hablando en un inglés minuciosamente articulado— que detrás de esos agitadores polacos están nuestros amigos rusos.

El profesor alemán asintió con la cabeza.

—Sabemos que esos agitadores polacos no podrían haber organizado tales manifestaciones por sí solos. Deben de contar con la ayuda de alguien con talento para esas cosas.

El profesor alemán volvió a asentir.

Yo pregunté si no era posible que los polacos quisieran escuelas polacas, universidades polacas y demás sin tener que llamar al KGB.

—No, no —aseguró el anfitrión—. Es imposible. Y a fin de cuentas, sabemos qué es lo que quieren de verdad.

El profesor alemán asintió por tercera vez.

—¿Y qué es —inquirí— lo que quieren de verdad?

El anfitrión me miró sorprendido.

—Vilnius, por supuesto. Quieren volver a invadirnos.

Arqueé las cejas.

—Si no la quieren, ¿por qué insisten en llamarla «Wilno»? Ahora su nombre correcto es «Vilnius». Si los polacos llaman a la ciudad por su nombre polaco, es porque quieren recuperarla, porque piensan invadirla.

Era la primera vez que me topaba con la confusión toponímica propia de estas tierras fronterizas: la lituana Vilnius combatía constantemente con la polaca Wilno; la ucraniana Lviv disputaba con la polaca Lwów.

Intenté mostrar mi desacuerdo:

—No creo en absoluto que una invasión de Vilnius sea algo inminente. Los polacos que viven en Polonia apenas saben dónde está la ciudad.

—Usted no conoce a esos polacos como nosotros —me respondió mi anfitrión—. No sabe de lo que son capaces. Lo hicieron en 1920, y pueden hacerlo ahora. Tenemos que estar siempre preparados para que la historia se repita.

El alemán, repentinamente turbado por la idea de que la historia pudiera repetirse, frunció el ceño. Nos concentramos en nuestros sorbetes y pasamos a hablar de la política rusa, un tema agradable y neutro.

Al día siguiente empezaba el curso en las escuelas lituanas. Le

dije a un taxista que buscaba la Casa de los Jóvenes Pioneros.

—Ya no hay Jóvenes Pioneros en Lituania —me respondió con contundencia. Pero sabía dónde estaba.

El edificio, ahora llamado Casa de la Juventud Lituana, se había reconvertido en una escuela polaca. En el anfiteatro del patio, un grupo de niñas con vestido negro y cuello de encaje blanco y niños con traje azul marino, todos ellos de corta edad, permanecían en posición de firmes, con sus padres observando tras ellos.

—El 1 de septiembre de 1939, los niñitos y niñitas polacos no pudieron ir a la escuela —inició su discurso el director—. En Vilnius hay una larga tradición de escolares polacos que siempre se han mantenido fieles a los ideales de Polonia sin importar quién fuera el ocupante. Recuerden a Mickiewicz, Lelewel, Moniuszko, Piłsudski…

Un coro de niñas ataviadas con trajes «típicos» —delantal blanco, chaleco floreado, guirnaldas en el pelo— cantó el himno nacional polaco, y un chico alto y rubio con gafas se levantó para recitar el nuevo juramento escolar.

—Repetid conmigo: Prometo ser un buen polaco. Prometo estudiar por el bien de la patria polaca…

Luego hizo sonar la campana de la escuela, y tres chicos corrieron hacia el estrado para ponerse sendas sobrepellices de monaguillo.

A continuación empezó la misa. Yo me alejé para contemplar la silueta de los edificios de Vilna. A lo lejos, un mosaico irregular de altos bloques de pisos se extendía más allá del río. Pero los lituanos habían vigilado estrechamente el desarrollo urbanístico de estilo soviético, de modo que los antiguos edificios del centro urbano se habían preservado. Era una ciudad muy distinta de la destruida Varsovia, completamente arrasada durante la retirada alemana. Las naciones pequeñas deben aprender a convivir con sus conquistadores, pero las

grandes están condenadas a defenderse.

—¡Ríase, ríase, siga riéndose de nuestras escuelas y nuestras canciones polacas! —me dijo Stanisław aquella noche.

Stanisław trabajaba para uno de los pequeños periódicos polacos de la ciudad. Había accedido a hablar conmigo a regañadientes, y aunque había preferido que quedáramos para cenar, se negó a pedir nada. Aquel restaurante atendía a extranjeros; no era para él. Yo pedí tortitas de patata con crema agria, y a él pareció molestarle. Cuando le dije que la ceremonia de la escuela polaca me había parecido divertida, se molestó aún más.

—Usted es americana, todo esto le da igual. Puede vivir en cualquier sitio, no cambia nada. Los americanos pueden mudarse cada año, cada semana si lo desean, no les importa la tierra. Ustedes son un pueblo desarraigado: si sus antepasados hubieran sentido por su tierra lo que nosotros sentimos por la nuestra, jamás la habrían abandonado. Pero nuestra tierra es lo único que tenemos: nuestros abuelos vivieron aquí, nuestros bisabuelos vivieron aquí, nosotros vivimos aquí, y no tenemos otro sitio adonde ir. Y tampoco queremos tener ningún otro sitio adonde ir.

Me dio la sensación de que a Stanisław le habría gustado darle un airado mordisco a un filete, o enfatizar sus palabras con un buen trago de vino, pero no tenía ni lo uno ni lo otro. Hubo de contentarse con terminarse su vaso de agua.

—¿Los lituanos? Mienten, ¿sabe?, dicen una cosa y hacen otra. Dicen que tenemos derecho a escuelas polacas, pero, fíjese, esa escuela que ha visto es la única del distrito. Y en cualquier caso los padres menos cultos no envían a sus hijos a escuelas polacas: dicen que es mejor que aprendan ruso, la lengua del conquistador, o ahora lituano, la lengua del nuevo

poder. Los niños están olvidando su lengua, los niños no pueden hablar con sus abuelos. Cuando olvidan su lengua, pierden su historia, y entonces no saben nada.

Detrás de nosotros se oyó un fuerte estruendo: la «orquesta», un trío de aspecto no demasiado discreto vestido con esmóquines a juego, había empezado a tocar «La chica de Ipanema». Stanisław seguía hablando, pero ahora tenía que gritar para hacerse oír por encima de ellos.

—Es mejor ser lo que uno es. Sé de un hombre, polaco de nacimiento, que fue a escuelas rusas y perdió la lengua de su infancia. Cuando lo conocí ya era mayor, pero ¿sabe lo que ocurrió cuando empezamos a hablar? Comenzó a sollozar, a llorar y a sollozar, y me dijo: «Ya no soy polaco, pero tampoco soy ruso». No tenía nacionalidad. ¿Entiende la tragedia que eso supone para un hombre? ¿Puede entender eso un americano?

Llegaron mis tortitas de patata. Stanisław siguió hablando.

—Ellos, los lituanos, dicen que los polacos de Wilno elegimos el bando de los comunistas, que defendimos a la Unión Soviética contra la Lituania libre. Si lo hicimos, ¿cómo pueden culparnos? El nacionalismo lituano, ya verá, será peor que todo lo que hicieron los rusos. Los rusos nunca intentaron negar nuestra existencia, nunca intentaron prohibirnos existir. Los lituanos no nos quieren aquí, saben que no tienen la razón, que esta es nuestra tierra, no la suya. Saben que Vilnius es Wilno, y que Wilno es nuestra ciudad, no la suya.

La orquesta pasó de inmediato a interpretar «New York, New York». Un grupo de turistas estadounidenses que estaba en el fondo de la sala empezó a cantar con ella. Stanisław estaba cada vez más enfadado, y su voz discordaba con la letra de la canción.

*Start spreading the news…*

—Solo ha de mirar a su alrededor. ¿Quién construyó Wilno? ¿Quién construyó la catedral? ¿Quién trazó las calles?

*I'm leaving today…*

—¿Quiénes fueron los grandes ciudadanos de Wilno, los estadistas y los escritores?

*I want to be a part of it…*

—Los polacos; no los lituanos, sino los polacos. Mientras los polacos construían palacios, los lituanos eran campesinos que vivían en granjas, ¡y hablaban una lengua olvidada que no entendía nadie más!

*New York, New York!*

—En Vilnius el polaco era la lengua de la cultura, de la diplomacia y de la ciencia.

*These vagabond shoes…*

—Sin los rusos estamos solos, estamos solos en nuestra lucha contra los lituanos.

*Are longing to stray…*

—Los polacos de Polonia nos han olvidado, porque los polacos de Polonia no son auténticos polacos.

*Right through the very heart of it…*

—Sueñan con ir a Occidente, sueñan con trabajar en Alemania, ven películas americanas, no valoran su patria porque no tienen que luchar por ella.

*New York, New York!*

—Nosotros somos los auténticos polacos, los que vivimos en las *kresy*, somos los únicos que quedamos que creen en el espíritu nacional polaco y en la tradición. —Hizo una pausa para tomar aliento—. ¡Ellos son… *Koroniarze!* —espetó, casi escupiendo.

*Koroniarze* es un término que significaba «las gentes de las tierras de la corona polaca», en contraposición a la población del Gran Ducado. Era como los polacos de las *kresy* solían llamar hace siglos a los polacos de Varsovia.

Stanisław siguió hablando. El murmullo de los alegres estadounidenses y de los empresarios alemanes que cargaban la

velada a su cuenta de gastos subía y bajaba a nuestro alrededor.

—Nunca nos rendiremos, lucharemos y lucharemos para seguir aquí.

Stanisław me prometió que me enseñaría los lugares de interés de la Wilno polaca —«están ocultos bajo la Vilnius lituana, nunca los encontrará usted sola»—, pero, disgustado con los estadounidenses, al día siguiente no se presentó a la hora acordada.

Fui sola al cementerio polaco. Frente a la entrada principal, sobre la hierba, yacía una inmensa losa de mármol negro con una inscripción que rezaba: LA MADRE DE PIŁSUDSKI Y EL CORAZÓN DE SU HIJO.

—¡Y menos mal que no vivió para ver el día en que su corazón sería enterrado en un país extranjero!

Una mujer polaca de mediana edad vestida con un top de seda de lunares y pantalones de seda acampanados de color azul se había detenido ante la inmensa tumba. La ropa le dejaba la barriga al aire, y sus pies se apretujaban en unas diminutas sandalias de punta abierta adornadas con pedrería. Tenía las uñas pintadas de un brillante color dorado, en sus muñecas tintineaban varias pulseras de oro y de sus orejas colgaban unos pendientes también de oro. Llevaba los labios pintados de rojo brillante y unas gafas de sol grandes y redondas de una marca estadounidense. Curiosamente, era bastante guapa.

Su acompañante, un pariente de aspecto pueblerino de unos treinta y tantos años con una camisa de color amarillo grisáceo, la escuchaba con indiferente atención.

—Deberían habérselo llevado a Cracovia después de la guerra y haberlo enterrado con el resto de su cuerpo. Verás,

Henryk, el cuerpo de Piłsudski está enterrado en Cracovia con los reyes polacos, no olvides que es casi como un rey. Pero su corazón descansa aquí, en Wilno, la Wilno polaca, y su madre también está sepultada aquí. ¡Vaya, fíjate qué feas están las flores!

Con un pequeño grito de angustia, se agachó para arreglar las viejas margaritas y los claveles renegridos que yacían esparcidos por la tumba.

Se volvió hacia mí, aparentemente sin hacer distinción alguna entre su mudo pariente y una completa desconocida. De hecho, parecía sentirse aún más satisfecha por poder airear sus lamentos delante de una extranjera, que podría apreciar la intensidad de la tragedia mucho más que ninguno de los incultos polacos del lugar.

—Es una vergüenza cómo lo han olvidado —dijo en tono airado, señalando a su primo.

Las cosas eran distintas cuando era una niña; por entonces su familia venía a ver todos los meses a Piłsudski, y siempre había montones de rosas, orquídeas, lirios, claveles y humildes margaritas de los pobres. A su familia nunca le faltó el dinero —me explicó que pasaban los veranos en la costa—, de modo que traían una corona, una gran corona de flores con una cinta. Los días festivos había un montón de gente, gente importante, alcaldes, generales, ministros… todos ellos plantados ante la tumba.

—A los polacos nos importa Piłsudski; nosotros nunca habríamos dejado su tumba desatendida.

Alzó las manos en el aire, se apartó de la tumba con expresión indignada y enfiló uno de los senderos del cementerio. Caminaba con paso menudo y afectado, haciendo equilibrios sobre sus sandalias como una trapecista en la cuerda floja. No paraba de hablar, dando por hecho que yo iría tras ella y seguiría escuchándola. Henryk, su pariente lugareño, nos

seguía con deferencia a cinco pasos de distancia.

Desde la guerra, ella solo había estado unas pocas veces en Wilno; podía contar sus visitas con los dedos de una mano. A los antiguos residentes aquel viaje les resultaba difícil, y pocos habían querido intentarlo; al fin y al cabo —señaló—, «tampoco queda mucho de la vieja Wilno, ¿verdad?». Entre los soviéticos y los lituanos (y ella no sabía quiénes eran peores) habían logrado destruir la ciudad. Aquella vez había venido a cuidar de las tumbas de sus abuelos, nada más. ¿Seguían en pie? Probablemente algún lituano habría derribado las lápidas, dado que —insistía— los lituanos continuamente andaban destrozando tumbas polacas. Pero la última vez que las vio —«hará cosa de cinco años»— seguían en posición vertical.

—¿Qué pensarían ahora la abuela y el abuelo si pudieran ver Wilno, la bonita Wilno de hoy? ¿Qué pensarían de los letreros de las calles, todos en lituano?

Quería que yo supiera que, afortunadamente, su familia había salido muy bien parada a pesar de todo. Habían dejado Wilno en 1945, cuando los rusos les dijeron que deberían tener pasaportes soviéticos.

—Mi madre dijo: «No, nunca estamparé mi firma en nada ruso»; así que fuimos una de las primeras familias en coger un tren a Polonia. No sabíamos qué sería de nosotros, si las cosas irían bien o no, pero nos arriesgamos. Cualquier cosa era mejor que la Unión Soviética.

Al final las cosas les fueron bien; no podía quejarse. La familia consiguió una casa alemana en la ciudad costera de Sopot, y ella pasó su infancia en una habitación con una ventana que daba al mar. Su familia había ganado dinero regentando un pequeño negocio incluso en los años más oscuros del comunismo. En su todavía corta vida había visitado París y Estados Unidos. Una vez estuvo en Florida durante el invierno, y allí había un hombre que quería llevarla a Nueva

York, pero ella le dijo que no. «¡Es un milagro tener sol en invierno! Me quedaré aquí, gracias».

El sendero era accidentado. Henryk, pese a su aparente juventud, subía la empinada pendiente respirando de forma agitada y entrecortada. La mujer dejó de hablar mientras se concentraba en abrirse paso entre las afiladas piedras y los matojos. Pasamos junto a ángeles llorosos, cruces derribadas, lápidas rotas, nombres antiguos: Chojewski, Milewski, Rutkiewicz, Paszkiewicz… Dejamos atrás a un polaco que había servido en el ejército de Napoleón, a un famoso artista lituano, a varios parientes de Piłsudski, a la familia de Moniuszko y a los idealistas de un siglo antes: jóvenes poetas, jóvenes escritores, jóvenes eruditos… Justo encima de los muros del cementerio se hallaban las sencillas tumbas de los soldados que murieron por la Wilno polaca en 1920. Alguien había colocado pequeñas banderas polacas rojas y blancas sobre cada una de ellas.

Jadeando ligeramente, la mujer se detuvo al fin junto a una pequeña estatua de Jesucristo. La hiedra le subía hasta el rostro, dándole una extraña y lasciva expresión.

—Siempre me acuerdo de esto: detente en la estatua de Jesús y luego baja la colina. La abuela y el abuelo están abajo del todo —me dijo, como si recitara un poema infantil.

Obedientemente, descendimos la colina, caminando sobre una alfombra de maleza, espinos y piedras rotas.

Al llegar abajo, empezó a gritar:

—*Oj Babcia, Dziadek!* ¡Abuela, abuelo! ¡Todavía estáis aquí!

Dos piedras blancas gemelas se alzaban en una pequeña parcela cuadrada: Zofia, fallecida en 1945, a los cincuenta y nueve años; Rafal, fallecido en 1942, a los setenta y tres años.

Corrió hacia las tumbas. Y, casi en ese preciso instante, rompió a llorar aparatosamente a voz en grito, interrumpiendo sus frases con sollozos.

—¡La abuela era tan joven, tan joven!… Murió por culpa de la guerra. ¡Ay!, ¡mira cómo han crecido las malas hierbas!, ¿ves cómo nadie cuida las tumbas? ¡Ay!, ¿qué le diré a mamá?, ¿qué dirá cuando sepa que aquí crecen las malas hierbas, que hay botellas rotas, que no hay rastro de nuestra familia?

Henryk parecía vagamente avergonzado, y se quedó plantado respetuosamente a unos metros de distancia.

Luego, terminado el lamento, la mujer dejó de sollozar tan abruptamente como había empezado. Mientras se secaba las lágrimas, se apartó de la tumba, tropezando ligeramente con la maleza.

Se dirigió a Henryk:

—En Polonia tenemos ahora tantas frutas que ni te lo imaginas. Plátanos, naranjas, pomelos, hasta kiwis. ¿Has probado alguna vez el kiwi, Henryk?

Henryk meneó la cabeza.

También ella negó la cabeza, compadeciéndose de los pobres parientes que había dejado en su antiguo país.

—La verdad, no sé por qué ninguno de vosotros se molestó en quedarse aquí.

Una tarde le hablé a un profesor de la Universidad de Vilna (al que llamaré profesor Z) de Stanisław, Henryk y todos los demás polacos que parecían seguir viviendo en la región.

—¡Tonterías! —me dijo el profesor Z—. No hay auténticos polacos en la región de Vilna. Nunca los ha habido.

El profesor, que tenía la mandíbula cuadrada y una mata de pelo gris y ondulado, exhibía un claro parecido con el Beethoven de la madurez. Las paredes de su despacho estaban cubiertas de mapas, y los mapas estaban cubiertos a su vez de círculos rojos, flechas negras y líneas verdes. Parecían mapas de guerra, pero en realidad eran de índole lingüística:

mostraban la perniciosa expansión de las lenguas eslavas hacia el norte y el este durante los últimos siglos. La lengua lituana había luchado heroicamente para vencer a todos aquellos burdos dialectos, pero sin éxito.

Hasta el siglo XVI —me explicó—, la población de Lituania oriental y Bielorrusia occidental hablaba lituano. Pero hubo una plaga y desapareció. Los nuevos habitantes de la zona hablaban una lengua eslava, el llamado protobielorruso. Pero no eran polacos.

—No había polacos en la ciudad de Vilnius, ni tampoco en la región. No había polacos en ninguna parte de lo que hoy es Lituania y Bielorrusia, salvo posiblemente unos pocos emigrantes. Los actuales polacos de Vilnius se consideran polacos porque son católicos y porque sus abuelas fueron a escuelas polacas, pero no son polacos. Son descendientes de lituanos —afirmó, dando golpecitos a su mapa con una vara—. En las aldeas incluso intentarán engañarle. Son muy astutos. A usted, que es extranjera, le hablan en polaco. Pero entre ellos ni siquiera hablan bielorruso, hablan *po prostu*, que significa «lenguaje llano». Los polacos pueden entenderles, pero esta lengua no tiene nada que ver con el polaco. Es un dialecto del bielorruso, no un dialecto del polaco.

El profesor Z había viajado extensamente por Bielorrusia occidental, descubriendo influencias lituanas por todas partes. Mientras me las enumeraba, se levantó y empezó a pasearse por la habitación, con su pelo gris flotando tras él. Los nombres de los lagos y de los ríos, los nombres de las ciudades… eran todos lituanos; los apellidos de los campesinos… todos lituanos; el llamado folclore bielorruso, el llamado folclore ucraniano… también lituano.

En un momento dado sonó el teléfono, interrumpiendo su discurso. Lo miró con desprecio y descolgó el auricular.

—*Da* —dijo en ruso—. *Da, da* —repitió, y colgó de golpe. Se

levantó y empezó a pasearse de nuevo—. Todo esto se ha demostrado, ¿sabe? Bueno, es una historia muy larga, y de hecho una historia muy extraña. No tengo tiempo para contársela, pero —suspiró profundamente— creo que debo hacerlo. Verá, hay un libro que demuestra lo que le estoy diciendo. Pero ese libro ya no existe.

El libro en cuestión era obra de una erudita. Tan discreta y poco agraciada como brillante, había pasado los años de entreguerras investigando la historia de la lengua polaca en la región de Vilna. Con paciencia, visitó todos los pueblos de la zona, hablando con los campesinos, anotando sus frases, escuchando su pronunciación y registrando su gramática. Tras dos décadas seguidas de investigación, les dijo a sus colegas que tenía la intención de escribir la historia definitiva de la lengua polaca en Lituania y Bielorrusia, centrándose sobre todo en la región de Vilna. Durante dos largos años se encerró entre los muros barrocos de la biblioteca de la Universidad de Vilna, garabateando sin parar. No reveló a nadie los resultados de su investigación. Finalmente, en el verano de 1939, completó su obra maestra. Sus editores se apresuraron a llevarla a la imprenta, pero las tropas alemanas llegaron antes de que se publicara. En el bombardeo y el caos que siguieron a continuación, el manuscrito desapareció.

—¡Una tragedia para la ciencia! —suspiró el profesor Z—. ¡Una auténtica tragedia!

Muchos años después, unos estudiantes descubrieron por accidente algunas páginas del libro en un almacén. Faltaban todos los documentos de la investigación, pero se habían conservado algunos fragmentos sobre metodología y fonética. Aun partiendo tan solo de aquellos retazos, los lingüistas de Vilna supieron que el libro debía de ser una obra maestra, puesto que ya en su introducción la autora aludía a un descubrimiento espectacular: en casi todos los pueblos que

había visitado, había encontrado al menos a unos cuantos ancianos que hablaban una peculiar y arcaica forma de lituano.

Era un descubrimiento revolucionario, ya que, si el lituano era de hecho la antigua lengua de la región, con ello la autora demostraba que la zona siempre había sido parte de Lituania y debería seguir siéndolo. La histeria se apoderó del pequeño mundo de los estudios lingüísticos nacionalistas. Se desataron toda clase de rumores. Algunos afirmaban que el manuscrito todavía existía, y que un emprendedor estudiante de idiomas se lo había llevado a Polonia. Otros decían que estaba guardado en los archivos de la policía secreta soviética. Los académicos lituanos acusaban a los polacos de haber destruido el libro; las páginas desaparecidas —sostenían— demostraban que la lengua polaca no había empezado a extenderse por la región de Vilna hasta principios del siglo XX. En represalia, los eruditos polacos afirmaban que en realidad eran los lituanos quienes habían destruido el libro, puesto que estos últimos —aseguraban— temían que la investigación de la erudita polaca demostrara exactamente lo contrario.

Los recelos dieron lugar a una auténtica guerra académica. Grupos de estudiosos rivales empezaron a investigar en las mismas aldeas, donde, mirándose unos a otros por encima de las angulosas monturas de sus gafas, blandían sus cuadernos y bolígrafos como si fueran armas. Entrevistaron a ancianas con zapatos de cartón, a hombres con sombreros de paja, a niños descalzos y a los miembros —mejor calzados— de la nueva clase obrera. Hablaron con los afiliados del Partido Comunista y los agricultores, con los camioneros y los trabajadores que cavaban los campos de patatas; pero ninguno de ellos encontró pruebas de lo que había insinuado la investigadora en la introducción a su obra. Nadie pudo demostrar de forma concluyente, en un sentido o en otro, que la tierra que rodeaba Vilna fuera inequívocamente lituana o inequívocamente polaca.

La investigación tampoco podía reproducirse: los ancianos cuya lengua había registrado la erudita ya no vivían.

Muchos años después, el profesor Z buscó a la propia autora de la obra. Había sobrevivido a la guerra y enseñaba en el departamento de Lingüística de una universidad de Polonia occidental. El profesor había oído varios rumores, historias extrañas. Se decía que la estudiosa era una persona compleja y difícil, nada popular entre sus colegas. Cojeaba de una pierna y guardaba silencio a menos que se le dirigiera la palabra. No quiso ver al profesor Z, de modo que este optó por escribirle una nota. Al día siguiente, un mensajero le llevó la respuesta a la habitación de su hotel. El profesor abrió el sobre y sacó la tarjetita que contenía con la emoción de quien está a punto de descubrir los secretos de su propio pasado. Pero lo que leyó le llevaría a renunciar para siempre a su búsqueda. En la tarjeta no había fecha, ni saludo, ni firma; solo una única frase: «El libro del que usted habla nunca ha existido, ni existe, ni volverá a existir. Por favor, váyase».

Volvió a sonar el teléfono. El profesor Z levantó el auricular y colgó de golpe. El teléfono sonó una vez más, como un animal gimiendo, y luego enmudeció. El profesor se desplomó en su silla junto al aparato.

—¡Una tragedia! —suspiró—. ¡Una tragedia nacional! El eslabón perdido ha desaparecido y puede que nunca se vuelva a encontrar.

## Paberžė

Desde Vilna, me dirigí al norte, a Paberžė. A través de las ventanillas de un coche que avanzaba con exquisita lentitud e infinita prudencia por las suaves colinas, observaba cómo los campos se alternaban con el bosque. Cada kilómetro y medio, más o menos, destacaban sobre el verde una blanca y solitaria casa de labranza o un lago azul oscuro. Un conocido lituano me había dicho que observara con atención el paisaje rural e ignorara el urbano: era en el campo —me explicó— donde se había preservado el espíritu de Lituania. Apenas tuve que esforzarme en ello, ya que en esta parte del país escaseaban los pueblos y ciudades.

En Paberžė casi no había pueblo propiamente dicho; solo una iglesia y algunas casas. Allí saludé al padre Stanislovas de parte de sus amigos de Vilna, y él me lo agradeció con un movimiento de cabeza.

El padre Stanislovas llevaba el hábito marrón con cinturón característico de los capuchinos —por fin, me dijo, después de muchos años vistiendo de paisano para ocultar su condición— y un crucifijo de plata colgado del cuello. Era un hombre

corpulento; su cabello largo y suelto se había emblanquecido. Hablaba el perfecto polaco propio de la aristocracia de preguerra, y bebía té negro en una taza de cerámica.

—¿Y cómo es en América? —me preguntó—. ¿Allí los lituanos viven como nosotros aquí? ¿Conservan su lengua? ¿Van a la iglesia? ¿O simplemente se convierten en americanos como todos los demás?

Intenté explicarle cómo eran las cosas en Estados Unidos, que era posible conservar la propia lengua, ir a la iglesia y seguir siendo estadounidense; muchos estadounidenses —le dije— hacían justamente eso.

Dio un suspiro.

—Ya veo, entonces es exactamente igual que en la Unión Soviética. Todo el mundo se mezcla, todas las naciones y las razas. Supongo que no hay auténticos americanos, salvo los pieles rojas…

El padre Stanislovas era hijo de la alta burguesía polaca, nacido antes de la Revolución rusa en una hacienda situada no muy lejos de Paberžė. Fue bautizado como Stanisław Dobrowolski y creció hablando polaco. Su padre hizo fortuna con los ferrocarriles de San Petersburgo, y su madre se tenía por un dechado de cultura e ilustración en una tierra por civilizar.

La ilusión se desvaneció cuando, cierto día, su hijo llegó a casa de la escuela y anunció que ya no hablaría polaco. Quería considerarse lituano.

—Por entonces, todo el que vivía en un *dwór*, una casa solariega, se consideraba polaco —me explicó el padre Stanislovas—. Pero ¿qué clase de polacos eran? ¡Ja! Todos éramos lituanos, lituanos polonizados. Solo que nos creíamos más aristocráticos si hablábamos polaco. Pero eso no significaba nada, nada en absoluto.

La aristocracia lituana se comunicaba en polaco desde el

siglo XIV. Pero cuando Lituania obtuvo su independencia, en 1917, el lituano —una lengua báltica, no eslava— se convirtió en la lengua nacional. En la década de 1930, el gran decenio de los nacionalistas, Lituania proclamaba su singularidad a todo aquel que quisiera escucharla. También se respiraban otros tipos de revolución. Renegar de los polacos y unir la propia suerte a la de los lituanos era una postura radical, una demostración de apoyo a los campesinos y las clases trabajadoras lituanas en contraposición a la degenerada aristocracia polaca.

En consonancia con el espíritu de la época, el padre Stanislovas lituanizó su nombre, que transformó de Stanisław Dobrowolski en Stanislovas Dobrovolskis. Al mismo tiempo nacieron nuevas ideas en su interior; sintió la llamada. En 1937 hizo el voto de pobreza monacal, y su madre lloró la pérdida de su único hijo.

—Fui tan ingenuo que creí que sería la última decisión importante que tomaría en mi vida —me dijo, mientras se daba una palmada en la rodilla y a continuación se ponía en pie. Luego dio un bostezo y se desperezó—. Es hora de rezar.

Le entregó su taza de cerámica a una muchacha rubia que había estado cortando verduras detrás de nosotros. Era el ama de llaves del cura, se encargaba de la cocina y de la limpieza en la rectoría de Paberžė, y en su tiempo libre traducía la poesía de Rilke al lituano. También cuidaba de los jóvenes que venían a pasar unos días. Hacía unos años —me dijo— nunca había una cama vacía. En los viejos tiempos el padre Stanislovas cuidaba muy bien de los marginados melenudos y los adolescentes desdichados que acudían a Paberžė. Pero ahora que el religioso vivía en el monasterio de Dotnuva, a unos kilómetros de Paberžė, el lugar se había quedado sin alma.

—Ahora la movida —me dijo más tarde el ama de llaves, empleando un término de la jerga hippy rusa— probablemente

se traslade a Dotnuva.

Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad de la cocina de la rectoría, y vi que había docenas de utensilios de cobre pegados a las paredes de madera oscura: teteras de cobre, platos de cobre, tazas de cobre, sartenes de cobre, soperas de cobre…

—¡El cobre del pueblo! —exclamó el padre Stanislovas, deteniéndose en el umbral.

Después de la guerra —me explicó—, el nuevo régimen había intentado requisar los utensilios de cobre. Los nuevos comisarios dijeron que Lituania tenía que pagar sus deudas con Rusia. Nadie quería darles nada a los comunistas, pero la posesión de un simple mango de taza de cobre podía significar Siberia o algo peor.

«Dádmelos a mí», les dijo el padre Stanislovas a sus feligreses: no es ninguna tragedia que los sacerdotes vayan a campos de trabajo, porque los sacerdotes están destinados a sufrir. La tragedia es solo para los demás.

Por entonces él ya había pasado nueve años en Vorkuta, un campo siberiano, donde cada día le daban de comer veinte gramos de pan, sesenta gramos de pescado, tres cucharadas de alforfón y dos de sopa. A quienes no trabajaban aún les daban menos. La gente moría en las minas de carbón, desplomándose sobre sus palas.

—Después de aquello no me daban miedo un puñado de comisarios y sus memeces con los cacharros de cobre —añadió, saliendo de la habitación.

De hecho, los utensilios de cobre le dieron una idea al padre Stanislovas. Durante la ocupación soviética, se quemaban viejas casas solariegas, se destruían iglesias y se asesinaba a sacerdotes, profesores, intelectuales, aristócratas y agricultores ricos. La Unión Soviética intentaba destruir Lituania, y el padre Stanislovas quería impedirlo. Sin embargo, apenas podía salvar muchas almas: dado que tenía prohibido hablar en público, la

iglesia parroquial de Paberžė, a kilómetros del pueblo más cercano, era su único púlpito. Tampoco podía salvar la verdad: los comunistas ya estaban dedicándose a reescribir el pasado para adaptarlo al presente. Ni podía salvar la lengua lituana, ni siquiera en su tierra natal: el ruso se había convertido en la lengua de la administración. Pero sí podía salvar cosas.

—Vaya, eche un vistazo a las habitaciones de atrás —me dijo la asistenta del cura—. Yo terminaré de preparar el almuerzo.

Salí de la cocina y descubrí que el padre Stanislovas había llenado la primera habitación de su rectoría de cruces de hierro, las cruces que los campesinos lituanos colocaban antaño en cada encrucijada, a la entrada de cada casa y en la parte superior de cada puerta y cada lápida. Algunas eran cruces lituanas: una cruz recta tradicional sobre otra que serpenteaba como un rayo de sol; otras eran simplemente cruces superpuestas a círculos, y otras más tenían debajo medias lunas horizontales o estrellas, ya que el auténtico crucifijo lituano combina un crucifijo cristiano con los símbolos paganos del sol, la luna y las estrellas. Docenas de aquellas cruces, de todos los tamaños, colgaban de las paredes formando un patrón repetitivo pero agradable a la vista.

La siguiente habitación contenía trozos de casas y muebles. Algunos pertenecían a un periodo identificable —neoclásico, barroco, modernista…— y otros eran simples tallas campesinas, pero todos eran anteriores a la guerra y, obviamente, anteriores a los comunistas, puesto que estos últimos ya no fabricaban cosas tales como molduras de techo, balaustres o sillas con respaldos tallados. De todas las paredes colgaban paneles de puertas, marcos de ventanas, patas de mesas y esquinas de armarios, todo ello apretujado entre cabezas de ángeles, alas de gárgolas, gruesos brazos de querubines y extraños trozos de yeso retorcido que parecían proceder de alguna iglesia en ruinas.

La tercera habitación estaba llena de grandes y elaboradas llaves: llaves que podrían haber sido de castillos; llaves de latón, bronce, acero, hierro oxidado y estaño, colgadas junto a cerraduras; pesados cerrojos con grandes cierres y gruesos ganchos, candados pequeños para equipajes, cerrojos de establos ya oxidados… Llaves y cerraduras colgaban de las paredes formando filas diagonales.

Los muros de la cuarta habitación estaban cubiertos de pinturas populares. Algunas eran antiguas, como un agrietado cuadro de madera de la Virgen y el Niño, o una desvaída Natividad con figuras planas, perspectiva distorsionada y animales deformes. Otras eran recientes. Cuando se corrió la voz de que el padre Stanislovas estaba interesado en aquel tipo de cosas, los ancianos recordaron que sabían pintar y decidieron obsequiarle: Jesús, Juan el Bautista, san Mateo y san Lucas, campesinas llevando pan y sal, campos floridos, casas de labranza de paredes rojas…

El padre Stanislovas tenía una habitación dedicada a guardar lámparas de latón, otra a albergar libros antiguos y otra a conservar viejos objetos sagrados —platos de comunión, cálices, campanillas de altar…—, todas las piezas necesarias para celebrar los ritos católicos. Pero la mejor de todas era la habitación que estaba junto a la sacristía, donde el religioso guardaba sus vestiduras, las prendas que se pone un sacerdote para decir misa.

Las vestiduras eran anteriores a la era de la producción en masa; cada una de ellas se había confeccionado para una ceremonia distinta, pero también parecía que cada una se hubiera hecho pensando en una persona concreta. Había prendas de terciopelo negro, con una cruz cosida de color rojo, que parecían tejidas para un sacerdote con estilo, mientras que otras, decoradas con motivos florales, parecían concebidas para un alma más sencilla. Había vestiduras con sofisticados

bordados y otras ornadas con hilo de oro puro que colgaban como acartonados aristócratas en sus perchas. Había prendas de uso cotidiano de encaje blanco, y otras desgastadas de bordes amarillentos. Había vestiduras ribeteadas de pan de plata, raso azul y seda de paño verde; había vestiduras para el Día de Todos los Santos y otras festividades pintadas de púrpura, magenta, carmesí y naranja oscuro; parecía haber tantas prendas como posibles estados de ánimo religiosos.

Al conservar todas aquellas cosas, el padre Stanislovas libraba su propia guerra contra el conformismo, contra la igualdad forzada, contra la personalidad soviética. Las vestiduras, las estolas, las casullas, las molduras de techo y las lámparas de latón eran instrumentos en su batalla personal contra el culto oficialmente sancionado a todo lo nuevo. Pero había algo más. Paberžė tenía el aspecto de un lugar sagrado, pero no necesariamente cristiano: más que preservar todo aquello de un modo puro para un uso litúrgico, el padre Stanislovas había creado un conjunto de habitaciones en las que Dios pudiera sentirse contento al visitar Lituania. Caminando entre el frufrú de las telas y el crujir de las cadenas, entendí su respeto por Cristo, pero también sentí lo que imaginé que sentiría un pagano en su templo. Aquellas colecciones inspiraban una especie de idolatría, un venerable respeto por los objetos. Era imposible no preguntarse si el padre Stanislovas acaso no prefería las cosas a las personas.

En la rectoría no había altar, pero en una esquina colgaba un grabado del siglo XIX a modo de pequeño santuario. En él se representaba a un hombre de cabello alborotado arengando a un grupo de individuos furiosos armados con horcas y fusiles. Junto a la muchedumbre, varios caballos resoplaban y piafaban ardiendo de impaciencia. Al fondo se alzaba una pequeña iglesia de madera: la misma que yo veía por la ventana.

El hombre en cuestión era Antanas Mackevičius, sacerdote y

líder de la rebelión antirrusa de 1863, que había predicado en Paberžė, en la iglesia del padre Stanislovas. Mackevičius —o Mackiewicz, como rotulaba el grabador, a la manera polaca— acabó en la horca, junto con el resto de conspiradores, y el padre Stanislovas lo había tomado como modelo.

Bajo el grabado colgaba un daguerrotipo de Mackevičius. Tenía los ojos oscuros, la barbilla hendida, la piel marfileña y una mata de pelo negro rizado. Me pareció demasiado apuesto, más parecido a un poeta romántico que a un sacerdote.

—Hermoso, ¿verdad?

Me di la vuelta. La asistenta del cura había entrado en la habitación.

—Siempre es así con las fotografías antiguas —dijo, dando un suspiro—. La gente tiene un aspecto más noble que ahora. Antes pensaba que era porque la técnica hacía que la piel pareciera más pura y el cabello más fino. Pero ahora creo que es sencillamente porque en el pasado la gente era más bella. Había algo en su interior que era mejor, y se notaba en sus rostros.

Al atardecer viajé de Paberžė a Dotnuva en la parte trasera de un camión. A la luz del sol poniente los campos de trigo refulgían de color naranja, y sobre ellos resaltaba el negro y verde de los bosques. Aquí, lejos de la carretera principal, había menos casas de labranza, y no se veía a nadie. Los claustros de Dotnuva habían pertenecido a los franciscanos hasta el siglo XIX, cuando los rusos convirtieron el monasterio en un cuartel y luego en una cárcel. Después de la guerra, los comunistas transformaron a su vez la cárcel en una escuela para discapacitados mentales y luego en un almacén. Cuando se desintegró la Unión Soviética, el monasterio volvió a manos de los franciscanos, y estos se lo cedieron al padre Stanislovas,

aun siendo capuchino, porque se mostró dispuesto a restaurarlo.

Todo el mundo en el monasterio decía que solo alguien tan valiente como el padre Stanislovas se habría atrevido a emprender la restauración de un edificio como Dotnuva, con los techos derrumbados, las paredes destrozadas y los suelos hundidos, sobre todo porque solo quedaban otros cuatro capuchinos lituanos para ayudarle. Uno tenía más de noventa años, mientras que los otros tres habían ingresado en la orden solo uno o dos años antes.

—Pero lo que nos falta en número podemos compensarlo con fe —me dijo el hermano Francisco—. Fe en Dios y fe en la nación.

El hermano Francisco era uno de los monjes jóvenes, y hablaba completamente en serio cuando decía que había sido la difícil situación de su tierra natal la que le había inducido a tomar los hábitos.

—Por Lituania. Lo hice por Lituania.

Caminábamos de un lado a otro del camposanto. De vez en cuando flotaba sobre el muro el ruido de una sierra eléctrica cortando la madera o de un martillo golpeando el metal. Aparte de eso, solo las voces de los constructores aguijoneaban el tranquilo aire del campo. El hermano Francisco andaba con pasitos diminutos y hablaba muy deprisa en ruso:

—Todo empezó con una sencilla pregunta. Todos los días, al despertarme, me preguntaba: ¿por qué el cristianismo tardó tanto en llegar a nuestro pueblo? Durante mucho tiempo me preocupó la posibilidad de que fuera porque de algún modo éramos inferiores a ojos de Dios. Me preocupaba que los lituanos no hubieran sido bendecidos como otras naciones. Me preocupaba que en los años de su infancia nuestra nación hubiera pecado de algún modo, y que ese pecado nos hubiera impedido la conversión hasta el siglo XIV. —El hermano

Francisco se detuvo bruscamente ante un grueso roble, lo observó fijamente durante un segundo y luego volvió su mirada hacia mí—. Pero un verano, después de mucho meditar, adiviné la auténtica razón. Comprendí que el espíritu de Dios siempre ha estado en lo más profundo del alma lituana. Verá, nuestra religión pagana no versaba sobre el culto a los ídolos, sino sobre el culto a los árboles. Hablábamos a los árboles, creíamos que Dios vivía en los árboles… y creo que conocíamos a Cristo a través de ellos. Le entendíamos a través de lo que había creado. —Miró de nuevo el árbol y luego siguió caminando—. Creo que nuestra conversión tardía fue en realidad una bendición. Gracias a ella, los lituanos tienen una comprensión más clara de Cristo que otras naciones. Somos un pueblo más sencillo, estamos más cerca de sus verdades, al igual que Cristo está más cerca de la gente sencilla que de los intelectuales. El día que comprendí este hecho fue el día que decidí hacer mis votos. Quería dedicarme al pueblo de Dios, a la gente sencilla, a los lituanos.

Seguía avanzando a un ritmo endiablado. Y vi que se disponía a hablar de lo que de verdad le molestaba:

—Pongamos, por ejemplo, los polacos.

Yo asentí con la cabeza.

—Ellos llevaron el cristianismo a Lituania, ¿no es así? Dios les reveló las verdades divinas muchos siglos antes de que nos las revelara a nosotros, ¿no es cierto? Pero ahora son una nación orgullosa, y su orgullo los hace incompletos. Sufren por ese orgullo, ya que les impide aprender lo que nosotros podríamos enseñarles. No pueden aceptar que estemos más avanzados que ellos en materia espiritual. No pueden aceptar que nuestra intuición, nuestro sentimiento hacia los pobres y los oprimidos, sea mucho más importante que su aprendizaje y su tradición.

Pese a su discurso, percibí que el hermano Francisco habría

deseado que los polacos no hubieran recibido antes la palabra divina. Y percibí asimismo que habría querido que, de entre todos los pueblos, no hubieran sido precisamente los polacos los que llevaran la palabra divina a Lituania. ¿No podrían haber sido otros, quizá los distantes franceses?

Se detuvo en la entrada.

—Ahora tiene que disculparme. Es la hora de las oraciones vespertinas, y después nos retiramos a nuestras celdas. Le deseo suerte: su labor es importante. Si va a hablar al mundo de Lituania, le estará hablando del camino hacia Dios. Lituania es el camino hacia Dios.

Aquella noche dormí en la celda de un novicio, con las paredes sin enlucir y el suelo inacabado. Un desvencijado escritorio de madera, una estrecha cama y una lámpara medio rota formaban el único mobiliario. Junto a la lámpara había un libro en inglés que llevaba por título *El lector de Samuel Beckett* y un diccionario ingléslituano. En una estantería de fabricación casera reposaba una obra sobre los dramaturgos del siglo XX al lado de lo que parecían ser impresos litúrgicos. Una alargada estufa de porcelana calentaba la habitación, y sobre la puerta había una herradura colgada boca abajo para traer buena suerte.

Cuando apagué la luz, me di cuenta de que los barrotes de la ventana formaban la silueta de una cruz; y me pregunté si el novicio que habitualmente dormía allí se habría dado cuenta de ello.

El desayuno era una tostada con canela, que había preparado una muchacha de aspecto jovial y desaliñado que llevaba una falda que le llegaba hasta el suelo y una cinta de cuero en la frente al estilo indio. Ahora estaba de pie ante una tina de sopa que removía lentamente, rodeada de cubiertos sucios

esparcidos por toda la cocina. Todavía era temprano, pero los rezos matutinos habían terminado y los monjes ya estaban trabajando. Por la ventana vi al hermano Tomás trepando por el tejado para alcanzar una teja suelta, con la sotana flotando ante él como el ondulante foque marrón de un barco exótico. El padre Stanislovas le gritaba desde el suelo mientras recorría la obra como un iracundo terrateniente que supervisara a sus campesinos.

Lo que la asistenta del cura había denominado la «movida» ya estaba reunida en torno a la mesa de la cocina, donde alrededor de media docena de jóvenes de cabello desaliñado tomaban té sin leche ni azúcar. Estaban allí porque habían dejado la escuela, o porque tenían problemas con las drogas, o porque les había resultado demasiado difícil encajar en la Lituania comunista. Ahora no tenían otro sitio adonde ir.

Un joven de aspecto especialmente frágil quiso practicar su inglés conmigo. Hablaba con cautela, modulando los labios en cada palabra para acertar con la pronunciación. Era escultor, aunque su padre desaprobaba a los artistas. Estaba restaurando las estatuas que había en la nave de la iglesia del monasterio. Una restauración casi imposible: a María se le había desprendido la nariz, y los brazos de san José habían desaparecido. Hacía falta auténtico talento —me dijo con orgullo— para hacer bien el trabajo.

Me contó que la iglesia del monasterio la había construido en el siglo XVIII un terrateniente polaco local utilizando una técnica poco habitual: ladrillo mezclado con grandes piedras sin cortar. Sus descendientes la habían mantenido hasta la guerra.

No tenía ni idea de dónde venía el dinero en aquel momento: «Puede que del Vaticano».

Después se nos acabaron los temas de conversación, así que le pregunté si consideraría la posibilidad de hacerse monje. Me lanzó una mirada aterrorizada.

—¿Cómo ha adivinado que estoy pensando en ello?

Llevaba meses luchando con su vocación. En varias ocasiones había estado a punto de acercarse al padre Stanislovas con la idea de tomar los hábitos, pero entonces algo le retenía. Deseaba una vida de trabajo y oración, pero el glamur de los viajes le atraía como la tentación del pecado. Sabía que vivir fuera de Lituania sería vivir fuera de la Iglesia.

—Pero es que… —farfulló con aire culpable— quiero conocer París.

Cuando nos despedimos inclinó ligeramente la cabeza. Se consideraba afortunado —me dijo— porque ese día había conocido a una emisaria del mundo exterior.

Perloja

La historia de Perloja comienza en 1387, el año en que el gran duque Vitautas concedió un fuero especial a la aldea, además del lucrativo privilegio de reparar la carretera que conducía al sur desde Vilna. Los lugareños, que conocían bien los vados del río, se convirtieron asimismo en mensajeros del duque; y el propio Vitautas declaró que ningún habitante de Perloja podría verse reducido a la servidumbre.

Tales fueron los orígenes de la gran e inusual lealtad de Perloja. Pero no era este un sentimiento unilateral: los líderes de Lituania siempre sintieron una devoción comparable hacia los humildes pobladores de la aldea. En cierta ocasión, a mediados del siglo XVI, un bigotudo hacendado polaco dueño del *dwór* local, manifestando su desprecio por la ancestral condición de hombres libres de los lugareños, reclamó sus derechos como terrateniente, exigiéndoles que recogieran el heno de su hacienda. Pero estos hicieron llegar un mensaje al rey con tanta rapidez que los soldados de Vilna llegaron antes

de que la «henificación» hubiera empezado siquiera. El hacendado tuvo que dejar que los aldeanos volvieran a dedicarse a sus propias tierras.

—Y así ha continuado —me explicó Daiva, una amiga lituana —. Vaya y pregúnteles qué ocurrió después.

Desde Vilna, me dirigí en coche a Perloja. Salimos una mañana temprano (el conductor, un polaco lituano que no hablaba polaco, se quejó en ruso de falta de sueño) y nos dirigimos rumbo al suroeste. Cuando llegamos, el pueblo yacía oculto bajo la húmeda cortina de una niebla otoñal. Daba la impresión de que sus pocos cientos de habitantes estuvieran escondidos. Sus casitas de madera, cada una situada a una respetuosa distancia de la siguiente, aparecían cerradas y silenciosas. La estatua de Vitautas se alzaba solitaria en la plaza del mercado, cuyos dos únicos comercios estaban vacíos. La pequeña y sombría iglesia tenía las puertas cerradas.

El sacerdote no estaba, pero en una pequeña vivienda de las afueras del pueblo encontré al historiador local, que me vio llegar desde la ventana. Me abrió la puerta con un saludo, pero, cuando supo lo que quería, se disculpó: no podía ofrecerme ningún documento escrito. La gente le llamaba historiador —me dijo—, pero ya era un anciano y le costaba escribir. Le fallaba la vista —herencia de la ceguera de la nieve y de una infancia que había transcurrido en Siberia— y cuando intentaba escribir le temblaban las manos. Pese a ello, sus rosadas mejillas rebosaban de salud bajo su cabello blanco, y lo recordaba absolutamente todo.

—Perloja es un lugar muy antiguo —me dijo—. No hay mucha gente por ahí que conozca toda la historia. Un lugar muy antiguo —repitió.

Se disculpó por no tener galletas a mano. Su mujer había muerto unos meses antes, y él no podía mantener el orden doméstico como era debido. Pero estaba encantado de charlar

conmigo. Me habló de Vitautas, de la Edad Media; me habló de los siglos XVII y XVIII, cuando Perloja entró en decadencia. Hizo un gesto de impaciencia al aludir de pasada al siglo XIX y la Rusia zarista —aquello fue una «mala racha»—, y pasó directamente a la parte de la historia de Perloja que más le gustaba.

—Corría 1918 —me dijo—, y reinaba la anarquía.

Los rusos estaban en retirada. Los alemanes presionaban desde Prusia Oriental, pero sabían que habían perdido la guerra. Los polacos luchaban por sacar algo, por poco que fuera, con su improvisado ejército y sus uniformes dispares; los lituanos seguían siendo débiles, y por los campos de los alrededores de Perloja merodeaban los salteadores en bandas desorganizadas. Todo hacía pensar que Perloja quedaría dentro de las fronteras de Polonia. Inquieta por aquella situación, la junta parroquial del pueblo envió una delegación a Vilna para exponer sus quejas. Pero el representante francés de la Sociedad de Naciones se negó a recibir a los mugrientos emisarios de una aldea lituana; bastante trabajo tenía con dibujar toda la frontera.

Al ver que el mundo no quería escuchar sus agravios, los lugareños decidieron tomar cartas en el asunto. Convocaron una reunión municipal en la plaza, presidida por la estatua de Vitautas. Varios oradores describieron la augusta historia de Perloja, su servicio a la antigua causa de la libertad de Lituania, su patriotismo… Otros denunciaron la perfidia de la Sociedad de Naciones y la injusticia de los rusos y polacos, que luchaban para que Perloja formara parte de su territorio.

Por último, el hombre al que más tarde llamarían presidente se puso en pie. Dirigió la mirada a su alrededor. Miró a sus conciudadanos y vio a los descendientes de los mensajeros del gran duque. Miró la estatua de Vitautas y vio al patrón de Perloja. Miró a lo lejos las pequeñas huertas y los campos de

maíz y vio una tierra que había sido cultivada durante seis siglos por un pueblo libre. Y entonces supo lo que tenía que hacer. Se irguió, echó la cabeza hacia atrás y proclamó: «¡Declaro que hoy, 23 de noviembre del año 1918, es el primer día de la historia de la República independiente de Perloja!».

Los aldeanos prorrumpieron en vítores.

—Fue nuestro mejor momento —me aseguró el historiador con voz animada—. Sin duda nuestro mejor momento.

Poco después, Perloja celebraba elecciones. El pueblo eligió a un primer ministro, un ministro de Economía y un ministro del Interior, además de un juez, que más tarde sería objeto de gran admiración por su fortaleza de carácter cuando condenó a un maltratador a ser golpeado por su esposa. Se hicieron planes para construir un nuevo ayuntamiento, imprimir papel moneda con la efigie de Vitautas en una de sus caras, nombrar a una serie de altos funcionarios y diseñar una bandera. El sacerdote del pueblo asumió la tarea de organizar el ejército.

—Al cura le gustaba beber —admitió el historiador—, y no se quedaba demasiado tiempo en ninguna parroquia; tampoco en Perloja. Pero era un hombre noble, y decidimos obviar el problema. Un hombre noble: entregó su riqueza a la república y su tiempo al ejército.

En caso necesario, el ejército podía llegar a convocar hasta trescientos hombres, tanto de Perloja como de la campiña circundante. Aquellos soldados tenían armas de fuego, robadas al ejército del zar, además de uniformes que habían cosido sus esposas. Incluso tenían un espía. Este era cojo, pero imitaba las voces de los pájaros y de otros animales, y sabía disfrazarse para parecer una anciana. Cuando el ejército quería averiguar algo, le enviaban a él. Asimismo, por supuesto, Perloja tenía su presidente, el hombre que se había atrevido a pronunciar el discurso de independencia.

El historiador se recostó en su silla. Los recuerdos se

imponían a la ciencia. El presidente había formado parte de su propia infancia.

—El presidente… tenía veinte hectáreas y fama de buen agricultor. Era valiente… sí, muy valiente… y siempre luchaba en el campo, junto a sus hombres. Mi padre no era un guerrero, pero si el presidente decía que había que combatir a un enemigo, mi padre acudía a combatirle. Después de la guerra, el presidente se fue de Perloja… trabajó en el ferrocarril… decía que no podía soportar ver cómo cambiaba…, pero regresó para morir aquí. Vivió hasta los noventa y siete. Murió el año pasado. Un buen hombre. Me enseñó todo lo que sé…

El historiador se detuvo en mitad de la frase y alzó la vista para asegurarse de que de verdad me importaba lo que decía: Perloja era la obra de toda su vida; no era algo de lo que burlarse, ni para tomarse a la ligera.

—¿Qué ocurrió con la república? —le pregunté.

—Eso es lo triste —me respondió el historiador, meneando la cabeza.

Los problemas con los polacos se iniciaron en 1920. Al parecer, la nueva frontera, trazada en Versalles, dejaba a algunos habitantes de la aldea en un lado y al resto en el otro. Nadie parecía querer reconocer la República de Perloja, de modo que hubo enfrentamientos e incluso escaramuzas. En aquellas disputas no murió nadie, aunque la policía polaca ocupó varias veces el pueblo. Cada vez que los policías desfilaban por la calle mayor, las casas quedaban vacías: los lugareños corrían a ocultarse en cuevas para que no quemaran la aldea.

En 1923 se libró una gran batalla, la mayor de todas. Los lugareños atacaron a los nuevos guardias fronterizos polacos y agredieron a los sorprendidos miembros de una comisión de demarcación francesa, advirtiéndoles de que no volvieran a acercarse a Perloja. Los aldeanos siguieron luchando incluso

cuando los propios lituanos enviaron una unidad al pueblo, y solo tras capturar a uno de los soldados lituanos se dieron cuenta de que en realidad estaban luchando contra su propio pueblo. Por él supieron que la Sociedad de Naciones les había traicionado.

—Tiempos trágicos —añadió el historiador, meneando la cabeza.

El lituano capturado les explicó a los habitantes de Perloja que los diplomáticos europeos ya habían trazado la frontera en sus mapas. El mundo no reconocería su república. Ni siquiera Lituania podía reconocerla. Llenos de tristeza, los aldeanos depusieron las armas en la plaza del pueblo.

En 1924 los líderes republicanos aceptaron acatar las leyes de Polonia, pero colocaron una placa conmemorativa de la república dentro de la iglesia.

En 1944 los hombres de Perloja se unieron a la resistencia antisoviética. Sesenta de ellos murieron en los bosques, y otros sesenta —entre ellos el presidente, el primer ministro y el juez — fueron a Siberia junto con sus familias; en total fueron deportadas más de trescientas personas.

En 1957 el nuevo régimen trató de derribar la estatua del gran duque Vitautas, pero fracasó en el intento pese a utilizar sucesivamente tanques, lanzallamas y explosivos. Los dirigentes republicanos, temiendo que los polacos intentaran dañar la estatua, habían reforzado el pedestal y el cuerpo con hormigón, y revestido el interior con traviesas de acero. Los lanzallamas de los comisarios no tuvieron ningún efecto sobre el acero, y los explosivos solo dañaron levemente la punta de la espada de Vitautas. Durante cuarenta años fue la única estatua del gran duque que siguió en pie en la Lituania ocupada por los soviéticos.

—Estoy organizando de nuevo la milicia local —me explicó el historiador—. Nos reunimos los jueves… doce de nosotros

asistimos regularmente. Venga alguna vez a nuestro entrenamiento si tiene ocasión.

Ona Baubliene vivía al otro lado de Perloja, y al principio pensé que, como el sacerdote, también ella estaba fuera. Cuando llamé a la puerta de su casita de madera nadie respondió. Me asomé al interior, pero solo vi una estufa de hierro, una cama individual y un gato negro.

Cuando finalmente encontré a Ona, estaba plantada en su campo lleno de barro, con las manos en las caderas, observando el sucio montón de patatas que acababa de arrancar de la tierra. Su camisa verde de cuadros y su gruesa falda marrón colgaban de su cuerpo formando pliegues, y el pañuelo blanco que llevaba en la cabeza daba una expresión grave a su rostro achatado. Sus botas eran negras y pesadas, como convenía en un país tan húmedo. Conservaba todos los dientes.

—Está vivo, sé que está vivo, si es eso lo que quiere saber —me espetó.

Ona Baubliene, la esposa del mayor héroe partisano de Perloja, no quiso acompañarme a tomar una taza de té. La tierra no tardaría en helarse, todavía quedaban patatas por arrancar, y aquella tarde iba a venir un vecino con un caballo para echarle una mano. La niebla se había despejado y había salido el sol: era una pena no trabajar.

—Si quiere hablar conmigo —me dijo—, tendrá que quedarse aquí.

Y allí estaba el comienzo de la historia, porque el campo de patatas de Ona Baubliene se encontraba justo en el centro de lo que antaño había sido un terreno en disputa.

—Aquel lado del Merkys era Lituania antes de la guerra —empezó diciendo, al tiempo que señalaba hacia el arroyo que

discurría junto a su campo—. Este lado era Polonia.

Hoy en día los habitantes de Perloja cruzan el Merkys por un puente colgante de cuerda. Antaño —me explicó Ona— había un robusto puente de madera en su lugar, y los soldados polacos estaban en el lado donde ahora se encontraba ella.

Por aquel entonces, a los lugareños no les gustaban los polacos:

—No puede gustarte alguien que habla una lengua distinta y está en tu patio trasero blandiendo un fusil, ¿verdad?

Los polacos obligaron al hermano mayor de Ona y a su amigo Jonas a servir en su ejército, y ellos tramaron el modo de vengarse. Durante un permiso, le pidieron a Ona que pasara clandestinamente varios documentos secretos del ejército a unos parientes que tenían al otro lado de la frontera. En aquella época las chicas hacían lo que les decían sus hermanos mayores, y además Ona estaba enamorada de Jonas. De modo que se cosió los documentos en la falda.

—Se coge el dobladillo interior de la falda así, ¿lo ve?, doblándolo dos veces, y luego basta con dar unas puntadas a lo largo del borde justo aquí —me explicó Ona, al tiempo que me mostraba cómo hacerlo.

Ona conducía sus gansos por el puente cuando los polacos la detuvieron, la cachearon y encontraron los papeles, tras lo cual empezaron a gritar: «¡Sabotaje! ¡Espías!». El hermano de Ona y su amigo Jonas pasaron los años previos a la guerra en una cárcel cerca de Cracovia. En su ausencia, Ona se cansó de esperar y se casó con Baublys.

El destino la había unido a un héroe. Baublys era alto y rubio como muchos de los habitantes de Perloja. Era demasiado joven para haber luchado por la República, pero amaba la aldea tanto como cualquier otro. Su voz de tenor era famosa, y además tocaba el acordeón; era cazador y un tirador excelente. Años después, un miembro de la delegación local del Partido

Comunista le dijo a Ona que su marido, convertido ahora en un bandolero, le había disparado en el bosque. Ella le miró a los ojos y le dijo: «No me lo creo. Si te hubiera apuntado te habría dado».

La trayectoria de Baublys como protagonista de sonadas evasiones se inició en 1940, justo después de la ocupación soviética de Lituania. Al principio los habitantes de Perloja acogieron favorablemente los cambios. Las nuevas fronteras devolvieron Perloja, al igual que Vilna, al lado lituano, y los guardias polacos desaparecieron. Pero entonces empezaron a propagarse los rumores con extremada rapidez. Los rusos, que parecían no tener nada de nada —¿por qué, si no, iban a codiciar las tierras de los demás?—, estaban deteniendo a todos los campesinos que poseían más de doce hectáreas. Circulaban historias sobre trenes de ganado y camiones de transporte, historias sobre Siberia y sobre personas que desaparecían sin dejar rastro.

Cierto día en que Ona y sus hermanas estaban trabajando el campo, oyeron un gran estruendo de tambores, como si se acercara un ejército: un hombre corría por el puente, gritando: «¡Ya vienen, ya vienen!». Todas las mujeres se ocultaron tendiéndose en el suelo entre las tomateras del huerto. Baublys y los demás hombres corrieron hacia el granero, pero los rusos les vieron. Al poco rato sacaron a uno de los vecinos y a sus dos hijos, y se los llevaron a Siberia. A Baublys no lo encontraron. Salió unas horas después, cubierto de salvado y avena, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando llegaron los alemanes, en 1941, nadie sabía nada de los nazis, pero una vez más todos pensaron que el cambio era para bien. Perloja seguía en Lituania, y Baublys, enardecido por el patriotismo, se convirtió en el jefe de la policía lituana local. Todo iba muy bien… hasta que las cosas empezaron a torcerse. Los alemanes también recelaban de los lituanos, y empezaron a

encerrar a todos aquellos de cuya lealtad sospechaban; asimismo circulaban historias terribles sobre lo que les hacían a los judíos. A la larga los alemanes ordenaron que todos los integrantes de la policía lituana, incluida la de Perloja, se trasladaran al Frente Oriental. Un puñado de policías de Perloja falsificaron sus pasaportes y se escondieron en graneros y otras edificaciones anexas, pero un polaco de Rüdiškės los delató. Solo Baublys logró escabullirse de la bodega donde se ocultaba, y aquella noche volvió a casa en bicicleta.

En la época de la segunda invasión soviética, en 1944, los habitantes de Perloja —ahora más sabios— ya no creían que ningún cambio fuera para mejor. El hermano de Baublys, maldiciendo a los nuevos ocupantes, se retiró a la vez que los alemanes y se fue a vivir a Australia. Pero Baublys, invocando los ideales de la República de Perloja, se negó a abandonar su pueblo en su hora de mayor necesidad. En lugar de ello, se unió a los partisanos en los bosques. Poco después se corrió la voz de que tres nudos ferroviarios, dos oficinas de correos y un comisario político cayeron víctimas de sus granadas.

Ahora Baublys ya no era solo un hombre con un talento especial para evitar la cárcel: se había convertido en un auténtico héroe. En las cocinas y las huertas, en voz baja y entre susurros, en toda Perloja no se hablaba de otra cosa que de Baublys, al que llamaban siempre Merkys, su alias de partisano, inspirado en el nombre del río que atravesaba el campo de patatas de Ona. Los vecinos le llevaban comida en agradecimiento por las hazañas de su marido y los hombres se quitaban el sombrero cuando se cruzaban con ella en la calle. Durante dos años, Ona se sintió como si estuviera casada con uno de los dioses arborícolas de sus antepasados. De día su marido vivía, invisible, en el bosque; de noche, en las pausas entre sus actos de sabotaje, se presentaba en casa por sorpresa. Hasta 1947 todavía parecía haber esperanza. Pero aquel año

los comisarios políticos enviaron a Ona a Siberia, donde permaneció durante quince años. Nunca volvió a ver a su marido. Mucho más tarde —«bueno, fue en algún momento de la década de 1960»—, una mujer le dijo que los partisanos de Perloja habían muerto en 1949, después de que los comisarios rodearan sus búnkeres. Por entonces solo quedaban doce; quemaron sus papeles y se pegaron un tiro. Pero se decía que un hombre había logrado escapar, y todos creían que no podía ser otro que Baublys.

Durante la década gris de 1950, la sombría década de 1960 y la sofocante década de 1970 —de hecho, hasta 1989—, la policía no dejó de interrogar a Ona. Cada primavera, casi siempre en la época de la siembra, llamaban a su puerta, inquiriendo si tenía noticias de Baublys.

«Y si le hubiera visto —les respondía ella cada primavera—, ¿creéis que iba a decíroslo?». No tenía nada que temer: ya había estado en Siberia.

Ona se apoyó en su valla, un destartalado apaño hecho de duelas de madera, plástico viejo y alambre.

—Estoy segura de que sigue vivo, en alguna parte del bosque —me repitió—. Nunca fue un hombre de los que se pegan un tiro, y, desde luego, tampoco es de los que se dejan atrapar. Pronto vendrá a buscarme.

Estaba segura de que él querría ver a sus nietos. Estaba segura de que querría oír hablar de su fama. Estaba segura de que querría ver su foto, vestido como Merkys el partisano, incluida en una nueva historia de Lituania que se había publicado en Vilna.

El aire empezaba a enfriarse. Las nubes avanzaban ahora más deprisa por el cielo, empujadas por el viento, mientras la luz del sol se desvanecía.

—Le espero —me dijo Ona—. Pronto, muy pronto, estoy segura de que decidirá que es seguro dejarse ver.

Eišiškės

Desde Perloja tomé un autobús que se dirigía al sur, hacia el disputado territorio tan querido por el profesor Z; la región donde los lituanos se fundían con los polacos, y estos con los bielorrusos. Aquí las colinas y lagos del norte de Lituania empezaban a dar paso a una campiña más abierta, a extensiones más llanas.

Al sur de Vilna, todos los pueblos se parecían. Cada uno de ellos tenía una iglesia católica, una iglesia ortodoxa y un ayuntamiento con un pórtico con columnas. Cada uno contaba con su plaza del mercado rodeada de casas cuadradas pulcramente arregladas cuyos colores —el amarillo limón y el verde pastel que estaban de moda antes de la guerra— delataban su edad, del mismo modo que la preferencia por las prendas de vestir más antiguas siempre delata la edad de la mujer que las lleva. Casi todos los pueblos tenían también al menos un gran edificio de piedra de dos plantas, normalmente lleno de maquinaria agrícola: era la sinagoga. Si bien antes de la guerra las aldeas de esta parte de las *kresy* eran de habla

polaca, al menos la mitad de su población solía ser judía. Tras la guerra habían quedado algunos polacos, y también algunos judíos.

En Eišiškės, un pueblo que tenía exactamente el mismo aspecto que los demás, quedaban solo dos judíos: Gellert y su madre.

Primero encontré a la madre de Gellert. Estaba tendida en una cama baja al fondo de una habitación oscura. Llevaba una larga bata descolorida, y su pelo colgaba en mechones grises en torno a su rostro abotargado. En sus largas orejas relucían unos aros dorados.

—Mire —me dijo, señalando una fotografía de color sepia enmarcada y colgada en la parte alta de la pared—. Murió hace un año y tres meses. Y no puedo olvidarlo.

En la foto aparecía un joven fornido de pie junto a una versión más joven y de cabello negro de la mujer que estaba en la cama. Ninguno de los dos sonreía.

Bajo aquella fotografía había otras: el mismo hombre fornido con un uniforme militar, con ropa de trabajo, con traje; la misma mujer de cabello negro con un bebé, con dos bebés, con tres.

—Ayer fui al cementerio y le dije que íbamos a marcharnos. Esperé a oír qué decía. Pero esta vez no respondió. —Empezó a gemir levemente—. Solo silencio, solo silencio. La última vez que fui me dijo: «No lo olvides, yacerás a mi lado, no olvides que pronto estarás conmigo». Me dijo que estaba esperándome. Pero esta vez, solo silencio.

Cuando ella se fuera no quedaría nadie, nadie que fuera a verle, nadie que cuidara su tumba.

—¿Cómo es Israel? Creo que hace calor, mucho calor, mucho calor. Y creo que voy a morirme con tanto calor.

Había pasado su infancia en Gomel, en el interior de Bielorrusia, y hablaba ruso con un marcado acento bielorruso,

cambiando las ges por haches. Su familia siempre había sido pobre, pero su abuelo, que era rabino, poseía toda una biblioteca de gruesos volúmenes impresos en hebreo y encuadernados en piel. Ahora ya no estaban: se había perdido todo en la guerra. A su abuelo lo mataron, al igual que a su madre, su padre, su hermana, sus tías, sus tíos y sus primos.

—Ahora ya no recuerdo el hebreo —me dijo—. No sé hablarle si no es en yidis, y me temo que los muertos solo hablan hebreo.

Volvió el rostro hacia la pared.

En aquel momento apareció Gellert.

—No le haga caso —me aconsejó, y luego cerró la puerta.

Le dije que me había alojado en el hotel Gellert de Budapest, y su cara redonda se iluminó.

—Creo que es un nombre muy famoso, ¿verdad? Creo que mucha gente famosa se llama Gellert.

Gellert no prestaba atención a la sarta de lamentos de su madre; él intentaba pensar en el futuro. Me mostró un telegrama que había enviado su hija desde Israel. Se había matriculado en un curso de inglés, y su marido ya estaba trabajando en una obra. Había oído que un judío israelí podía ganar más en un mes que un judío soviético en todo un año.

—Aquí, él habría sido profesor —me explicó Gellert, encogiéndose de hombros—. Mire cómo vivo yo con el sueldo de profesor. Nadie debería vivir en un lugar como este. Dígame: ¿en América un profesor viviría en un lugar como este?

Entendí a qué se refería. El piso era pequeño y oscuro. Solo tenía dos habitaciones —antaño habían llegado a vivir hasta cinco personas en ellas—, y podían oírse los gemidos y murmullos de la abuela a través de las paredes delgadas como el papel. La cadena del inodoro llevaba meses sin funcionar. Una caja colgada de la ventana hacía las veces de nevera. En

lugar de cocina había un hornillo solitario apoyado en la pared del pasillo.

A Gellert le interesaba el tema de los judíos, pero no sabía mucho al respecto y tampoco había tenido mucho tiempo para aprender cosas sobre ellos. Iba a Israel por los niños —me dijo —, y se iba a Israel porque no tenía forma de llegar a Estados Unidos, donde las normas de inmigración eran muy duras para quien no tenía parientes allí. De todas formas, alguien le había convencido de que Israel sería igual que Estados Unidos.

—Es el estado número cincuenta y uno, ¿no? Me han dicho que es el estado número cincuenta y uno —repitió, con los ojos muy abiertos, llenos de la esperanza de todo inmigrante.

Quería saber si en Estados Unidos las cosas eran como en Eišiškės.

—¿Ustedes tienen bicicletas? —me preguntó—. ¿O todo el mundo va en coche? ¿Se parecen sus pueblos a los nuestros?

Le dije que no, que de hecho no se parecían. Gellert meneó la cabeza con admiración. No podía imaginar qué aspecto podría tener un pueblo distinto de los que él conocía.

—¿Tienen, por ejemplo, libros como este?

Cogió un libro que llevaba por título *Historia de la economía política del ejército soviético*. Le dije que sí, que teníamos libros como aquel, aunque el contenido sería distinto. Asintió con la cabeza con expresión sagaz, pero en realidad no entendió a qué me refería.

Gellert se ofreció a llevarme a Radun, si es que no me importaba ir en un coche soviético.

—Estoy seguro de que no es tan bueno ni de lejos como un coche americano, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? —Se encogió de hombros en un gesto de desesperación—. En Eišiškės no puedo comprarme un coche americano.

Su coche era ciertamente muy viejo, y avanzaba muy despacio, con movimientos bruscos e irregulares. No tenía

silenciador. Alzando la voz por encima del petardeo del motor, le dije a Gellert que no me importaba, pero aun así él siguió vociferando disculpas. Sabía cómo tenían que ser los coches: los había visto en las películas.

Discurrimos por carreteras curvas y flanqueadas de árboles, la única evidencia que quedaba de lo que antaño fueron grandes fincas: Gellert me explicó con orgullo que la mayoría de las tierras de los alrededores de Eišiškės habían sido propiedad de uno o dos grandes hombres y que aquellos grandes hombres habían construido las carreteras, aunque también admitió que no se habían reparado mucho desde entonces. El coche tosía y gemía con cada bache que encontraba, y se inclinaba precariamente hacia un lado al doblar cada recodo. Aun así, parecíamos estar a salvo, ya que apenas había más tráfico.

Por encima del ruido del motor, Gellert gritó:

—¿Quiere saber qué pienso? Creo que ahora Lituania va a ser para los lituanos, Rusia va a ser para los rusos, Ucrania va a ser para los ucranianos. Ya sabe, los lugares pertenecerán a sus pueblos. Así que ahora…

El coche soltó una arcada, seguida de un lamento.

—¿Qué?

Gellert dijo algo, pero el coche gorgoteó y escupió.

—¿Qué?

—Israel será para los judíos, ¿verdad? ¿No es así?

—¡Sí!

Para llegar a Radun teníamos que cruzar la frontera entre Lituania y Bielorrusia, que existía desde hacía una semana. Gellert meneó la cabeza: le resultaba extraño pensar en Bielorrusia como un país extranjero. Al acercarnos a la frontera, disminuyó la velocidad del coche hasta reducirla a un nervioso resuello.

En el lado lituano había unas flores plantadas en forma de

cruz en el suelo junto al puesto fronterizo. Marcaban el lugar donde un soldado soviético había disparado a un guardia fronterizo lituano. En los primeros días de la Lituania libre, la defensa de las fronteras era la defensa de la propia noción de independencia. Aquellos primeros guardias fronterizos no se limitaban a vigilar el tráfico: también custodiaban la recién adquirida soberanía de su país.

Sin embargo, la frontera era nueva. Durante muchos siglos —hasta 1939—, Eišiškės y Radun fueron solo dos pueblos de las *kresy* que no pertenecían a nadie en particular. En ambos pueblos eran administrativos polacos y comerciantes judíos quienes dominaban la vida local. En ambos, eran campesinos que hablaban dialectos eslavos y bálticos quienes traían los productos que se vendían en el mercado; y eran terratenientes polacos o rusos quienes regentaban las haciendas circundantes, mantenían las casas señoriales y donaban dinero a las iglesias. Todos los caminos de tierra se congelaban en invierno y se embarraban en verano.

Tras la guerra, el Holocausto y la deportación de los polacos, se redibujaron las fronteras. Eišiškės y Radun pasaron a formar parte, respectivamente, de las repúblicas soviéticas de Lituania y Bielorrusia. Al principio aquello no pareció importar demasiado, pero poco a poco la gente empezó a darse cuenta de que en realidad sí importaba. El lituano se había convertido en la lengua oficial de Eišiškės, donde los campesinos estaban olvidando el bielorruso, mientras que en Radun casi nadie hablaba ya lituano. Las carreteras lituanas estaban mejor cuidadas que las de Bielorrusia, por lo que ahora Eišiškės estaba más conectado con el resto del mundo, mientras que Radun se sumía cada vez más en el provincianismo.

Ahora los dos pueblos pertenecerían a dos países distintos. Era como decía Gellert: Lituania sería para los lituanos y Bielorrusia para los bielorrusos. E Israel sería para los judíos.

En el momento en que pasábamos junto a las flores, uno de los guardias lituanos, uniformado y de aspecto adusto, salió a la carretera y alzó la mano para que nos detuviéramos.

Gellert palideció.

Sin decir palabra, el guardia examinó el coche. Abrió el maletero y miró en su interior. Dio una patada a un neumático. Se asomó al asiento trasero, se inclinó amenazadoramente sobre el volante y me echó una inquisitiva y prolongada mirada.

Luego acercó su rostro al de Gellert y preguntó, en voz baja e intimidatoria, si podíamos dejarle de camino a Lida.

Gellert asintió con la cabeza; el guardia se subió al asiento trasero y cerró los ojos.

En el lado bielorruso, un banco vacío se apoyaba contra la pared de un puesto aduanero igualmente vacío. Rodamos con suavidad sobre un trozo de cuerda caído.

—Ahora ya puedo decirle a la gente que he estado en el extranjero —comentó Gellert alegremente.

## Radun

Meyer Chaimovich había nacido en Radun, se había criado en Radun y estaba firmemente decidido a morir en Radun. No creía en el nacionalismo, sino en el internacionalismo. Esas tonterías de Israel no eran para él; pensaba que su amigo Gellert era un necio por querer ir allí.

Meyer Chaimovich era un hombre contrahecho y muy bajo de estatura. Su cabeza parecía descansar directamente sobre los hombros, como si no tuviera cuello, y tenía los brazos demasiado largos para su cuerpo. Sus muslos eran mucho más gruesos que sus pantorrillas. Tenía el brazo izquierdo amputado a la altura del codo a causa de una herida de guerra. Meyer Chaimovich había sido partisano.

—Cuando llegaron los soldados soviéticos —me aseguró—, la gente se alegró. Decían que la Unión Soviética sería mejor que Polonia. Y tenían razón. Es mejor.

Antes de la guerra, Meyer Chaimovich había sido bolchevique. Los polacos lo encarcelaron tres veces acusándole de ser un agitador comunista.

—No hay nada de malo en el comunismo —me dijo—. El problema aquí es que nadie trabaja. La gente cree que caerá maná del cielo, pero solo en la Biblia cae maná del cielo. Si la gente trabajara, el comunismo sería un éxito.

Un gran televisor dominaba la única habitación de la cabaña; en su amplia pantalla, varios grupos de rock rusos giraban al ritmo de la música silenciada. Meyer Chaimovich no podía soportar escuchar el sonido, pero tampoco tener el aparato apagado. El televisor era un símbolo, la prueba de que la Unión Soviética había llevado el mundo moderno a Radun.

—En la época polaca no había televisores, solo radios —declaró.

Cuando Meyer Chaimovich resultó herido en la guerra, le ayudaron los rusos, no los judíos. Pasó tres días en una casa rusa, y fueron las mujeres rusas quienes le lavaron la cabeza con toallas. En cambio, en tiempos de los polacos, las ricas damas judías le volvían la cara por la calle porque su padre era herrero, su abuelo era herrero y, de no haber sido por la guerra, Meyer Chaimovich también habría sido herrero.

De sus experiencias vitales, Meyer Chaimovich extraía las siguientes conclusiones: había rusos buenos y rusos malos; había judíos buenos y judíos malos; en Israel había personas buenas y malas; en Estados Unidos había personas buenas y malas, y en la nueva Bielorrusia habría personas buenas y malas. Por lo tanto, todo eso de andar de un lado a otro no tenía sentido.

—El lugar donde has nacido es el lugar donde debes morir —sentenció Meyer Chaimovich.

Por la tarde nos dirigimos al cementerio judío, situado junto a la carretera de Voronova, en las afueras de la ciudad. Alguien había retirado todas las lápidas, y al principio parecía solo un campo vacío. Pero el suelo era irregular: había pequeños montículos señalando los lugares donde había ataúdes,

cubiertos con una fina capa de tierra.

Meyer Chaimovich dio una patada a uno de los montículos y empezó a explicarme cómo se había librado de ser enterrado allí también.

Cierto día —me dijo—, no mucho después de que se iniciara la ocupación, el mando militar alemán anunció lisa y llanamente que todos los judíos de Radun tenían que presentarse en la sinagoga. La gente acudió al rabino y este les dijo que era la voluntad de Dios. Si Dios quería que los judíos fueran a la sinagoga, todos debían ir. De modo que fueron, sabiendo e ignorando al mismo tiempo lo que iba a ocurrir.

En el templo, los alemanes pusieron a los judíos en fila y les ordenaron que se dirigieran al cementerio. Ellos se volvieron hacia el rabino y este les dijo que debían caminar detrás de él. Los alemanes les siguieron a caballo y, tras ellos, un grupo de lituanos con armas de fuego. Al ser de origen local, los lituanos eran aún más odiados que los alemanes; solían disparar a los polacos además de a los judíos, y tenían formas harto desagradables de afirmar su nueva superioridad sobre sus antiguos vecinos. Pero aquel día en concreto ninguno de los lituanos era de por allí.

—No eran de nuestro pueblo —recordó Meyer Chaimovich —. No los reconocimos.

Cuando los judíos llegaron al cementerio, los soldados alemanes les mostraron un terreno que había justo al lado y les ordenaron que empezaran a cavar. De nuevo, los judíos se volvieron hacia el rabino, y este les dijo de nuevo que era la voluntad de Dios. De nuevo los judíos sabían e ignoraban al mismo tiempo lo que estaba ocurriendo. Empezaron a cavar. Pero Meyer Chaimovich lo tenía claro.

—Me dije a mí mismo: es hora de largarse. Me repetí: no voy a cavar mi propia tumba, no voy a cavar mi propia tumba. Vi a uno de los lituanos golpear a alguien en la cabeza, y supe que

estaban nerviosos. Sin duda iba a pasar algo. De modo que salí corriendo.

Había contado la historia tantas veces que ya no le quedaba aflicción, solo el recuerdo de la adrenalina, de la carrera y de la emoción de la huida. Sonrió y señaló hacia un árbol distante.

—Por entonces allí había un granero —más tarde se quemaría—, y yo corrí y me escondí tras él, donde no podían dispararme. Luego, cuando los oí llegar, corrí hacia el bosque. Los alemanes me siguieron en sus caballos, pero ese campo está lleno de piedras, y los animales no podían cabalgar sobre las piedras. Cuando llegué al bosque, seguí corriendo y corriendo, y nunca me atraparon.

Meyer Chaimovich estuvo con los partisanos soviéticos en los bosques desde mayo de 1942 hasta junio de 1944, cuando lograron liberar Radun. Después volvió a Radun y se enteró de que su padre, su madre, su primera esposa y su hija estaban enterrados en la zanja adyacente al cementerio de la ciudad, donde la policía lituana les había abatido a tiros.

Los judíos de Eišiškės —me dijo— habían sido abatidos de la misma forma. También los judíos de la mayoría de los pueblos cercanos a Radun. En esta parte del mundo no había habido guetos cerrados, ni trenes, ni campos. Aquí, tan lejos de la civilización, no hacía falta tener en cuenta los sentimientos de la población local; no hacía falta ocultar la muerte. Se podía contar con que la policía local cooperara o, cuando menos, no se opusiera. Así que no había necesidad, como en Europa occidental, de llevarse a los judíos a morir a otro sitio.

Meyer Chaimovich volvió a sonreír al recordar su afortunada huida, hacía tanto tiempo, y se dirigió hacia la zanja ahora cubierta de vegetación.

Junto a esta se alzaba un imponente monumento con una estrella roja en la parte superior. La pintura de la estrella se estaba desprendiendo, y parecía que alguien había estado

desconchando también el yeso, que se amontonaba en el suelo junto a una pila de botellas de cerveza rotas, por lo que apenas resultaba posible leer la inscripción:

AQUÍ YACEN ENTERRADOS 1.137 PACÍFICOS CIUDADANOS SOVIÉTICOS
FUSILADOS EN 1942 POR LOS FASCISTAS ALEMANES.

Le pregunté por qué no especificaba que eran judíos.

—Eran pacíficos ciudadanos soviéticos —recalcó Meyer Chaimovich—. Eso es lo que eran.

## Hermaniszki

Hermaniszki se halla al este de Radun, al otro lado de un bosque y un pantano; me dirigí hasta allí buscando a un sacerdote de Lublin conocido como el padre Andrzej.

Lo encontré en el camposanto, barriendo los caminos. El padre Andrzej se mantenía ocupado para alejar los malos pensamientos.

—El ocio es la madre de todos los vicios —sentenció.

El sacerdote daba todos los días dos clases de polaco a polacos bielorrusos que habían olvidado la lengua (o que quizá no habían llegado a dominarla nunca) e impartía asimismo dos catequesis. Los domingos decía tres misas en distintos pueblos —Hermaniszki, Woronowa y Bieniakonie—, además de dirigir la escuela dominical para adultos. Después de cuarenta y cinco años de ateísmo, había mucho trabajo para un clérigo católico en Bielorrusia. Constantemente entraban y salían visitantes de la rectoría, recién renovada con dinero procedente de Polonia, con los ojos como platos y la boca abierta al ver el televisor Sony, las alfombras, los aseos y las pequeñas fuentes llenas de

caramelos de chocolate envueltos en papel de colores.

Solo unos días antes, el padre Andrzej había descubierto los archivos de la iglesia de Hermaniszki escondidos en una de las paredes de la sacristía, donde al parecer los había metido el último sacerdote al final de la guerra. El más antiguo databa de 1801, y el cura señaló triunfalmente los nombres polacos: Mateusz, Gregorz, Antoni…

—*Zawsze Polska*, siempre Polonia —dijo con orgullo.

Los registros demostraban que Hermaniszki, ahora parte de Bielorrusia, siempre había sido polaca.

En los archivos también se conservaba una copia de una carta enviada en 1930 a la archidiócesis de Vilna en la que se pedía al arzobispo que promulgara una resolución contra los bolcheviques, «Un pueblo que lucha contra Dios y contra la fe».

—Fue profética —me aseguró el padre Andrzej.

La primera vez que oyó la llamada a la labor misionera fue de niño, y se dispuso a hacer proselitismo en Corea del Sur. Pero Dios intervino a través de la jerarquía misionera y, en lugar de ello, le envió a Bielorrusia occidental. Resultó ser una bendición, ya que en Bielorrusia cada converso al catolicismo era también un converso a la identidad polaca: el Estado soviético había prohibido Dios y Polonia a sus ciudadanos, y ambos habían estado a punto de perderse. Pero ahora amanecía una nueva era.

—Nosotros trajimos aquí la Palabra y la civilización occidental en el siglo XIV —me dijo el padre—. Ahora nos toca hacerlo de nuevo.

Tomamos el té en la rectoría en compañía del organista del padre Andrzej, que no me quitaba ojo y no paraba de reír. Nunca había imaginado que llegaría a conocer a ningún estadounidense, y menos ahora, al final de su larga vida. De haberlo sabido, habría repasado su inglés.

Luego el padre Andrzej dio permiso a dos de sus feligresas de

habla polaca, Hania y Maria, para que hablaran conmigo en lugar de asistir a la misa matutina.

—Le saldrá más a cuenta hablar con ellas que conmigo —me dijo—. Ellas pueden explicarle lo que les ocurrió aquí a los polacos —añadió—. Pueden contárselo mucho mejor que yo.

Nos sentamos todos en bancos de madera en la sacristía. Hania frunció el ceño. Yo no entendí por qué. Me hizo un gesto con el dedo; yo seguía sin entender. Finalmente se me aceró al oído:

—No debe cruzar las piernas delante de un sacerdote —me susurró—. Es inmoral.

Descrucé las piernas, pero no alzaron la vista para mirarme hasta que el padre Andrzej hubo abandonado la sala.

Hania y Maria eran ambas ancianas, y ambas vestían de forma idéntica, salvo por el hecho de que Hania llevaba un pañuelo de lana blanco con lunares rosados y Maria uno naranja de algodón deshilachado. Por lo demás, las dos llevaban vestidos con descoloridos estampados florales, sucios delantales blancos y pesadas botas de cuero recompuestas una y otra vez. Sus narices rojas y redondas, sus barbillas prominentes y sus grandes manos les hacían parecer personajes de un cuadro de Brueghel, y hablaban polaco con un marcado acento oriental.

—El otro sacerdote, Pilecki, estuvo aquí hasta 1939 — empezó a decir Hania.

Maria la interrumpió:

—No, no, querida, Romanowski estuvo aquí hasta 1939. Pilecki estuvo antes que él.

—Sí, claro, y antes estuvo Jubiliewicz…

—Y Osobski llegó justo antes de la guerra…

—Pero estoy segura de que Pilecki estuvo aquí hasta 1939…

—Quizá tengas razón, querida, quizá tengas razón, pero ¿Hermanovich no llegó a predicar un poquito en la época de

los alemanes?

—De todas formas da igual, ¿no?, porque después ya no vino nadie —dijo Hania—. Ningún sacerdote en absoluto.

Guardaron silencio. ¿Desde cuándo —pregunté— no había habido ningún cura?

—Desde la guerra —respondió Maria—. No hemos tenido sacerdote desde la guerra, cuando se fueron los polacos y vinieron los rusos. Los llaman bielorrusos, ya sabe, pero no somos tontas. Sabemos que son rusos. Por eso no les gustamos. A los rusos no les gustan los polacos.

Al no haber sacerdote, los habitantes de Hermaniszki optaron por celebrar ellos mismos sus propios servicios.

—Solo nosotros, los del pueblo, por nuestra cuenta, durante unos cuantos años —explicó Hania—. Todo por nuestra propia cuenta. No teníamos sacerdote, pero intentábamos hacer bien las cosas.

Todos se habían esforzado en recordar las oraciones, y decían misa lo mejor que podían. A veces alguien leía un sermón.

—No era como la de verdad, claro, pero nos las arreglábamos.

Sin embargo, a la larga las autoridades acabaron enterándose de la celebración de aquellos servicios. El régimen soviético no podía aceptar que una pequeña congregación desafiara tanto las leyes relativas al ateísmo como las que decretaban que las lenguas oficiales eran el ruso y el bielorruso. Un día llegaron a Hermaniszki cuatro policías preguntando por la llave de la iglesia: iban a cerrarla para siempre.

—Nuestra amiga Masha, que en paz descanse, era quien tenía la llave —dijo Hania—. Pero cuando los policías fueron a verla, miró a los ojos al oficial jefe y le dijo: «No, señor, yo no tengo ninguna llave».

De modo que los policías fueron a ver al alcalde del pueblo y

le pidieron la llave a él.

—Él sabía que la tenía Masha —explicó Maria—, pero miró a los ojos a los rusos y les dijo: «No, no tengo ni idea de dónde está esa llave».

Entonces los agentes empezaron a golpear al alcalde en su propia casa. Luego lo sacaron a la calle a rastras y siguieron golpeándole con tal fuerza que todo el pueblo le oyó gritar. Al final le rompieron los dos brazos, y después se dedicaron a pisotear su jardín. Luego clavaron unos tablones en la puerta de la iglesia y colgaron un cartel que rezaba: «Prohibida la entrada».

Pasaron varias semanas. Los lugareños rezaban en el camposanto, o en casas particulares cuando llovía. Entonces, un día —de hecho, fue el Día de Todos los Santos—, Maria se encontró con Hania en la calle.

Hania susurró: «¡Maria, han venido a destruir la iglesia! ¡Han venido a destruirla!».

Habían llegado al pueblo cuatro soldados en un camión militar de color verde, y estaban midiendo la anchura de los muros para ver cuánta fuerza haría falta para derribarlos. Los lugareños salieron corriendo de sus casas, conmocionados, para ver qué ocurría. La iglesia formaba parte del pueblo desde antes de la época de sus abuelos. Todos habían sido bautizados allí, todos se habían casado allí. No todo el mundo era piadoso, es verdad, pero todos pensaban que el Gobierno soviético no tenía derecho a destruirla. De modo que, mientras los soldados ataban un ariete al camión, disponiéndose a destruir los muros del siglo XVI, todos los aldeanos acudieron al lugar y, uno a uno, se sentaron delante de la iglesia.

—Estábamos todos —recordó Hania con un suspiro—. Incluso los pecadores, hasta aquella chica de Cybula que había tenido el bebé antes de casarse, y hasta Jacek, que bebía, e incluso la anciana Pawlak, que vivía en la colina y nunca

hablaba con nadie. Y, desde luego, Maria, Masha y yo, y el alcalde, y Maciek, y Antoni, y Rutkiewicz y todos los demás. Nos sentamos todos delante del camión y les dijimos a aquellos soldados que no nos moveríamos y no dejaríamos que nos quitaran nuestra iglesia.

Al final los soldados terminaron por marcharse.

Más tarde, Masha, Maria y Hania, junto con el alcalde, Marek y Maciek, y uno o dos hombres y mujeres piadosos más de Hermaniszki, acudieron al edificio del consejo local de Woronowa para protestar. No pudieron ir todos, solo los que no se arriesgaban a perder una pensión o un empleo del Estado. Pero no importó, porque el consejo de Woronowa se negó a recibirles.

Un mes después, una delegación algo más reducida acudió a plantear su protesta al consejo provincial de Grodno. Los lugareños empezaban a tener miedo, y creían que el consejo de esa ciudad podía mandarlos encarcelar. Pero no importó, porque el consejo de Grodno tampoco les hizo ningún caso.

Finalmente, Maria y Hania se prepararon un poco de *kielbasa* y unas hogazas de pan y se fueron a Minsk:

—Esperamos durante días. ¡Días enteros! Dormíamos en la estación de tren. Al final nos dejaron entrar a ver al vicepresidente segundo de Bielorrusia para asuntos religiosos. Este nos echó una mirada y nos dijo: «Mis queridas señoras, ¿por qué causan tantos problemas? ¿Por qué me molestan?».

Hania negó con la cabeza:

—En realidad, querida, nos dijo que aquello no era asunto de su departamento…

—No, estoy segura de que dijo que era solo una molestia…

—De todos modos —zanjó Maria—, al principio no quiso ayudar. Pero entonces le preguntamos si había sido bautizado como católico, y él bajó la cabeza y nos dijo que sí. Luego le preguntamos si hablaba polaco, y nos dijo que sí. Luego le

preguntamos si no le daba vergüenza destruir cosas que pertenecían a otros católicos, y no respondió. Al final levantó la vista y nos dijo: «Pueden usar la iglesia». Y eso hicimos. Volvimos corriendo a casa y les dijimos a todos que podían volver a entrar.

—¡Ay!, tendría que haberlo visto —me dijo Hania—. Las ventanas estaban todas rotas, el altar destrozado. Los iconos habían desaparecido, los cuadros también, y también todos los libros.

—Todos llevamos flores de nuestros jardines para que Dios se sintiera mejor —explicó Maria—, y decidimos restaurarla.

Limpiaron los suelos, pintaron las paredes y arreglaron las ventanas. Un hombre del pueblo pintó nuevos cuadros sobre el altar para reemplazar a las obras robadas.

—Era un verdadero artista, un artista de verdad —recalcó Hania.

También empezaron a cuidar del cementerio, arreglando las lápidas y rellenando las tumbas robadas.

—Y entonces, hace alrededor de un año, Dios nos envió a un sacerdote polaco…

Maria rompió a llorar.

—Tranquila, tranquila —la consoló Hania, acariciándole el hombro.

—Durante el resto de mi vida daré gracias a Dios todos los días por habernos devuelto nuestra iglesia —dijo Maria entre sollozos.

—¡Shhh! —susurró Hania.

—Queremos a nuestro sacerdote, de veras, le hacemos regalos, ¡nos sentimos tan felices de que esté aquí!…

—Venga, venga —siguió consolándola Hania.

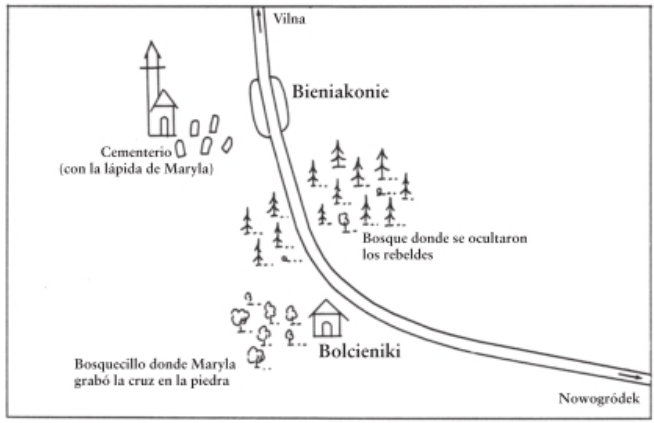
—Nos lo robaron todo, de veras. Esto es Polonia, señora, no Bielorrusia, y nuestro presidente es Piłsudski. Esto no es la Rusia atea, nosotros no somos rusos ateos, señora, somos

católicos, siempre hemos intentado hacer lo correcto.

Sintiéndome algo incómoda, decidí entrar en la iglesia, dejando que las dos ancianas se recuperaran. La nave era limpia y diáfana; el suelo estaba recién fregado. En el aire flotaba un perfume ligeramente antiséptico mezclado con olor a humedad. El padre Andrzej estaba terminando la misa. Bendijo a los fieles y luego el organista empezó a tocar. Había algunas notas desafinadas, pero reconocí la melodía de «Boże coś Polskę», un himno del siglo XIX:

*Dios, has protegido a Polonia*
*durante muchos siglos*.
*Le has dado su fortaleza y su gloria…*

Alcé la vista. Sobre el altar mayor, el Dios de Maria, Hania, Masha y Maciek, tal como lo imaginara un «verdadero» artista local, extendía la mano hacia la tierra desde una nube. Tenía los brazos excesivamente largos en proporción a su cuerpo, y su cara era demasiado plana. Pero sus ojos eran hermosos, almendrados —casi bizantinos—, y pintados de azul. A su alrededor flotaban en el aire flores de color rojo vivo con hojas de verde intenso, exactamente como las flores que crecían en los jardines de Hermaniszki.




## Bieniakonie

Por la tarde llovía a cántaros y el taxi que había contratado para que me llevara a Bieniakonie se detenía constantemente, atascado en el barro. El conductor juraba en ruso mientras intentaba liberar las ruedas. Cuando llegamos ya era casi de noche; en el centro del pueblo, el cielo gris plomizo parecía ejercer una presión desproporcionada sobre las diminutas casas de madera, como una losa de metal aplastando un puñado de ramitas. Pagué al conductor más de lo acordado y corrí hacia la puerta de color verde claro de Pan Michał.

Dentro, la casa parecía más grande que desde fuera.

—Pan Michał aún no ha llegado —me dijo Pani Teresa—. ¡Solo Dios sabe adónde ha ido con este tiempo!

Pani Teresa era una mujer de baja estatura con sendos círculos de color rojo intenso en las mejillas, una diminuta nariz respingona y el cabello blanco recogido en un moño. Bajo el delantal llevaba tres capas de ropa: enaguas de franela, combinación de lana y sobrefalda de algodón. Hablaba una

forma obsoleta de polaco: en su ausencia se refería a su marido como Pan Michał, mientras que cuando estaba presente le llamaba Pan Mąż, «señor marido». Mantenía su casa pulcramente ordenada, excepto la cocina, llena de ollas sucias y tarros de mermelada del año anterior.

—No me gusta lavarlos —se excusó—. No tengo tiempo. —Se paseó por la cocina y limpió unos cuantos vasos con un paño húmedo—. Seguro que le apetece un poco de té y algo de cenar. Vaya, vaya y siéntese. No tiene que preocuparse de ayudarme.

Volví a la sala de estar. Estaba muy caliente y olía a carbón. De las ventanas colgaban cortinas de encaje, había una estufa de hierro fundido junto a la puerta de la cocina y en una estantería de fabricación casera se apilaban desordenadamente un heterogéneo surtido de libros polacos y soviéticos. En la pared opuesta colgaba un icono de la Virgen María de Częstochowa, la imagen más milagrera de Polonia. Allí yo había visto a menudo su rostro renegrido: su efigie colgaba en todas las iglesias polacas, y Lech Wałęsa siempre lo llevaba en la solapa. Encontrarla aquí, en un lugar que parecía estar tan lejos de Polonia, me hizo sentirme extrañamente en casa.

De repente la puerta se abrió con violencia. Luego se escuchó un fuerte golpe: la estantería se había derrumbado sobre la alfombra turca. Un hombre de cabello blanco entró en la habitación a grandes zancadas.

—¡Pan Mąż! —exclamó Pani Teresa, saliendo a toda prisa de la cocina—. ¡Señor marido!

—¡Pani Żona! —exclamó a su vez el hombre—. ¡Señora esposa!

Corrió hacia ella para abrazarla, apartando los libros y papeles raídos que habían caído al suelo frente a él.

—Señor marido —repitió Pani Teresa, frenando en seco a su esposo—, tenemos visita. Es una poetisa de América.

Empecé a protestar por aquella descripción, pero Pan Michał se llevó el dedo índice a los labios. Cuando dejé de hablar, abrió sus vívidos ojos azules como platos, formó una «o» con la boca y empezó a declamar en versos polacos con una rima perfecta:

*Lo dije una vez, y ahora lo repito*:
*no soy un poeta, no soy escritor*,
*solo tengo un poquito de alma poética*,
*y escribo porque mi alma me dice que debo hacerlo.*
*Creo que hay otros que cuando «escuchan» algo*
*cogen papel y lápiz, y también escriben*;
*no basta en la vida con solo comer pan*,
*debes dejar algo para los hijos de tus hijos*.
*Nosotros somos testigos de lo mucho que cambia*,
*y así debemos consignar nuestras propias descripciones*
*de nuestras leyendas locales, que ya casi se han perdido*;
*casi han desaparecido, nadie escribe sobre ellas*.
*¡Ah!, no debemos permitir la desaparición, la supresión*
*de nuestro folclore, y así lo anuncio*:
*que cada uno, según su capacidad, se convierta en un experto local*,
*que seas tú —no hay otro— quien conozca las historias*,
*que ninguna leyenda sobre nadie, sobre nada, sea olvidada*.

Levantó el brazo en un ostentoso ademán, y luego hizo una reverencia propia de una diva.

Yo aplaudí.

—Es un placer conocerla y un contento saludarla —me dijo.

Extendió los brazos en un gesto aún más ostentoso, y de nuevo unos cuantos opúsculos y trozos de papel volaron por el aire como mariposas.

—En realidad no soy poetisa —le dije—; solo periodista.

—Siempre me complace —replicó Pan Michał— conocer a alguien a quien escribir le place.

Mientras hablaba, daba saltos como un pájaro por la

habitación, recogiendo libros y volviéndolos a dejar, y abrochándose y desabrochándose el botón superior de su camisa blanca.

—¡Por favor! —exclamó Pani Teresa, saliendo de la cocina—. ¿No ves que la chica está cansada? Déjala descansar. ¡No la marees con esas exhibiciones! ¡Con qué hombre me he casado! —Se volvió hacia mí—: Tome un poco de té, querida. Le hará sentirse mejor.

—Mejor, mejor… —murmuró Pan Michał—. ¿Qué palabra rima con *mejor?*

Para gran irritación de su esposa, a Pan Michał le gustaba hablar en verso. Era una cuestión de estética: creía que los pareados constituían la forma de habla más elevada y que solo el tipo de conversación más plebeyo podía saltarse la rima. De modo que en las conversaciones cotidianas empleaba rimas improvisadas, mientras que para las cuestiones de mayor envergadura mantenía un repertorio mental de largos poemas especialmente adaptados a determinadas ocasiones. La mayoría de ellos hacían referencia a leyendas locales, algunas de las cuales resultaban más verosímiles que otras.

Una de sus favoritas —me dijo— era la historia de cómo Bieniakonie había obtenido su nombre.

—En la más remota antigüedad, mucho antes de que llegara la modernidad, había un jinete llamado Bień —me explicó.

A Bień le gustaba montar a caballo; la raíz de la palabra «caballo» en polaco era *koń*. Y de ahí el nombre: Bieniakonie, el lugar donde le gusta montar a Bień.

Resultaba demasiado simple para ser cierto. Miré a Pan Michał. Él abrió los ojos como platos y enarcó las cejas, como queriendo negar que pudiera inventarse una historia así.

—Muchos nombres locales tienen leyendas ligadas a ellos —me dijo.

Le pregunté por la nacionalidad de los habitantes de la zona.

—¿Cómo? —respondió, agitando las manos con disgusto—. La gente de aquí no es polaca ni rusa ni bielorrusa ni lituana ni nada de eso: es bieniakoniana. Habla bieniakoniano, su propio dialecto, que carece de gramática propiamente dicha. —Se detuvo a reflexionar un momento—. Algunos eran polacos, lo recuerdo muy bien, pero sus intereses han cambiado, y su lengua y su pluma también.

Obviamente, eso no valía para el propio Pan Michał. Él sabía exactamente lo que era.

—Déjeme decirle —añadió— que todavía quedamos algunos polacos aquí, y no nos gusta que nos olviden. No nos gusta que nos digan que no queda ninguno de nosotros en el Este.

*Nuestra herida sigue siendo dolorosa; pese al paso de los años*
*nos duele, a nosotros los polacos de las* kresy*, que no somos libres.*
*Y sobre esa herida muchos siguen vertiendo sal,*
*incluso desde la patria.*
*¿Saben cómo se acrecienta nuestro dolor, en sus almas varsovianas,*
*cuando nos dicen que no somos polacos?*

Hizo una pausa y volvió a reflexionar durante un minuto.

—No acabo de tener claro si debería ser «en sus almas varsovianas» o «en lo más profundo de sus almas», pero no importa.

Sin embargo, Pan Michał nunca había estado en «Polonia», o, mejor dicho, nunca había estado en los territorios situados al oeste de las fronteras de posguerra. Sí tenía muchos conocidos en Varsovia y en Cracovia, e incluso allí le habían publicado: me enseñó un rudimentario opúsculo que llevaba por título «Canciones del Este», publicado por la Sociedad de Polacos Orientales de Varsovia. En él se reproducían algunos de sus poemas, e incluía asimismo una breve semblanza. Pan Michał me la leyó en voz alta: «Michał Wołosiewicz, un poeta popular

que todavía vive en las *kresy*». Algún día viajaría a Varsovia, pero ¿qué prisa había? Ya era reconocido en Polonia, allí ya había alcanzado cierta fama.

En cualquier caso, Polonia era un estado de ánimo, no un lugar. Pan Michał no necesitaba ver su capital, no necesitaba visitar sus catedrales, ni siquiera necesitaba pasar mucho tiempo con los polacos.

—Polonia también está aquí —aseguró—. Polonia sigue estando aquí.

Le pregunté por el origen de sus poemas. La mayoría de ellos —me explicó— se remontaban a su niñez, «cuando Bieniakonie estaba en tierras polacas, cuando las cosas eran realmente bellas». Y todos —añadió— habían sido inspirados por un único y fortuito encuentro, un encuentro que había cambiado su vida. Se puso repentinamente serio mientras me lo explicaba. Se sentó erguido en su floreado sillón, puso las manos sobre las rodillas y me relató la historia.

Por aquel entonces —me contó—, Pan Michał trabajaba a veces para un granjero local a fin de ganarse un dinero extra. En el vecindario vivía una anciana ciega, y de vez en cuando la esposa del granjero le pedía a Pan Michał que le llevara a la anciana ciega unos sacos de harina sobrantes y unos trozos de salchicha para comer. En una de sus visitas, la anciana ciega —después de darle profusamente las gracias, como hacía siempre— le dijo que había vivido ciento dos primaveras, veranos y otoños. Pero no sabía si viviría ciento dos inviernos.

Pan Michał imitó su voz, empleando un tono alto e histriónico de mujer mayor:

—¡Creo que ciento un inviernos son suficientes!

En su infancia, la anciana ciega había sido sirvienta en la antigua hacienda de Puttkammer, en Bolcieniki, no lejos de Bieniakonie. Recordaba cómo eran las cosas por entonces: las fiestas en el jardín, los invitados llegados de Vilna, las cenas en

la terraza, los carruajes de cuatro caballos, las bodegas de vino, las hileras de jamón secándose en el almacén… También se acordaba de la vieja condesa, cuya amargada y desdichada presencia había marcado la atmósfera reinante en la finca en los últimos años del siglo XIX.

Ante la mención de la condesa, Pan Michał prestó más atención.

—¿Cómo era la condesa? —inquirió.

—Bueno —respondió la anciana ciega—, era una persona infeliz, todo el mundo sabía que era infeliz. Casi nunca se la veía con su marido, ni siquiera en la iglesia. La gente decía que estaba enamorada de otro, ya sabe cómo habla la gente.

Alta y enjuta —explicó la anciana—, la vieja condesa parecía vivir en el pasado. Durante el día paseaba por la finca, recogiendo flores y trenzándolas en guirnaldas como haría una joven. Mantenía su dormitorio decorado con los muebles blancos y dorados que habían estado de moda en su juventud, y seguía llevando vestidos de muselina mucho después de que hubiera cambiado la moda. Cuando sus propios dedos se vieron demasiado afectados por la artritis para hacerlo ella misma, insistió en que su criada siguiera tocando melodías populares de principios del siglo XIX, siempre en el mismo clavicordio antiguo que tenía en el salón. Para cuando falleció, en 1863, todo el mundo la tenía por una gran excéntrica.

Pan Michał volvió a imitar la voz de la anciana ciega:

—Tras su muerte, la gente decía que su fantasma se levantaba de la tumba. Decían que al caer la noche iba a encontrarse en el bosquecillo con su verdadero amor.

La anciana le habló de un pequeño grupo de árboles que se alzaban junto a Bolcieniki, la antigua casa solariega —a solo unos kilómetros de Bieniakonie—, y aquel mismo día Pan Michał decidió ir a dar un paseo por allí.

Fue como un viaje iniciático. En su camino, tocó todos los

antiguos árboles con los que se tropezó, y se preguntó si ciento dos años atrás tendrían el mismo aspecto. Cogió una pequeña florecilla blanca que estaba junto al camino, y se preguntó quién habría olido antes una flor como aquella. Levantó un puñado de hojas en el aire, las arrojó hacia arriba, las vio caer, y se preguntó quién podría haber visto caer hojas similares de forma parecida.

Entonces se tropezó con la piedra. Pan Michał la miró y supo que era la piedra de la condesa, de Maryla; solo de Maryla, la heroína de la más grande historia de amor de la literatura polaca. En aquella piedra Maryla se había reunido con Adam la noche de San Juan, y en aquella piedra Maryla se había sentado a esperar su regreso.

Pan Michał se irguió en toda su estatura:

—Y en aquel momento me convertí en un poeta.

Luego empezó a recitar:

*Una extraña leyenda circula entre la gente*:
*que en la noche de San Juan llega ese momento*
*que los piadosos se atreven a llamar milagro*,
*cuando, una vez más, Adam se une a Maryla*.
*Y el río Solcza, como una madre vigilante*,
*reluce con el resplandor de la luna plateada*,
*y la niebla blanca besa discreta a los amantes*
*para que nadie pueda verlos desde lejos*.
*Y solo por la mañana*,
*cuando otros se despiertan de sus sueños*,
*sus susurros de amor se desvanecen*;
*porque han vuelto a sus tumbas…*
*Y dejando atrás estas colinas boscosas y estos verdes prados*,
*regresan, como debe ser*,
*ella al cementerio de Bieniakonie, bajo los familiares arces*,
*y él a la cripta del castillo de Wawel, sumida en histórica penumbra*.
*Y de nuevo transcurren los días, y el sol sale, el sol se pone*.
*Adam y Maryla aguardan pacientemente*

*a la noche de San Juan, cuando volverán a ser jóvenes,*
*para acudir al río Solcza, a reencontrarse de nuevo.*

Cuando terminó su poema, Pan Michał volvió a hacer una reverencia. Luego se sentó con parsimonia en la silla del rincón con el cojín rojo y hundió la barbilla entre las manos. Permaneció allí sentado durante un minuto, contemplando la lluvia torrencial a través de la oscuridad de la ventana.

—Adam y Maryla —repitió— aguardan pacientemente a la noche de San Juan, cuando volverán a ser jóvenes.

Pani Teresa entró de nuevo en la habitación.

—Bueno —dijo, dirigiéndose a mí—, aquí tiene té con miel y algo extra.

Fuera lo que fuese, me hizo quedarme dormida de inmediato.

¿Quién fue Adam Mickiewicz?

La versión convencional de su vida (la que figura en los libros de historia sobre Polonia) dice que fue el más grande de todos los poetas polacos y un combatiente en favor de la libertad, nacido cerca de la antigua ciudad polaca de Nowogródek el día de Nochebuena de 1798, solo tres años después de la partición que desintegró Polonia. La mala suerte había querido que en aquel momento concreto de la historia Nowogródek cayera bajo los dominios del zar ruso, pero los padres de Mickiewicz (o eso afirman los estudiosos de Varsovia) eran fervientes patriotas polacos que enseñaron a su hijo a sentir el intenso latido del orgullo nacional. Cuando empezó a escribir, sus primeros versos evocaban lógicamente su anhelo de libertad para Polonia:

*¡Salve, salve, oh, aurora de la nueva libertad del hombre!*
*¡El amanecer de la salvación dispersará la noche!*

La policía rusa no supo ver el valor poético de su *Oda a la juventud*, pero sí consideró que muy bien podría resultar subversiva. A los veinticuatro años fue encarcelado por primera vez; Mickiewicz llevaba camino de convertirse, en vida, en el poeta nacional de Polonia.

Adaptando su pluma y sus ambiciones a las circunstancias, Mickiewicz vivió entonces durante un tiempo en Moscú, Odesa y San Petersburgo, frecuentando las tertulias literarias de la época y disfrazando sus versos para escapar al ojo de la censura. Durante este tiempo creó un personaje poético llamado Konrad Wallenrod, un lituano medieval que ocultaba su auténtica naturaleza haciéndose pasar por alemán. En el punto culminante de su trayectoria, cuando se había convertido en gran maestre de todos los Caballeros Teutónicos, Wallenrod reveló finalmente su verdadera identidad y traicionó a los alemanes para salvar Lituania de la destrucción:

*Lo he hecho… ¡qué grande y orgulloso me siento*
*de haber causado tan profunda herida a la bestia multicéfala,*
*de haber cortado tantas venas de un solo tajo!*

Cuando montaron barricadas en 1830, los insurrectos polacos corearon el nombre de Wallenrod, y al defender su decisión de declarar la ley marcial en 1981, el general Wojciech Jaruzelski invocaría asimismo la figura de Wallenrod: Mickiewicz había creado un mito nacional.

Más tarde abandonó Rusia, donde los espías habían hecho demasiado difícil la vida de un patriota polaco. Viajó por varios lugares —Suiza, Bohemia, Italia, Francia— y vivió entre otros exiliados polacos, experimentando, como ellos, una gran esperanza ante la noticia de una rebelión en su tierra y una gran tristeza ante la noticia posterior de su fracaso. En esta

época escribió *Pan Tadeusz*, un poema repleto de todas las caricaturescas figuras propias de la vida en las *kresy* polacas: los hidalgos pobres y los señores ricos; las muchachas jóvenes y hermosas; los espías rusos; los callados sacerdotes, y los apuestos y valerosos muchachos que poblaban la mítica Polonia de la juventud del poeta. Durante generaciones, los polacos tendrían a *Pan Tadeusz* como el modelo de sus sueños: Mickiewicz había escrito una epopeya nacional.

Hacia el final de su vida, Adam Mickiewicz cayó bajo el hechizo de un místico y se convenció de que solo él podía salvar a Polonia de sus conquistadores. Viajó a Constantinopla, donde tenía la intención de organizar un ejército invasor. Allí murió de cólera en 1855. Ya plenamente consagrado en el canon polaco como el más grande poeta de la nación, Mickiewicz murió como un mártir de la causa nacional.

¿O no?

Diversos estudiosos bielorrusos han investigado esta historia, tan insulsa y previsiblemente narrada por los polacos, y han extraído otras conclusiones. Un equipo de Minsk ha descubierto la que probablemente resulte ser la prueba concluyente: Mikołaj Mickiewicz, el padre de Adam, era un bielorruso polonizado. En consecuencia, Adam Mickiewicz —o, mejor dicho, Adam Mickievič— era bielorruso, no polaco.

La geografía completa el argumento de los eruditos bielorrusos. Navagradak —señalan estos con acierto— no era una ciudad polaca, sino un antiguo enclave de la Rus de Kiev, el estado del que descienden todos los bielorrusos. Aunque estuvo gobernada por polacos durante muchos siglos, y pese a que en el siglo xx fue polaca durante un breve periodo entre las dos guerras mundiales, Navagradak se encuentra en una región de habla bielorrusa en lo que hoy se considera propiamente Bielorrusia. La familia Mickievič hablaba bielorruso en casa y utilizaba el polaco solo cuando las convenciones así lo exigían:

para entrar en una universidad o para desempeñar cargos oficiales, la familia tenía que hablar polaco, por más que pudiera desagradarles.

Mickievič —sostienen los estudiosos de Minsk— luchó con valentía contra estas restricciones. De joven escribió sus versos más importantes en bielorruso. Por desgracia, la mayor parte de ellos se ha perdido, o quizá es posible que fueran destruidos —insinúan— por los nacionalistas polacos, que incluso cuestionan su propia existencia.

Es cierto que muchas de sus principales obras publicadas se basan en leyendas propias de dialectos bielorrusos. Así, por ejemplo, los temas de *Víspera de los antepasados*, su gran drama épico, proceden de relatos locales sobre un sacrificio pagano en honor a los ancestros que se celebraba antiguamente dos veces al año. De manera similar, *Gražyna*, la historia de una mujer que sacrifica su vida por su pueblo, está ambientada en «el castillo situado en lo alto de las laderas de Navagradak», no muy lejos de donde vivía Mickievič. Y las leyendas sobre las hadas que frecuentaban el hermoso y azulado lago Svitiaz, cerca de Navagradak, le sirvieron de inspiración para escribir un poema sobre un hombre que se enamoraba de una de estas hadas.

Que Adam Mickievič se considerara a sí mismo polaco, y que haya sido tan injustamente reivindicado por los polacos como un gran héroe nacional, son solo meros errores históricos, resultados del colonialismo imperialista al que los bielorrusos se han visto sometidos durante los últimos ochocientos años. Solo ahora, cuando la nación bielorrusa empieza a liberarse valerosamente de sus cadenas, sus ciudadanos pueden reivindicar como propio a su héroe nacional, Adam Mickievič. Si hoy estuviera vivo —afirman los estudiosos de Minsk—, este sin duda haría suya su lucha nacional con el mismo fervor que dedicó tan equivocadamente a la causa polaca en el siglo XIX.

¿O no?

Antes de sacar conclusiones definitivas, debemos oír también a otro grupo de estudiosos de Mickiewicz, en este caso de Vilna, que afirman haber demostrado más allá de toda duda razonable que, si le preguntaran hoy su nacionalidad, Adomas Mickevičius miraría a su interlocutor a los ojos y le diría: «Soy lituano».

Sin duda —sostienen los eruditos de Vilna—, Naugardukas, el lugar de nacimiento de Mickevičius, es una ciudad lituana, antigua capital de uno de los once palatinados en los que en su día se dividía el Gran Ducado, y antigua morada de Mindaugas, uno de los más grandes gobernantes de Lituania. Por desgracia, en la época del nacimiento de Mickevičius la embestida eslava había empujado a los lituanos étnicos hacia el norte, privando así a la familia del poeta de su lengua materna. La agresión eslava dejó a la familia con solo un escaso conocimiento de su auténtico legado.

Pero bastaba esa evidencia para encauzar al joven Adomas en la dirección correcta, ya que el argumento lituano se basa en mucho más que en la mera geografía y genealogía: requiere asimismo una interpretación inteligente de la poesía de Mickevičius. Tomemos, por ejemplo, los versos iniciales de *Pan Tadeusz*, que todos los escolares de Polonia y Lituania recitan de memoria:

> *¡Lituania, mi patria! Al igual que la salud,*
> *solo quien te ha perdido puede juzgar tu valía.*
> *Contemplo ahora tu belleza en pleno esplendor,*
> *y a ella le canto, pues te anhelo*.

Los agresores polacos han afirmado durante mucho tiempo que en este contexto «Lituania» hace referencia a una provincia de Polonia. Algunos incluso se atreven a afirmar que esa

«Lituania» guardaba la misma relación con Polonia que Gales con Gran Bretaña. De manera similar, los nacionalistas bielorrusos insisten en que «Lituania» alude a las tierras gobernadas por el Gran Ducado, incluida toda Bielorrusia, y no a la Lituania étnica. Pero *Pan Tadeusz* —señalan con acierto los eruditos de Vilna— no es una epopeya de Polonia, ni tiene nada que ver con esa clase de nación que los eruditos de Minsk describen como «Bielorrusia». De hecho, el título completo del poema, exactamente tal y como aparecía en las librerías en 1834, no dejaba lugar a dudas:

*Pan Tadeusz*
*o*
*la última incursión en Lituania*

Obviamente, Mickevičius pretendía que su poema describiera el retorno del príncipe lituano a su propio país tras muchos años en el ostracismo en tierra extranjera. La alegoría es clara: el poeta instaba a la nobleza lituana a «retornar» a su lengua y cultura autóctonas tras los años transcurridos en el «ostracismo» de la dominación cultural polaca.

Un minucioso estudio revela que las lealtades secretas de Mickevičius van mucho más allá de este poema concreto. Basta fijarse, por ejemplo, en *Konrad Wallenrod*, la gran epopeya revolucionaria que tanto malinterpretaron los insurrectos polacos. El poema es innegablemente la historia de un lituano étnico. Cuando bebe demasiado, Konrad a menudo empieza a farfullar en una misteriosa lengua que sus camaradas teutones no entienden; sus lazos con su pasado se mantienen gracias a la presencia de un bardo lituano.

Una vez más, la alegoría salta a la vista: si no puedes luchar contra el enemigo, únete a su ejército, del mismo modo que los lituanos se unieron a los polacos. Aprende su lengua, igual que

los príncipes lituanos aprendieron el polaco. Más tarde tendrás tu venganza.

En este punto, en todos los debates sobre Mickiewicz, los eruditos de Varsovia, de Minsk y de Vilna llegarían a las manos si se juntaran, cosa que no hacen nunca. Pero de vez en cuando surge otro grupo, o incluso un solo erudito —tal vez de visita, procedente de Tel Aviv o de Nueva York—, que propugna una cuarta y harto discutida explicación del origen nacional del poeta. Cuando eso ocurre, todos los demás estudiosos acuden a toda prisa armados con cuadernos, documentos antiguos, citas y teorías interpretativas para probar de manera definitiva que Mickiewicz no era judío.

Es cierto —todos lo admiten— que en vida del poeta corría un rumor en ese sentido. Sus conocidos de San Petersburgo hablaban de ello con la peculiar mezcla rusa de horror y respeto por los antepasados judíos, y uno de los amantes moscovitas rechazados por Mickiewicz afirmó lo mismo el día de su muerte. La mayor parte del debate en ese aspecto no se centra en el propio poeta, sino en su madre. Su apellido de soltera, Majewska, resulta ser uno de los que adoptaron muchos judíos conversos cuando entraron en el seno de la Iglesia católica. Justo a finales del siglo XVIII se produjo una gran oleada de conversiones de este tipo, muchas de ellas inspiradas por las enseñanzas mesiánicas de Jacob Frank. Por entonces, a todos aquellos conversos se les otorgaba un estatus de baja nobleza junto con un nuevo escudo de armas. Es posible que Barbara Majewska figurara entre ellos.

Si fuera solo una cuestión de apellido materno, la teoría del origen judío de Mickiewicz podría descartarse fácilmente. Pero en una fase avanzada de su vida el poeta mostró una inusual simpatía por los judíos conversos y mantuvo estrechas relaciones con varias familias frankistas de Varsovia; y lo que resulta aún más revelador: se casó con uno de sus miembros: la

esposa de Mickiewicz, con la que tuvo cinco hijos, también era descendiente de conversos frankistas.

Según el poeta polaco-lituano Czesław Miłosz, esta teoría, olvidada tras la muerte de Mickiewicz, fue reavivada en 1953 por un erudito israelí. Gran parte de su argumento se basaba en un opúsculo hebreo, publicado en 1879, según el cual Mickiewicz había afirmado: «Mi padre es de origen masuriano y mi madre era una conversa». Aunque hay otros autores que también recuerdan el opúsculo en cuestión, no se ha conservado ningún ejemplar. Hay quien especula con la posibilidad de que todos los ejemplares fueran destruidos, a propósito, por quienes pretendían proteger la nacionalidad polaca del poeta nacional de Polonia.

Obviamente, todas estas teorías quedaron aparcadas en la época soviética, cuando se descubrió, de forma repentina y bastante inesperada, que Mickiewicz era un gran internacionalista. Tras la invasión soviética de Polonia Oriental en 1939, un redactor del recién fundado periódico *Bandera Roja* declaró que el patriotismo de Mickiewicz no era fruto del sentimiento polaco, sino de la lucha conjunta rusopolaca contra el zarismo. Se redactaron informes sobre los amigos moscovitas de Mickiewicz, y se descubrió cierto simbolismo anticlerical en su obra. La *Oda a la juventud* pasó a reinterpretarse como un panfleto revolucionario comunista, y un estudiante que visitó el nuevo Museo Mickiewicz de Nowogródek escribió que el poeta «no podía prever que Polonia se convertiría en un opresor, en la cárcel de los trabajadores. Si Mickiewicz lo hubiera sabido, creo que se le habría roto el corazón».

En el verano de 1940, la ciudad de Lwów (Lviv) celebró un acto conmemorativo en honor del poeta. Todos los literatos de la ciudad, junto con el hombre que había traducido a Mickiewicz al yidis y el que había vertido sus versos al ruso, se reunieron para depositar una corona de flores ante la estatua

del poeta. Leyeron en voz alta reinterpretaciones marxistas de la poesía de Mickiewicz, y finalmente una actriz se levantó para recitar fragmentos de *Pan Tadeusz*. Pero, por la razón que fuera, el evento no tuvo el impacto que esperaban los invasores soviéticos. Años después, uno de los participantes lo recordaría así: «En un momento dado la voz de la gran actriz se quebró y las lágrimas corrieron por su rostro. Lejos de avergonzarse de su emoción, los asistentes sintieron que Mickiewicz sufría con la nación, e irradiaba como un brillante rayo de esperanza a través de sus versos…».

Obviamente, también hay algunos hechos relacionados con Adam Mickiewicz que no están sujetos a interpretación.

Sabemos, por los registros de la época, que creció en Nowogródek. Sabemos que presenció el paso por la ciudad al ejército de Napoleón y sus unidades polacas de camino a Moscú. Sabemos que en 1815 se matriculó en la Universidad de Vilna, donde no tardaría en incorporarse a la facultad de Filología. Y sabemos que en 1818 él y un pequeño grupo de amigos fundaron un círculo literario llamado Sociedad de Polímatas, que juró propagar «la razón, la libertad y el progreso de la humanidad».

También sabemos que, en 1819, Adam —que justo por entonces empezaba a gozar de cierta reputación como joven poeta de talento— conoció a una aristócrata local, Maryla Wereszczakówna, cuando se alojaba en casa de los padres de ella en Tuhanowice.

Tras su primer encuentro apenas pensó en ella, dado que no era una mujer especialmente hermosa. Era proclive a los desmayos y a los ataques de neurastenia, que en aquella época se creía que denotaban que la persona en cuestión poseía cierta naturaleza poética. Hablaba francés y alemán, pero sus hábitos

de lectura tendían a las novelas sentimentales, y en ocasiones sus modales resultaban afectados. Se mostraba bastante fría con Adam: como hija de una gran familia, se hallaba fuera de su alcance, y además estaba prometida. Su futuro esposo, el conde Puttkammer, poseía una hacienda llamada Bolcieniki, una de las más ricas del distrito. Adam se marchó de Tuhanowice divertido por el ingenio de Maryla y entretenido por su pequeño talento musical —tocaba el piano y cantaba con una buena voz—, y prácticamente se olvidó de ella.

Pero aquel invierno comenzó a leer con mayor intensidad la obra de los poetas románticos, cuyos nombres empezaban a penetrar en la conciencia colectiva de Vilna. Los pareados, versos y poemas enteros de la nueva poesía resonaban en su cabeza mientras veía caer la nieve por la ventana. Tras reflexionar mentalmente sobre todo aquello, descubrió que había abandonado sus principios ilustrados. Se obsesionó con Lord Byron, el único hombre que aunaba en sí mismo los dos papeles que Mickiewicz anhelaba desempeñar: el de gran poeta y el de héroe nacional.

En el verano de 1820, Adam volvió a Tuhanowice y se encontró de nuevo con Maryla. Esta vez, poseído por el concepto de predestinación, y convencido de que el amor irracional podía triunfar sobre la fría razón, vio algo que anteriormente había pasado por alto. En *Pan Tadeusz*, el poeta describe así las sensaciones de aquel primer encuentro:

> *Entonces, al levantar la vista, de pronto alcanzó a ver*
> *a una joven sobre la valla de color blanco,*
> *que a su pecho ceñía su esbelta forma,*
> *exponiendo sus hombros y su cuello de cisne.*
> *Las chicas de Lituania visten de esa guisa*
> *al punto de la mañana; pero no a los ojos de los hombres…*

De repente, el sentimentalismo de Maryla, su predilección por los vestidos blancos y las largas novelas, su afición a los árboles y las flores, todas aquellas cosas que el año anterior le habían parecido un poco tontas, ejercían un novedoso atractivo. Y Adam se enamoró irremediablemente de ella. Pero sus padres no podían permitir que Maryla dejara al conde Puttkammer para casarse con un poeta sin blanca. Los largos paseos por el bosque, las recitaciones poéticas, las discusiones sobre Dios, el arte y la música… nada de todo eso contaba demasiado en comparación con las vastas propiedades del conde, sus bosques, sus campos y sus siervos. Pero a ella le hacía feliz coquetear con él, aun después de su matrimonio. Cuenta la tradición que una vez, la noche de San Juan, se encontraron a medianoche junto a una piedra especial que había en un bosquecillo cercano a la casa de su esposo. Pero nada, ni los encuentros de medianoche, ni los poemas dedicados a su belleza y su encanto, pudo arrancar a Maryla de la vida que sus padres habían decretado para ella. Profundamente deprimido, Adam regresó a Vilna. Durante un tiempo se negó a comer, y más tarde discutió con sus amigos, acusándoles de burlarse de sus sentimientos más puros cuando trataban de disuadirle de su desesperado, y quizá un tanto ridículo, amor por Maryla.

Entonces, la noche del 23 de octubre de 1823, la historia tuvo un abrupto final. Los soldados del zar detuvieron a Adam y lo desterraron a Rusia. Nunca regresaría a Vilna, a Tuhanowice, a Bolcieniki ni a Nowogródek, y jamás volvería a ver a Maryla.

Sin embargo, consagró sus recuerdos de la joven en su propia obra, en los poemas que dedicó «a M…», y en sus descripciones de muchachas, en verso y en prosa. Con la febril y romántica imaginación propia de un exiliado, vinculó lo que sentía por Maryla con el hogar perdido. A la larga, su incapacidad para

conquistar a Maryla y su incapacidad para conquistar la libertad de Polonia llegarían a parecerle una misma cosa. Mucho tiempo después, cuando se alojaba en casa de unos amigos en Suiza, la recordaría con estas palabras:

*¡Ingrata! Cuando hoy, en estas montañas que se alzan hacia el cielo,*
*el hielo antiguo frena mis pasos*
*y me froto los ojos, empañados por la lluvia torrencial,*
*busco la estrella del norte en el cielo ennegrecido*
*para que, con su luz, pueda encontrar Lituania, tu hogar, y a ti…*

Pero de los sentimientos de Maryla hacia Adam, de su matrimonio y su vida posterior, de la mujer que inspiró los más grandes poemas románticos en lengua polaca… de todo eso apenas sabemos nada.

Por la mañana, el sol brillaba con fuerza. Las casas del pueblo parecían más sólidas, como si formaran parte de la propia tierra. Su exterior de color verde y azul claro hacía juego con la hierba y el cielo.

Pani Teresa me enseñó su huertecillo de forma cuadrada («una hilera de espinacas, otra de tomates, otra de coles, otra de cebollas, otra de puerros, unas cuantas patatas, y con eso pasaremos el invierno») junto con el pequeño gallinero de madera que había detrás. Ordeñó a su vaca, alimentó a sus pájaros y echó unos granos extra en los arbustos para los cuervos («eso los mantiene alejados de mis tomateras»).

Después del desayuno, Pan Michał irrumpió en la sala de estar.

—¿Preparadas? —preguntó. Apenas podía contener la emoción ante la perspectiva de tener compañía. Hacía años que su mujer había dejado de acompañarle, y él estaba harto de

visitar solo los monumentos locales—. ¿Preparadas? —repitió —. ¿Preparadas?

Era un viaje largo —explicó—, y teníamos, ¡vaya!, al menos una hora de camino por delante. Yo le dije que estaba lista.

—Bien —señaló en tono grave—. Pongámonos en marcha.

Primero fuimos al cementerio de la iglesia de Bieniakonie. Pocas de las otras lápidas permanecían aún en su sitio, y el cementerio parecía extrañamente vacío, como si hubiera sido expoliado, pero la de Maryla seguía allí, junto a las de sus hijas. El conde Puttkammer estaba enterrado en otro lugar, dado que era protestante. Con aire reverente, Pan Michał se agachó y siguió la inscripción con el dedo:

MARYA DE LOS WERESZCZAKÓW, CONDESA PUTTKAMMER
NACIÓ EL 24 DE DICIEMBRE DE 1799
MURIÓ EL 28 DE DICIEMBRE DE 1863
HAZ QUE DESCANSE EN PAZ PARA SIEMPRE, ¡OH, SEÑOR!

—Adam y Maryla compartían el mismo día de nacimiento —comentó Pan Michał—. El día de Nochebuena.

Se puso en pie:

ESTA MODESTA TUMBA, EN MEDIO DEL VERDE CEMENTERIO,
HA ACOGIDO DURANTE AÑOS A MUCHOS VISITANTES,
PUES UNO DE LOS GRANDES GENIOS DEL MUNDO
SOBRE ELLA HA ARROJADO UN RAYO DE LUZ.

Cuando terminó de recitar, Pan Michał se inclinó y limpió la tierra en torno a las flores, frescas y lozanas —sospeché— gracias a él.

—Nada hay que temer —me dijo, volviendo a incorporarse —. Ahora algo que aprecio podrá ver.

Empezó a buscar algo a tientas en su bolsillo. Con aire sigiloso, sacó un documento, echó una mirada a su alrededor a todo el cementerio, y me lo entregó.

—No se lo diga a nadie —susurró.

Era el certificado de defunción, fechado en 1921, de Karolina, la hija menor de Maryla. Pan Michał no quiso decirme exactamente cómo había llegado a sus manos: tan solo que alguien sabía que estaba interesado en él y se lo consiguió; los archivos y bibliotecas habían sido saqueados tantas veces en los últimos cuarenta años que nadie había advertido su ausencia.

—El primero de los muchos misterios que le mostraré, pues la tumba está fechada en 1923. —Meneó la cabeza. Era cierto: la tumba y el certificado de defunción exhibían fechas distintas. Pan Michał contempló aquel misterio por un momento, y luego se encogió de hombros—. Tenemos que seguir adelante —añadió—, aún queda mucho por hacer.

Para llegar a Bolcieniki, la casa donde Maryla pasó su vida de casada, tuvimos que atravesar el pueblo y adentrarnos en un oscuro bosque. Pan Michał había pasado buena parte de la guerra en aquel bosque, pero no tenía mucho interés en hablar de ello. Habían sido tiempos difíciles —se limitó a comentar—, tiempos difíciles. Mucha gente yacía en aquel bosque, pero no quiso concretar más. Prefería pensar en el bosque tal como era en otra época.

—Este es el camino que Adam tomó cuando desde Wilno llegó. Lo recorrió a pie porque era tan pobre, lo dejo dicho, que no podía alquilar transporte ni para darse un capricho.

Quizá Adam había tocado incluso aquella misma tierra. El camino no se había asfaltado nunca, y tuvimos que sortear algunos profundos charcos que habían quedado de la tormenta de la noche anterior. El bosque tenía un aspecto descuidado; puede que no hubiera nadie que lo limpiara, nadie que retirara las ramas muertas. Al acercarnos a la hacienda, los árboles dieron paso a campos igualmente desatendidos. La antigua propiedad de Puttkammer se había reconvertido en una granja

colectiva y luego había caído en el abandono.

—Se pierde más y más con cada año que pasa —declaró Pan Michał con un suspiro—. Desaparecen más monumentos, caen más iglesias, se derrumban más casas. Pero pronto la casa solariega podrá ver; ¡ah, Bolcieniki todavía sigue en pie!

Pero la casa solariega de Bolcieniki también resultó ser una decepción. La granja colectiva había eliminado las torres y aplanado el tejado. La parte principal del edificio se había convertido en un club obrero, y las alas se habían transformado en oficinas. Nadie se había esforzado en preservar los jardines. Los graneros —grandes graneros de piedra del siglo XVIII, con techos de paja y chimeneas— estaban vacíos. Un puñado de trabajadores de aspecto huraño arrastraban almiares tirados por caballos de un lado a otro, pero no había indicios de una verdadera actividad económica.

La granja colectiva había recibido el nombre de Yuri Gagarin, el primer cosmonauta soviético que viajó al espacio. Pan Michał había escrito un poema al respecto:

*Aunque Maryla lleva mucho bajo tierra dormida,*
*su nombre sigue ligado a la tumba de Adam*
*y a este palacio de ladrillo rojo.*
*Pero no había señal alguna que marcara su recuerdo*
*desde que los administradores se hicieron cargo de él.*
*¡Qué pena que en el koljoz llamado Yuri Gagarin*
*se sepa tan poco de Adam y Maryla!*

—Shakespeare inventó a Romeo y Julieta —dijo Pan Michał con un suspiro—. Y Romeo y Julieta son famosos. Pero la historia de Adam y Maryla es real, y en cambio aquí, donde vivieron, se conoce mal. —Caminó junto a una de las paredes de la casa y, sin dejar de hablar, se asomó por el marco de una ventana vacía—. Aquí nadie conoce a Mickiewicz. Le hablé de él a una mujer del lugar, le hablé de Pushkin y de su amistad.

Ella de Pushkin lo sabía todo —los rusos hablaban de él hasta por los codos—, pero de Mickiewicz no había modo. Entonces me dijo que, si fuera amigo suyo, ella lo sabría, pero, como no era así, no me creía. Desde entonces he traducido mis poemas no al bielorruso, sino al bieniakoniano, para explicarle a la gente quiénes fueron y, sobre todo, quién fue ella.

Rodeamos la parte trasera de la casa; los cristales rotos del invernadero brillaban a la luz del sol. Desde el porche trasero, un camino claro y despejado de maleza bajaba por una empinada colina hasta el bosque donde Adam se reunió con Maryla la noche de San Juan. Pan Michał conocía el camino, por supuesto: había estado allí más veces de las que podía contar.

—Puede que un montón, puede que tres. ¡Vaya usted a saber!

Canturreaba en voz baja mientras caminaba por el bosque, deteniéndose de vez en cuando para señalar los árboles más raros. Conocía todos sus nombres. El propio conde Puttkammer había importado algunos de tierras extranjeras. Pan Michał arrancó la corteza de uno de ellos y me explicó que podía utilizarse como corcho. Cogió una hoja de otro y me dijo que daba un té muy bueno.

Entonces giramos en torno a un gran roble y encontramos la piedra.

Aquella piedra no tenía absolutamente nada de especial: era solo una roca de granito grande y bastante plana situada en un pequeño claro y rodeada de pequeños arbustos y otras piedras cubiertas de musgo. Por sus lados trepaba la maleza, y en la superficie yacían esparcidas agujas de pino secas de color marrón. No había en ella nada destacable, salvo el hecho de que en el centro mismo de su cara plana alguien había tallado una cruz.

O, más bien, alguien se había sentado allí, día tras día, y quizá utilizando una piedra más pequeña o incluso una navaja,

había dibujado el signo de la cruz una y otra vez. Había pasado meses o incluso años tallando pacientemente dos líneas profundas en el granito.

Aquel era el lugar de sus encuentros concertados, y allí era donde, años después, Maryla había ido a llorar a su amante perdido. Pan Michał se quitó la gorra con aire reverente y por señas me indicó que me sentara.

—Tome asiento en el lugar donde Maryla tantos años se sentó. Sienta lo que ella sintió, la terrible mano que la vida le repartió.

Obedecí. De repente el bosque me pareció vacío. No escuchaba nada, salvo el roce del viento en las copas de los pinos y algún que otro fragmento del canto de un pájaro. Al cabo de un minuto, Pan Michał empezó a recitar de nuevo:

*Otro siglo toca ya a su fin.*
*Pero en nuestra patria,*
*y en todos los lugares donde se habla polaco,*
*el nombre de Maryla*
*se escuchará siempre*
*como un estribillo.*

Se detuvo un momento, y creí que quizá rompería a sollozar como casi había hecho la noche anterior. Pero en lugar de ello, Pan Michał empezó a hablar de nuevo en un tono bastante enfadado, casi como si hubiera estado manteniendo una discusión en su cabeza.

—Debo ponerme de parte de ella, ya ve —me dijo. Había dejado de hablar en verso—. Ha sido maltratada por la historia. Las mujeres son celosas y han sido crueles con ella. Dicen que fue insensible porque no se casó con Adam, o que fue codiciosa porque se casó por dinero. Pero, ¿sabe?, en aquella época en realidad eran los padres quienes decidían. Ella no podía evitar

que no le dejaran casarse con Adam. Y más adelante en su vida —hizo un movimiento con el brazo abarcando la piedra— fue muy desdichada. Tuvo problemas con su marido y con sus hijos. Durante su vida Polonia nunca volvió a ser libre, y también este hecho la hizo infeliz. Pero hemos olvidado todo eso. La historia ha dejado de lado su vida posterior. —Con aire reverente, besó la yema de sus dedos y a continuación tocó la piedra—. La historia la ha dejado de lado —añadió con tristeza —, pero mientras yo viva no será olvidada.

Le miré, y vi el rostro de un joven enamorado.

Nowogródek

Siguiendo la carretera que partía en dirección sur desde Bieniakonie hacia Nowogródek, la ciudad natal de Mickiewicz, el paisaje se ensanchaba. Las granjas eran más grandes, los campos más extensos y habíamos dejado atrás los bosques. Si entornaba los ojos podía ver una sola línea: el lugar donde la tierra llana y marrón se encontraba con el cielo azul igualmente llano.

Nowogródek era una ciudad pequeña y triste, agotada por el zarismo, el comunismo y la pobreza. Era más grande que Bieniakonie, pero menos cuidada. Sus iglesias estaban medio derrumbadas, la plaza del mercado estaba llena de maleza, el ayuntamiento seguía marcado por una hoz y un martillo que nadie se había molestado en quitar. La gente caminaba despacio, conducía despacio y sorbía despacio su té, como si supieran que nunca iba a pasarles nada importante. Solo el castillo hablaba de tiempos mejores, con sus torres almenadas cubiertas de musgo y sus estrechas ventanas diseñadas para uso de los arqueros.

Cerca de la torre había un montículo de tierra, un monumento al único hijo famoso de Nowogródek. Justo antes de la guerra, cuando la ciudad todavía pertenecía a Polonia, los admiradores de Mickiewicz habían recogido puñados de tierra de todas las ciudades que había visitado su héroe —Moscú, Constantinopla, Odesa, París y Roma— y los habían llevado hasta allí. Por entonces su cuerpo, al igual que el de Piłsudski, ya estaba enterrado en el castillo de Wawel, en Cracovia, junto a los reyes de Polonia, pero algunos consideraron que el alma exiliada de Mickiewicz solo podía descansar de forma adecuada en su ciudad natal. Recientemente, alguien había plantado una bandera bielorrusa en lo alto del montículo.

En la iglesia parroquial católica, una placa conmemoraba la gran batalla de Chocim acaecida en 1620, cuando los polacos libraron un encarnizado combate contra los turcos infieles. El ejército polaco se impuso, pero nueve grandes guerreros, algunos de ellos de Nowogródek, murieron para salvar la cristiandad. En la placa aparecían nueve hombres decapitados formando un círculo, mientras sus cabezas rodaban por el suelo o yacían junto a ellos. «Descansen en paz», había grabado debajo el escultor.

Junto a esta placa había otra, restituida hacía poco a su antiguo emplazamiento. Elogiaba el valor de los ciudadanos polacos de Nowogródek que habían luchado durante la guerra que enfrentó a bolcheviques y polacos en 1920. En fecha más reciente, una de las capillas de la iglesia se había reformado y dedicado a la memoria de las monjas asesinadas por los soldados alemanes en 1941. Una ciudad fronteriza es siempre una ciudad fronteriza, y casi siempre está en guerra.

La casa de Mickiewicz no era difícil de encontrar: la pintura reciente la diferenciaba de sus destartaladas vecinas; sus flamantes paredes verdes y sus molduras de color blanco irradiaban una atmósfera de cordialidad. En el interior,

brillaban los suelos encerados y las ventanas relucían de limpias. Cinco guías turísticas, todas ellas muchachas del lugar vestidas con pulcros trajes azules, permanecían erguidas en el vestíbulo. Un filántropo polaco les pagaba el sueldo, y por la forma en que se movían de puntillas por las diferentes salas y hablaban en voz baja podía verse que aquí, en lo más profundo de Bielorrusia, «Polonia» era sinónimo de cultura, de civilización y de pintura nueva. Cuando entré me miraron con curiosidad y mantuvieron una discusión en voz baja acerca de quién debía guiarme: era la primera visitante de la semana y querían causarme buena impresión.

La ganadora, gracias a su rudimentario inglés, que la cualificaba para guiar a un extranjero, fue una rubia oxigenada de ojos azules que oscilaba y se balanceaba sobre sus zapatos blancos de tacón alto y llevaba una larga vara con punta de latón.

En la primera sala, apuntó con la vara a una mesa.

—Esta mesa —me informó— no es original.

En la segunda, señaló un elaborado reloj de pared de falso estilo modernista.

—Este reloj no es original —declaró.

En la tercera sala, que estaba vacía, pronunció un breve discurso:

—Este era el despacho de Mickiewicz padre. Esta es la foto de Mickiewicz padre. Mickiewicz padre era abogado. También escribía versos.

En la cuarta, apuntó con su vara a un grupo de sillas bajas y maltrechas. A una de ellas le faltaba una pata y en las demás la pintura tenía arañazos.

—Esta es la habitación de los niños. Estas son sillas de aquella época —señaló con orgullo.

—¿Originales? —pregunté.

—Originales —respondió en tono categórico.

En una de las paredes colgaba un grabado de una escuela.

—En esta escuela es donde estudió Mickiewicz. No existe.

Nos dirigimos al vestíbulo, y allí apuntó con su vara a un punto en el que el suelo de madera estaba deformado.

—Esta joroba es un error de los constructores.

Miré fijamente a la rubia oxigenada buscando un indicio de humor en su rostro minuciosamente maquillado. No lo encontré. No la habían formado para contar chistes. Aun así, sentía curiosidad. Su mirada no paraba de recorrer mi cuerpo desde los zapatos hasta el pelo y viceversa. Cuando nos dimos la vuelta para subir las escaleras, la curiosidad pudo más que su formación profesional.

—¿De dónde es usted? —me preguntó.

—De Estados Unidos —le dije.

—¡Ah! —Se llevó la mano a la boca—. Es la primera vez que hablo en inglés con una persona de habla inglesa. Creía que era usted polaca… Lo siento, ¡disculpe mis errores! —Me tendió ceremoniosamente la mano—. Hola. Soy Svetlana. Encantada de conocerla.

—Yo soy Anne.

Nos estrechamos la mano con aire solemne.

—¿Ya había oído hablar antes de Mickiewicz?

Parecía creer que tal cosa no era posible.

—Sí.

—¿Dónde supo de él?

—No lo recuerdo. Es muy conocido.

Exhibió una sonrisa de satisfacción.

—Sí, yo le digo a la gente que es muy conocido, pero aquí nadie me cree. Solo los polacos lo conocen.

—¿Dónde aprendió lo que sabe de él?

—En la escuela no; en la escuela estaba prohibido. En los libros. Y mi abuela me cuenta algunas cosas… ella es polaca. Era de la nobleza polaca. Mi padre también era polaco.

—¿Y usted es polaca?

—No —me respondió—. Soy soviética. Quiero decir rusa.

Se volvió hacia un cuadro que colgaba en la pared.

—Esta es la casa donde nació Mickiewicz. No existe.

Asentí con la cabeza. Pero la visita había dejado de tener interés, incluso para la propia guía.

Se volvió de nuevo hacia mí:

—¿Ha venido para la lectura? —me preguntó.

—¿Qué lectura?

Había venido una auténtica actriz de Varsovia a leer poemas de Mickiewicz en el Museo Mickiewicz. Era un gran evento: el mundo exterior venía muy raramente a Nowogródek.

—Me temo que no tenía previsto quedarme a pasar la noche.

—¡Pues es una pena! ¡Es una pena venir hasta aquí, la ciudad natal de Mickiewicz, y perderse una lectura como esta!

Dio unos golpecitos en el suelo con su vara.

—¿Por qué no se queda esta noche? Puede quedarse conmigo.

—No quisiera molestar…

Se puso muy tiesa.

—Usted no molesta. Sería… un honor que se quedara. Puede quedarse en casa de mi abuela.

Vacilé.

Svetlana me cogió del brazo, echó un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que no había nadie cerca, y luego bajó la voz hasta reducirla a un suplicante murmullo.

—Tiene que quedarse. Tiene que quedarse. Ha de saber que ahora leo cada día a Mickiewicz. Intento conocer esta lengua, este polaco. Intento conocerlo mejor para poder entenderle. Pero aquí no hay libros; solo uno, una biografía rusa, que he sacado de nuestra biblioteca. Necesito… mejor dicho, quiero hablar con alguien que lo conozca. Tiene que quedarse. Usted es la primera persona de fuera que conozco que sabe algo de

Mickiewicz, la primera persona con la que puedo hablar de él. —Svetlana me agarró el brazo con más fuerza—. Entiéndalo. Mis padres, mi familia, viven fuera de Nowogródek. En una granja colectiva. En el campo. Toda mi vida he querido irme de aquí. Y lo hice, me fui a trabajar a Vilnius. Pero entonces la mujer de mi hermano va y se muere. Un día está bailando en la boda de su amigo y al día siguiente está muerta. Eso les ocurre a veces a las mujeres de aquí, nadie sabe por qué. Deja dos hijos pequeños. Mi hermano no puede ocuparse de ellos. Y tengo que volver. Tengo que hacer todo lo que pueda por esos niños. Incluso esta noche he de volver a su casa después de la lectura para darles de cenar y meterlos en la cama.

»Al principio me sentía muy desdichada —continuó—. Pienso: Nowogródek no es… nada interesante. Muy poco interesante. Pero poco a poco, poco a poco, voy cambiando. Poco a poco aprendo cosas sobre Mickiewicz, descubro que él también procede de Nowogródek. Él es de aquí, y yo soy de aquí. Y es un gran poeta. Así que Nowogródek ha de ser interesante. Empiezo a aprender al respecto, y ahora quiero aprender más. El año pasado voy en peregrinación a Polonia. Al santuario de Częstochowa. Fue algo especial, fue distinto. La gente de allí era diferente de la de aquí, diferente incluso de los polacos de aquí. Los polacos de aquí odian a los demás, odian a los bielorrusos, nos odian a nosotros los rusos. Pero los polacos de Polonia no son como ellos. Son más abiertos, son agradables, no son cerrados y duros como nuestra gente de aquí. Saben de Occidente, saben de Dios. Así que ahora voy a la iglesia católica. Allí soy la única rusa. Antes me sentía orgullosa de ser soviética, pero la Unión Soviética ya no existe. Ahora quiero… estar con ellos. Quiero ser uno de ellos. Quiero ser polaca. Quiero ser polaca. —Me soltó el brazo—. Quiero ser polaca —repitió en voz baja.

Acepté quedarme a pasar la noche.

La lectura debía empezar a las seis, pero a las cinco en punto los aficionados a la poesía de la zona ya se habían reunido en el salón de la casa de Mickiewicz. Caminaban con delicadeza sobre el nuevo suelo de madera, intentando no rayarlo, mientras las guías turísticas bullían de actividad, trasladando sillas de una sala a otra y hablando entre ellas con voz fuerte y afectada. Las mujeres mayores las observaban con gran admiración, y yo me incliné hacia ellas, tratando de escuchar furtivamente:

—Aquella es la nieta de Krystyna, ¿sabéis? Todavía no se ha casado, ¡qué lástima! La otra, la morena pequeña, es pariente de Paszkowski. Se casó con su primo el año pasado…

Cuando entró la actriz, se separaron para dejarla pasar.

—¡Qué distinguida!, ¡qué hermosa! —murmuraron.

La actriz era una mujer entrada en años. Vestía una larga falda negra, una blusa de seda negra y un chal también negro sobre los hombros. Llevaba los ojos intensamente resaltados con rímel negro, y su largo cabello negro, con ligeras mechas grises, le caía en cascada por la espalda. Con un gesto ostentoso, se remangó la falda y se ajustó el chal mientras subía al estrado de la pequeña salita de lectura y calibraba a su audiencia. Habría alrededor de veinte personas en la sala.

—Es una gran alegría —declaró— ver que en la ciudad de Mickiewicz, en lo más profundo de Bielorrusia, todavía hay personas que honran su nombre.

Inclinó la cabeza como si rezara. Con aquel gesto pretendía denotar una gran aflicción, como si estuviera meditando sobre la triste ausencia de la identidad polaca, después de tantas décadas, en aquellos campos y pueblos sagrados.

Tras aquel momento de silencio, alzó la cabeza y empezó a recitar el primer capítulo de *Pan Tadeusz*:

*¡Lituania, mi patria! Al igual que la salud*,

*solo quien te ha perdido puede juzgar tu valía.*
*Contemplo ahora tu belleza en pleno esplendor,*
*y a ella le canto, pues te anhelo.*

Cada vez que aparecía un nuevo personaje de la obra, ella adoptaba un tono de voz distinto: alto y cadencioso para Zosia; firme para Tadeusz; lento y profundo para el conde… Recitaba muy despacio, y con cada nuevo acontecimiento manifestaba sus emociones haciendo un amplio gesto con los brazos y rechinando los dientes. Era un gran drama, justo lo que los aficionados a la poesía de la zona habían ido a ver.

Pero *Pan Tadeusz* es un poema bastante largo, y el público, atento al principio, empezó a perder poco a poco su original entusiasmo. Justo en el momento en que la actriz llegaba a la famosa escena de la recogida de setas, una de las ancianas empezó a roncar levemente. Y mientras Tadeusz comenzaba a coquetear con su tía Telimena, algunas de las guías turísticas bostezaban con discreción. Casi ninguna de ellas dominaba lo suficiente el polaco como para entender un poema del siglo XIX.

—Veo algunas caras de sueño —señaló la actriz, alzando un dedo acusador, al final del cuarto libro—. Quizá será mejor que lea unas baladas:

*A cualquiera que se dirija a Nowogródek…*
*Acuérdate de detener tu caballo…*
*Allí se extiende el lago Svitiaz*
*en la forma perfecta de un círculo.*
*El denso bosque ciñe su contorno,*
*pero el lago es liso como un cristal…*

La actriz aceleró el ritmo. Convirtió su chal en un velo de muerte y después en una bandera; su rostro mostró el anhelo amoroso de Adam por Maryla y luego el ferviente patriotismo del hombre cuyo país ha sido ocupado. Al final de la actuación

sudaba copiosamente, aunque la noche era fría. El rímel le corría por el rostro formando líneas negras.

El público, ahora totalmente despierto, susurraba y suspiraba al final de cada estrofa. Pero no era la poesía lo que mantenía su atención, ni el melodrama. El atractivo residía más bien en los nombres de los lugares —Nowogródek, el lago Svitiaz, el río Niemen— y en las descripciones de iglesias y casas solariegas de paredes blancas. Lo que se describía eran sus monumentos locales, sus paisajes locales, sus costumbres locales. Y el hecho de que los poemas que hablaban de ellos salieran de la boca de una actriz los hacía especiales: significaba que su ciudad olvidada formaba parte del mundo.

Al terminar, la actriz se inclinó en una lenta y profunda reverencia. Una de las guías turísticas corrió a darle un ramo de flores, y luego ella volvió a inclinarse.

—El placer es todo mío —declaró.

El público aplaudió con cortesía.

Se inclinó de nuevo.

—Gracias a todos —dijo con voz muy pausada, como se habla a los niños—. Gracias a todos. Gracias por honrar el nombre de Mickiewicz, gracias por mantener viva la identidad polaca. Gracias por defender el territorio polaco de la incursión bielorrusa.

Sentí una mano en mi hombro.

—¿No ha estado maravillosa? —me dijo Svetlana—. Nunca he visto tanta belleza. No sabía que nadie pudiera hablar con semejante voz.

Aquella noche, la civilización había llegado a Nowogródek.

Cuando salimos del Museo Mickiewicz, la brillante mirada de Svetlana se apagó, y alrededor de su boca aparecieron unas arrugas que denotaban su inquietud. Empezó a disculparse. En

realidad —me explicó—, su abuela no vivía en una casa; vivía en uno de los bloques de pisos de hormigón del centro de la ciudad.

—Quizá no sea a lo que usted está acostumbrada. Puede que no sea lo bastante bueno, quizá espere algo mejor —me dijo en tono preocupado.

Le dije que no importaba, pero no era verdad. El viaje desde Bieniakonie había sido largo y agotador. Cuando entramos en el edificio supe que me había equivocado.

La escalera olía a leche agria y a alcantarilla. La luz estaba rota y el ascensor no funcionaba. La puerta se abrió con solo empujarla, ya que también la cerradura estaba rota. Dentro la cosa era aún peor.

La abuela de Svetlana tenía más de noventa años. Su enorme cuerpo estaba grotescamente hinchado. Tenía las piernas gruesas y redondas como tocones, y su vientre colgaba en trémulas capas por debajo de sus rodillas. En torno a su cabeza deforme llevaba enrollado un mugriento harapo que el tiempo había amarilleado. El suelo de la única habitación estaba cubierto de suciedad y de basura: viejas cortezas de melón, pan rancio, cera de vela derretida, frascos de pastillas vacíos, cucharas y tazas sucias, restos de café y bolsas de té. Varios periódicos amarillentos se apilaban sobre la mesa y la silla, que, aparte de dos camas, eran los únicos muebles de la estancia.

La habitación olía a senectud y a pobreza, pero del baño llegaba un tufo mucho peor. Allí las paredes estaban enmohecidas, y no había agua caliente.

La anciana se quejó, en polaco, de que nadie había ido a verla desde hacía tres días.

—Ya sabes que tengo que cuidar de los hijos de Mijaíl —respondió Svetlana en ruso.

—¿Y qué? De todas formas, trabajas demasiado —repuso

ella, sin dejar el polaco—. Ningún hombre se casará con una mujer con las manos rojas como las tuyas.

Svetlana se sonrojó, murmuró más disculpas y prometió volver por la mañana «para hacer una buena limpieza». Durante un rato corrió de arriba abajo por la habitación, intentando limpiar un poco y poniendo sábanas en la cama supletoria, al tiempo que evitaba mi mirada.

—Lo siento mucho, lo siento muchísimo —repetía—. Esto está muy sucio, muy sucio. Es que nadie tiene tiempo de limpiar…

—No se preocupe, no se preocupe —le repetía yo como respuesta.

Pero cuando la puerta se cerró de golpe tras ella, deseé haberme esforzado más por salir de allí.

Luego la claustrofobia cedió. Me acerqué a abrir una ventana.

—No se puede abrir —me dijo la abuela—. No se ha abierto desde hace quince años.

Estaba atrapada.

—No se ha abierto desde hace quince años.

La anciana tenía ganas de hablar. Había nacido en el seno de una familia de la alta burguesía polaca, una «familia noble», según ella. Habían vivido en una gran casa en el campo, una hacienda con tierras y campesinos. Pero tras estallar la Primera Guerra Mundial su padre se vio obligado a vender sus vacas y la familia se mudó a Nowogródek. Allí su casa tenía catorce habitaciones y un jardín, y se alzaba en el centro de la población. Durante la Segunda Guerra Mundial aquella casa ardió hasta los cimientos; su madre y su padre fueron asesinados y los bolcheviques robaron la plata, que estaba guardada en un baúl. Después había vivido en la granja colectiva con su hijo, y luego, durante un tiempo, en Minsk con su hija.

—Esto es todo lo que tengo ahora —me dijo.

Sus dos hermanos se habían ido a Polonia, pero su marido se negaba a abandonar Bielorrusia. Tenía una aventura con una mujer de la ciudad y esta no quería irse. O al menos esa era una versión de la historia. Algunos decían que lo que le había impedido marcharse no era la terquedad, sino la embriaguez. Fuera como fuese, cuando los trenes llenos de polacos cargados con sus posesiones partieron de Nowogródek, él estaba dormido en una cuneta y nadie pudo levantarle.

—Ahora está muerto —me dijo—, pero nosotras seguimos viviendo aquí. El terrible daño que me ha hecho todavía pervive.

Guardó silencio. Intenté tumbarme en la cama medio hundida, pero el colchón tenía demasiados bultos. El más mínimo movimiento la hacía crujir y gemir. Intenté leer un libro, pero la pesada respiración de la anciana —era un ruido como el del aire que sale de un neumático— me molestaba. Al cabo de un rato me limité a mirar el techo, buscando patrones en las grietas, mientras trataba de que el hedor no me hiciera vomitar.

Entonces volvió a hablar.

—Las cosas eran mejores en la época polaca —me dijo—. Salvo porque había demasiados judíos.

Me senté en la cama.

—Había demasiados judíos. Hasta Piłsudski, nuestro gran general, tenía una esposa judía. Estaban por todas partes. Y no hacían ningún trabajo. No hacían un trabajo honesto ni un solo día. Solo sabían comerciar y regatear. No me gustan los bielorrusos, ni me gustan los rusos; esa gente no es civilizada, no saben hacer nada; pero gracias a Dios ya no estoy controlada por los judíos.

Me quedé observándola. A la luz amarillenta de la única bombilla, su rostro parecía estar hecho de goma o de plástico.

—¿Qué les ocurrió? —le pregunté—. ¿Adónde fueron?

Balanceó su grotesco cuerpo de un lado a otro de la silla y me miró de reojo.

—Hitler se deshizo de ellos por nosotros —respondió en voz baja—. Los exterminó a todos. Hitler hizo cosas terribles, mató a aquellas monjas en la iglesia parroquial, pero nos hizo un buen servicio al deshacerse de todos los judíos.

—¿De todos?

—De todos no. En este edificio había una mujer judía. ¡Vaya!, era una mujer lista. Compró su piso por dos mil rublos hace dos años, cuando los bolcheviques dejaban a la gente comprar sus pisos, y ahora acaba de venderlo por veinte mil rublos y se ha ido a Israel. ¡Ah!, esos judíos saben hacer negocios, saben cómo engañar a la gente honesta.

Aquello ya era demasiado.

—¿Cree que yo la engañaría? —le pregunté.

La anciana alzó la vista, sobresaltada.

—Le pregunto si cree que yo la engañaría.

Se hizo un silencio. Me miró atentamente con aspereza.

—Usted no es… uno de ellos, ¿verdad? —me preguntó al cabo de unos momentos.

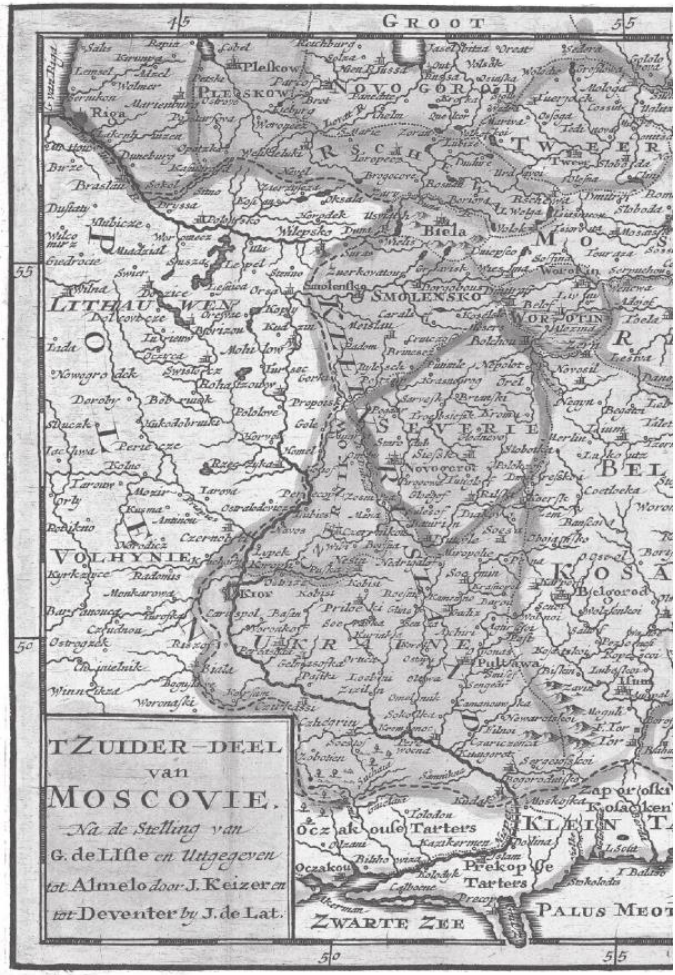
Al no escuchar respuesta alguna, el rostro de la anciana se contrajo en una mueca de confusión, y de repente sentí lástima por ella. Era ignorante, pobre y sucia. Su vida había sido una larga serie de infortunios. El mundo en el que había nacido estaba muerto y bien muerto, y ella había sido testigo de su desaparición. Nowogródek ya no era una ciudad polaca, segura de poseer al más grande poeta de Polonia. Ahora era una ciudad bielorrusa, llena de gente pobre que no sabía nada de lo que había habido antes allí, y la anciana no era más que una ridícula antigualla, una carga para sus hijos y para sus nietos. ¿Por qué discutir con ella?

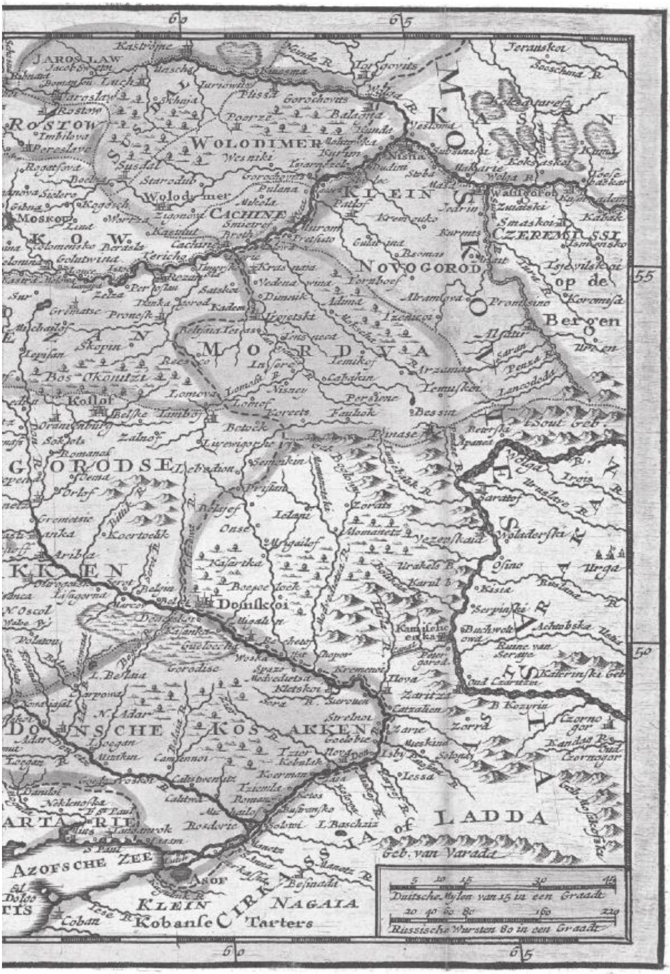
Al cabo de un minuto se levantó de la silla, se volvió hacia la

diminuta estatua de plástico de la Virgen que había en un rincón y, con enorme torpeza y sufrimiento, se arrodilló para rezar.

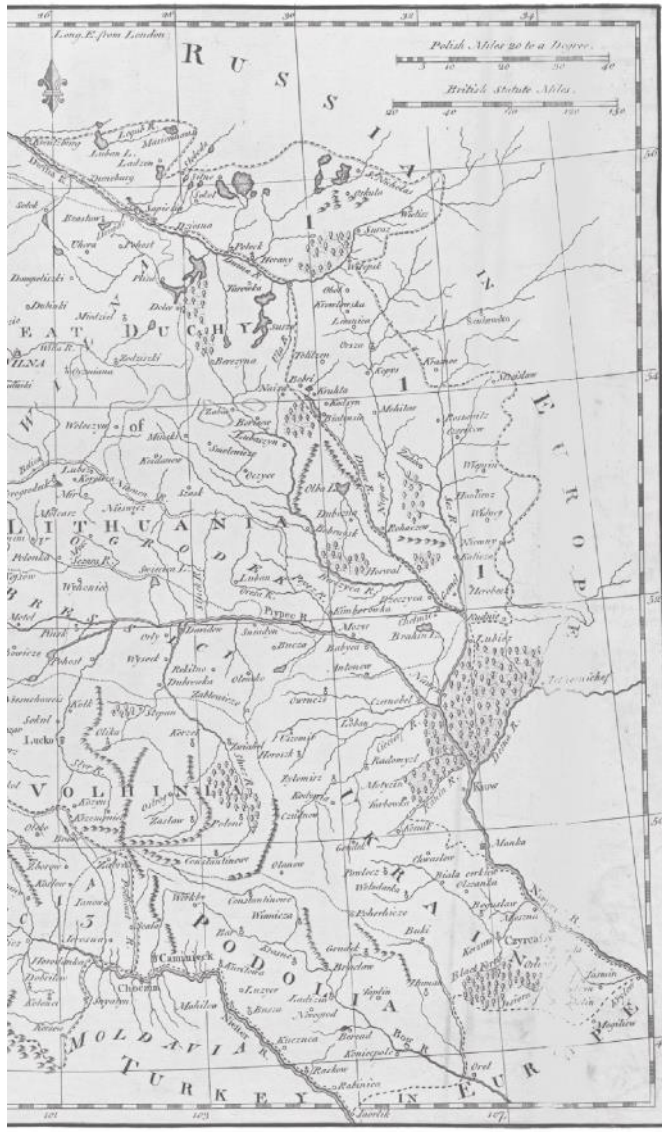
—Señor —dijo—, perdóname por lo que le he dicho a esta muchacha.

Luego murmuró un padrenuestro, un credo y un avemaría, rezó por Polonia, por ella y por mí. Yo me volví hacia la pared.


GROOT
45
55
50
Pleskow
NOVOGOROD
Riga
Biela
SMOLENSKO
LITHAUWEN
VOLHYNIE
Kiow
Novogorod
Pultawa
Oczakouse Tarters
Oczakou
Prekopse Tarters
ZWARTE ZEE
PALUS MEOT
KLEIN
Zaporoski Kosacken
T ZUIDER-DEEL
van
MOSCOVIE.
Na de Stelling van
G. de L'Isle en Uitgegeven
tot Almelo door J. Keizer en
tot Deventer by J. de Lat.



JAROSLAW
ROSTOW
Susdal
WOLODIMER
CACHINE
Moskow
NOVOGOROD
KLEIN
Bergen
op de
Domskoi
LADDA
Geb. van Varada
AZOFSCHE ZEE
Azof
KLEIN
NAGAIA
Kobanse
Tarters
Duitsche Mylen van 15 in een Graadt
Russische Wursten 80 in een Graadt




Jacob Keizer, «T Zuider-Deel van Moscovie», c. 1734-1747.

TERCERA PARTE

# RUSOS, BIELORRUSOS Y UCRANIANOS

Pese a los historiadores patrióticos rusos, cuando el Señor creó a la humanidad, no puso a los rusos donde hoy se encuentran.

RICHARD PIPES, *Rusia bajo el Antiguo Régimen*

Apreciaba este mapa como el más caro a su corazón. Para él representaba un ideal grande y vivo a cuyo servicio estaba consagrada su vida. Podía hablar de él durante horas, detallando tal o cual aspecto, recordando hechos históricos y folclore, y nombres de lugares y héroes del pasado. Aquí nació fulano. Aquí nació su esposa. Aquí se libró una batalla. Y así sucesivamente… Se deleitaba con las fronteras, y, tomando una pluma, procedía a dibujar muchas más…

A. MACCALLUM SCOTT describiendo a

un nacionalista bielorruso, 1925

¿Dónde está la hueste cosaca, por dónde andan dispersas las casacas rojas? ¿Dónde está la libertad-destino? ¿Los atamanes y sus estandartes?

¿Por dónde anda dispersa? ¿Reducida a cenizas? O acaso el mar azul ha inundado

y cubierto tus altas colinas…

TARÁS SHEVCHENKO, poeta ucraniano, 1839

Cuando hay que hablar de los rusos o pensar en los ucranianos, estudiar a los bielorrusos o reflexionar sobre los eslavos orientales en conjunto, lo mejor es siempre empezar por el principio, y el principio es la Rus de Kiev. Según la llamada *Crónica de Néstor* o *Relato de los años pasados*, una crónica del siglo XI considerada la obra histórica sobre los eslavos orientales más antigua que existe, la Rus de Kiev nació en el año 862 de nuestra era. Fue esta —narran los cronistas— una época de gran discordia entre las tribus paganas perpetuamente enfrentadas que vivían a orillas del Dniéper en lo que hoy es Ucrania, Bielorrusia y Rusia occidental. No sabemos por qué; puede que se produjeran una serie de disputas de especial gravedad o quizá una invasión particularmente sangrienta. El caso es que finalmente el malestar obligó a los líderes regionales a buscar una solución:

> Se dijeron: «Busquemos un príncipe que nos gobierne y que nos juzgue según la ley». Y viajaron allende los mares… y les dijeron a los rusos: «Nuestra tierra es grande y rica, pero entre nosotros no reina el orden. Venid, pues, a gobernar y a reinar sobre nosotros». Así reunieron a tres hermanos, con sus parientes, que se llevaron con ellos a todos los rus y emigraron…

Los pueblos a los que los cronistas llamaban *rus* eran escandinavos, también conocidos como normandos o vikingos, y la tierra que denominaban Rus era probablemente Suecia. Parece ser que la dinastía reinante en la Rus —más tarde conocida como dinastía Rúrika o Ruríkida— aceptó «gobernar y reinar» sobre las tierras eslavas por razones económicas.

Acababan de descubrir una nueva vía navegable que, desde el Báltico, atravesaba el mar Blanco, luego seguía el curso del Dniéper y llegaba hasta el mar Negro, y de inmediato supieron ver sus posibilidades comerciales. Con el control de aquella vía navegable, los rus también controlarían el lucrativo comercio entre Escandinavia y Constantinopla, proporcionando esclavos, pieles y cera a Bizancio a cambio de oro y joyas.

Ese parece haber sido el límite de sus ambiciones. Lejos de imponer una cultura ajena —escandinava— a los eslavos orientales (como habrían hecho los Caballeros Teutónicos) o de utilizar otros métodos más sutiles de persuasión cultural (como harían los polacos), con el tiempo los ruríkidas acabaron asimilando la lengua y las costumbres de aquellos a quienes gobernaban. En el transcurso de unas pocas generaciones pasaron a adoptar nombres eslavos (Helga se convirtió en Olga, Waldemar en Vladímir), al tiempo que establecían vínculos matrimoniales con las familias locales. Kiev creció en importancia, gracias a su situación a mitad de camino en las rutas comerciales entre el Báltico y el mar Negro, pero su relación con las ciudades más distantes de la Rus siguió siendo dispersa y mal definida. La Rus apenas podía considerarse un imperio en el sentido moderno: el historiador Richard Pipes la ha comparado más bien con las grandes compañías mercantiles británicas de los siglos XVII y XVIII: la Compañía de la Bahía de Hudson, por ejemplo, o la Compañía de las Indias Orientales.

Así consolidada, la Rus de Kiev se desarrolló con gran rapidez, enriquecida por el comercio entre Bizancio y Escandinavia, al tiempo que se incrementaban sus contactos con Europa occidental. En el año 988, el poder de la Rus se reforzó aún más cuando el príncipe Volodímer, líder de los ruríkidas, decidió convertirse al cristianismo. Según los antiguos cronistas, rechazó el islam porque prohibía el alcohol, y eligió el cristianismo bizantino en lugar de la versión romana

por la magnificencia de su misa. Sea cierto o no, el caso es que los ciudadanos de Kiev se bautizaron en masa en las aguas del Dniéper, y tanto en la ciudad como en la campiña circundante empezaron a surgir iglesias con cúpulas bulbosas decoradas con mosaicos dorados de estilo bizantino.

En 1037 la Rus se hallaba en pleno apogeo. Ese año, el príncipe Yaroslav el Sabio inició la construcción de Santa Sofía, la catedral que habría de convertirse en el equivalente ortodoxo de San Pedro de Roma. Inspirada en Hagia Sophia de Constantinopla, Santa Sofía de Kiev tenía trece cúpulas y columnas de mármol, y una serie de artistas griegos y bizantinos llenaron los ábsides que se alzaban sobre el altar con rígidas figuras de santos envueltos en togas, vírgenes con ojos almendrados y ángeles que hablaban en el alfabeto griego. Más o menos en la misma época, el príncipe Yaroslav recibió al obispo Saveraux, que había ido a pedir la mano de su hija Ana en nombre del rey Enrique I de Francia. «Esta tierra —escribiría el obispo tras regresar de la Rus— está más unida, y es más feliz, más fuerte y más civilizada que la propia Francia». Las disputas entre católicos y ortodoxos todavía estaban por llegar, y la demanda del obispo tuvo éxito. Ana sería la primera princesa de Kiev —también la última— convertida en reina de Francia. Otras hijas del príncipe Yaroslav se casaron asimismo con monarcas de Hungría y de Noruega (mientras que una de sus hermanas lo hizo con un rey polaco y otra con un príncipe bizantino). De ahí que en ocasiones se haga referencia a Yaroslav como «el suegro de Europa».

Pero el declive de la Rus de Kiev sería tan rápido como su auge. Con el tiempo, los mercaderes italianos establecieron rutas más directas entre Constantinopla y Europa occidental, evitando pasar por Kiev; los príncipes de la Rus comenzaron a enemistarse entre sí, y sus principados empezaron a elaborar sus propias leyes y a establecer sus propios aranceles. A

principios del siglo XIII, un rey mongol que se hacía llamar Gengis Kan —autodenominado gran kan, o kan de kanes— movilizó a su gente para invadir Europa y Asia central. En 1240 el nieto de Gengis Kan había llegado a Kiev. Con su capital reducida a cenizas, sus comandantes muertos, sus iglesias saqueadas y su pueblo huyendo desperdigado por el campo, la dinastía de los ruríkidas desapareció; la Rus de Kiev había durado apenas cuatrocientos años.

Casi de inmediato surgió la polémica, puesto que, pese a su corta vida, la Rus ha generado un número inusualmente cuantioso de disputas históricas. Así, por ejemplo, el motivo por el que se denominaba *rus* a los ruríkidas es objeto de gran controversia. Algunos dicen que el nombre se deriva de *Ruotsi*, un término que en finlandés designa a los suecos; otros afirman que proviene de los ríos Rus y Rusna, que discurren por Ucrania central; otros hacen referencia a Roslagen, el nombre de la costa septentrional de Estocolmo, o remiten a la palabra *rhos*, que significa «luz» en persa. En el siglo XX, los partidarios de la teoría de *Ruotsi* —entre los que se incluía el propio Hitler— sostenían que la Rus de Kiev solo surgió gracias al genio germánico de los escandinavos, que tomaron lo que no era más que un abigarrado grupo de tribus y lo convirtieron en un imperio comercial. Quienes militaban en el bando de los ríos Rus y Rusna —entre ellos, historiadores nacionalistas soviéticos, además de rusos y ucranianos— argumentaban que, aunque es posible que los rus cooperaran en cierta medida con los escandinavos, el papel de los eslavos orientales en la creación de la Rus de Kiev había sido mucho más importante que el de estos últimos. Sugerir lo contrario —escribía un erudito soviético— equivalía a negar «la capacidad de las naciones eslavas para formar un Estado independiente».

Rus y Rusna, *Ruotsi*, *rhos*… Todo eso está muy bien para causar irrisión entre los foráneos. Pero el hecho es que la Rus

de Kiev —por muy breve que fuera su historia, por mucho que debiera a otros pueblos— fue un logro excepcional de los eslavos orientales medievales. Las tres naciones que evolucionaron a partir de esta federación política —Rusia, Ucrania y Bielorrusia— pueden proclamar legítimamente que son sus herederas espirituales, geográficas o culturales. Sin embargo, ¡es tan poco lo que se sabe de la Rus de Kiev y tanto lo que se ha perdido! ¡Resulta tan difícil, al examinar el pasado remoto, saber qué es verdad y qué es mentira! Escasean los registros documentales y no queda otra que hacer conjeturas basándose en fragmentos, iconos e iglesias de cúpulas doradas. ¡Se pueden cometer tantos errores, y son tan pocos quienes pueden saber lo que ocurrió realmente!

Pero hay algo más preciso que cualquier documento oficial, más interesante que el análisis, más elocuente que la prosa: la mejor manera de leer la historia de Rusia es mirar los mapas. No los nuevos mapas, sino los mapas viejos y amarillentos que conservan sus topónimos aún visibles, o los mapas sombreados que retratan, palmo a palmo, los progresos del dominio ruso. Y todos esos mapas históricos parten del diminuto Estado de Moscovia, uno de los numerosos sucesores de la Rus de Kiev. En 1300, el Gran Ducado de Moscovia, o de Moscú, tenía una extensión aproximada de veinte mil kilómetros cuadrados, una superficie en la que habría encajado fácilmente alguno de los estados europeos modernos más pequeños, como, por ejemplo, Portugal o Bélgica. Ese mismo año Moscovia ni tan siquiera era independiente. Mientras que los estados meridionales en torno a Kiev cayeron bajo el dominio —más benévolo— primero de Lituania y después de Polonia, Moscovia, desde la época de la conquista mongola hasta finales del siglo XV, fue gobernada con tanta dureza por los mongoles y tártaros de la Horda de Oro

que las huellas de su tiranía permanecerían en la lengua rusa: los equivalentes rusos de términos como *látigo* y *cadena*, por ejemplo, tienen un origen mongol.

Sin embargo, los mapas revelan cómo desde finales del siglo XIV, tras la retirada de los mongoles, Moscovia —partiendo de su diminuta base y una situación de extrema sumisión— empezó a expandirse de forma casi indiscriminada. Motivada quizá por la necesidad de obtener tierras de cultivo, o tal vez por un ansia de poder heredada de la Horda de Oro, Moscovia comenzó por saquear y destruir el Estado comercial de Nóvgorod, con sus vínculos con el Báltico de habla alemana, llegando al extremo de excavar los cimientos de los edificios para que no volvieran a reconstruirse. Más tarde los moscovitas asestaron un golpe similar al kanato de Kazán, y luego a Livonia, a orillas del Báltico. De hecho, los mapas muestran cómo, de siglo en siglo, Moscovia se fue extendiendo en círculos concéntricos, conquistando primero un trozo de Asia, luego una porción de Europa, y más tarde algunas tierras del Cáucaso aquí y allá. A medida que su propio tamaño le otorgaba mayor confianza, la expansión de Moscovia se hacía más vigorosa. Uno a uno, los pueblos menos sofisticados y más débiles situados en sus fronteras, al este y al oeste, al norte y al sur, fueron engullidos por el Estado moscovita. Mientras que los imperios de Europa occidental solo crecieron una vez se hubieron consolidado las naciones en las que se basaban, el Imperio ruso creció a la vez que lo hacía la propia Rusia, hasta el punto de que —como ha escrito Richard Pipes— a los propios rusos les resultaba imposible distinguir entre su país y las tierras pertenecientes a los pueblos que conquistaban; y hasta el punto de que, tras la desintegración de la Unión Soviética, los rusos se encontrarían en una situación «antinatural»: las fronteras de su país, la Rusia postsoviética, no se correspondían con ninguna «Rusia» anterior de la historia.

En el siglo XVII, los *rusos* —pues tal era el término que ahora empleaban para referirse a sí mismos— iniciaron su asalto a la región que ellos denominaban *okráiny* (plural de *okráina*): las tierras fronterizas, las lindes orientales de la Mancomunidad de Polonia-Lituania; unas tierras que antaño habían pertenecido a la Rus de Kiev pero habían escapado al dominio mongol. En el siglo XVII los zares rusos comenzaron a rebanar porciones de territorio de Ucrania oriental, y a finales del XVIII habían empezado a concentrar sus esfuerzos en el corazón de la propia Mancomunidad: primero las tierras situadas al oeste de Smolensk, después Minsk, más tarde el resto de Ucrania, luego Brest y Vilna, y finalmente la propia Varsovia. Era un tipo especial de invasión: mucho más que cualquiera de sus otras conquistas, la conquista de las *okráiny* estaba destinada a transformar la propia Rusia, del mismo modo que la conquista de las *kresy* había transformado Polonia.

Parte de dicha transformación fue de naturaleza geográfica: dado que ahora compartía fronteras con Prusia y Austria-Hungría, Rusia pasó a convertirse en un actor relevante en la política europea. Pero también hubo una transformación intelectual. Por primera vez, Rusia había ocupado una extensa región que estaba tecnológicamente más avanzada que ella. Aun siendo pobres para los estándares de Europa occidental, los territorios de la Mancomunidad estaban muy desarrollados en comparación con Rusia. Al anexionárselos, esta adquirió innumerables tesoros artísticos, iglesias barrocas y propiedades de estilo italiano, además de toda una serie de universidades, bibliotecas y eruditos. Los rusos también incorporaron a personas cultas, lo que revestiría especial importancia en los casos de Estonia y Letonia, naciones cuyas confiadas élites acabarían proporcionando al Imperio ruso un tercio de sus funcionarios. La aristocracia polaca, aunque menos influyente en San Petersburgo que los bálticos de habla alemana, también

llegaría a dominar la burocracia de las *okráiny* hasta el final del imperio, mientras que el polaco sería la lengua oficial de la enseñanza superior en gran parte de Rusia occidental hasta mediados del siglo XIX.

Además —lo que pudo resultar aún más importante—, Rusia también asimiló a una población relativamente culta y mayoritariamente católica. Aunque su dominio se extendía también sobre musulmanes, protestantes y paganos nómadas, el catolicismo estaba tan cerca de la ortodoxia como para suponer un reto. Los católicos no se convertían a la ortodoxia como podrían hacerlo otros pueblos, ni la reconocían como superior a su propia religión. Es más, muchos católicos insistían en que su religión era más avanzada, más intelectual, y muchos de ellos se burlaban de los elaborados rituales de la ortodoxia, del secretismo de los sacerdotes ortodoxos y de la ignorancia de los campesinos ortodoxos.

Rusia hubo de hacer frente a este cuestionamiento de sus ideas y su estatus justo en un momento en que los rusos, tras expandirse velozmente hasta alcanzar un tamaño tan enorme como poco manejable, empezaban a reflexionar sobre su propia identidad. Confrontados a unas naciones occidentales más avanzadas y seguras de sí mismas —no solo los polacos y lituanos, sino también los franceses y alemanes—, comenzaron a preguntarse: «¿quiénes somos?»; «¿qué tipo de nación formamos?»; «¿qué derecho tenemos a compararnos con las naciones occidentales?». Y llegaron a una respuesta histórica: somos los herederos de la Rus de Kiev; nuestros zares son descendientes de los príncipes de la Rus de Kiev; tenemos el derecho histórico a conquistar los pueblos del sur y el oeste de Moscovia, porque su tierra es el antiguo patrimonio de la Rus de Kiev; aunque los eslavos de esas regiones sean distintos de nosotros, aunque sean más cultos, tenemos derecho a gobernarlos porque somos los herederos de sus antepasados

históricos.

Oficialmente, las *okráiny* conquistadas pasaron a calificarse de «territorios recuperados». Oficialmente, Rusia estaba recuperando tierras tradicionalmente ortodoxas de la perniciosa influencia católico-polaca, salvando a los pueblos históricamente ortodoxos de la dominación de la Mancomunidad de Polonia-Lituania. Oficialmente, no había habido conquista alguna, sino tan solo la «reparación» de un error tradicional. Cuando en 1793 Catalina la Grande acuñó una medalla para conmemorar la segunda partición de Polonia —que le proporcionó una gran franja de Ucrania—, en ella podía leerse: «He recuperado lo que había sido arrebatado».

La doctrina oficial resultaba coincidir muy bien con las tendencias intelectuales decimonónicas. En la década de 1830, la incipiente *intelligentsia* rusa había dado origen a un grupo de filósofos conocidos vagamente como eslavófilos, pensadores que sostenían, entre otras cosas, que la lengua rusa era la madre de todas las demás lenguas eslavas; que la cultura rusa superaba a todas las demás culturas eslavas; que Rusia, que tan poco había contribuido en el pasado al arte y la cultura globales, estaba destinada a desempeñar un papel preponderante en el futuro, y que Moscú, descendiente de Bizancio, iba a convertirse en la nueva Roma. Las naciones eslavas que se atrevían a cuestionar las pretensiones de superioridad histórica de Rusia, la base ideológica de la expansión rusa, merecían ser aplastadas. Iván Aksákov, uno de los filósofos rusos más conocidos del siglo XIX, se refería a los polacos como «esta miserable, altiva, arrogante e irreflexiva tribu, que además ha sido consumida hasta la médula por la moral jesuita católica». Los hombres como Aksákov pensaban, y hablaban, aún peor de los ucranianos —que también afirmaban descender de la Rus de Kiev— y despreciaban a Ucrania, a la que llamaban Malorossiya, o Pequeña Rusia.

Pero incluso muchos escritores y artistas que no se habrían considerado eslavófilos, que luchaban contra la naturaleza despótica del Estado ruso, se unieron también al coro de desprecio hacia las culturas de las tierras fronterizas. Dostoievski, que fue a la cárcel por conspirar contra el Gobierno zarista, despreciaba las pretensiones de identidad nacional polacas y retrató en sus novelas a docenas de personajes polacos carentes de todo atractivo, incluidos los estúpidos aristócratas que hacen trampas a las cartas y brindan por una Polonia «con las fronteras de 1772» en *Los hermanos Karamázov*, o el conde charlatán con el que se casa Aglaya al final de *El idiota*. Hasta el propio Pushkin —como Dostoievski, un crítico de los zares de corte liberal— escribió sobre «todos los ríos eslavos que desembocan en un mar ruso», y se mostró airado ante las simpatías de Occidente hacia la rebelión polaca y lituana de 1830. Cuando esta finalizó, escribió un poema titulado «Respuesta a los difamadores de Rusia»:

*¿Qué es eso que te inquieta, orador del pueblo?*
*¿Por qué amenazas a Rusia con el anatema?*
*¿Qué te ha contrariado tanto? ¿Una revuelta en Lituania?*
*Bueno, déjanos en paz: es una disputa entre eslavos,*
*una antiquísima lucha, una pelea doméstica.*
*El destino lo decidió hace tiempo. No vas a cambiar nada…*

Con el tiempo, el odio fomentado por la propaganda gubernamental y alentado por los poetas se tradujo en la represión de cualquier polaco o ucraniano que mostrara talento literario y de cualquiera que hablara con una voz peculiar, así como de cualquiera que hablara de independencia o soberanía. En dos edictos distintos, la Rusia zarista prohibió el uso de la lengua ucraniana.

Sin embargo, aunque los rusos destruyeron todo lo que

pudieron de las demás culturas eslavas, la inseguridad derivada del dominio de Rusia de las naciones situadas en torno a sus fronteras persistiría en el tiempo. De vez en cuando, esta cuestión incluso se hace patente en la literatura rusa. Hacia la mitad de *Anna Karenina*, por ejemplo, Karenin, Peszov y Koznichev discuten sobre la rusificación de las tierras fronterizas. Mientras Karenin, un alto funcionario público, muestra su apoyo al proceso, a los demás les irrita:

> —En ningún momento he querido referirme exclusivamente —dijo mientras tomaba su sopa y dirigiéndose a Karenin— a la densidad de población como medio para la asimilación de un pueblo, sino también a la superioridad de principios.
>
> —A mí me parece que viene a ser lo mismo —repuso, lentamente y sin interés, su interlocutor—. A mi juicio, un pueblo solo puede influir sobre otro cuando posee un desarrollo superior, en cuyo caso…
>
> —Pero ¿en qué consiste ese desarrollo superior? —interrumpió Peszov, que siempre se precipitaba al hablar y ponía su alma entera en cuanto decía…

En cualquier caso, la conversación termina de forma poco concluyente, y la cuestión de si Rusia poseía o no un «desarrollo superior» queda sin respuesta.

De vez en cuando surgiría alguna que otra voz discordante. En 1836, Piotr Chaadáyev, uno de los grandes intelectuales de Rusia, observó los mapas y la historia de la expansión rusa, y llegó a una conclusión muy distinta de la furia de Pushkin y del desprecio de Dostoievski:

> En contra de todas las leyes de la comunidad humana, Rusia avanza solo en la dirección de su propia esclavitud y de la esclavitud de todos los pueblos vecinos. Por esa razón, redundaría no solo en interés de otros pueblos sino también en el suyo propio que se viera obligada a tomar un nuevo rumbo.

Por orden del zar, el Estado ruso declaró demente a Chaadáyev.

Los polacos creen que los alemanes utilizaron artimañas — falsificando el Acta de Kruszwica y engañando al mismo papa — para obtener el control de Prusia Oriental. Los lituanos también creen que los polacos emplearon sus propias argucias para hacerse con el control de Lituania, impidiendo que su gran duque se convirtiera en rey al robarle la corona. Quizá no resulte sorprendente, pues, que los ucranianos también crean que los rusos obtuvieron el control de Ucrania mediante una artimaña.

La historia comienza en 1648, el año en que los cosacos ucranianos se rebelaron contra el dominio polaco. Su líder era Bohdán Jmelnitski. En su novelada *Trilogía*, el premio Nobel Henryk Sienkiewicz lo describe tal y como se le representaba en la memoria popular polaca:

> Había una cualidad extraña y poco común en el tempestuoso rostro de aquel hombre, una sensación de poder apenas oculta que latía como una llama, junto con todos los signos reveladores de una voluntad de hierro y una fuerza interior que iban más allá de lo que un hombre corriente podría encontrar en sí mismo…

Nacido en el seno de la nobleza polaca, Jmelnitski poseía la fortaleza y el carisma necesarios para liderar a los cosacos contra sus gobernantes polacos, pero carecía de las dotes políticas apropiadas para unirlos después en una fuerza independiente. Al glorioso año 1648 le siguieron muchos meses de caos, un periodo que quedaría registrado en la historia de Ucrania como la «Ruina». Los líderes cosacos estaban mutuamente enfrentados y al mismo tiempo se temía una invasión tártara, de modo que se decidió que Ucrania

necesitaba un protector fuerte. En 1653, Jmelnitski se reunió con un emisario del zar en Pereiaslav y resolvió aliar a los cosacos con los rusos. En enero del año siguiente se redactó un tratado y se planificó la celebración de la ceremonia pertinente. En ella Jmelnitski había de jurar fidelidad al zar y se esperaba que el emisario ruso hiciera a su vez un juramento de fidelidad a los cosacos.

Sin embargo, en el último momento el emisario se negó a hacerlo. El zar —dijo— no hacía juramentos a nadie.

Jmelnitski salió airado de la iglesia donde se celebraba la ceremonia, pero luego volvió a irrumpir en ella e hizo el juramento.

En el plazo de una década la mayor parte de Ucrania se hallaba firmemente bajo el dominio ruso. Durante tres siglos Ucrania no volvería a tener la oportunidad de declarar su independencia.

*Ukraína* significa «tierra fronteriza» en la mayoría de las lenguas eslavas. En ruso, el término se halla muy próximo al concepto de *okráiny*. En polaco, el prefijo *u* significa «al lado», mientras que *kraína* es un equivalente antiguo y algo arcaico de «tierra», «región» o «país», como, por ejemplo, en la expresión *kraina baśni*, o «país de las hadas».

Hasta el siglo XX era frecuente denominar a los ucranianos —como a los bielorrusos— rutenos, rusinos o rusniacos, todos ellos términos derivados, obviamente, de *Rus*, pero diferenciados de Rusia o Rossiya. Antiguamente se denominaba Rutenia Roja a la parte occidental de Ucrania, la región en torno a Lviv, mientras que a la región occidental de Bielorrusia se le daba el nombre de Rutenia Blanca (*Biely Rus*). Asimismo, la antigua punta oriental de Checoslovaquia, actualmente integrada en Ucrania, todavía se autodenomina Rutenia

Subcarpática (para diferenciarse del resto de Ucrania). Por lo demás, no obstante, el término *ruteno*, aplicado a los ucranianos, solo sobrevive en libros y expresiones antiguas. Por ejemplo, los nobles ucranianos polonizados solían referirse a sí mismos en latín como «rutenos de la nación polaca», *gente rutheni natione poloni*.

Rutenos, pero no rusos: ya desde los primeros días de la dominación rusa la mayoría de los miembros de la élite ucraniana se consideraban claramente distintos de sus vecinos del norte. Tras la destrucción de Kiev, la Horda de Oro gobernó Moscovia, pero Ucrania cayó bajo el dominio —más benigno— de polacos y lituanos. Tal vez gracias a ese giro del destino, o tal vez porque estaba más cerca de Occidente, Ucrania desarrolló una sensibilidad estética diferente y unas costumbres distintas de las de Moscovia, además de una lengua y una memoria histórica diversas. Durante muchos siglos, los viajeros que visitaban Ucrania quedaron impresionados por la marcada identidad y conciencia de sí misma que caracterizaba a la región. Maximiliano Emanuel, duque de Wurtemberg, que recorrió Ucrania en el siglo XVIII, pudo escribir ya de los ucranianos que «quieren ser un pueblo libre y no estar sometidos ni a Polonia ni a Moscú; por eso siempre luchan por sus privilegios y sus derechos».

Hasta los rusos que visitaron la región en aquella misma época, o aun después, se mostraron sorprendidos por sus peculiaridades. En 1803, un juez ruso que viajó a Ucrania dejó escritas estas palabras:

> Aquí hay rostros distintos, costumbres diferentes, distintas vestimentas y un sistema diverso; y escucho una lengua distinta. ¿Está aquí la frontera del imperio? ¿Estamos entrando en otro Estado?

Sin embargo, aunque era obvio que Ucrania era distinta de

Rusia, desde la perspectiva de los rusos del siglo XIX (y de algunos ucranianos) no era tan diferente, ni de lejos, como podían serlo, por ejemplo, Inglaterra o Francia. Tanto Rusia como Ucrania tenían las mismas raíces eslavo-orientales y ortodoxas, y cada una de ambas naciones hablaba una lengua que la otra podía entender. A ojos de los rusos, los ucranianos tampoco parecían tener una cultura tan potente como la suya. Dado que los rusos habían sido un pueblo de conquistadores, el ruso se convirtió en una lengua literaria mucho antes que el ucraniano; a mediados del siglo XIX los ucranianos todavía empleaban el polaco como lengua literaria, mientras que el propio ucraniano aún se consideraba una lengua campesina. Las primeras obras literarias que aparecieron en ucraniano, en ese mismo siglo, solían ser sátiras, destinadas a burlarse de la lengua tanto como a celebrarla, y hasta la época de los poetas nacionales los ucranianos que deseaban obtener el mayor reconocimiento solían escribir en ruso (probablemente Nikolái Gógol constituye el mejor ejemplo de ello). Había, por supuesto, canciones, historias y leyendas populares ucranianas, muy admiradas y ampliamente documentadas en todo el siglo XIX, pero, para los rusos, estas apenas bastaban para sustentar una identidad nacional: ninguna parecía lo bastante digna, o lo bastante inequívocamente ucraniana, para reivindicar Ucrania como un país independiente a ojos de los rusos decimonónicos, y, a veces, ni siquiera a ojos de los mismos ucranianos.

Es cierto que los ucranianos occidentales tenían su propia religión: la Iglesia greco-católica, el híbrido creado en 1596 por la Unión de Brest. Los greco-católicos, a veces llamados también *uniatas*, representaban una característica mezcla fronteriza: eran leales al papa, pero celebraban los ritos ortodoxos. También es cierto que los ucranianos occidentales, bajo un benigno dominio austriaco en el siglo XIX y polaco en el XX, desarrollaron una sociedad civil más avanzada y una

conciencia nacional más marcada. Pero por muy singular que pudiera resultar, la Iglesia greco-católica no representaba todo el conjunto de la cultura ucraniana, ni tampoco es que la conciencia nacional de Ucrania occidental se extendiera rápidamente hacia el este de la región. La mayor parte de los ucranianos, para bien o para mal, eran ortodoxos en el siglo XIX, y la mayoría seguirían siéndolo bajo el dominio ruso.

Pero por más que los ucranianos carecieran de lengua literaria y de unidad religiosa, por más que a los foráneos les parecieran una nación campesina, por más que hubieran sido conquistados por otros, el mayor obstáculo, con mucho, para quienes deseaban dotar de identidad nacional a Ucrania era la falta de certeza histórica. Si los rusos eran los herederos culturales de la Rus de Kiev, la «segunda fase» de una línea de civilización iniciada por la Rus, ¿quiénes eran los ucranianos? Si los rusos —como afirmaba el historiador nacionalista Mijaíl Pogodin— eran los descendientes étnicos de los kievitas que habían emigrado al norte, ¿quiénes eran los ucranianos entonces? Los zares rusos habían conquistado la Mancomunidad de Polonia-Lituania con el fin de recrear la unidad de la Rus de Kiev. Entonces, si la Rus se hallaba ahora reunificada bajo el dominio ruso, ¿qué necesidad tenían los ucranianos de rebelarse contra ella?

Este tema suscitó numerosos debates y discrepancias. Algunos ucranianos hicieron suya la opinión rusa de que las dos naciones constituían de hecho una sola; otros disentían. Pero hacia finales del siglo XIX una nueva generación de historiadores y poetas nacionalistas ucranianos propugnaron una teoría que respondía a todas estas cuestiones: los rusos —afirmaron— habían robado la historia de Ucrania.

«Tierra pacífica, país amado, ¡mi querida Ucrania! —escribía Tarás Shevchenko en 1842—. ¿Por qué, ¡oh, madre mía!, te han despojado? ¿Por qué has declinado así?».

El despojo no era otro que el robo del pasado: Rusia había mentido, había intentado privar a Ucrania del legado de la Rus, le había rebautizado como «la Pequeña Rusia» y se había apropiado de la gloria de Kiev, la belleza de Santa Sofía, los mosaicos y los iconos. Pero ese robo aún podía revertirse. En 1906, el historiador ucraniano Mijailo Hrushevski se propuso demostrar que la población de la Rus de Kiev no había emigrado al norte, sino que se había quedado exactamente donde estaba, lo que significaba que los habitantes de la desaparecida confederación eran los antepasados étnicos de los ucranianos modernos. Los rusos —afirmaba— eran una tribu completamente distinta, solo emparentada en un tiempo muy lejano con los gobernantes de la Rus. Moscovia había importado la cultura de la Rus al igual que la Galia había importado la cultura de Roma; en cambio, Ucrania era descendiente directa de la Rus. Los ucranianos eran los «hermanos mayores» de los rusos, y no al revés.

Pero la incertidumbre permaneció. Al igual que los rusos nunca llegarían a estar completamente seguros de si estaba justificado o no que gobernaran sobre otros pueblos más sofisticados que ellos, tampoco los ucranianos llegarían a tener la certeza de que fueran realmente lo bastante distintos de los rusos como para justificar su deseo de tener un Estado propio. Con demasiada frecuencia se mostraban dispuestos a dejar que los foráneos les dijeran quiénes eran, como escribe, una vez más, Shevchenko:

*Los alemanes dicen: «Sois mongoles».*
*¡Mongoles, es evidente!*
*¡Sí, los nietos desnudos*
*del dorado Tamerlán!*
*Los alemanes dicen: «Sois eslavos».*
*¡Eslavos, sí, eslavos de verdad!*
*¡De grandes y gloriosos ancestros*

*la indigna simiente!*

Y, sin embargo:

*todas las lenguas de la raza eslava*
*conocéis muy bien, pero de la vuestra nada…*

La Rus de Kiev tuvo un tercer grupo de descendientes, pero no resulta fácil decir quiénes son. Y ello porque, si los ucranianos han tenido problemas con la ambigüedad nacional, los bielorrusos se han definido precisamente por ella.

En el año 1636, el jefe de la Iglesia ortodoxa rusa regresó de un viaje por las inmediaciones de Minsk. Quedó impresionado: «En las casas de los bielorrusos, los padres y los hijos, los maridos y las esposas, e incluso los señores y los sirvientes se dividen a menudo entre tres, o incluso cuatro credos. Al menos uno de ellos suele ser cristiano. Los demás reconocen la fe del papa, la de los luteranos, la de los arrianos o la de los judíos. Y se sientan juntos a la mesa, comen y beben, y se casan entre ellos. Y algunos incluso rezan juntos».

El nombre oficial de Bielorrusia, Belarús, significa etimológicamente Rutenia Blanca, o Rus Blanca. No está claro por qué los pueblos situados al oeste de Ucrania y al sur de Moscú recibieron el apelativo de «blancos». Algunas versiones, señalando el hecho de que los bielorrusos no habían sido obligados a pagar tributo a la Horda de Oro, conjeturan que el término «blanco» podría estar asociado a la libertad, como lo está en muchas lenguas de Asia central; otros sostienen que en alguna lengua más antigua «blanco» pudo ser sinónimo de «oeste», y otros, que los campesinos bielorrusos vestían de blanco. En 1826, algunos estudiosos afirmaron que el origen del apelativo no estaba relacionado con el término «blanco», sino con Bel-bog, una deidad eslava. Como en el caso de los

ucranianos, antiguamente se denominó rutenos a los bielorrusos, pero del mismo modo que la Rusia zarista inventó la definición de «pequeños rusos» para referirse a los ucranianos, también alteró el nombre de «rutenos blancos» por el de «rusos blancos» (*belorossiya*) para que ambos pueblos parecieran más afines. Desde entonces el término *Bielorrusia* ha sido motivo de inquietud entre los nacionalistas bielorrusos. Durante el renacimiento nacionalista de la década de 1920, los eruditos intentaron sustituir el gentilicio *bielorruso* por *kryvič*, el nombre de una antigua tribu eslava que habitaba en la región; y a principios de la década de 1990 sus descendientes espirituales idearon el nombre oficial de Belarús —que implicaba un retorno a la «Rutenia Blanca»— porque pensaban que *Bielorrusia* sonaba demasiado parecido a *Rusia* y resultaba demasiado confuso en el extranjero.

Tenían razón al temer tal confusión, dado que la propia existencia de Bielorrusia a menudo ha resultado ser una sorpresa para los forasteros. En 1826, E. Henderson, autor de un farragoso libro de viajes titulado *Investigaciones bíblicas y viajes a través de Rusia*, se tropezó con un ejemplo de la lengua rutena blanca, pero no fue capaz de determinar su origen. Decidió que el ruteno blanco era un dialecto del ruso y elaboró su propia explicación al respecto:

> Hacia principios del siglo XVI se introdujeron considerables cambios en la lengua rusa como consecuencia de las relaciones que subsistían entre Rusia y Polonia, de los progresos de los polacos en gramática y lexicografía, y de otras causas profundamente influyentes, por lo que se formó un peculiar dialecto ruso polaco que hasta hoy sigue hablando la gente corriente que habita en las provincias, agrupada bajo el nombre de rusos blancos…

El erudito inglés W. R. Morfill, que en 1883 publicó un tratado sobre la literatura antigua eslava, se quejaba de que el

ruso blanco, como él lo llamaba, resultaba difícil de estudiar:

> A menudo resulta muy difícil para el filólogo, al examinar los pocos libros religiosos y de otro tipo publicados en la primera época en el territorio de la Rusia Blanca, saber exactamente de qué dialecto se trata. Como ocurre siempre cuando una lengua está muy poco cultivada, obtenemos una gran cantidad de formas. Así, el fundamento de las lenguas de la mayoría de estos libros es el paleoeslavo, pero abundan los polonismos…

Para cualquiera que descubriera Bielorrusia, siempre era fácil decir lo que los bielorrusos no eran: no eran polacos, ni rusos, ni ucranianos. Pero resultaba mucho más difícil definir lo que eran. Al carecer de Estado, no tenían reyes. Al carecer de nobleza, ni siquiera habían tenido líderes rebeldes como los cosacos ucranianos. Al carecer de reyes y líderes rebeldes, la suya era una historia de ocupación: nunca habían sido independientes; pero, lo que era aún peor, hasta el siglo XX nunca habían intentado serlo, como sí habían hecho los ucranianos.

Examinando su propia historia a partir del siglo XIX, justo el periodo en el que muchas otras naciones de Europa oriental descubrían sus orígenes, un puñado de nacionalistas bielorrusos decidieron abordar este problema. Apartándose de la batalla ruso-ucraniana acerca de quién merecía reivindicar el legado de la Rus de Kiev, los bielorrusos decidieron, en cambio, entrar en la batalla polaco-lituana en torno al legado de la Mancomunidad de Polonia-Lituania. En ese sentido, señalaron que la lengua rutena, que había empezado como lengua diplomática utilizada por los dirigentes de la Mancomunidad, era una forma de protobielorruso; afirmaron que los símbolos de la Mancomunidad —el jinete lituano, por ejemplo— debían ser también sus símbolos, e hicieron hincapié asimismo en su aportación a la gloria de la Mancomunidad y en el hecho de

que las tropas bielorrusas habían contribuido a la gran victoria sobre los Caballeros Teutónicos en Grunwald. Todo ello era bastante cierto, pero ninguno de los otros dos socios de la Mancomunidad, ni los polacos ni los lituanos, se había mostrado nunca demasiado interesado en reconocer el papel de Bielorrusia. Así, escribiría más tarde Czesław Miłosz:

> Debo admitir […] que los bielorrusos siguen siendo un enigma para mí: una masa de personas repartidas en una gran extensión de tierra, que han sido constantemente oprimidas, que hablan una lengua que podría calificarse como un cruce entre el polaco y el ruso con una gramática que no se sistematizó hasta el siglo XX, y cuyo sentimiento de identidad nacional fue el producto más tardío de los movimientos nacionalistas de Europa. Pero su caso nos enfrenta a la fluidez de todas las definiciones; una masa así puede transformarse fácilmente de sujeto a objeto en manos extranjeras…

Dijeran lo que dijeran los nacionalistas, *bielorruso* siempre ha sido un término flexible. Ser bielorruso es poder elegir la propia identidad, e incluso permitir que dicha identidad cambie con el tiempo. En una tierra que ha sido invadida a menudo, a veces ha habido buenas razones para ser de una nacionalidad y otras para serlo de otra. Hablar polaco acercaba a Europa, pero el ruso fue, durante muchos siglos, la lengua del poder. Puede que los sacerdotes polacos trajeran regalos de Occidente —tenían libros, biblias o periódicos polacos—, pero los funcionarios rusos podían ofrecer trabajos y privilegios. Solo de vez en cuando, normalmente en los intervalos entre gobernantes o en algún que otro momento de anarquía, ser bielorruso ha resultado ventajoso para alguien.

Sin embargo, no siempre tiene por qué ser así. «A menudo puede escucharse de labios de la gente, incluso de aquellos que no son nuestros enemigos, que el ideal de la independencia de Bielorrusia es un sueño que nunca podrá materializarse —

escribía A. Stankevic, uno de los más destacados nacionalistas de Bielorrusia. Y proseguía—: No importa. También los ideales nacionales de muchos otros pueblos se juzgaron utópicos. Y, con el tiempo, incluso las utopías se han convertido en hechos históricos…».

En el siglo xx, tanto Ucrania como Bielorrusia hicieron varios intentos de obtener su independencia.

Su primera oportunidad llegó al final de la Primera Guerra Mundial. Corría el año 1917, y el Estado ruso se había desmoronado; un grupo de ucranianos socialistas y liberales crearon un Consejo Central consagrado a trabajar en pro de una «federación de pueblos libres e iguales» entre las naciones del antiguo Imperio ruso. El Consejo buscó la ayuda de los rusos blancos antibolcheviques y el apoyo de las potencias occidentales. No obtuvieron ni lo uno ni lo otro, y unos meses después el Consejo Central fue disuelto por el ejército alemán. Un nuevo intento de crear una República de Ucrania Occidental duró tan solo lo que tardaron en llegar las tropas polacas, mientras que la República Soviética soberana de Bielorrusia, creada el 14 de diciembre, fue aplastada el 18 del mismo mes cuando el Ejército Rojo irrumpió en la sala donde se celebraba la convención constitucional y la clausuró sin más. Un puñado de otras tentativas, lideradas por diversos ejércitos (en 1918 operaban en Ucrania no menos de once), finalmente quedaron en nada; y aún menos éxito tuvieron los intentos de atraer el interés de la Conferencia de Paz de París. En 1920, tanto Ucrania oriental como Bielorrusia oriental habían sido absorbidas por la Unión Soviética, mientras que Ucrania y Bielorrusia occidentales habían pasado a formar parte de Polonia.

La segunda oportunidad para Ucrania y Bielorrusia se

produjo, curiosamente, en la década de 1920. Ni los rusos blancos, ni los polacos ni las potencias occidentales reunidas en Versalles habían apoyado ni a Bielorrusia ni a Ucrania, pero los bolcheviques sí lo hicieron —al menos temporalmente— en virtud de la llamada korenización, o *korenizatsia* (en ruso «arraigo»), una política diseñada para que el bolchevismo pareciera menos foráneo. En los años de la korenización, los comisarios rusos y judíos fueron reemplazados por comisarios ucranianos y bielorrusos, se crearon universidades nacionales, se fomentó la literatura nacional y por primera vez se imprimieron libros en ucraniano y bielorruso a gran escala. El propio Lenin denunció con energía el chovinismo de la Gran Rusia. En años posteriores, el recuerdo de la época de la korenización ayudaría a los ucranianos a mantener vigente su lucha nacional, mientras que en Bielorrusia probablemente está política salvó a la población de disolverse en Rusia para siempre. De manera inevitable, los periodos de liberalización soviética traerían consigo nuevos periodos de nacionalismo bielorruso y, sobre todo, ucraniano.

Pero Lenin dio paso a Stalin, y el florecimiento cultural al exterminio. A finales de la década de 1920, Stalin había decretado que la consolidación de la dictadura del proletariado requería el abandono de la autonomía nacional en favor de un gobierno directo desde Moscú. Se restableció el ruso como lengua «oficial» de Ucrania y Bielorrusia, la literatura rusa fue aclamada como «superior» a otras literaturas nacionales y se reavivó la historiografía rusa para demostrar los beneficios del dominio de Rusia. Empezaron a desaparecer intelectuales ucranianos y bielorrusos en plena noche y, al cabo de un tiempo, también maestros, sacerdotes y cualquiera que pudiera considerarse parte de la élite nacional. En nombre de la dictadura del proletariado, los *kulaks* ucranianos —campesinos terratenientes ricos, y a veces no tan ricos (o, en definitiva,

cualquiera que se opusiera a la colectivización)— se vieron obligados asimismo a integrarse en granjas colectivas. Luego se dejó morir de hambre poco a poco a los miembros de dichas granjas mientras se les confiscaba el grano para distribuirlo en las ciudades. A los campesinos se les había considerado el corazón, incluso el alma, de la nación ucraniana: destruyéndolos, Stalin esperaba destruir cualquier esperanza de soberanía para los ucranianos.

Para Bielorrusia y, especialmente, para Ucrania, las purgas, la hambruna y la colectivización de la década de 1930 fueron el equivalente del Holocausto judío, aunque nunca se ha reconocido así en el mundo. Si bien Stalin mandó fusilar a los responsables del censo, Walter Duranty, un reportero de *The New York Times* que en ningún momento informó sobre la hambruna (quería ganarse el favor de Stalin y conservar su visado, y con el tiempo obtuvo un Premio Pulitzer), calculaba en privado que habían muerto diez millones de personas. El historiador Robert Conquest estima que murieron once millones en la hambruna ucraniana, y tres y medio en las purgas y el terror posteriores, lo que eleva el total a unos catorce millones y medio.

Los rusos blancos, los polacos y las potencias occidentales reunidas en Versalles no habían apoyado a Bielorrusia ni a Ucrania, y los bolcheviques habían intentado destruir ambas naciones: quizá estos dos hechos ayuden a explicar lo que ocurrió cuando los ejércitos de Hitler entraron en Ucrania occidental, en 1941, acompañados de un grupo denominado Liga de Nacionalistas Ucranianos; quizá expliquen las fotografías de mofletudas mujeres ucranianas obsequiando a los soldados alemanes con sal y redondas hogazas de pan, y la prisa por alistarse de un buen número de jóvenes ucranianos. Ante la opción de tener que elegir entre dos dictadores, uno de los cuales ya había asesinado a miles de personas, mientras que

el otro aún era desconocido, bastantes ucranianos, y algunos bielorrusos, eligieron a Hitler. Aquel iba a ser el tercer intento de independencia de los pueblos fronterizos en el siglo xx, y, como todos los demás, terminó en caos y desastre. Luego los partisanos fueron perseguidos en los bosques o internados en campos de desplazados en Alemania. Algunos ucranianos siguieron luchando hasta principios de la década de 1950, pero sin éxito: una vez más, los más enérgicos, inteligentes y ambiciosos se fueron al extranjero.

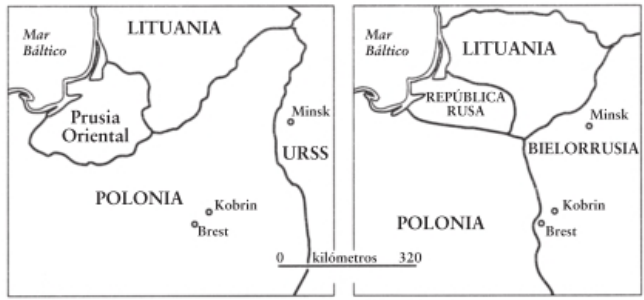
Después de todo esto, casi parecía que no volvería a haber otra oportunidad. Tras la guerra, los líderes soviéticos emprendieron una nueva política con respecto a Ucrania encaminada a hacer del país «el segundo entre iguales», situándolo por encima de todas las demás repúblicas soviéticas salvo la propia Rusia. El prestigio ucraniano iba a depender de la relación de Ucrania con Rusia; se reavivaba así una relación de hermano mayor a hermano menor ya familiar desde la época zarista. El inicio de esta nueva relación se celebró el año 1954, aniversario de la anexión de Ucrania por parte de la Rusia zarista, con discursos, publicaciones, desfiles y ferias al aire libre. Ucrania recibió el «regalo» de Crimea de manos de Jruschov, «una muestra de amistad del pueblo ruso»: como hiciera en la época zarista, Rusia intentaba de nuevo apropiarse de la historia ucraniana. Se consagró a Tarás Shevchenko como poeta nacional: sus obras antirrusas se reinterpretaron en clave antizarista y, por ende, promarxista, aunque se prohibió su poesía más subversiva; su casa se convirtió en monumento, y allí se expuso su busto junto a los de Pushkin y Lérmontov para demostrar que su figura encajaba en la tradición rusa. Los símbolos nacionales ucranianos fueron subvertidos y pervertidos en beneficio del Estado soviético; el Premio Shevchenko, convertido en uno de los galardones literarios más prestigiosos de la Unión Soviética, se concedería año tras año a

escritores que describían retratos enmarcados en el «realismo socialista» en los que se ensalzaba la felicidad de la vida bajo el régimen soviético.

Pero el destino de las aspiraciones nacionales bielorrusas fue aún más duro. Si a Ucrania se la animó a establecer su identidad en el marco de la Unión Soviética, en Minsk se desalentó por completo toda forma de «nacionalismo nihilista». La literatura bielorrusa ni siquiera se enseñaba en las escuelas y se despreciaba a los escritores bielorrusos porque «sus obras son apolíticas y atemporales; de hecho, podrían haber sido escritas en cualquier momento, incluso antes de la Revolución…».

Los habitantes de las ciudades empezaron a avergonzarse de utilizar el bielorruso, que se consideraba un dialecto rural; el ruso se convirtió en la lengua urbana, periodística y literaria. Las personas ambiciosas mandaban a sus hijos a escuelas rusas, hablaban ruso en el trabajo y leían periódicos rusos. Pese a contar con un asiento en las Naciones Unidas, Bielorrusia casi no tenía una vida propia e independiente. En 1989 no quedaba en Minsk ni una sola escuela de habla bielorrusa.

Solo a finales de la década de 1980, cuando las placas tectónicas de la geopolítica volvieran a desplazarse, Ucrania y Bielorrusia tendrían una cuarta oportunidad. Pero esta vez —al menos en un primer momento— sería sin la ayuda de nadie más.




## Minsk

Después de la extravagancia barroca de Vilna, el silencio distante del campo y el ritmo lento de los pueblecitos de colores pastel, la periferia de Minsk me cayó como un jarro de agua fría: sucios bloques de pisos de hormigón flanqueando la autopista, patios embarrados, tranvías vetustos, gente corriendo apresurada entre las largas sombras proyectadas por los altos edificios…

El centro urbano no era mucho mejor. La mañana que llegué a la ciudad, Minsk parecía ahogarse en su propia suciedad. En el aire flotaban granos visibles de contaminación de color negro, y una fina película de grasa, también negra, cubría los edificios y las aceras. Nubes de humo púrpura emanaban de los coches, de las fábricas, de las chimeneas de los bloques de pisos, de los cigarrillos que llevaban los peatones en la boca… En todas partes había multitudes: multitudes haciendo cola para comprar pan, multitudes esperando a los destartalados autobuses, multitudes abriéndose paso a codazos y empujones a través de las amplias calles…

Yo había concertado una reunión. Pero para llegar a mi

destino tuve que tomar primero un metro abarrotado y luego un renqueante autobús, y, entre uno y otro, atravesar charcos y aceras rotas, pasando en el trayecto por tiendas con los estantes vacíos, carteles del festival de música popular del año anterior y quioscos donde se podían comprar periódicos emborronados, llaveros de plástico barato, golosinas soviéticas (caramelos de color rosa grisáceo y polvorientas barras de chocolate) y un extraño surtido de baratijas «tradicionales»: cucharas de madera, pañuelos bordados a máquina, matrioskas… En la calle, la brisa traía un fuerte olor a carbón barato; bajo tierra, el hedor a cuerpos sin lavar y a humo de viejos cigarrillos casi resultaba abrumador.

La ciudad me desorientaba, y sus superficies grises empezaron a molestarme. Mientras caminaba, se repetía en mi cabeza el comienzo de un viejo chiste: «Dos rabinos van en un tren de Minsk a Pinsk, y uno de ellos le dice al otro…». En cierta ocasión había visto en algún sitio una foto en blanco y negro de la antigua Minsk: casas de madera apiñadas a la orilla de un río, carruajes de caballos, judíos con largos tirabuzones… puede que la foto apareciera en un libro sobre la antigua Mancomunidad de Polonia-Lituania, de la que Minsk había formado parte, o sobre los judíos de Europa oriental. Pero en cualquier caso resultaba imposible conciliar el chiste y la foto con la ciudad que ahora me rodeaba, ni entendía tampoco qué tenía que ver Minsk con Pan Michał y Nowogródek y los numerosos fantasmas de Adam Mickiewicz. Salvo una o dos iglesias, ninguno de los edificios de la ciudad se parecía en nada a los de los pueblos que acababa de dejar atrás: era como si alguien hubiera arrancado una serie de bloques de hormigón de la Rusia soviética y los hubiera arrojado, de forma arbitraria, a la provinciana inalterabilidad de Bielorrusia.

Sin embargo, Minsk había sido otrora tal como yo la imaginaba: un pueblecito de madera poblado por judíos, unos

cuantos polacos y algunos campesinos bielorrusos. Así era hasta 1919, cuando Bielorrusia se incorporó a la Unión Soviética y se eligió a la ciudad para convertirse en capital de la república. Luego vinieron las purgas, y los miembros de la antigua clase dirigente de habla polaca fueron asesinados. Después la Segunda Guerra Mundial acabó con la mayoría de los antiguos edificios y calles de la ciudad, junto con la mayor parte de sus habitantes.

Más tarde hubo que reconstruir Minsk a una escala acorde al estatus de capital de una república que ahora era bastante más grande gracias a la incorporación de los territorios polacos y que poseía su propio asiento en las Naciones Unidas. Pero, como ocurrió en otras ciudades europeo-orientales soviéticas y de posguerra, el desarrollo de Minsk se planificó en virtud de criterios ideológicos: no solo debía convertirse en un nuevo tipo de ciudad, sino que también albergar el nuevo estilo de vida soviético.

Era la época de las fábricas de acero, las plantas de maquinaria y las centrales eléctricas, y en Minsk no faltaba de nada: los grandes edificios negros que echaban humo también negro, las interminables cadenas de montaje, los suelos de las fábricas sembrados de trozos de cable de acero y tubo de goma, los autobuses cargados de trabajadores que llegaban al turno de las dos… Los campesinos dejaban el campo y acudían en tropel para unirse a ellos, abarrotando los nuevos bloques de pisos de hormigón con sus primos y los amigos de sus vecinos y sus sobrinos, exactamente igual que los campesinos de Cracovia o de Kiev. En el plazo de una década, Minsk había experimentado la Revolución industrial, la Revolución socialista, la proletarización del campesinado, la ilustración del proletariado, la ilustración de la vanguardia del proletariado, la rusificación tanto del proletariado como de su vanguardia y la Revolución comunista: la creación del *Homo sovieticus*, que ni

conoce la historia ni tiene cultura.

Los habitantes de Minsk incluso se vieron alejados de la lengua que se hablaba en las aldeas de sus abuelos: en 1989 no había en la ciudad ni una sola escuela de habla bielorrusa. Y en lo referente a la prehistoria de la ciudad —los chistes sobre rabinos que van en tren de Minsk a Pinsk, las educadas disputas de los sacerdotes católicos y ortodoxos, la competencia entre la burguesía polaca y los comerciantes armenios—, todo eso cayó en el olvido y nadie lo echó de menos. En cualquier caso, casi ninguno de los habitantes de la ciudad había vivido en Minsk antes de la guerra.

La nueva Minsk tenía trabajadores, fábricas y un brillante futuro. Pero, como no tenía historia, tampoco tenía alma. En lugar de un barrio barroco, la capital bielorrusa contaba con un casco antiguo reconstruido, con todas las iglesias reconvertidas en restaurantes. En lugar de pequeños comercios, había unos feos grandes almacenes donde todos los productos estaban empaquetados en los mismos tonos beige y malva. En lugar de una antigua plaza de mercado, tenía una imitación de la Plaza Roja de Moscú, un amplio espacio abierto perfectamente dimensionado para dar cabida al número apropiado de dignatarios y tanques en las celebraciones del Primero de Mayo y del aniversario de la Revolución de Octubre. Grandes estructuras anodinas e impersonales hacían las veces de edificios públicos, todos ellos adornados en el exterior con sendas estatuas de bronce de Lenin. Todo era demasiado grande, como si los arquitectos quisieran recordar a los ciudadanos de Minsk su propia insignificancia al lado de las enormes fuerzas de la historia que los edificios representaban. Todo era feo, como si a nadie le importara mucho la ciudad, como si nadie se sintiera vinculado a ella.

En Minsk había triunfado la cultura soviética, aunque no del todo. Si el sonido característico de Vilna había sido el intenso

barullo de las voces discordantes, el de Minsk resulta algo más silencioso: el discreto murmullo de unas gentes que descubrían, o redescubrían —o quizá inventaban— quiénes eran.

—Nosotros somos posmodernos —me dijo Igor en voz baja.

Llevaba el pelo negro hacia atrás, apartado del rostro, y tenía los ojos llorosos de tanto leer. Su piel estaba pálida por haber pasado demasiado tiempo encerrado.

—¿Conoce a Heidegger?

Le dije que sí.

—¿Conoce a Foucault?

Le dije que sí.

—Entonces ha de ver que Bielorrusia es el perfecto país posmoderno.

Igor me hablaba con expresión impasible, parpadeando solo de vez en cuando.

—No sé muy bien…

—Mire, el posmodernismo tiene que ver con la reapropiación del pasado, la realización de la falsa conciencia, la revaluación de los valores. Hasta ahora hemos estado viviendo en una falsa cultura, en un entorno… —se esforzó en encontrar el término correcto— *kitsch* de producción masiva. Y ha llegado el momento de descartar lo *kitsch* y sustituirlo por algo real.

Igor era poeta y estudiante de inglés. La mayor parte de su vocabulario en dicho idioma parecía proceder de tres fuentes: las traducciones inglesas de la filosofía alemana, la poesía *beat* estadounidense y las letras de los Beatles.

—*Kitsch* —repitió—. Nos proporcionaron una falsa cultura campesina: muñecas producidas en serie para los turistas, cucharas de madera baratas… Y mientras tanto no paraban de destruir la auténtica cultura campesina, cerrando talleres y diciéndole a la gente que dejara de tallar y se uniera al Partido

Comunista.

Cuando no leía, Igor pasaba el tiempo con sus amigos recorriendo el campo, intentando encontrar auténticos artesanos, auténticos bielorrusos que hicieran auténtico arte popular. De vez en cuando tenían éxito: Igor tenía fotografías de artesanos, todos ancianos ya, que hacían muebles de madera y telas. La mayoría se reían de Igor y no creían que lo que hacían tuviera ningún valor. La mayoría regalaban gratuitamente los productos que elaboraban.

Igor afirmaba que ahora correspondía a los habitantes de las ciudades reavivar la cultura bielorrusa:

—En las reuniones intelectuales hemos de cantar música tradicional. Hemos de leer poesía tradicional. Hemos de inventar de nuevo la tradición, si es necesario, allí donde la hemos olvidado.

Las esposas de los amigos de Igor también participaban en la revaluación de los valores. Llevaban delantales caseros y cocinaban platos tradicionales, vestían a sus hijos con atuendos tradicionales y estudiaban bielorruso. Igor aprobaba esos esfuerzos. En cambio, desaprobaba a los bielorrusos que emigraban.

—¿Por qué debería emigrar, por qué debería ir a Nueva York y hacerme taxista? Aquí mi vida puede ser interesante. Los jóvenes bielorrusos podemos ser como dioses: podemos crear el mundo inventando nuevas palabras para designar las cosas. ¿En qué otra parte del mundo puedo hacer las primeras traducciones de Derrida o escribir la obra definitiva sobre Hegel? Aquí puedo contribuir a crear una tradición literaria e influir en el pensamiento de las muchas generaciones de personas que me seguirán.

Me dijo que había otros que pensaban como él. Uno de sus amigos había traducido el *Ulises* al bielorruso solo para ver si era posible hacerlo; otro estaba trabajando en *La tierra baldía*.

Antaño la moda era aprender lenguas extranjeras. Pero ahora todo el mundo, *todo el mundo* —recalcó—, estudiaba bielorruso.

El apartamento en el que conversábamos Igor y yo era muy pequeño —un minúsculo salón, medio dormitorio y media cocina—, y todo lo que había en él era barato al estilo soviético: el linóleo del suelo, la tapicería del sofá, las finas tazas de café de porcelana, las cucharas de aluminio… Pero el apartamento de todo nacionalista bielorruso también es un santuario consagrado a su país, y a primera vista el suyo albergaba una bandera bielorrusa roja y blanca, una estantería con libros bielorrusos —historias de Bielorrusia, literatura bielorrusa— y varias fotografías de obras destacadas de la arquitectura bielorrusa. Sin embargo, cuando observé con mayor atención, pude ver que el emblema que había en el centro de la bandera era el mismo jinete a caballo que es también el emblema de Lituania; los libros incluían historias de Polonia, historias de Rusia e historias de los judíos lituanos, y las fotos exhibían los palacios de los Radziwiłł y los Czartoryski, familias conocidas principalmente por su papel en la historia de Polonia. Todo aquello —el escudo de armas lituano, los autores e incluso la alfombra turca de la pared— procedía de alguna otra persona.

Igor no lo negó:

—A eso es a lo que me refiero con lo de posmodernos —me explicó en tono jovial—. Tomamos prestado el pasado de otros. Nosotros fuimos parte de Lituania, parte de Polonia, parte de Rusia. Nuestra historia es la suya. Sus símbolos son los nuestros. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo se creó Inglaterra? ¿Cómo se creó Francia? Exactamente igual.

»De todos modos —añadió—, no es ninguna novedad que haya viejas naciones que inventen nuevos estados. Fíjese en Israel. Fíjese en el éxito que tuvieron los judíos al convertir su antigua cultura en un nuevo país. El mundo ya ha olvidado que

antaño fueron apátridas, como nosotros.

Yo le señalé el hecho de que los judíos poseían un poquito más de literatura escrita y algo más de historia escrita que los bielorrusos.

—Es cierto —admitió Igor, aunque eso no le molestaba—: simplemente debemos escribir nuestra historia allí donde no existe.

En aquel momento empezó a preguntarme, con expresión muy seria, por la poesía inglesa moderna. Quería estar al día, quería saber qué novedades había en ese campo.

—¿Ted Hughes?

—No, no —replicó Igor—. Todo el mundo lo conoce.

—¿Philip Larkin?

—Eso también es viejo. —Me miró sorprendido—. ¿No conoce nada más? ¿Y qué hay de la música?

A continuación me recitó una lista de grupos de jazz completamente desconocidos para mí.

Yo me encogí de hombros. Igor dio un suspiro. En cambio, en el ámbito de los novelistas modernos estábamos igualados: la expresión «realismo mágico» era nueva para él.

—Realismo mágico… —reflexionó, dando un significado peculiar a la expresión—: verdad imaginaria. Así es exactamente como yo definiría a Bielorrusia: imaginaria, pero verdadera.

—Mire —me dijo el erudito, y abrió un libro.

Era una reimpresión de la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento, traducida e ilustrada por un tal Francysk Skaryna. Me mostró la fecha de impresión: 1519.

Francysk Skaryna —me explicó— había nacido en 1490 en Pólotsk, en la mitad oriental de lo que hoy llamamos Bielorrusia y por entonces se denominaba Mancomunidad de

Polonia-Lituania. Skaryna se educó en Vilna, Cracovia, Praga y Padua. Conoció al rey polaco Segismundo y estuvo presente en el Congreso de Viena de 1515, por el que los Habsburgo, monarcas de Europa central, emparentaron por matrimonio con los reyes Jagellón de Polonia y Lituania. Aquella era una forma eficaz de mantener la paz: «Haz el matrimonio, no la guerra» podría haber sido perfectamente el lema de los Habsburgo.

Skaryna era doctor en Medicina, consumado impresor, teólogo, lingüista y experto en ciencias ocultas, incluida la Cábala judía, que por entonces estaba de moda entre los rabinos de Praga. Era un hombre tanto de la Europa oriental como de la occidental. Su lengua, llamada ruteno en aquella época, era una lengua fronteriza: no era ni polaco ni ruso, sino algo más parecido a la lengua eslava que empleaban los reyes lituanos, y que incluía términos latinos, checos y alemanes. Su imaginería —me explicó el erudito— era igualmente heterogénea:

—Skaryna tomó el orden de los santos bizantinos y la escritura eslava de la Iglesia greco-católica uniata, y los integró en las tradiciones alegóricas gótica y cabalística.

Mientras hablaba, el erudito no dejaba de empujar sus gafas hacia la punta de la nariz y de acariciar su barbilla imberbe: eran los gestos propios de un hombre que había pasado la mayor parte de su vida rodeado de manuscritos amarillentos y viejas partituras. Pero el amor de su vida era Skaryna.

—Nada en esta Biblia es lo que parece a primera vista —me aseguró—. Skaryna tenía sus propias formas de transmitir la palabra de Dios, pero nada es lo que parece en un primer momento.

En uno de los grabados de Skaryna, Jehová parecía estar coronando a la Virgen.

—¡Ah! —exclamó el erudito—, pero ¿por qué Skaryna tituló este grabado *El matrimonio de los novios?* —Volvió a sentarse

con aire satisfecho al ver que yo era incapaz de adivinarlo. Al cabo de un momento prosiguió—:Tras una meticulosa reflexión, he resuelto ese misterio. En la Cábala, Dios tiene rasgos tanto masculinos como femeninos. Ahora bien, en este cuadro puede ver que la Virgen hace el signo de la bendición judía, separando los dedos corazón y anular, lo que llama nuestra atención sobre la alegoría cabalística. Así que, de hecho, este grabado representa tanto la coronación de la Virgen como, alegóricamente, un matrimonio: la unión de los elementos masculino y femenino de Dios.

En otro grabado se representaba el Arca de la Alianza transportada por las Doce Tribus de Israel.

—Pero fíjese en las banderas. No son las banderas de las Doce Tribus, sino las de tres dinastías: los Habsburgo, los Jagellón y los reyes de Dinamarca; junto con los escudos de armas de los principales nobles de la Mancomunidad. Alegóricamente son las Doce Tribus; literalmente son los Habsburgo y los Jagellón y la unión nórdica de escandinavos [Unión de Kalmar] que, habiendo acordado no luchar entre sí, marchan para reclamar la tierra robada por los turcos.

Por todas partes —me explicó— había múltiples referencias tanto a la teología cristiana como a la magia judía. Los personajes de Skaryna incluían un *golem* (el hombre-robot del que se decía que cierto rabino de Praga había dado vida a partir de una figura de arcilla), varios demonios y toda una serie de animales simbólicos.

Pero lo que el erudito quería que entendiera era que allí había algo más que una mera mezcla de imágenes, que una peculiar combinación de alegorías occidentales, greco-católicas y judías.

—Este —afirmó— es un estilo reconocible al instante para cualquier bielorruso. Enséñele este libro a cualquier bielorruso y lo entenderá. Haga que cualquier bielorruso vea estos dibujos

y los sentirá como suyos. Skaryna es su poeta, su artista, y lo reconocerán de inmediato. Los bielorrusos son como peces que hubieran estado nadando bajo el hielo. Sobre ellos han pasado ejércitos, marchando de un lado a otro. Polacos y rusos han ocupado sus tierras, los han colonizado, les han enseñado a hablar otras lenguas y a olvidar su historia. Pero allí, bajo el hielo, han conservado la memoria de las cosas más antiguas. Skaryna es una de ellas.

En aquella peculiar mezcolanza de gótico y bizantino, cristiano y judío, católico y ortodoxo, en la antigua lengua fronteriza de Skaryna, el erudito creía haber descubierto lo que hacía única a Bielorrusia: en otras palabras, aquella cualidad especial, de naturaleza mística, que hacía de Bielorrusia una nación.

Debí parecer dubitativa. Bielorrusia carecía de muchas cosas: libros de historia escritos y tradiciones nacionales, diccionarios y profesores de idiomas… e incluso de soberanía, ya que, siempre que Rusia quería que Bielorrusia firmara un tratado, Bielorrusia lo firmaba. ¿Cómo podía llamársele nación?

—Es Dios quien crea las naciones —me dijo el erudito—, no los hombres. —Abrió otra edición de la Biblia de Skaryna, esta vez impresa en ruso, con el mismo grabado del Arca de la Alianza—. Compare estos dos grabados. Aquí. ¿Ve esa bandera de la esquina? Está vacía. Es solo una bandera. Ahora aquí. —Señaló la edición bielorrusa—. Verá que la bandera no está vacía. ¿Qué contiene? Una estrella de David, *Mogen David*. De modo que Skaryna incluyó a los judíos en su procesión de naciones. Pero a los historiadores soviéticos no les gustó esa idea, así que los quitaron. Pero eso no es nada nuevo.

Igual que los zares antes que ellos, los gobernantes soviéticos habían manipulado el patrimonio de Bielorrusia, incluso censurando reimpresiones de una Biblia renacentista para adaptarla a la ideología de la época. Y como los zares antes que

ellos, los soviéticos habían cambiado la historia de Bielorrusia para que nadie conociera la verdad.

Los foráneos como yo —me dijo— siempre se dejaban engañar por aquellos cambios. Me señaló con el dedo.

—Veo por sus preguntas que usted se cree sus mentiras. Usted cree que Bielorrusia no es una nación. Ha caído víctima de su manipulación y de su quema de libros. Usted no comprende que se ha alterado el pasado, que jamás se ha contado la verdad sobre Bielorrusia.

Con aire indignado, recogió sus manuscritos amarillentos con un leve crujido y se despidió de mí.

En uno de los barrios más periféricos de Minsk vivía un hombre al que apasionaban los judíos.

—Pero no ustedes, los judíos modernos —especificó Vitaly, señalándome—. Ustedes no me interesan. En realidad, no son diferentes de los demás.

Vitaly no era judío, pero hablaba tanto el hebreo como el yidis mejor que casi nadie en Minsk. Incluso enseñaba hebreo a los pocos judíos que quedaban en la ciudad, casi todos los cuales se disponían ahora a mudarse a Israel. Sin embargo —admitía—, en realidad tampoco ellos le interesaban. Lo que de verdad apasionaba a Vitaly eran los judíos del pasado: los judíos con kipá y tirabuzones y largos abrigos negros, las mujeres judías que llevaban peluca, los niños judíos que estudiaban el Talmud y la Torá a la luz de las velas; los judíos cuya cultura predominaba otrora en Minsk. Podía enumerar los nombres de sus grandes rabinos, poniendo siempre el acento en la sílaba adecuada:

—Para ellos era importante que se pronunciaran correctamente sus nombres, así que también debería serlo para nosotros —me dijo.

Sabía dónde habían vivido y señalaba la ubicación de sus casas, ahora inexistentes, con el respeto propio de un experto. Me enseñó el campo cubierto de maleza donde habían sido enterrados en el centro de Minsk, y me leyó los rótulos en hebreo medio borrados del puñado de piedras que aún quedaban. Incluso poseía algunos de sus libros, ya que los judíos que se marchaban a Israel solían vender las Biblias, los libros de oraciones y las obras académicas de sus abuelos.

Vitaly sabía de la existencia de los judíos desde que tenía uso de razón, aunque no siempre había sentido afecto por ellos. De niño, su abuela le había contado que estos habían sacrificado a niños cristianos y utilizado su sangre para elaborar su *matzá* de Pascua. Más tarde conoció personalmente a su primer judío: una niña rubia de su clase de primaria a la que tiró del pelo e insultó llamándola *yid*, lo que la hizo llorar. Posteriormente se arrepintió de ello, pero el incidente quedó grabado en su memoria. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué significaba realmente la palabra *yid?* ¿Por qué a la gente no le gustaban los *yids?*

De joven, Vitaly empezó a leer libros sobre los judíos. Las únicas obras que encontraba eran soviéticas, panfletos antisionistas, historias sobre el pérfido Estado imperialista y capitalista de Israel. Al principio se creyó aquellos relatos. Al fin y al cabo, se trataba de libros: lo que contenían debía de ser cierto. Pero también descubrió que muchos de los fundadores imperialistas y capitalistas de Israel procedían de Bielorrusia; algunos, incluso, de Minsk. Por el contexto, comprendió que antaño había habido muchos judíos en Minsk. ¿Qué había sido de ellos? ¿Adónde habían ido todos?

Para saber más, debía leer más. Pero no había muchos textos sobre los judíos escritos en ruso, o al menos nada que él pudiera encontrar. Vitaly empezó a estudiar inglés y hebreo, en aquella época dos lenguas menospreciadas por las autoridades. Mediante el estudio del hebreo empezó a conocer a judíos y a

disidentes; mediante el estudio del inglés, Vitaly conoció a gente que se mofaba de los libros que él había creído verdaderos, gente que estaba al tanto de versiones distintas de la historia, gente que tenía acceso a libros y revistas occidentales que contaban historias diferentes sobre el pasado. Al principio aquellas personas le dejaron perplejo; más tarde comprendió que tenían razón y que aquellos a quienes había considerado autoridades en la materia —incluidos sus padres y abuelos— se equivocaban.

Los judíos de Minsk: cuando ellos vivían no había mentiras. Cuando ellos vivían, Minsk era un tipo de ciudad distinto, una ciudad mejor, una ciudad de oración y estudio, no una ciudad de fábricas y contaminación. Los antiguos judíos habían sido mejores personas, personas con una moralidad más elevada. Así lo entendía Vitaly, y por eso se había aprendido los nombres de sus rabinos y las melodías de sus oraciones.

Una tarde, Vitaly me llevó a una sinagoga recién inaugurada, un pequeño edificio de ladrillo con ventanas tapiadas y lo que parecía ser un improvisado anexo. El anexo resultó ser una *sucá*, una estructura exterior que los judíos practicantes suelen construir en sus patios y jardines durante la época de la cosecha. La *sucá* todavía no estaba terminada, y había un puñado de niños pequeños clavando clavos silenciosamente en sus paredes. Un hombre de estatura enorme que llevaba un casquete, tirabuzones y un traje negro les observaba atentamente, supervisando su labor.

—Nunca le había visto —me susurró Vitaly con los ojos abiertos como platos.

El hombre era un miembro de la organización judía ortodoxa Jabad-Lubavitch que había llegado unos días antes procedente de Brooklyn.

Me presenté. No pareció especialmente encantado de conocerme.

—¿Americana? ¿Qué hace aquí? ¿Es usted judía?

Le dije que sí.

—Pero en realidad no, ¿eh? ¿Cuándo dejó su familia de ser judía?

Me quedé mirándole.

—¿Quién ha dicho que hayamos dejado de serlo?

—¿No es así? —replicó, lanzándome una mirada crítica—. Las chicas judías no visten como usted.

Se volvió hacia Vitaly, que seguía observándole con atención. Entornó los ojos.

—¿Usted es judío? —le preguntó a Vitaly en inglés.

Vitaly negó con la cabeza, pero le dijo algo en yidis.

—¿Dónde ha aprendido a hablar así? —le preguntó el hombre, de nuevo en inglés.

Vitaly le explicó que había estudiado yidis y que también enseñaba hebreo. Luego empezó a recitar una oración:

—Escucha, ¡oh, Israel!…

El judío ortodoxo guardó silencio durante un momento y luego lo interrumpió:

—¿Es usted un espía?

Vitaly pareció sorprendido:

—¡No!

—Nos dijeron que aquí en Rusia habría espías; espías que leerían nuestro correo y escucharían nuestras conversaciones telefónicas. Usted podría ser uno de ellos. ¿Cómo es que sabe yidis si no es un espía?

Vitaly miró al suelo.

—Esto no es Rusia —replicó—; es Bielorrusia.

—Rusia, Bielorrusia, todo es lo mismo. Hubo pogromos en Minsk, eso es lo único que sé. —Se volvió hacia mí—. ¿Sabe qué echo de menos aquí? Los perritos calientes *kosher*, eso es lo que echo de menos. —Meneó la cabeza—. Tenemos que traernos toda la comida en grandes cajas. No podemos comer

ningún producto local.

Hablándole esta vez en inglés, Vitaly le planteó al judío ortodoxo una compleja pregunta sobre la edad del mundo: ¿cómo se calculaba?

—Fácil. Lea lo que dice la Biblia, ahí está la verdad. No necesita leer ningún otro libro para saberlo. La ciencia… —agitó la mano en el aire— eso son tonterías.

Yo quería irme, y tiré del brazo de Vitaly. Pero él seguía interesado en hablar.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

—Solo intento aportar algunas enseñanzas a la población local. Enseñarles unas cuantas cosas antes de que se vayan a Israel. Aquí no somos misioneros —levantó el brazo, señalando la sinagoga—, no queremos convertir a nadie. Solo nos interesa nuestra gente.

—¿Sabía que algunos rabinos famosos como…—Vitaly mencionó algunos nombres, orgulloso de su pronunciación— vivieron cerca de aquí? He visitado sus tumbas.

—¿Ah, sí?

El judío ortodoxo se encogió de hombros. Luego nos dio la espalda y comenzó a dar instrucciones a voz en grito a la tropa de chavales.

Nos alejamos.

—Es arqueología viviente —me comentó Vitaly en tono desenfadado—. Ese hombre… es una reliquia viva de mi pasado.

## Brest

Desde Minsk, una pareja rusa me llevó en su coche los trescientos kilómetros que nos separaban de Brest. Él llevaba anillos de oro en casi todos los dedos; ella se tambaleaba peligrosamente sobre unos tacones finos como un lápiz. Ambos estaban muy gordos, y su perro no les iba a la zaga; iba sentado en el asiento delantero, olfateando el ambientador con forma de árbol de Navidad que colgaba del espejo retrovisor.

—Me da miedo dejarlo en casa —me dijo la mujer, acariciando el negro hocico del can—. Hoy en día los ladrones roban cualquier cosa.

Al sur de Minsk, la tierra parecía árida y llana. Los coches que circulaban por la carretera dejaban tras de sí largos regueros de polvo, y no se veían árboles.

Al entrar en Brest, varios carteles desfilaron ante nosotros:

LENINGRADO: CIUDAD HEROICA
VOLGOGRADO: CIUDAD HEROICA
SEBASTOPOL: CIUDAD HEROICA
MÚRMANSK: CIUDAD HEROICA

Y por último:

—Todavía sentimos muy cercana la Gran Guerra Patriótica —me dijo la mujer, llevándose la mano al corazón—. Convive con nosotros cada día.

¡LA VICTORIA DEL PUEBLO NUNCA MUERE!
¡VIVA LA VICTORIA DEL PUEBLO!

—No puede imaginar lo que significa todavía —añadió, y se cubrió los ojos.

En realidad, a ella la Segunda Guerra Mundial no le había afectado de manera directa. Su padre, que era director de una fábrica, había mantenido a la familia a salvo al este de los Urales.

—Lo aprendimos en la escuela —me explicó con orgullo—. Nosotros tuvimos más bajas que todos los demás aliados juntos: más que Inglaterra, más que Francia…

Veinte millones de rusos muertos es la cifra que suele mencionarse una y otra vez. Pero es difícil saber si fueron veinte y no diez, si murieron por la agresión de Hitler o por la estupidez de Stalin, o si murieron en el frente o en los campos de concentración siberianos. En cualquier caso, la cifra incluye sin duda a los polacos, lituanos y ucranianos de los territorios ocupados que lucharon contra el Ejército Rojo en los últimos días del conflicto; de hecho, fueron sobre todo los pueblos fronterizos, y no los rusos, los que murieron para salvar a la Unión Soviética.

—El mundo aún no nos ha compensado por lo que hemos sufrido —añadió.

Yo asentí cortésmente.

Me dejaron delante de la fortaleza.

—Tiene que visitarla antes de hacer ninguna otra cosa en Brest. —Me hizo prometérselo—. Es el escenario de nuestro

martirio.

Habría sido difícil evitarlo, ya que la fortaleza dominaba la ciudad. Una inmensa estrella de Lenin de cinco puntas grabada en una losa de roca señalaba la entrada, donde unos altavoces ocultos emitían una sombría música militar. La gente atravesaba la entrada de la fortaleza de puntillas y una vez dentro hablaba en susurros: era como si estuvieran visitando un santuario sagrado, cosa que de hecho hacían en cierta manera. Pasada la entrada, un largo e imponente pasadizo conducía a una enorme escultura que representaba una atormentada cabeza humana junto a una llama eterna.

Los muros exteriores eran de ladrillo rojo y estaban cubiertos de musgo. En su día, la fortaleza de Brest estuvo unida a toda una serie de fortificaciones zaristas construidas en los territorios occidentales recién adquiridos por Rusia a comienzos del siglo XIX. Dichas fortificaciones, sin embargo, se utilizaron para rusificar a la población autóctona, no para protegerla de los enemigos. La fortaleza de Brest sirvió antaño como guarnición para las tropas de ocupación rusas y a la vez como prisión para los nacionalistas locales, una función no muy distinta de la que han tenido históricamente otras construcciones similares, como, por ejemplo, Caernarvon, un castillo inglés edificado para ayudar a anglicanizar a los galeses.

Sin embargo, la fortaleza de Brest también desempeñó otro papel en el conflicto entre Rusia y las naciones fronterizas: en el invierno de 1917, Trotski dio allí una conferencia a los generales del káiser sobre los principios del socialismo y luego negoció con ellos su «paz independiente», poniendo fin a la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. El resultado, el Tratado de Brest-Litovsk —un duro golpe para los bolcheviques—, separaba a los estados bálticos, Polonia, Bielorrusia y Ucrania de Rusia. Como muchos otros pactos

fronterizos firmados en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Brest-Litovsk no duró. Pero en parte gracias a él, Brest permaneció en Polonia hasta que otra guerra y otro tratado restituyeron la ciudad y su fortaleza a la Unión Soviética. Ahora ambas se encuentran justo en la frontera polaco-bielorrusa.

Dos soldados me adelantaron por el pasadizo, produciendo un chasquido en el suelo de piedra con los tacones metálicos de sus botas. Les seguí hasta la sala de exposiciones. Dominaba la entrada un retrato de Lenin, cuyo espíritu seguía presente: las entradas costaban solo diez kopeks; gracias a la hiperinflación, ahora diez kopeks valían solo una fracción de centavo, pero nadie se había molestado en subir el precio.

El vestíbulo estaba lleno de recuerdos, espadas y uniformes militares zaristas. No había ninguna referencia a Polonia, ni a Trotski, ni a Brest-Litovsk. Tampoco a la década de 1930, cuando Brest caía al otro lado de la frontera. En lugar de ello, la exposición de la historia de la fortaleza de Brest saltaba rápidamente de la época zarista a la Gran Guerra Patriótica y a los grandes héroes bielorrusos que habían dado su vida por salvar Brest para la Unión Soviética.

Era aquella una exposición de proporciones asombrosas: había retratos de los protagonistas de las gestas y también de sus esposas; un diorama que mostraba dónde y cómo se escondieron en los sótanos de la fortaleza; grafitis supuestamente descubiertos más tarde en las paredes («Muero por Stalin» y «Muero por los bolcheviques»); tierra auténtica de los sótanos, recogida después de la guerra; un relato de la batalla jornada a jornada; los restos de la bandera soviética que había ondeado sobre la fortaleza… Había asimismo maquetas del campo de batalla, con soldados y tanques de juguete; cuchillos y tenedores utilizados por los soldados soviéticos y carteles de guerra en los que aparecía una mujer de generosos

senos alzándose sobre el campo de batalla: era Rodina-Mat, la Madre Patria personificada.

Había incluso una película, que incluía imágenes alemanas de la batalla. Al final, cuando las defensas finalmente habían sucumbido y los últimos defensores habían muerto de hambre, las tropas nazis marchaban sobre la fortaleza, con sus banderas cubiertas de esvásticas ondeando en el aire tras ellas, mientras una voz en off declaraba en tono solemne: «No murieron en vano». Yo me senté en el fondo de la sala, justo detrás de un grupo de turistas franceses que no paraban de quejarse: su guía turístico les había obligado a abandonar Moscú antes de lo previsto para ver Brest, y no les hacía ninguna gracia.

—*C'était un peu… de trop* —comentó uno de ellos sobre la película mientras giraba el objetivo de su cámara.

Pero era en la última sala donde la exposición alcanzaba su clímax ideológico. Esta tenía poco que ver con Brest o con su fortaleza. Por el contrario, estaba dedicada, de la forma más inequívoca posible, a ensalzar las glorias de la Unión Soviética y a proclamar las numerosas ventajas que la pertenencia a esta había supuesto para Bielorrusia occidental. Una vitrina contenía muestras de la comida que los cosmonautas soviéticos se habían llevado al espacio. Otra exhibía medallas y certificados de valentía concedidos a los ciudadanos de Brest, la ciudad heroica. Otras contenían tributos traídos a la fortaleza por sus impresionados visitantes foráneos: una jarra de cristal de Polonia, una medalla de Yugoslavia, una maqueta de molino de viento de Holanda, botones de desarme nuclear de Estados Unidos, un toro de cristal de España… En las últimas vitrinas había una serie de piezas *kitsch* soviéticas sin relación alguna: conchas marinas con frases de Lenin grabadas, un jarrón de cristal rojo con la fecha de entrada de Bielorrusia en la Unión Soviética y maquetas de plástico de Bielorrusia marcadas con estrellas rojas.

En la última pared colgaba un gran mapamundi. Parecía brillar con un trémulo resplandor bajo la tenue luz de la sala de exposiciones, y al acercarme vi que había docenas de ciudades —de Europa, América, África, Extremo Oriente— iluminadas con pequeñas bombillas. Según explicaba con orgullo una leyenda, se trataba de ciudades amigas, poblaciones cuyos habitantes habían enviado regalos a la fortaleza de Brest. Desde lugares como Tokio, Sídney, Londres o Nueva York —añadía—, habían llegado a la ciudad toda clase de tributos: en Alma Ata, en Ciudad de México o en París la gente reconocía el heroísmo de los ciudadanos de Brest.

En ninguna parte de la exposición se indicaba que el ejército soviético había arrebatado originariamente Brest a los polacos. Ningún rótulo señalaba que el Ejército Rojo había mantenido la fortaleza solo unos meses antes de verse obligado a defenderla de los alemanes. Ningún cartel mencionaba que, al final, el asedio de la fortaleza de Brest no había tenido la menor importancia desde una perspectiva militar: para cuando los soldados soviéticos murieron de hambre en los sótanos del castillo, los alemanes hacía tiempo que habían marchado hacia el este. Pero la verdad no era importante para quienes habían planificado la exposición. La fortaleza de Brest proporcionaba un foco útil de propaganda soviética en la región occidental de Bielorrusia que fomentaba el mito de la Gran Guerra Patriótica, de la que la anexión de Bielorrusia occidental había de ser un resultado lógico y legítimo.

Abandoné la exposición. A la salida, una mujer arrodillada fregaba el suelo con un trapo sucio, mientras en el patio el sol se ponía sobre los muros de ladrillo rojo, tiñéndolos de un naranja intenso. La música marcial había dado paso a otra de tipo coral. Una comitiva nupcial —la novia frágil y con el rostro lleno de espinillas; el novio corpulento y con bigote— subía la escalera en dirección a la llama eterna. La costumbre

de visitar monumentos de guerra el día de la boda era una tradición soviética; en cierta ocasión, en Leningrado, vi una fila de parejas recién casadas aguardando para hacerse una foto delante de una fosa común. Pero aquella costumbre tenía pleno sentido: la ceremonia estatal que había reemplazado a las bodas religiosas resultaba de lo más insulso y las nuevas parejas simplemente querían sentir que les unía algo inmortal, algo más grande que los burócratas del Estado, aunque fuera la muerte eterna de los cadáveres de guerra en lugar de la vida eterna de Dios.

—Tanya —llamó uno de los hombres—, ven aquí a posar para otra foto. —Y señaló la placa con los nombres de los que habían muerto defendiendo Brest.

La novia se acercó el ramo al pecho mientras se desplazaba de costado, arrastrando la cola de su vestido blanco por el barro. El novio trastabilló un poco, todavía nervioso, al volverse a mirar a la cámara. Ambos inclinaron la cabeza hasta tocarse, y él pasó el brazo con delicadeza por los hombros de su flamante esposa.

—¡Luiiis! —dijo el hombre que manejaba la cámara.

Nadie sonrió.

Vasily Ptashitz —cuyo apellido significaba literalmente «pajarito»— era claramente un hombre aficionado a la caza. Las paredes de su piso estaban decoradas con animales disecados; en un rincón colgaba un búho, con sus ojos de cristal observando amenazadores desde su cabeza apolillada, y sobre la mesa del comedor había un zorro con las mandíbulas cerradas.

Vasily se había contagiado de la fiebre nacionalista postsoviética y creía con firmeza en el derecho de toda nación a tener su propio Estado. O, concretamente, creía que los

polesios tenían derecho a tener su propio Estado. Polesia —me explicó— se encontraba a caballo entre Ucrania y Bielorrusia; sus capitales eran Brest y Pinsk.

—Los habitantes de Brest son polesios —me aseguró—, pero ellos aún no lo saben.

Me dijo que el dialecto polesio sonaba como una especie de «bielorruso ucranizado» o «ucraniano bielorrusificado», pero con un tono ligeramente germánico. Al fin y al cabo, los polesios descendían de los yotvingios, la antigua tribu céltico-germánica que había dominado la región hasta el siglo IX.

Con aire orgulloso, pronunció unas cuantas palabras en polesio.

—¿Lo oye?

Negué con la cabeza. A mí me sonaba exactamente igual al bielorruso. La aflicción nubló el ancho rostro de Vasily.

—Inténtelo de nuevo —insistió, y repitió algunas palabras más.

Para complacerle, le dije que sí, que oía el acento germánico, aunque muy levemente.

Vasily sonrió. Aquello demostraba —afirmó— que los polesios no eran eslavos. Demostraba que los polesios aún poseían muchas virtudes germánicas, como la frugalidad, la afición al trabajo duro o la eficiencia, y, en cambio, carecían de los defectos de los eslavos, como la pereza, el alcoholismo o la dejadez.

—Nosotros estamos mejor organizados que esos ucranianos y esos bielorrusos. Si nos dieran la independencia, nuestras reformas económicas pronto aventajarían a las suyas.

Le comenté que hablaba igual que un lituano. A los lituanos —añadí— les gustaba subrayar sus diferencias con los eslavos.

—Sí, claro —aceptó—. Tenemos mucho en común con los lituanos. Ellos estaban estrechamente relacionados con los yotvingios.

Vasily había intentado que algunos eruditos lituanos fueran a Brest a dar alguna conferencia sobre los yotvingios, pero todos se habían negado, me dijo, suspirando profundamente.

Y es que Vasily tenía un problema. A la gente ya le costaba lo suyo creer en la legitimidad de Bielorrusia, de modo que resultaba casi imposible hacer que creyera en Polesia. Vasily solo tenía un correligionario en Pinsk, un hombre que también creía lo mismo, y quería que yo hablara con él. Mientras yo esperaba, telefoneó a Pinsk.

—¡Hola! —recitó una voz lejana al otro lado de la línea—. ¡Hola! Si desea informarse sobre el polesio, puedo decirle la composición exacta de nuestra lengua: es un 40 por ciento ucraniano, un 5 por ciento bielorruso, un 5 por ciento polaco y un 50 por ciento polesio. Y puedo decirle que la cultura polesia es un 30 por ciento ucraniana, un 3 por ciento bielorrusa, un 2 por ciento polaca y un 65 por ciento exclusivamente polesia. Y puedo decirle que la difusión de la lengua y la cultura polesias es un fenómeno saludable: los bolcheviques hicieron que todo el mundo hablara ruso, y mire lo que pasó. Ahora los ucranianos y bielorrusos harán que todo el mundo hable ucraniano y bielorruso. El resultado será peor.

Le dije que todo eso parecía muy razonable, y le pregunté en qué se diferenciaría la política económica de una Polesia independiente de la de Bielorrusia y Ucrania.

La voz se entusiasmó y empezó a hablar de empresas conjuntas.

—Queremos tener un banco polesio occidental y también queremos establecer vínculos culturales con Occidente. Queremos mercados libres y capitalismo. Polesia es más rica que Bielorrusia y Ucrania orientales (nosotros solo hemos estado cuarenta años bajo el comunismo) y podemos desarrollarnos mucho más deprisa…

La voz se desconectó con un chasquido. Las líneas telefónicas

polesias de Brest a Pinsk seguían siendo frágiles.

—Es un genio —resolló Vasily—. Es nuestro genio nacional. Ojalá le conociera más gente.

Vasily no se amedrentaba ante la ingente tarea que tenía ante sí.

—Creo que existe un programa biológico, escrito por Dios, que nos hace hacer ciertas cosas. Dios quiere que yo esté aquí; Dios quiere que luche para crear una Polesia independiente.

Y al final de su lucha habría una recompensa: Vasily me mostró una fotografía de sus primos en Estados Unidos. Posaban con rostro pálido y demacrado ante una valla blanca, sonriendo a la cámara. Los primos también le habían enviado fotos de un supermercado, un restaurante de la cadena Kentucky Fried Chicken y la Estatua de la Libertad. Él las guardaba todas en un álbum.

—Pero creo que Polesia nunca llegará a ser tan grande como Estados Unidos. —Meneó la cabeza con tristeza—. Ustedes se nos han adelantado. Partían con ventaja.

A primera hora de la mañana, alguien golpeó la puerta de mi habitación del hotel.

—*Polski? Polski?*

Me había dormido.

—¿Polaco? ¿Es usted polaco? ¿Tiene algo que vender?

Oí alejarse unos pasos pesados. Abrí la puerta y vi a un hombre que iba de habitación en habitación con un grueso fajo de billetes de dólar en la mano. A un grupo que se alojaba en el hotel le compró una chaqueta de cuero; a otro, una pequeña radio.

El día antes de mi llegada las autoridades de Brest habían prohibido el mercado callejero, al que calificaban de «centro de delincuencia». Debido a ello, los comerciantes de Brest se

habían visto obligados a ganarse la vida en otro sitio. El comercio, legal o no, resultaba imposible de detener: Brest, una ciudad de varios cientos de miles de habitantes situada justo en la frontera, era un punto de entrada idóneo de divisas, licores, ropa occidental y perfumes, mientras que en sentido contrario circulaban productos eléctricos baratos, juguetes baratos, queso y mantequilla. El comercio llegaba a interrumpir la circulación vial en toda la ciudad. Uno de los pocos pasos fronterizos de carretera que había entre Polonia y Bielorrusia se encontraba justo al sur de Brest, y los coches cargados hasta arriba de productos de contrabando esperaban durante semanas para atravesarlo, provocando atascos de tráfico en los alrededores de la ciudad. Dado que la mayoría de los trenes que circulaban en dirección este hacia Moscú, o en dirección oeste hacia Varsovia, tenían que pasar por Brest, también la estación de ferrocarril estaba abarrotada de comerciantes cargados con mochilas y cajas de cartón. El negocio se había extendido incluso a la calle principal de Brest, bloqueando el tráfico en el mismo centro de la ciudad. A lo largo de dicha calle, ante la iglesia ortodoxa y la estatua de Lenin, los vendedores desfilaban en oleadas: algunos compraban dólares, otros vendían collares de ámbar, otros simplemente querían charlar; y todos hablaban alguna versión más o menos pasable de polaco.

Brest siempre había sido una urbe comercial, pero no siempre habían sido los polacos quienes comerciaban en ella. Todo lo contrario: antes de la guerra, la población judía de la ciudad había sido no solo relativamente importante, sino mayoritaria. De hecho, Brest —lugar de nacimiento de Menájem Beguín— había sido la mayor ciudad judía de Europa, mientras que los polacos católicos habían representado una parte minoritaria de la población.

Ahora, en cambio, los polacos —y la gente que se hacía pasar

por polaca— estaban por todas partes. En los pueblos del sur de Vilna había tenido la oportunidad de conocer a personas para las que Polonia y la identidad polaca poseían un atractivo cultural casi rayano en lo místico. Aquí, en Brest, Polonia era una fuente de riqueza, y todo lo relacionado con ella representaba una oportunidad. Unas semanas de trabajo en el mercado negro en Polonia, donde la economía era mucho más fuerte, bastaban para poder comprar una casa en Brest. Debido a ello, los primos polacos y los amigos polacos —que podían ayudar a los bielorrusos a obtener visados— estaban tremendamente solicitados. Los polacos habían reemplazado a los judíos como los comerciantes de la región, y el número de bielorrusos que podían afirmar que eran polacos iba en aumento.

Había una red polaca que operaba en Brest, y fue gracias a ella como Dobrynin me localizó. Se trataba del líder oficial de la comunidad polaca local, y alguien le había dicho que una periodista estadounidense que hablaba polaco había llegado a la ciudad. Una vez que hubo averiguado mi hotel, mi habitación y mi número de teléfono, no hubo forma de darle esquinazo.

—Comamos juntos —me dijo por teléfono.

Intenté zafarme, murmurando algo acerca de que tenía otros planes.

—Sí, sí, una comida en su hotel. El mejor restaurante de la ciudad. Pero antes, dígame: ¿qué necesita?; ¿qué puedo hacer por usted aquí en Brest?; ¿qué puedo organizar para usted?

—Nada —le dije yo.

—Bueno, pero algo haremos. Solo dígamelo.

Insistí en que todo estaba bien, que me las arreglaría.

—Quizá, si me explica exactamente qué es lo que está haciendo aquí, pueda aconsejarle…

Le dije algo acerca de ver casas históricas, y él se dio por

vencido, claramente insatisfecho.

—Solo tiene que decírmelo, dígamelo y delo por hecho. Disponemos de coches, puedo conseguir un Mercedes, y tenemos chóferes. Tenemos acceso. Solo tiene que decírmelo.

Colgó de mala gana.

Por la mañana apareció con unas gafas de sol marca Porsche, un traje gris, una camisa negra y una corbata verde. Llevaba el cabello ondulado peinado en una especie de tupé. Le besó la mano a la recepcionista, le dio una palmadita en la espalda al encargado del restaurante, le guiñó un ojo a la camarera y consiguió la mejor mesa, aunque todas estaban «reservadas». Pidió los platos más caros del menú —salmón ahumado, filete, vino— a pesar de que todos ellos estaban marcados como «no disponibles».

—La buena vida, ¿no?

Me guiñó un ojo y soltó una risotada un tanto exagerada. Tras hincarle el diente a su salmón con entusiasmo, empezó a hablar. Se mostró bastante elocuente sobre muchos temas, como la orgullosa historia de la Organización de la Comunidad Étnica Polaca de Brest, o la gran amistad entre polacos, rusos y bielorrusos, pero le interesaban mucho más mis opiniones.

—¿A quién conoce en Brest? —inquirió como de pasada.

A nadie en particular —le respondí—. Unos minutos después me preguntó:

—¿Y qué le ha traído hasta aquí?

Bueno —le dije yo—, el azar, la fortuna…

Le pregunté por su familia, y observé cómo su respuesta se volvía repentinamente vaga.

—Mi madre se educó en la Iglesia ortodoxa, ya sabe, pero el abuelo era un noble polaco…

Cambió de tema. Se quejó con envidia de los polacos originarios de Brest que habían ido a estudiar a Polonia y no habían vuelto. La Organización de la Comunidad Étnica Polaca

había ayudado a organizarlo.

—Reciben un estipendio mensual, cien dólares —me explicó —. ¡Mucho para un estudiante!

Le dije que no sería fácil vivir con cien dólares en Varsovia.

—Es más de lo que gana aquí un director de fábrica — refunfuñó.

Al final Dobrynin dejó de hacer preguntas y fue al grano. Me explicó que tenía una excelente idea para un negocio y quería que yo formara parte de él. Tras pensarlo durante meses, había ideado una forma de obtener un beneficio por ser polaco; un auténtico beneficio, más que el que obtenían aquellos supuestos estudiantes. Había decidido montar una empresa dedicada a investigar la ascendencia de los polacos cuyas familias eran originarias de la zona de Brest. Por encima del plato de caviar que había en la mesa me entregó un montón de folletos publicitarios sobre la idea.

—Ahora, querida, si tuviera a bien publicarlo en su periódico, me haría un gran favor. Debe de haber montones y montones de polacos en América dispuestos a pagar un dineral para que el jefe de la comunidad polaca de aquí lleve a cabo una pequeña investigación en su nombre. —Agarró a la camarera por uno de sus rollizos codos, y ella dio un gritito—. ¿Qué tal un café?

Más tarde, cuando volví a su rectoría todavía inacabada y por amueblar, le conté al sacerdote polaco local que había conocido a Dobrynin. Él puso los ojos en blanco.

—¡Ah, así que ha estado viendo a nuestro amigo!

Me explicó que en los últimos días del Imperio soviético, en diversas zonas de la URSS, habían aparecido misteriosamente agentes rusos, entrenados en Moscú, que hablaban con fluidez las lenguas locales y habían intentado crear organizaciones étnicas. Eso había ocurrido con toda certeza en Lituania, donde los polacos locales se habían opuesto a la independencia; pero,

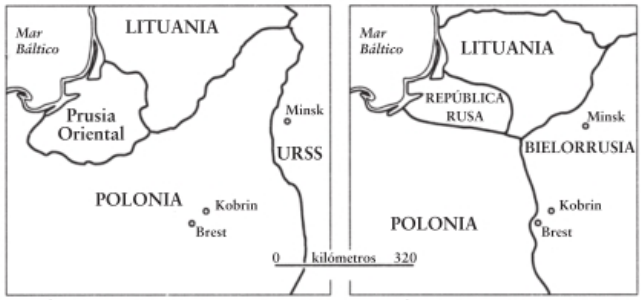
por lo que el sacerdote sabía, probablemente había sucedido también en Ucrania y Uzbekistán. No es que Moscú intentara detener los diversos resurgimientos nacionales que estaban produciéndose, pero los rusos preferían saber lo que se cocía, tener a su hombre como líder local y utilizar los nuevos grupos étnicos en beneficio de la propia Unión Soviética.

—Lo que me molesta no es lo que hace Dobrynin, sino lo que no hace. Aquí tuvimos un congreso polaco, y él se «olvidó» de informar a la gente acerca de un acto conmemorativo realizado en el cementerio polaco. Celebramos aniversarios polacos, y a él se le «olvida» poner los carteles. Ahora todo es dinero, dinero, dinero. Quizá quien le pagaba en el pasado ya no le paga.

El sacerdote dio un sorbo a su coñac. Era un hombre de baja estatura con el pelo y los ojos negros. Su rostro tenía una extraña sensualidad, y su labio se curvaba ligeramente cuando sonreía. Consciente de que vivía en el límite de la civilización, le gustaba contar batallitas. Allí, en la frontera, libraba su propia guerra personal contra los granujas, los bribones, los secuaces y, sobre todo, contra los groseros y los maleducados.

—Vi a un grupo de adolescentes fumando en las escaleras de la iglesia. Les dije: «¿Qué pensará la gente? ¿No sabéis que es de mala educación estar aquí fumando?». Y ellos me respondieron: «Nos da igual, somos rusos». Yo les dije: «¿Es que los rusos no son también humanos?». Y ellos se limitaron a encogerse de hombros y repitieron: «Somos rusos». Y ahí terminó la conversación. —Meneó la cabeza—. Lo único que puedo decir es que, independientemente de lo que le hayan dicho en Minsk, nadie de por aquí sabe si es bielorruso, polaco, ruso, *tutejszy* (que significa «habitante local») o lo que sea. Sencillamente no tienen ninguna identidad real en absoluto, como aquellos adolescentes, o bien eligen una en su provecho personal, como Dobrynin. Poco a poco va habiendo gente que

acude a mí porque yo les doy una lengua con poesía y gramática y les doy una fe con auténticos valores. —Dio un sorbo a su coñac barato con la fruición de un entendido—. Pero poco a poco. Muy muy poco a poco.




## Kobrin

Era sábado por la mañana y todavía no había amanecido cuando el autobús salió de Brest en dirección a Kobrin. Tuve que viajar de pie, ya que todos los asientos estaban ocupados por comerciantes que se dirigían a diversos mercados rurales con sus cajas llenas de chicle rancio y refrescos de marca desconocida, vaqueros falsificados y recambios de automóvil. Por las ventanillas veía puntitos de luz procedentes de pequeñas granjas aisladas y adivinaba el contorno de los árboles.

Como todo el mundo en las provincias de habla polaca de Rusia occidental, en el siglo XIX los habitantes de Kobrin se habían visto obligados a servir en el ejército del zar. La vida de los reclutas era terrible: largas marchas, poca comida, escaso sueño, y palizas y cárcel para los que desobedecían. De modo que la gente hacía cualquier cosa para librarse del servicio militar, como pegarse un tiro en los pies, ingerir veneno para enfermar o romperse los brazos y las piernas.

En lugar de mutilarse, mi bisabuelo paterno, que nació en Kobrin a finales del siglo XIX durante el reinado del zar

Alejandro III, huyó a Estados Unidos. Cruzó clandestinamente la frontera con Prusia y logró subirse a un barco que zarpaba rumbo a Nueva York; llegó a la isla de Ellis en algún momento de la primera década del siglo XX. Desde Nueva York, tal vez aconsejado por alguna de las organizaciones benéficas judías allí establecidas o quizá impulsado por un deseo propio, se trasladó a un pueblo de Alabama llamado Ensleigh, y más tarde a Bessemer, una población más importante en el mismo estado, donde abrió una zapatería. Allí se casó con mi bisabuela, que al parecer también era de Kobrin.

En lo sucesivo, mi bisabuelo rara vez hablaría de su ciudad natal. De vez en cuando mencionaba el nombre de «Polonia» —así era como la mayoría de los habitantes de Rusia occidental seguían llamando a su tierra—, pero nunca el de Kobrin. Mi padre no recuerda haber oído el nombre de sus labios ni una sola vez y mi abuela necesitó unos meses para rememorarlo. Quizá mi bisabuelo no tuviera buenos recuerdos de aquel lugar. O tal vez Kobrin era solo el pasado y, por lo tanto, era mejor olvidarlo. Tal era el sentimiento que predominaba entre los miembros de su generación después de emigrar: una vez llegados a Estados Unidos, solo querían convertirse en ciudadanos estadounidenses y perdían todo interés por lo que había ocurrido antes. Si uno sabía lo que le convenía, tenía buen cuidado de no contarles nada a los niños para evitar que de algún modo pudieran crecer sintiéndose extranjeros.

Todavía era temprano cuando llegué a Kobrin; la niebla cubría la ciudad, envolviendo las casas en un denso velo. El autobús hizo una primera parada cerca de la ciudad moderna, donde las casas, construcciones de hormigón de escasa altura, se apiñaban para darse calor. La mayoría de los comerciantes se bajaron allí: al parecer, el mercado se montaba en el aparcamiento de la estación de autobuses. Luego el autobús se dirigió traqueteando por las calles agujereadas de baches hacia

la parte más antigua de Kobrin. Me bajé en la que debía de ser la antigua plaza del mercado, y de inmediato me invadió una oleada de intensos olores: al moho que se filtraba desde el interior de las casas, al pan de la panadería, a cerveza rancia y a gasóleo.

Una mujer de mediana edad salió de una de las tiendas. La detuve y le pregunté por la sinagoga. Me miró sorprendida.

—¿Sinagoga? —Sacudió la cabeza y siguió caminando.

Paré a un hombre con una gorra de paño y le hice la misma pregunta. Se quedó pensativo durante unos segundos.

—Por ahí —me indicó, señalando una calle flanqueada de casas bajas de madera.

Enfilé la calle, pero no vi nada que se pareciera a una sinagoga. Al final había una iglesia católica; tal vez se refiriera a eso.

Una mujer mayor estaba fregando las escaleras.

—¿Sinagoga? —También ella tuvo que pensar antes de responder—. No soy de aquí. Tendrá que preguntarle al párroco.

—¿Y dónde está el párroco?

—Vuelve mañana. —Regresó a su tarea, pero de pronto levantó la vista—. Podría probar con Borís Nikoláievich. Borís Nikoláievich conoce Kobrin.

Enfilé otra calle. En un cine, un cartel mostraba a un vaquero en Technicolor con un sombrero mal ajustado. Encontré la casa de Borís Nikoláievich entre un montón de otras casas de madera. Me abrió la puerta un hombre con gafas y pelo canoso que le daba un aire distinguido.

Borís Nikoláievich descendía de funcionarios rusos que habían llegado a Kobrin siguiendo órdenes del zar. Leía francés, y en Kobrin tenía fama de conocer el mundo. Con aire orgulloso, me habló de su colección de sellos franceses.

—Nadie tiene nada parecido —me aseguró.

Le pregunté por los registros municipales: nacimientos, defunciones y demás.

—Por supuesto que los tenemos —me dijo—. Hasta 1945.

Antes de esa fecha —añadió— las cosas podrían resultar más complicadas, ya que durante la guerra se había quemado todo.

Mientras me hablaba, se limpiaba las uñas con una navaja y se quejaba del precio de las patatas:

—El año pasado costaban quince kopeks la fanega; ahora cuestan un rublo y medio.

Me explicó que las patatas se habían convertido en una moneda de cambio. La gente cambiaba patatas —bolsas de patatas, cajas de patatas— por productos que escaseaban, como el azúcar y el papel.

La vida no era mucho más fácil en la época polaca. Antes de la guerra había paro y los mejores puestos de trabajo eran para los polacos, no para los rusos. Por eso su hermano había emigrado a Francia en 1932.

—Yo también estuve a punto de marcharme, pero por entonces seguía una dieta de hambre. No tenía una buena salud. —Mencionó a un famoso médico y me preguntó si había leído su libro sobre los beneficios del ayuno—. Aún hoy ayuno un día a la semana, y el mes pasado estuve ayunando dos días a la semana. En toda mi vida he ayunado más de mil días. Por eso estoy tan sano. ¿Diría usted que tengo ochenta y siete años?

Era cierto: parecía mucho más joven. Hice un cálculo inverso. Había nacido en 1904. Era posible, solo posible, que de niño se hubiera cruzado por la calle con mi bisabuelo.

Le pregunté por los judíos de Kobrin.

—Sí, los recuerdo.

Borís Nikoláievich volvió a sentarse en su silla. En 1939 —me explicó— más de la mitad de los once mil habitantes de Kobrin eran judíos. Los judíos regentaban todos los comercios. Prácticamente todos los médicos eran judíos. En el centro de la

ciudad, todos los edificios eran propiedad de judíos. Las casas de aquella calle eran de judíos.

—Eran buenos vecinos —añadió dando un suspiro.

Le invité a seguir.

El 23 de junio de 1941 —continuó— los alemanes llegaron a Kobrin. El 24 reunieron a ciento cincuenta judíos, se los llevaron fuera de la ciudad y los fusilaron. En julio y agosto volvieron a hacer lo mismo: cada vez ciento cincuenta judíos, gente detenida en la calle. Pero entonces los partisanos polacos empezaron a combatir en los bosques de los alrededores de Kobrin y los alemanes tuvieron que buscar otros métodos. En octubre y noviembre comenzaron a montar guetos. Había dos: el gueto A para los judíos más ricos y el gueto B para los pobres.

—Yo trabajaba en la biblioteca del pueblo —me explicó Borís Nikoláievich, meneando la cabeza—. Antes de la guerra, la mayoría de mis colegas eran judíos. Yo les dije que huyeran, que se fueran a los bosques con los partisanos, pero no me creyeron. No me creyeron, y todos acabaron en el Gueto A. Cuando los alemanes enviaron a los judíos del Gueto B a Babi Yar, uno de ellos (que se había sentado a mi lado durante años) se roció con bencina y se prendió fuego con una cerilla.

Su familia también había conocido a un hombre llamado Goldberg, que se escondió, junto con unos amigos, en el granero de su madre. Todo fue bien durante unas semanas, pero Goldberg y sus amigos se olvidaron de hablar en voz baja:

—Una noche nuestros vecinos les oyeron discutir, y entonces supieron que tenían que irse, que aquello era demasiado peligroso. Goldberg tenía seis monedas de oro. Me dijo que, si lo capturaba un alemán, compraría su huida. Hasta hoy no sabemos qué fue de él.

Borís Nikoláievich se encogió de hombros. Pero no quería que pensara que nadie en Kobrin se había defendido. Durante

la guerra, los nazis habían derribado el cementerio judío y habían construido un establo encima.

—Uno de los campesinos que trabajaba para los nazis como mozo de cuadra me pidió que le ayudara a conseguir veneno: quería envenenar a los caballos. Por entonces yo era amigo del farmacéutico, así que lo hicimos. Los alemanes se quedaron perplejos. ¿Por qué se morían sus caballos? Trajeron a unos veterinarios para que les dijeran qué ocurría. Los veterinarios hicieron algunas pruebas, y después de toda una jornada anunciaron a los alemanes que los caballos no habían sido envenenados. Pero los alemanes seguían recelando y trajeron a otro grupo de veterinarios. Y estos últimos les dijeron que sí, que los caballos habían muerto por esa causa. Resultó que los primeros eran checos y, por lo tanto, no eran de fiar. Después, aquel campesino, mi amigo, corrió al bosque y se unió a los partisanos. Nadie sospechó de mí.

Uno o dos de los judíos de Kobrin habían regresado después de la guerra, pero ahora vivía en la ciudad una mezcla de gente: unos cuantos polacos, unos cuantos rusos… Los lugareños hablaban un dialecto que en realidad era ucraniano, no bielorruso. Kobrin, me aseguró, era bielorrusa por accidente. Pero ¿qué diferencia había? Ucrania, Bielorrusia… ¿qué importaba de todos modos?

Le pregunté por los Applebaum, o Apfelbaum, como podrían haberse llamado entonces.

Meneó la cabeza. No recordaba a nadie con ese apellido. Puede que, *quizá*, hubiera una Rosa Applebaum en su escuela primaria, pero no se le ocurría nadie después. Mis ojos se fijaron en el grabado que había en la pared detrás de él. Él siguió mi mirada.

—Es Goya, ¿lo conoce? Me gusta mucho Goya.

El grabado era *El sueño de la razón produce monstruos*.

Me despedí de él.

—Encontrará la sinagoga en esta calle… debe de haberla pasado de largo cuando venía hacia aquí.

Me indicó el camino.

Volví sobre mis pasos, esta vez caminando más despacio y deteniéndome a observar una a una las casas de madera. Pasé junto a un jardín en el que había una mujer joven arrodillada excavando en el suelo y por delante de una casa pintada de un sorprendente tono rosa. No revelaban nada, no contaban historia alguna; no proporcionaban mayor acceso al auténtico pasado que el judío ortodoxo de Minsk o la fortaleza de Brest.

Finalmente encontré la sinagoga. Era un gran edificio amarillo rodeado de enormes y descuidados arbustos, apartado de la carretera. Un largo cable llegaba hasta la ventana redonda donde solía estar la estrella de David; por el patio había esparcidos barriles metálicos de cerveza, unas cuantas cajas y las tripas de varios camiones. La entrada estaba cerrada y cercada con alambre de espino. En la puerta colgaba un cartel: *Cervecería*.

Empecé a encaramarme a la valla, pero me lo pensé mejor.

## Un recuerdo

Durante uno de los largos días de finales de verano que pasé en Vilna, descubrí por accidente a un lingüista ucraniano. Era un hombre pequeño y moreno, con un torso tan rebosante de energía que no paraba de dar botes en su silla mientras hablaba. Había vivido en Chernivtsí y en Minsk, en Úzhgorod y en Kiev, se había casado con una lituana, y en su cabeza se agolpaban las lenguas, la mayoría de las tierras fronterizas: ucraniano, ruso, bielorruso, polaco, lituano, los dialectos de Rutenia y Bucovina, rumano, alemán, un poquito de turco e inglés, que ahora hablaba conmigo.

—Es la primera vez en mi vida que hablo en inglés con una persona inglesa real —me aseguró—. Brindemos por ello.

Sirvió dos copas de un delicioso coñac armenio y sonrió abiertamente.

Hablamos de varias cosas: de los polacos y lituanos, de la

aversión mutua entre bálticos y eslavos, de los bielorrusos y su nuevo sentimiento nacional:

—Parecen un poco como ebrios, sin un verdadero rumbo, flotando en el aire, en el espacio, en un espacio donde las cosas no se acaban. Sí —reafirmó—, en un espacio donde las cosas no están acabadas. ¿Lo he dicho bien?

Le dije que sí.

—Brindemos también por eso —dijo, y sorbió su coñac con delicadeza.

Se mostraba erudito, locuaz y entusiasta en casi todos los temas, se apresuraba a dar una respuesta rápida a cada pregunta, y tenía chistes e historias sobre cualquier nación fronteriza. Solo cuando le llevé al tema de Ucrania, su propia nación, empezó a atrancarse, aunque fuera solo un poco, a hablar más despacio, a dudar. Finalmente se interrumpió por completo.

Continúe, le dije yo. ¿Qué pasa con Ucrania?

—Bueno, tengo problema con Ucrania. Sí, problema… ¿o se dice un problema?… Un problema. Verá, no sé a qué se refiere la gente cuando dice Ucrania. Hay muchas Ucranias. Está Kiev, Ucrania central, el corazón de la Rus de Kiev de la que descendemos… bueno, en Kiev se habla el ucraniano más bonito, el más puro. Está Ucrania oriental (Donetsk, Járkov, Dnipropetrovsk), que ha sido tristemente rusa durante tantos años, tantos años, que incluso la lengua se ha perdido, allí hablan un ruso corrompido, una especie de jerga. Luego está la costa del mar Negro (Crimea, Odesa), conquistada por Catalina la Grande, que la llamó Novoróssiya, Nueva Rusia, y colonizada por sus cortesanos. También hablan ruso, pero por historia, por derecho, la Tartaria de Crimea pertenece a Ucrania: tenemos muchas conexiones allí, muchos de nosotros descendemos de los tártaros, ya sabe. —Empezó a acelerar de nuevo—. Luego está el norte de Bucovina… y la hermosa

ciudad de Czernowitz, ahora llamada Chernivtsí… y Besarabia meridional… tierra de los gagaúzos, los turcos. Esas regiones le fueron arrebatadas a Rumanía al final de la última guerra, y allí hablan ucraniano y moldavo y una especie de mezcla de ambos;¡qué lengua!, quiero decir, ¡qué lengua tan interesante! Y Ucrania occidental (aquí me refiero a Lviv; Lviv, por supuesto), que antaño fue polaca… ¡vaya!, allí probablemente podrías arreglártelas hablando polaco, nadie se daría cuenta de que hablas una lengua distinta. ¡Nadie se daría cuenta! Y, por supuesto, Rutenia (Transcarpatia), durante tanto tiempo en manos de Hungría y luego Checoslovaquia. ¿Cómo puedo explicarle lo de Rutenia? ¿Cómo puedo expresarlo? Tiene que conocerlo por sí misma, tiene que ir y plantarse en uno de esos largos pueblos de Rutenia, de esos que se encaraman hasta las montañas; vaya y plántese allí, verá que es diferente. Escuche la lengua: no es mi ucraniano, no es el ucraniano de Kiev. ¡Escúchelo! ¡Es ruteno de Transcarpatia!

»¡Toda esa variedad…! ¡Toda esa variedad…! Pero intentaron quitárnosla. Ahora somos todos soviéticos, *Homo sovieticus*. Nos aglomeraron a todos… sí, ¿es correcto, aglomeraron?… nos aglomeraron a todos y nos dijeron que habláramos ruso. La ideología de ese movimiento marxista tenía que ser completamente simple, y absolutamente primitiva y absolutamente contraria a todo lo que había ocurrido en el pasado. ¡Pum!, van y lo eliminan todo y nos dicen que todos somos iguales, les dicen a los ucranianos que un ucraniano soviético es un ucraniano soviético y no hay más que hablar. Nos enseñan el ruso, nos dicen que olvidemos todos esos estúpidos dialectos. Nos enseñan a ser ucranianos a la manera soviética.

»Entonces ahora tenemos la democratización, y la democratización va acompañada de nuevo nacionalismo, es inevitable. Tenemos nuevo nacionalismo ucraniano. Somos una

sociedad arruinada hasta tal punto que necesitamos las formas más sencillas de interesar a la gente en el proceso, y la forma más sencilla es el resurgimiento nacional. Pero me temo que… —Se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación—. Me temo que este nacionalismo será unificador en el mal sentido. Nuestro pueblo no reconocerá el valor de sus diferencias. Querrán que todos sean iguales, querrán que los ucranianos sean iguales. Y entonces algunos se opondrán a ello, algunos sentirán que la ucranización es mala. Pero los ucranianos solo conocen un modelo, el modelo soviético, y ese modelo decía que la unión hace la fuerza. Pero lo que hace la fuerza son las diferencias. La variedad, esa es la belleza de Ucrania. La variedad es su tesoro. —Aquí el entusiasmo del lingüista alcanzó su cota máxima y luego decayó de repente. Agitó las manos en el aire—. Todo lo que digo… Intento ser lo más claro posible… pero mi inglés no es materno, ya sabe, no es materno.

Se desplomó de nuevo en su silla, frustrado.

Le dije que le entendía perfectamente. Él suspiró y se sirvió otra copa de coñac.

—Es muy difícil, sí, muy difícil de entender. No somos una nación nueva como Bielorrusia, fíjese, somos una nación muy antigua. Somos una nación muy antigua, pero nunca en nuestra historia hemos tenido un Estado propio. Nuestro destino ha sido siempre existir bajo el dominio de otros. Y también ha sido nuestro destino ser definidos por otros. Me temo que debido a ello dejaremos que los foráneos nos digan que estamos unidos, aceptaremos esa idea soviética de unidad porque no nos conocemos a nosotros mismos. Los auténticos ucranianos no tienen una imagen de sí mismos, por lo que no tendremos la confianza para ser diversos, para permitir que florezcan nuestros diferentes dialectos. Pero hasta yo, hasta yo a veces me siento perdido cuando me piden que hable de mi propio

país, que explique cómo es, qué es.

»Fíjese, a veces les digo a mis allegados, a mi gente más cercana, a mis amigos lituanos, a veces les digo: vosotros no conocéis el mundo del que vengo; no conocéis esa tierra ucraniana, ese tipo de barro que teníamos en la aldea donde crecí, y las flores ucranianas, los olores ucranianos… Pero yo no puedo transmitirlo, es imposible de describir. Una vez le pedí a un amigo, que era artista, que me ayudara a describirlo, y él solo pudo decir: «una aldea ucraniana huele… distinto». Yo ahora mismo ni siquiera puedo añadir nada más, porque ello requiere un estado de ánimo diferente, un tipo diferente de conversación, menos erudita… Es cierto, sin embargo, es verdad que en parte soy un extraño. Sí, soy ucraniano, pero también soy un extraño en Ucrania.

Le pregunté a qué se refería.

—Es por mi nombre. Verá, mi nombre es turco. No es un nombre ucraniano. Y tengo algo de sangre turca… Mire, tengo la piel oscura. Durante la guerra, mi tía y mi tío nos escondieron a mis hermanos y a mí en su sótano. Nos ocultaron. Nos escondieron porque los vecinos podían pensar, por nuestro nombre turco y nuestra piel oscura, que éramos judíos. Así que soy como un judío en mi propio país. Desde mi infancia judía, veo mi propio país como si fuera un extraño.

Y eso mismo —añadió— era lo más ucraniano de todo: leer la historia de tu país como si lo hicieras a través de los ojos de un extraño. El destino de las naciones fronterizas era siempre conocerte a través de las historias de otras, realizarte solo con la ayuda de otras.

Lwów antes de 1939 Lviv después de 1945

## Leópolis/Lviv/Lvov/Lwów

*Que los demás viajen donde*
*puedan, donde quieran,*
*a Venecia, a París, a Londres.*
*Pero yo, de Lwów, nunca me iré*
*de casa,*
*madre, ¡que Dios me castigue si lo*
*hago!*
*Porque ¿dónde vive la gente como*
*vive aquí?*
*¡Solo en Lwów!*
*Porque ¿dónde te despiertas y te*
*duermes con canciones?*
*Solo en Lwów…*

Canción popular polaca

En la carretera que discurría en dirección sur hacia Lviv, me detuve en Kovel y le compré unas deliciosas uvas negras a un comerciante georgiano. Tenía el rostro ensombrecido por un

enjambre de abejas, que espantaba rítmicamente con su mano manchada de púrpura como si llevara el compás de una canción.

No había guardias ni barreras que marcaran la frontera entre Bielorrusia y Ucrania, pero las carreteras empezaron a mejorar en cuanto pasamos de los territorios que habían sido gobernados por Rusia en el siglo XIX a tierras de Galitzia, que en la misma época se hallaba bajo el dominio austrohúngaro. La antigua frontera entre Rusia y Galitzia estaba en desuso desde la reconstitución de Polonia en 1918, y había caído en el olvido desde que toda la región se integró finalmente en la Unión Soviética en 1945. Pero resultaba más fácil de ver que la nueva frontera entre la Bielorrusia y la Ucrania independientes, que seguía sin tener ningún elemento distintivo. Conforme el autobús avanzaba con gran estrépito, los árboles se hacían más altos, los campos más extensos y las casas más sólidas. Austria-Hungría había gestionado su territorio mejor que Rusia, y todavía se notaba.

El Imperio austrohúngaro también había dejado un legado arquitectónico distinto. Entrar en Leópolis, Lviv, Lvov, Lwów o Lemberg (que significa «montaña del león») era como volver a la civilización. El gris hormigón y el marrón fangoso de Bielorrusia desaparecían para verse reemplazados por el blanco de las escaleras de mármol, el amarillo intenso de las iglesias y el ladrillo rojo de las bibliotecas y museos. De noche las farolas de aceite resplandecían con un tono pardo, proyectando sombras de color chocolate sobre las calles empedradas. El teatro de la ópera dominaba la ciudad como una noble viuda que hubiera vivido una época más grandiosa y ahora tolerara —aunque solo a regañadientes— las indignidades del presente.

Austria-Hungría había sido un batiburrillo de naciones unidas por los aterciopelados lazos de la costumbre y el retrato del emperador, además de sus sólidas construcciones y sus

iglesias achaparradas con altares dorados. En su época los Habsburgo fueron considerados opresores. Sin embargo, hoy son los únicos gobernantes de Ucrania occidental que todavía inspiran nostalgia. A los polacos se les recuerda como pequeños dictadores; a los rusos, como tiranos. Pero en Lviv todavía se rememora con afecto la época de los Habsburgo. Quizá sea porque los Habsburgo alentaron las ambiciones nacionales de Ucrania: en su intento de debilitar la influencia polaca en la región, fomentaron los partidos políticos ucranianos, los parlamentarios ucranianos y los periódicos ucranianos. Tal vez sea también porque, en retrospectiva, el Imperio de los Habsburgo ya no parece tan tremendamente serio: cualesquiera que fueran sus ambiciones territoriales, hoy ya no importan; y las crueldades que el imperio infligió a las naciones sometidas a su dominio parecen leves a la luz de lo que vendría después. Austria-Hungría no tuvo nada que ver con los horrores de la Segunda Guerra Mundial ni sus secuelas. En comparación con el dominio soviético, el legado de los Habsburgo en Galitzia incluso parece benigno.

Pero en Lviv había muchos otros legados nacionales que explorar. En mi primer viaje, en los lejanos tiempos de Brézhnev en los que el rublo era una moneda estable, el tiempo y la meteorología me habían impedido ver la mayoría de la ciudad, aparte del cementerio. Ahora, bajo la intensa luz del sol de otoño, pude comprobar que el pasado —el pasado de los Habsburgo, el pasado polaco— se hallaba todavía muy presente. El pasado estaba allí, en los nombres alemanes grabados en las tapas de las alcantarillas, en la pintura descolorida del viejo banco polaco, en las ventanas rotas de la sinagoga, en el vidriado italiano de las baldosas que decoraban los patios de las grandes casas familiares, en el desconchado dorado que ornaba los altares de las iglesias. El pasado estaba allí, en el parque central de la ciudad, donde unos hombres con

trajes de color marrón y sombreros de fieltro se sentaban en los bancos situados bajo los altos árboles y hablaban entre sí con voz queda, deteniéndose a veces para observar las partidas de ajedrez que se jugaban también en aquel lugar durante todo el día y toda la noche cuando hacía buen tiempo. El pasado estaba allí, en la antigua plaza del mercado, en las casas barrocas, renegridas por los años, que ahora contemplaban con desdén el anodino ayuntamiento, un advenedizo decimonónico que se alzaba en el centro. Sobre la entrada del número catorce, el antiguo consulado veneciano, estaba tallado el León de San Marcos. El número seis había sido otrora propiedad del rey Juan Sobieski, que derrotó a los turcos en Viena y salvó a la cristiandad de los infieles. Otro rey, el inepto Miguel Wiśniowiecki, murió en el número nueve.

En la catedral había placas y jarrones de mármol dedicados a la memoria de los Hoffman y los Tarnowski. Un conjunto de azulejos de colores, dispuestos siguiendo el patrón de una alfombra oriental, cubrían el suelo y las paredes de la nave. En una tumba, un hombre vestido como un noble polaco (pantalones turcos, blusa, capa y sable) dormía sobre una almohada de piedra con un reloj de arena, también de piedra, al lado. En otra, un caballero con armadura yacía sosteniendo en la mano su cabeza enfundada en un yelmo. En las columnas se alineaban flores de trampantojo bajo la luz que se colaba por las ventanas. Fuera, justo al doblar la esquina, se alzaba una capilla privada, construida en el siglo XVII porque la catedral se había quedado sin espacio para todos los hombres ricos que querían erigir allí monumentos eternos. Las paredes estaban revestidas de paneles ambarinos, y un relieve de la última cena representaba a Jesús partiendo el pan en un salón de la ciudad. La inscripción dedicaba el edificio a un tal «George Boym E Pannonia», un rico comerciante húngaro. Justo al lado, la luz del sol se derramaba sobre las lápidas del camposanto de la

iglesia armenia, y los finos y oscuros trazos de los epitafios resaltaban sobre la piedra blanca como un código secreto que se hubiera revelado de repente.

El pasado se manifestaba incluso en mi hotel, que era completamente distinto de las monstruosidades de la agencia Intourist con las que me había tropezado en la mayoría de las ciudades soviéticas. Construido por un inglés a principios de siglo y bautizado con el nombre de San Jorge, el establecimiento aún conservaba indicios de los gustos de su fundador. Mi habitación tenía el techo alto, puertaventanas, una raída alfombra persa y un lavamanos que llevaba la inscripción «Manchester, 1903». Sobre las puertas de los aseos públicos colgaban carteles de latón que rezaban: «Aseo de caballeros» y «Servicio de señoras». La escalera central estaba adornada con espejos agrietados y columnas griegas, y olía levemente a aguas residuales. Una criada desaliñada sentada en la parte superior anotaba algo en un librito negro cada vez que alguien entraba o salía. Eso era algo muy soviético, pero también muy Habsburgo.

Al principio me emocionaron aquellas evidencias de una civilización perdida, del mismo modo que me habían emocionado las evidencias del pasado en Vilna y en las tierras de los alrededores de Nowogródek. Pero al cabo de un tiempo empecé a recelar. Lviv formaba parte de las tierras fronterizas de Europa, y la ciudad se había visto afectada por las mismas rupturas históricas, las mismas matanzas masivas y el mismo trasiego de pueblos de un lado a otro de las fronteras que habían experimentado todas las demás ciudades de la región. Aunque la conservación de la arquitectura antigua hacía que al principio uno no notara tanto la discontinuidad, la ociosa elegancia de la ciudad resultaba engañosa. Cuando un molusco muere, queda la concha, hermosa, pero desprovista de vida, y esta solo puede ser habitada por un animal distinto, que no

sabe nada de su antiguo propietario; puede que Lviv fuera igual.

Por más que el pasado de la ciudad pudiera ser muchas cosas distintas —polaco, Habsburgo o simplemente fronterizo—, su presente era ucraniano. Eran rostros ucranianos los que poblaban los autobuses por las mañanas y letreros ucranianos los que llenaban los comercios. Antes de la guerra el ucraniano no había sido la principal lengua de la ciudad —de hecho, ocupaba el tercer lugar, detrás del polaco y del yidis—, pero sí lo era ahora. Mientras caminaba por Lviv, imaginando el pasado y contemplando el presente, me esforcé por escuchar los sonidos que emitía la nueva Ucrania.

«*Skandal!*», proclamaban los periódicos.

—¿Te has enterado de nuestro escándalo? —me preguntaron mis amigos polacos Irena y Władek.

—Debería escribir sobre nuestro escándalo —me dijo un político local, casi con orgullo—. Nuestro escándalo es el mayor de Ucrania.

Mientras comíamos en el restaurante del Gran Hotel —a unos cientos de metros y varias generaciones de distancia del San Jorge—, Marta me contó su versión de la historia. El restaurante era nuevo: las paredes estaban recién pintadas, los manteles eran blancos y limpios, los platillos y las tazas no tenían grietas ni astillas. También estaba vacío, y nuestro camarero andaba de puntillas por el comedor con aire timorato como un invitado que teme no ser bienvenido. Cuando Marta le pidió que nos recitara la carta de vinos, tartamudeó y olvidó cuáles eran tintos y cuáles blancos.

—Tinto búlgaro —pidió ella secamente sin esperar a que terminara, y le devolvió el menú—. No puede imaginar —añadió, dirigiéndose a mí— lo que ha costado reconstruir este

lugar, formar a esta gente. ¡Y fíjese cuánto nos queda por hacer!

Meneó vigorosamente la cabeza, pero ni un solo mechón de su cabello rubio se movió de su sitio. Su pelo, como sus largas uñas rojas, estaba perfectamente lacado.

Marta había nacido justo después de la guerra en un campo de desplazados situado cerca de Lviv. Casi inmediatamente después su familia, como tantas otras, partió rumbo a Estados Unidos. Los integrantes de la diáspora ucraniana de posguerra eran una raza especial: a diferencia de los que habían cruzado antes el Atlántico, ellos tenían recuerdos más recientes de una Ucrania cuasi libre, eran más optimistas y habían luchado en grupos guerrilleros contra el Ejército Rojo. Una vez en el extranjero, en Estados Unidos y Canadá, prosperaron, siguieron hablando su lengua, construyeron sus propias iglesias y publicaron pequeñas revistas llenas de poesía nostálgica y airada prosa, preservando una versión de la historia ucraniana diferente de la que se enseñaba en la Unión Soviética. Marta había crecido rodeada de las canciones y leyendas de un país que no había conocido nunca, y siempre había soñado con volver. Me explicó que había trabajado como agente de viajes ucraniano-estadounidense, organizando viajes a ucraniano-estadounidenses a lugares como Lviv.

—Cosas de poca monta —me aseguró, limpiándose una invisible mota de polvo de su impecable traje blanco.

Pero en 1989, cuando las cosas comenzaron a cambiar, ella empezó a pensar en proyectos de mayor envergadura, en objetivos más ambiciosos. Más o menos por entonces, un hombre llamado Gennady Genschaft acertó a entrar en el campo de visión de Marta.

Genschaft parecía tener contactos. Entendía el confuso mundo de las regulaciones de las divisas fuertes, los formularios de permisos y las menguantes reservas por télex

que acribillaban a la burocracia turística soviética. Parecía capaz de conseguir habitaciones de hotel, reservar autobuses, organizar comidas por encargo… Si yo no puedo hacerlo —le dijo a Marta—, nadie puede. Sintiéndose más confiada en lo relativo a Ucrania, Marta empezó a hacer planes.

—Me dije a mí misma: mis hijos ya son mayores. Tengo una bonita casa. Tengo una vida cómoda. He logrado casi todo lo que quería en la vida. ¿Por qué no hacer ahora algo por otras personas? ¿Por qué no hacer algo por Ucrania?

El camarero, con las manos algo temblorosas, nos trajo dos cuencos de sopa de remolacha de color rosa intenso. Los depositó cuidadosamente en la mesa, se dio la vuelta y se alejó, sujetando con firmeza las dos cucharas que se había olvidado de darnos.

—Este hotel —me dijo Marta— no iba a ser como cualquier otra antigua inversión.

Puede que Ucrania occidental hubiera sido derrotada, pero ahora podía iniciarse la reconstrucción. Lo que Lviv necesitaba —se dijo Marta— era un hotel, un hotel bonito, un hotel en el que pudieran alojarse hombres de negocios y turistas, un hotel que mejorara la imagen de la ciudad y la convirtiera en un lugar que la gente quisiera visitar.

Para Marta era importante que Lviv recuperara su antiguo esplendor. La ciudad había desempeñado un papel especial en el movimiento independentista ucraniano. Al fin y al cabo, el nacionalismo ucraniano postsoviético no había nacido en Kiev, sino en el Oeste, en los territorios que antes de la guerra eran polacos y antes aún austrohúngaros. A finales de la década de 1980, cuando se inició la *glásnost*, fue en Ucrania occidental donde se empezó a fomentar la libertad de prensa, y fue asimismo en Ucrania occidental donde se eligió a antiguos disidentes como diputados parlamentarios y se formaron gobiernos locales nacionalistas. La bandera ucraniana azul y

amarilla apareció en los pueblos de la región occidental de Ucrania mucho antes de que lo hiciera en la región oriental, y los políticos de Ucrania occidental siempre fueron los más fervientes defensores de la independencia. Lviv era la capital de Ucrania occidental, y era aquí, en Lviv, donde Marta quería que estuviera su hotel. Genschaft y ella trazaron un plan: Marta sería la directora, él sería el socio principal y Halych, su nueva empresa, restauraría el antiguo Gran Hotel del centro de Lviv, situado justo enfrente del teatro de la ópera.

Se iniciaron los trabajos. Marta dio a Genschaft poderes notariales para realizar transacciones de la empresa en su nombre. Marta pagaba un salario a Genschaft, y cada mes acudía a supervisar los progresos de la restauración del hotel, mientras Genschaft se encargaba de gestionar el día a día: los albañiles y carpinteros, la pintura y las alfombras, las lámparas de araña y los muebles... Genschaft se aseguró de que las cornisas de los techos y las molduras de las puertas estuvieran bien terminados, de que se restauraran los suelos de parquet y el tejado se cubriera con tejas a la antigua usanza. Cuando estuvo terminado, el Gran Hotel era como un pequeño milagro. Todas las habitaciones tenían muebles nuevos, sanitarios nuevos y televisión por satélite. En la planta baja había un restaurante, un bar y una sala de conferencias. El hotel tenía agua corriente, y en caso de cortes de electricidad disponía de su propio generador. Según afirmaban admirados los grupos de turistas ucraniano-estadounidenses de Marta, no podía encontrarse nada parecido en ninguna otra parte de Ucrania.

El camarero regresó con las cucharas.

—Disculpen, disculpen... —murmuró varias veces.

Marta, concentrada en contar su historia, le ignoró. Él deslizó las cucharas bajo los cuencos de sopa y se alejó de nuevo.

—La gente me dice que lo que he hecho por Ucrania es algo maravilloso —me aseguró Marta.

Unos meses más tarde, Genschaft le dijo a Marta que su sociedad debía constituir un consorcio, dado que estos últimos estaban exentos de impuestos durante los primeros cinco años de actividad. Ella accedió a escribir una carta al alcalde de Lviv pidiendo permiso para constituir el consorcio, aunque no llegó a hacer la solicitud formal. Sin embargo, la siguiente vez que volvió a Lviv descubrió que el consorcio se había constituido ya y Genschaft se había convertido en el accionista mayoritario.

—Los documentos llevan mi firma —me dijo—. ¡Llevan mi firma, y yo ni siquiera estaba allí!

Marta empezó a tomarse su sopa de remolacha. Justo entonces apareció el camarero con el segundo plato: pollo hervido y arroz.

—Déjelo ahí —le indicó Marta, señalando la mesa de al lado, que estaba vacía como todas las demás.

Mientras tanto —siguió explicándome—, Genschaft había obtenido asilo político en Estados Unidos.

—¿Asilo político?

—Sí, sí. —Marta empujó a un lado su cuenco de sopa—. Verá, él es judío. Tienen permiso para emigrar. Su familia está en América.

No tenía sentido discutir con Genschaft en Lviv si él se hallaba en territorio estadounidense, de modo que Marta se llevó consigo una copia de los estatutos del consorcio de regreso a Estados Unidos, donde un abogado ucraniano-estadounidense le dijo que el documento podría carecer de validez. Entonces Marta llamó a Genschaft a Filadelfia, donde se encontraba, y concertó una cita con él. Pero este no se presentó; en lugar de ello, cogió un avión de regreso a Lviv, y Marta le siguió.

Cuando llegó, encontró a Genschaft instalado en el despacho del director del hotel. Ella cambió la cerradura para impedir que volviera a entrar, pero él la rompió. Ella le amenazó con

llevarle a juicio. «Adelante —replicó él—, veamos quién de los dos gana un juicio en esta ciudad». Marta, sulfurada, acudió al alcalde acusando a Genschaft de corrupción y amenazando con acudir a los periódicos, a la embajada de Estados Unidos y a la comunidad ucraniano-estadounidense.

El alcalde le replicó, igualmente sulfurado, que por qué se había metido en negocios con Genschaft. Ella había asegurado a toda la ciudad que Halych era una empresa estadounidense, ¡y ahí estaba ahora aquel judío ruso dirigiéndolo todo!

Marta levantó la vista de su plato de pollo.

—Si todo el mundo pensaba que era una mala idea hacer negocios con Genschaft, ¿por qué nadie me lo había dicho?

El alcalde, un poco más tranquilo, acordó hacer todo lo posible para impedir que Genschaft se hiciera con el control del hotel. Paralizó el consorcio durante treinta días y abrió una investigación. Entonces su socio le ofreció a Marta trescientos mil dólares para que se fuera; ella se negó. O bien podía pagarle novecientos mil dólares para que fuera él quien se marchara; Marta también se negó.

—Nadie puede comprarme —me recalcó Marta—, nadie. Yo no estoy en esto solo para ganar dinero. Estoy en esto para crear un negocio ucraniano legítimo. Quiero que este hotel sea honesto. Quiero que aquí la gente haga las cosas bien, al estilo americano. También los ucranianos quieren ser honestos. Están cansados de corrupción, hartos de que les engañen. Pregunte al personal. El personal reza para que no me vaya.

Marta agarró del brazo al camarero, que había vuelto para rellenar las copas de vino.

—¿Es feliz trabajando aquí?

El camarero pareció perplejo. Marta le repitió la pregunta en ucraniano. Él esbozó una sonrisa confusa.

—Sí, sí, feliz —respondió.

Marta se volvió hacia mí:

—Y ahora la guinda final: la semana pasada detuvieron a Genschaft por secuestrar al hijo del alcalde. Él y unos amigos lo retuvieron durante varias horas para intentar obligar a su padre a cambiar de opinión. —Levantó la vista—. Debe prevalecer la ley. Me encargaré de ello. La ley debe cumplirse.

Fui a ver a Genschaft. Estaba instalado en el despacho del director, en la parte trasera del hotel, y al oír el nombre de Marta dio un respingo.

—¡Esa loca! —me dijo en ruso—. ¡Esa loca! ¡Intentó impedirme entrar en mi propio despacho!

Genschaft era un hombre apuesto, bien peinado, bien alimentado y lustroso como un semental premiado en un concurso equino. Llevaba reloj y pulsera de oro, un jersey de cachemira y unos pulcros pantalones de franela gris. Me fijé en sus pies y observé que llevaba unos elegantes zapatos de cuero, los primeros que veía llevar a alguien en la antigua Unión Soviética.

—Siéntese, siéntese —me invitó—. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Café? ¿Té? ¿Brandy? ¿Whisky? Tengo un poco de coñac armenio, si quiere.

—Té —respondí.

Pareció decepcionado, pero pulsó un botón que había bajo la mesa. Una muchacha de uniforme, una de las camareras del restaurante del hotel, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Dos tés —pidió Genschaft, y oí a la chica alejarse por el pasillo con paso apresurado.

Luego él se volvió hacia mí:

—Verá —me dijo—, Marta ha puesto dinero en este hotel. Ayudó a ponerlo en marcha. Pero ¿de quién fue la idea de entrada? Mía. ¿De quién eran los contactos que consiguieron el contrato de arrendamiento? Míos. ¿Quién encontró la madera,

las baldosas, las alfombras, los muebles…? Yo. ¿Cree que en este país uno puede entrar en una tienda y comprar ese tipo de cosas? No. Hay que hacer cambalaches. Hay que conocer a gente. Hay que saber cómo conseguir las cosas.

La muchacha volvió con el té. Genschaft vertió dos grandes cucharadas de azúcar en el suyo y luego hizo un gesto con el brazo abarcando el despacho.

—Yo construí este hotel. Sin mí, este hotel no existiría.

El consorcio —afirmó— era perfectamente legal: él no había hecho nada malo. Marta le había dado un acta notarial que le permitía firmar contratos en su nombre. Incluso le había dado hojas de papel en blanco con su firma estampada al pie. La única razón por la que ahora protestaba —me aseguró Genschaft— era porque le habría gustado obtener más beneficios.

—Es como una niña que ha hecho algo malo y quiere deshacerlo. Ha cometido un error y quiere volver a empezar. Y ahora va a movilizar al Gobierno contra nosotros.

Le pregunté a Genschaft por su ciudadanía estadounidense. ¿Cómo había podido emigrar y luego regresar tan pronto? Yo creía que era ilegal que alguien a quien se le había concedido asilo político regresara tan pronto a su país de origen, y que hacerlo equivalía a perder el derecho a volver a Estados Unidos.

Él esquivó la pregunta.

—Obtuve permiso para emigrar de la Unión Soviética, donde había sido perseguido por ser judío. Ahora he regresado a Ucrania, que es un país distinto, así que, como ve, no he vuelto al mismo sitio…

Se interrumpió. Yo me quedé observándole, mientras me compadecía de todas las personas verdaderamente oprimidas del mundo que no pueden conseguir un visado para entrar en Estados Unidos. Genschaft debió de adivinar mis pensamientos.

Se inclinó hacia delante:

—Obviamente, comprenderá que Marta y toda su gente se han vuelto contra mí porque soy judío y hablo ruso. Creen que pueden usar el sentimiento popular en mi contra. Ucrania para los ucranianos, dicen, pero todo eso no son más que tonterías: esos nacionalistas ucranianos sencillamente están enfadados porque gente más inteligente que ellos está ganando dinero en esta ciudad, y quieren impedir que lo hagamos.

El nacionalismo de Marta —me aseguró— había contagiado al Gobierno local, poniéndolo de su lado.

—El alcalde ha congelado las cuentas bancarias de mi hotel, pero se niega a recibirme. ¿Qué puedo hacer? Le llamo, y él se niega a hablar. Le escribo y no me responde. La semana pasada trajimos aquí a su hijo, Nazar, para que nos echara una mano. Nazar trabaja para un amigo mío: Levon Enokyan… por cierto, un fantástico hombre de negocios, debería conocerle… El caso es que Levon y yo sentamos a Nazar en esta mesa, le dimos un poco de brandy y llamamos por teléfono a su padre. Lo siguiente que supimos fue que había llegado la policía. Y lo siguiente ha sido que nos acusan de secuestro.

Genschaft entornó los ojos al hablar del alcalde y sus secuaces.

—¡Esos enanos! —espetó—. Lo único que saben hacer es gritar consignas. Nunca han dirigido un negocio. Nunca han gestionado empresas. Son unos incompetentes. No saben nada. Deberían dejar la dirección de los negocios a los que sabemos de negocios. Gente que se ha pasado la vida en los campos de Siberia no debería dirigir gobiernos. Y si rompen sus propias leyes para devolverle el hotel a Marta… lo lamentarán.

De forma completamente inesperada, Genschaft sonrió.

—*Corrupción en Miami*: ese es mi sueño —dijo Yaroslav con

un suspiro.

Yaroslav era un periodista de sucesos que trabajaba para un diario de Lviv. Conocía a todos los miembros de la mafia de la ciudad y bastantes le conocían a él. Muchos pensaban incluso que era uno de ellos.

—Me avisan cuando saben que un grupo rival va a cometer un delito: quieren que se lo cuente a la policía.

Yaroslav conocía una Lviv diferente de la que yo conocía, y me mostró una nueva serie de lugares de interés. Primero me llevó a ver un sucio trozo de acera, cerca del monumento a Adam Mickiewicz, donde un grupo de hombres con cazadoras y Adidas de imitación haraganeaban apoyados en los bancos de la calle. De vez en cuando, alguno de ellos se acercaba a otro, le susurraba algo o intercambiaba algo con él y luego se alejaba. Era este un intercambio delictivo, muy diferente de los intercambios comerciales que tenían lugar en el parque cercano a la ópera.

—Aquí se puede concertar un asesinato por cincuenta dólares —me explicó Yaroslav—. Y un robo se puede concertar por treinta. Pero la mayoría de esta gente solo concierta intercambios de bienes cuya exportación es ilegal.

Entre ellos había cosas bastante triviales —como, por ejemplo, madera y tejas—, además de petróleo, metales preciosos y una misteriosa sustancia llamada «mercurio rojo», que era, según él, el término con el que en la jerga delictiva se conocía el plutonio. Los cargamentos de mercancías ilegales circulaban por Ucrania en convoyes de diez coches protegidos con armas automáticas.

Yaroslav también me acompañó por lo que debió de haber sido un vecindario de la periferia residencial de preguerra, un barrio lleno de casas cuadradas y enlucidas del estilo al que antaño eran aficionadas las clases medias polacas y que a mí me recordó a los barrios residenciales de preguerra de

Varsovia. Pasamos ante una casa rodeada de una alta valla de alambre en cuya entrada había un pastor alemán atado con una larga cadena. Aquella —me explicó Yaroslav— era la casa de Levon Enokyan, presidente de LV Holding, la mayor empresa de Lviv.

—¿Lo conoce?

—No, aún no —respondí.

Yaroslav era admirador suyo.

—Es el mejor empresario de la ciudad, el único armenio que de verdad ha triunfado aquí.

Nos quedamos ante la verja oyendo ladrar al perro. Al cabo de un rato, un hombre con gafas oscuras apareció en el umbral y empezó a caminar con paso lento hacia nosotros.

—Vámonos —me indicó Yaroslav—. Es un guardia de seguridad.

Nos alejamos rápidamente de allí, cruzándonos con una mujer rubia que conducía un flamante Mercedes.

—Su segunda esposa —me aclaró.

En el camino de regreso al centro de la ciudad, Yaroslav me contó que le habían invitado a una fiesta que había dado LV Holding para celebrar su primer año de actividad. La ciudad —me aseguró— nunca había visto nada parecido. Puede que la gente hiciera esa clase de cosas en Moscú, pero no en Lviv.

—Contrataron a toda esa gente en Moscú: estrellas del rock, un famoso futbolista ruso, un atleta olímpico… y los trajeron hasta aquí en avión privado…

Un avión privado, en la antigua Unión Soviética, representa un lujo casi inaudito.

—¡Luego los trajeron desde el aeropuerto en un autobús privado…!

Poseer un autobús privado es un privilegio casi equiparable.

—Sirvieron caviar, esturión, platos de jamón y queso, varios tipos de vino… más comida de la que nadie había visto nunca.

Estaba invitado todo el Gobierno municipal: el alcalde, el representante presidencial, los concejales… Pude verlos allí sentados, hablando ucraniano entre ellos, observando a los artistas rusos de Moscú y sintiéndose cada vez más celosos: era evidente que LV Holding tiene más poder que todos ellos juntos.

La conversación volvió a girar en torno a la delincuencia, los delincuentes y los periodistas de sucesos.

—Quizá Sicilia… —me dijo Yaroslav—. Quizá Sicilia ofrecería historias más interesantes que las que yo tengo que escribir aquí.

En su despacho revestido con paneles de madera y situado en la última planta de lo que otrora fue el Senado de Galitzia, Ivan Hel, uno de los concejales de Lviv, se esforzaba en hablar primero en polaco y luego en ruso. Era un hombre corpulento y ancho de espaldas, de aspecto serio, con una barba blanca, cabello largo también blanco y unos ojos atemporales sombreados por unas cejas igualmente blancas. La gruesa cruz que llevaba colgada al cuello le llegaba hasta el abultado vientre. Era un personaje imponente, y, sin embargo, su rostro perdía parte de su granítica seguridad al trastabillar y patinar en su intento de hablar las lenguas de los antiguos gobernantes de Ucrania. Finalmente se rindió.

—Tendrá que escuchar con atención. Es muy parecido al polaco.

En cuanto cambió al ucraniano —el ucraniano de Galitzia—, su voz se hizo más nítida y recuperó su dignidad. De tanto en tanto, cuando había algo que yo no entendía, su ayudante intervenía con amabilidad.

El padre de Ivan Hel había nacido ciego, pero la Virgen de Kalwaria le había devuelto la vista a los tres años. También el

propio Hel había vivido un milagro: durante su estancia en el ejército soviético había llevado el crucifijo de su padre bajo el uniforme. En aquel lugar impío el crucifijo podría haber sido fácilmente descubierto, pero la Virgen lo había preservado, impidiendo que nadie notara su presencia.

Después, Hel decidió trabajar por ella y por Ucrania, su hijastra, y no quitarse nunca el signo de su gracia. De modo que el crucifijo fue con él a los sótanos donde se guardaban las imprentas clandestinas, a las comisarías donde los policías rusos le llenaron de improperios, a las reuniones celebradas junto a la tumba de Shevchenko, donde nació el movimiento nacional ucraniano… El crucifijo también lo acompañó a los campos de trabajo de Brézhnev después de que una oleada de detenciones enviara a Siberia a la mayoría de los intelectuales ucranianos. Y finalmente el crucifijo lo acompañó en las elecciones libres: la Virgen había restituido Ucrania a los ucranianos, y Hel afirmaba con orgullo que Ucrania occidental en general, y Lviv en particular, habían señalado el camino desde un primer momento.

Sin embargo, la historia de Marta y el Gran Hotel le entristecía, y mucho. Revelaba lo inmadura que era todavía Ucrania, hasta qué punto no era aún una auténtica nación.

—Cuando Moisés sacó a los israelitas de Egipto, les hizo vagar durante cuarenta años por el desierto para que perdieran su mentalidad de esclavos. Pasaron varias generaciones antes de que los hombres volvieran a sentirse libres. Nosotros también necesitamos varias generaciones antes de sentirnos hombres libres —me aseguró.

Para que Ucrania creciera —me explicó Hel—, los líderes de la nación debían emprender un programa de ucranización. Había que enseñar a los niños la historia de Ucrania, promover a ucranianos a altos cargos del Gobierno, leer y celebrar la literatura ucraniana…

Le comenté que aquello me recordaba a la korenización de la década de 1920, cuando la Unión Soviética patrocinaba programas similares.

—No, no —replicó él enérgicamente—. Esto es completamente distinto.

La nueva oleada de ucranización debía tener también un componente económico. Había que crear diversas instituciones: un banco central, un servicio de correos, un cuerpo diplomático, un ejército… El comercio con Rusia debía redirigirse hacia otros lugares. Además de las escuelas y universidades, también habría que «ucranizar» las fábricas y empresas estatales: tendrían que aprender a comprar todas sus materias primas en Ucrania, no en Rusia, y tendrían que aprender a vender sus productos en Ucrania, no en Rusia.

Le dije que en Estados Unidos muchas fábricas compran sus materias primas en otros países y venden sus productos en otros países.

—Eso está muy bien para Estados Unidos. Ustedes ya han pasado sus cuarenta años en el desierto.

También la lucha contra la mafia —me explicó Hel— formaba parte de la ucranización. Un Estado ucraniano limpio y decente no podía tolerar a aquellos delincuentes que habían surgido, aparentemente de la nada, en los últimos años de vida de la Unión Soviética.

—Cuando hay nuevas estructuras y malas leyes, esa gente aflora a la superficie. Este es un momento muy peligroso para nosotros. Debemos evitar que esa clase de personas lleguen al poder.

Pero el hecho era que aquellos empresarios semicorruptos eran los únicos empresarios que había. Le comenté a Hel que frenarles supondría frenar por completo la libre empresa. Él expresó su desacuerdo de forma bastante vehemente.

—¿Libre empresa? Esa gente no tiene en cuenta para nada

los intereses del Estado ucraniano.

Ni tan siquiera eran ucranianos —añadió, bajando la voz—. Todo el mundo sabía que la mafia era rusa y judía.

Hel juntó las manos.

—El antiguo KGB y la mafia están así de unidos. Y todos están controlados por Moscú. Si no tenemos cuidado, nos venderán de nuevo a Rusia. Si no los detenemos, vincularán nuestra economía a la economía rusa y corromperán nuestro Estado.

Cuando salía de la oficina de Hel, se me acercó un hombre visiblemente agitado.

—¿Conoce al corresponsal de Reuters? —me preguntó.

—¿Qué?

—El corresponsal de Reuters… —Mencionó un nombre—. La oí decirle a la secretaria del alcalde que es usted periodista, así que pensé que podría conocerlo. Ahora está en Moscú, pero estuvo aquí y dejó un magnetófono. Quisiera devolvérselo.

Me quedé mirándole, y él apartó la vista.

—¿Un magnetófono?

—Sí —respondió de inmediato, y a continuación cambió de tema—. Veo que ha estado hablando con el señor Hel.

—En efecto.

—Pierde el tiempo. El señor Hel no puede ayudarle. No sabe nada de esta ciudad. Si quiere usted saber algo, debería hablar con gente importante, con empresarios importantes. De hecho, debería conocer al jefe de mi empresa. —Su voz se redujo a un susurro—. Levon Enokyan. Es el principal empresario armenio de Lviv.

Le dije que me interesaría mucho conocer al señor Enokyan.

—Pero ¿cómo es que casualmente ha aparecido usted por aquí justo en este momento? —le pregunté.

Por un momento pareció sobresaltado por la pregunta, pero luego la soslayó.

—Estoy intentando conseguir un permiso de exportación —me explicó—. Esa gente, esos aficionados, cambian las reglas cada semana… es imposible para los negocios. La semana pasada tenía un permiso de exportación; esta semana me lo han quitado. Ahora tengo que volver a pedirlo.

Le di las gracias y anoté su número de teléfono. Más tarde le hablé del encuentro a Yaroslav y este soltó una carcajada.

—¡Ajá! —exclamó—. Van detrás de usted. Creen que puede tener influencia, creen que les escribirá su versión de la historia. Pero no se preocupe, nunca harían daño a un extranjero. Nunca harán daño a Marta ni se lo harán a usted. Mire, saben que eso provocaría la intervención de la policía de Moscú o de Kiev, en lugar de solo los agentes locales a los que pueden sobornar.

Me dirigí a LV Holding en el asiento trasero de un Mercedes blanco. El chófer, que me había recogido en el centro de la ciudad, no dejaba de disculparse por llegar tarde.

—Nos gusta tratar de forma apropiada a los amigos de Levon —me explicó.

Desde fuera, la sede de la empresa no resultaba especialmente impresionante. Las oficinas se encontraban en la cuarta planta de un destartalado bloque en las afueras de Lviv. Pero había una razón: todavía era obligatorio que todas las propiedades urbanas se alquilaran al Gobierno municipal. Y dado que LV Holding no gozaba precisamente del favor de este último, ese bloque de oficinas era lo mejor que había podido conseguir.

Una vez dentro, percibí de inmediato en qué se diferenciaba la compañía de una empresa estatal soviética. Nada menos que

tres matones pulcramente afeitados y con corbata aguardaban en la puerta para registrar mi bolso. «Seguridad», murmuró uno de ellos. Si se tomaban tantas molestias, cabía suponer que había algo que proteger. Una mujer vestida con lo que parecía ser ropa de tenis blanca me condujo a través de unos estrechos pasillos, donde nos cruzamos con varias personas que se dirigían apresuradamente a su próxima cita, hasta desembocar en una antesala donde no paraban de sonar los teléfonos. No se veía por ninguna parte a las secretarias aburridas, los oficinistas subempleados y los escritorios despejados que constituían el rasgo distintivo de las oficinas de una empresa estatal soviética. Llegó un hombre, me miró de arriba abajo y me tendió la mano.

—Averkov —dijo enérgicamente.

—Ania —respondí yo.

Él asintió con la cabeza y volvió a marcharse.

Al cabo de unos minutos reapareció la mujer.

—El señor Enokyan la está esperando —me dijo en inglés, y me condujo a través de una puerta a una gran sala cubierta de alfombras turcas.

Una gran caja fuerte negra se apoyaba en una de las paredes y una Biblia armenia adornaba una de las mesas laterales. El presidente de la empresa estaba sentado ante un gran escritorio de roble hablando por teléfono. Llevaba un traje caro, un pesado reloj de oro, pulseras de oro y otro par de elegantes zapatos. Cuando yo entré colgó el teléfono.

—¡Mafia! Odio esa palabra —gritó Enokyan en respuesta a mi primera pregunta—. ¡Mafia! Siempre que algo va mal en este país, esos nacionalistas necesitan a alguien a quien culpar. Primero culpaban a los comunistas; luego los comunistas se fueron, y ahora nos culpan a nosotros, los nuevos empresarios. ¿Soy yo el responsable de las colas del pan? No. ¿Soy el responsable de la escasez de queso? No. ¿Quién es el

responsable? ¡Esos ucranianos mezquinos! —Sonó de nuevo el teléfono. Levantó el auricular, gruñó una orden y volvió a colgar—. ¿Qué más puedo hacer por usted? —me preguntó en un tono inesperadamente cortés—. ¿Café? ¿Té? ¿Coñac?

Enokyan había nacido en Armenia y había llegado a Lviv en algún momento de la década de 1970, «para estudiar», me dijo. Sin embargo, no llegó a terminar sus estudios universitarios. En lugar de ello —me explicó—, había empezado a hacer negocios en lo que entonces era la economía sumergida. En una época en la que todos los negocios privados estaban prohibidos, él había hecho «un poco de manufactura y comercio clandestinos». Aunque la gente iba a la cárcel por ello, pocos ucranianos consideraban realmente que dicha actividad fuera delictiva. Los empresarios clandestinos constituían uno de los pilares del sistema soviético en la medida en que distribuían bienes allí donde el Estado no lo hacía. Y tan pronto como fue posible —después de que Gorbachov aprobara nuevas leyes sobre «empresas cooperativas»—, él y un socio abrieron un restaurante y una tienda que vendía productos por encargo. El negocio subió como la espuma.

Pero, a ojos de algunos, lo hizo con sospechosa rapidez. Ahora LV Holding, un grupo integrado por una docena de empresas, declaraba tener una facturación mensual de más de dos millones de dólares, mucho dinero en una ciudad donde el salario medio mensual rondaba solo los diez dólares. Los orígenes de ese dinero también parecían ser peculiarmente diversos: LV Holding compraba bienes en el extranjero y los vendía en Ucrania, comerciaba con acero y productos textiles a través de la antigua Unión Soviética, tenía intereses en tiendas de conveniencia, casinos y hoteles; Enokyan me dijo que también estaba en conversaciones con estadounidenses para embotellar refrescos y montar coches, y con israelíes para fabricar productos químicos.

Pero no tenía sentido hablar de si LV Holding operaba legalmente o no: en Ucrania las leyes eran tan confusas que cualquiera que se dedicara a una actividad empresarial de esa envergadura infringía alguna de ellas, y los impuestos eran tan elevados (el 75 por ciento de los beneficios en el caso de las sociedades mercantiles) que casi cualquiera que los pagara iría sin duda a la quiebra. Las regulaciones servían a los propósitos del Estado, no a los de los empresarios: cada ley, cada licencia, era una excusa para aceptar un soborno, y cada impuesto era un impedimento para que los empresarios ganaran demasiado dinero. Pero aunque no fuera justo criticar a los empresarios por infringir leyes perjudiciales, no era exactamente eso de lo que se había acusado a Enokyan.

—¡Mafia! —Enokyan rechazó la acusación—. Eso es solo una calumnia difundida por los ucranianos. Significa que para ellos somos competencia, y eso no les gusta.

*Competencia* era el término acertado. Recientemente los responsables del distrito de Lviv habían ofrecido un acuerdo para constituir un consorcio a un ucraniano-canadiense, un emigrante retornado cuyos intereses había querido favorecer el Gobierno municipal. LV Holding hizo una contraoferta que según ellos resultaba mucho más lucrativa para la ciudad. Avergonzados, los responsables municipales revocaron el permiso de ejecución del proyecto… y de repente LV Holding empezó a encontrar obstáculos inesperados en sus intentos de conseguir licencias de exportación.

Enokyan me explicó que el episodio de Nazar, el hijo del alcalde, también formaba parte de aquella competencia.

—Nazar… es una nulidad, no es importante.

—¿Y por qué lo contrató?

Enokyan se encogió de hombros.

—Me dio pena. De todos modos, Genschaft me rogó que le pidiera que nos ayudara a ponernos en contacto con su padre, y

Genschaft es mi amigo y yo siempre ayudo a mis amigos. Lo siguiente que he sabido es que ahora nos acusan de secuestro. ¡Secuestro! ¡A mí, que siempre he respetado la ley! Llevo cuatro noches sin dormir, no he pegado ojo pensando en ello.

Enokyan se levantó de su mesa y empezó a pasearse por la habitación. En aquel momento me di cuenta de que era un hombre bastante bajo: bajo y ancho de hombros.

—Andréi Sájarov dijo una vez que la estupidez crea maldad. Aquí, en Lviv, la estupidez está creando maldad. Aquí, mire… —Sacó un artículo de periódico de su escritorio—. Mire lo que dice: «Levon Enokyan ha puesto en evidencia al Gobierno alardeando de su capacidad de donar dinero para caridad». He dado cientos, miles de rublos a orfanatos, residencias de ancianos, hogares de veteranos. ¿Qué han hecho ellos por los pobres de esta ciudad? Nada. —Arrojó el periódico sobre el escritorio—. ¿Quiere corrupción? Le hablaré de corrupción. Cada uno de esos llamados nacionalistas, cada uno de esos mezquinos gobernadores y alcaldes y concejales, cada uno de ellos está robando todo lo que puede y tan rápido como puede porque no saben lo que les depararán las próximas elecciones. Tienen sueldos risibles y sus esposas quieren que lleven a casa comida para sus hijos. ¿Qué pueden hacer sino robar? ¿Ejemplos? Podría darle cientos… —Volvió a sentarse—. ¿Le importa? No me encuentro bien.

Se tragó una pastilla y me hizo un gesto para que saliera del despacho.

El Mercedes me llevó de regreso al centro de la ciudad. Por el camino, el chófer se detuvo para mostrarme el hotel privado de LV Holding, exclusivo para clientes de la empresa. El establecimiento estaba en un chalé de preguerra que hasta fecha reciente había utilizado el Partido Comunista como casa de huéspedes para visitantes distinguidos. El conductor me comentó que no sabía cómo LV Holding había conseguido

hacerse con él. Dentro, las instalaciones estaban en perfecto estado y había televisión por satélite, como en el Gran Hotel. De hecho, los muebles eran exactamente iguales, los baños tenían el mismo aspecto y en los suelos había el mismo tipo de parquet.

Caí en la cuenta de que no le había preguntado a Genschaft por la naturaleza de sus negocios con Enokyan.

Antes de marcharme fui a ver de nuevo a Marta y me enteré del último capítulo de la historia: el caso se había complicado aún más por la posibilidad de unas inminentes elecciones. Alguien estaba distribuyendo panfletos por toda la ciudad en los que se mencionaba a Genschaft, Enokyan y otros empresarios locales con apellidos judíos y aparentemente extranjeros, tildándolos de «elementos antiucranianos».

Mientras tanto, el Gran Hotel permanecía vacío. Las inversiones extranjeras seguían siendo escasas en Lviv. De semana en semana, la inflación aumentaba; los servicios municipales se deterioraban; los precios de la energía subían debido al conflicto de Ucrania con Rusia. En el centro de Lviv solo había agua corriente de seis a nueve de la mañana y de seis a nueve de la noche. Una tarde encontré a mi amiga Irena en casa llorando: aquella mañana no habían dado el agua, y temía que no la dieran en todo el día. Un funcionario municipal me explicó que, por desgracia, no podía aumentar el suministro de agua porque los campesinos se negaban a cooperar con los edictos del Gobierno y no permitían que se construyera un nuevo embalse en sus tierras. ¿Era cierto? ¿O alguien con intereses comerciales en la zona había sobornado al funcionario para que no aumentara el suministro de agua?

Cuando fui a ver al alcalde al día siguiente, me aseguró que su hijo Nazar había vuelto muy alterado de su famosa reunión

con Enokyan y Genschaft. Le pregunté si la policía podría probar la acusación de secuestro.

—No lo sé —se limitó a responder.

Al otro día, alguien comentó que ahora Nazar trabajaba para otra empresa, a la que misteriosamente se había eximido de pagar derechos de exportación.

Mucho más tarde me enteré de que la inversión de Marta en Lviv había desencadenado al menos una tragedia. Había regresado a Estados Unidos, dejando a uno de sus parientes ucranianos, un hombre mayor, a cargo de sus asuntos comerciales en Lviv.

Mientras ella estaba fuera, alguien le pegó un tiro en la calle. Nunca se encontró al agresor.

Meses después me tropecé con Marta en un restaurante de Kiev.

—Sigo luchando por el Gran Hotel —me dijo—. No voy a perder la esperanza con los ucranianos.

Woroniaki

Durante los últimos tres kilómetros, el coche siguió una pista que poco a poco fue pasando de la tierra al barro. La lluvia caía con más fuerza y aparecían profundos charcos de agua sucia cada vez que la carretera descendía por una pendiente. Finalmente el extenso pueblecito desapareció: ya no había casas, solo árboles. No podíamos seguir avanzando porque grandes montones de barro, piedras y ramas muertas bloqueaban la vía.

—Se acabó —dijo Liudmyla—. Aquí es donde empezamos a andar.

Władek, el hijo de Liudmyla, dejó escapar un gruñido. Se cubrió la cabeza con un trozo de periódico y me hizo un gesto indicándome que hiciera lo mismo. Era un hombre dulce, de piel blanca y expresión sensiblera. Su mirada delataba un leve

sentimiento de culpa: lamentaba haberme llevado hasta allí. Woroniaki se hallaba a solo unos ciento cincuenta kilómetros de Lviv, pero parecía estar lejos de la civilización.

—Irena me echará la bronca por haberla traído aquí —me dijo, meneando la cabeza y pensando en su mujer.

Liudmyla no escuchaba a su hijo, y, en cualquier caso, a ella no le afligían los mismos sentimientos. Se encontraba en su elemento. Pese a la fría lluvia, no llevaba medias bajo su falda negra, lo que dejaba sus pies desnudos enfundados en unos sencillos zapatos marrones. Su cabello, inusualmente oscuro para una mujer ya entrada en la setentena, le caía revuelto por la espalda. Era una mujer de un tipo peculiarmente ucraniano: ni campesina ni urbanita, condensaba en sí misma tanto las supersticiones del pasado como el escepticismo de su época. Había estudiado medicina, pero se dedicaba a decir la buenaventura con las cartas. Escuchaba emisoras de radio occidentales y tenía cierto conocimiento de otros países, pero se persignaba de inmediato cuando se cruzaba con extranjeros como precaución para ahuyentar el mal de ojo. Sus hijos vivían en la ciudad, daban clases de música y leían libros, mientras ella los abastecía de mermelada casera y manzanas, patatas y coles cultivadas en su propia huerta.

—Hay que subir por esta colina —señaló—. Es el camino a la granja.

Liudmyla había venido a vivir a Woroniaki porque el padre de Władek le había gastado una estúpida broma.

Fue justo al principio de la guerra, antes de que la gente descubriera lo mal que se iban a poner las cosas. En aquellos primeros días, cuando los polacos pensaban que la rebeldía era solo una muestra de audacia sin mayores consecuencias, el padre de Władek y un grupo de jóvenes saboteadores de quince años detuvieron un tren y robaron la comida destinada a los oficiales alemanes. Los atraparon al día siguiente, borrachos de

riesling y empachados de chocolate belga, y la Gestapo los metió directamente en la cárcel.

El padre de Władek tuvo suerte. En lugar de fusilarlo en el acto, los alemanes lo enviaron a trabajar a una granja situada justo al oeste de Graz, en Austria. Allí el trabajo era duro, pero aquella deliciosa comida, los cuidados campos de cultivo y las casas pulcramente arregladas no se parecían a nada de lo que había visto antes. Quiso la buena fortuna que también conociera a Liudmyla, una trabajadora ucraniana de una granja vecina. Se sintió atraído por sus pómulos lisos y sus ojos grises, el modo como su acento le hacía suavizar las consonantes al hablar, y sus largas y flexibles extremidades: todo aquello le traía recuerdos del Este, de su hogar.

El tiempo pasó deprisa y ambos vivieron una guerra tranquila. Solo hacia el final empezaron a oír el aullido de los bombarderos y el sonido de los cañonazos a lo lejos. Fue entonces cuando el padre de Władek supo que era el momento de volver a casa.

Otros optaron por quedarse en Austria, asustados por las terribles historias que circulaban sobre las tragedias producidas en el Este. Pero el atractivo de Galitzia era potente, y el padre de Władek cautivó a Liudmyla con sus relatos sobre la riqueza y prosperidad polacas. De modo que la pareja hizo un largo trayecto circular, recorriendo las bajas colinas de Croacia en un lento y pesado tren de mercancías, atravesando luego los oscuros bosques de Rumanía en carreta y dirigiéndose finalmente, de nuevo en tren, al norte de Galitzia, hasta llegar al pueblecito de Woroniaki. Por el camino se alojaron en campos de refugiados llenos de gente como ellos, desplazados que intentaban volver a casa o que evitaban tener que hacerlo, judíos supervivientes con los ojos como platos, polacos perplejos, rusos temerosos de volver a los campos de Stalin… Cuando llegaron a Woroniaki, el pueblo ya no formaba parte de

Polonia: al igual que Lviv, se había cedido definitivamente a Ucrania.

El hermano pequeño del padre de Władek fue el primero en ver llegar a la pareja, y cuando vio de cerca a Liudmyla y la oyó hablar se quedó boquiabierto. «¡No es polaca!», balbuceó, y se volvió corriendo por el camino de tierra que llevaba hasta la casa, en lo alto de la colina, gritando la noticia durante todo el trayecto.

—Era este camino, este camino de aquí —me dijo Liudmyla. Se detuvo junto a un roble—. Fue justo aquí donde nos vio.

En su primera noche en Woroniaki, Liudmyla y el padre de Władek durmieron en un lecho de paja, rodeados de sus nuevos parientes. La casita era húmeda y diminuta, con techo de paja y gruesas paredes de piedra. Era diferente de las casas de madera que ella había conocido de niña en Donetsk. También la gente era distinta. Eran fervientes católicos, mientras que su propia familia, ablandada por los años de hambruna y la represión soviética, ya había perdido su fe ortodoxa. Aquellos polacos murmuraban oraciones a los santos cuyas imágenes colgaban en los rincones de la casita, empuñaban fusiles contra los ucranianos y los rusos que entraban en su pequeña parcela de tierra y andaban descalzos en verano. La tarde de su llegada Liudmyla intentó lavarse el pelo, pero la familia le puso mala cara porque era domingo.

Ante la insistencia de ella, la pareja finalmente se mudó. Liudmyla consiguió un puesto como inspectora en Zablocko, un pueblo situado cerca de Woroniaki, mientras que el padre de Władek empezó a trabajar en el molino. Se casaron en el registro civil. El sacerdote católico no estaba dispuesto a casar a una mujer ortodoxa que había viajado con un hombre que no era su marido, aunque fuera en tiempos de guerra.

—Era un hombrecillo hipócrita —refunfuñó Liudmyla—. Casi todos los días le daba a la botella.

Poco después los polacos de Woroniaki empezaron a abandonar el pueblo, ya que se decía que iba a integrarse en Ucrania. Los hermanos del padre de Władek se fueron, junto con sus tíos y sus primos: todos pusieron rumbo a las ricas y recién incorporadas tierras de Silesia, el territorio alemán cedido a Polonia a cambio de los territorios perdidos del Este. Pero Liudmyla no quiso marcharse. Woroniaki dejaría de formar parte de Polonia para serlo de Ucrania, y ella era ucraniana. De modo que le dijo a su marido que harían bien en quedarse: gracias a su pura ascendencia ucraniana y a su infancia soviética, seguramente en Woroniaki les iría mejor a ellos que a los lugareños, que eran mestizos, medio polacos con sospechosas afiliaciones políticas. Y así fue.

Władek no estaba de acuerdo:

—Ese fue el mayor error que cometió mi padre —aseguró—. Si no se hubiera quedado, a estas alturas ya estaríamos en Polonia.

Habíamos llegado a lo alto de la colina. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía siendo gris plomizo. La pequeña casita donde Liudmyla había pasado su primera noche en Woroniaki seguía allí, aunque ahora cubierta con tejas en lugar de un techo de paja. En el patio delantero había una niña con un pañuelo en la cabeza.

—¿Está tu madre en casa? —preguntó Liudmyla—. Dile que somos de la familia que vivía aquí.

La niña se nos quedó mirando, primero a Liudmyla y luego a mí, sin decir palabra. Corrió hacia dentro. Al cabo de un minuto, una mujer mayor apareció por la puerta baja de madera.

—No le hagan caso —nos dijo en ucraniano—. Mi nieta es sordomuda. Pasen.

La casa era diminuta y oscura. En el centro había una estufa de porcelana, y sobre el amplio lecho de la habitación principal

colgaba una empalagosa imagen de Jesús mirando al cielo. Al lado de la cama estaba sentada una mujer joven. Llevaba la blusa desabotonada y amamantaba a un bebé. Levantó la vista hacia nosotros sin mostrar ningún signo de incomodidad y esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes de oro. Władek giró la cabeza hacia un lado.

Nos explicó que los hombres estaban trabajando en la ciudad. Las mujeres —la abuela, la madre y la niña— regentaban la granja: alimentaban a los gansos, recogían los huevos y aguardaban el regreso de los hombres.

Todos ellos eran ucranianos procedentes de una aldea situada a orillas del río San, en el sureste de Polonia. Durante la guerra, el caserón de la finca donde vivían se había quemado. La mujer mayor nos dijo que recordaba haber visto las llamas de niña.

—Eran muy altas, muy altas. —Meneó la cabeza al recordarlo.

Luego llegaron los partisanos. Una noche había alemanes; la noche siguiente, polacos y, la siguiente, ucranianos, liderados por el rebelde Stepán Bandera. Creían que los combates no terminarían nunca. Así que, cuando les dijeron que se fueran a Woroniaki —los comunistas polacos querían que todos los ucranianos volvieran a Ucrania—, lo hicieron. Los comisarios les asignaron la que había sido casa de la infancia del padre de Władek, puesto que él y Liudmyla ya vivían en el pueblo, y los demás se habían marchado.

Al principio no había nada que comer.

—Teníamos que hacer el *borsch* con hierba —explicó la anciana.

Habían pensado quedarse allí un año o dos, pero terminaron quedándose cuarenta. Durante todo ese tiempo su deseo de volver no desapareció jamás. Aunque a la larga las cosas se hicieron más fáciles, nunca volverían a vivir como en Polonia.

La familia era ucraniana, es cierto, pero la casita a orillas del río San era su verdadero hogar, y cada primavera, cuando llegaba el buen tiempo, echaban de menos su antiguo jardín. Sin embargo, no tenían forma de saber si la casa todavía existía o si ahora vivían en ella otras personas.

—Polonia… —murmuró la madre lactante—. Polonia… ¿Es tan rica y hermosa como dicen?

Separó al bebé de su seno y lo puso delicadamente en la cama. Luego volvió a abotonarse despacio la blusa de faena hasta el último botón, se echó el jersey sobre los hombros y se ajustó el pañuelo. Ella nunca había estado en Polonia, pero su madre le había contado una y otra vez la historia de su marcha del país y su llegada al Este después de la guerra. Ahora era como una leyenda, como el relato de la expulsión del paraíso.

—Una vez vinieron los que vivían en esta casa —explicó la abuela. Se refería concretamente al cuñado de Liudmyla—. El hombre nos dijo lo mucho que deseaba volver. Dijo que algún día esperaba poder comprarnos una casa en Sanok para que él pudiera venir a pasar aquí el resto de su vida. Esperamos que lo haga.

Liudmyla meneó la cabeza.

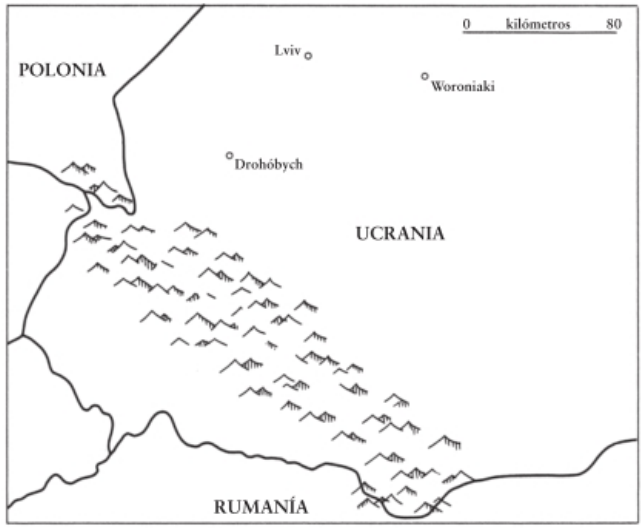
—Tienen la casa más grande que se haya visto en Silesia. Es toda de piedra, con tallas sobre la puerta.

—Pero no es su hogar —apostilló la mujer—. Su hogar es este, y el mío está en Sanok. Yo espero volver a Sanok.

Llevaba esperando cuarenta años —añadió—. Cuarenta años para volver a casa. Los parientes de Władek, los polacos de Woroniaki que vivían en Silesia, también llevaban cuarenta años esperando volver a casa.

La joven madre regresó con una botella sin etiqueta. Con delicadeza, vertió un líquido rosado en cinco vasos de color verde oscuro. Un fresco olor a flores llenó la pequeña habitación.

—Lo hemos hecho con rosas —comentó.




## Drohóbych

Desde Lviv, me dirigí hacia el sur en el asiento trasero de un flamante automóvil pasando por pueblecitos de madera y balnearios desiertos, y cruzando y rodeando las bajas estribaciones de los Cárpatos. Al cabo de un tiempo apareció la propia cordillera, afilada y distante. El pueblo de Drohóbych yacía a sus pies como un acólito, contemplando su silueta púrpura en el horizonte.

Me apeé en la iglesia de Nuestra Señora. Aunque era diminuta —desde fuera parecía de juguete, no un templo de verdad—, sus formas eran perfectas. Cada una de sus cuatro torres estaba coronada por una cúpula bulbosa. En la puerta se había tallado un intrincado motivo de hojas y flores de madera, y tanto el tejado como los laterales del edificio estaban cubiertos de tejas igualmente de madera distribuidas de modo

uniforme: cada una de ellas encajaba perfectamente con la siguiente sin que se hubiera utilizado un solo clavo para sujetarlas. Sus constructores —como los monjes medievales que iluminaban manuscritos en pergamino— seguramente debieron de edificar la pequeña iglesia como un acto de devoción, y experimentar el largo proceso de tallado de sus junturas como un acto de oración.

Haciendo un visible esfuerzo, el coadjutor de la iglesia, un hombre joven con una barba que le llegaba hasta el pecho, forcejeó con una pesada llave de hierro hasta que logró abrir la pesada puerta de madera. Dentro, el olor a tierra y madera vieja se mezclaba con un vestigio de aroma a incienso.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, el coadjutor alzó su linterna.

En la madera oscura del techo aparecieron unos frescos, hasta entonces invisibles, del mismo modo que al atardecer emergen las estrellas en el cielo. Los demonios y dragones del Apocalipsis se regocijaban ante el fin del mundo. Un jinete hacía sonar su trompeta para señalar la llegada del Día del Juicio. Se veían santos mártires hervidos en aceite, colgados de árboles o acribillados de flechas. En un lado, los llorosos pecadores se apiñaban ante la presencia de las llamas del infierno; en el otro, los buenos y justos aguardaban al lado de una escalera para ascender al cielo. Por encima de todos ellos, un implacable Cristo gobernaba sentado en un trono con la cabeza rodeada de un nimbo dorado. Junto a él se sentaban sus discípulos, mirando fijamente al frente con rostro inexpresivo.

Los frescos eran obra de un profesional, un hombre con un interés artístico en las posibilidades del cuerpo humano. Pero sus figuras no eran las sólidas y pesadas criaturas de la imaginación barroca que suelen encontrarse en esta parte del mundo. Estaban compuestas por trazos finos, colores tenues y sombras difusas. Cristo era un ser etéreo; daba la impresión de

que podía salir volando en cualquier momento, llevándose consigo a sus discípulos, sus santos y sus revelaciones. Parecía el dios transitorio de un lugar incierto.

Los artistas y arquitectos de la iglesia habían bajado a Drohóbych de las montañas allá en la Edad Media, cuando esta parte de Galitzia se enriqueció gracias al comercio de la sal. Más tarde, cuando la riqueza se esfumó, los artistas y arquitectos se marcharon. El barbudo coadjutor apuntó un poco más arriba con su linterna, echamos un último vistazo a los frescos, y luego la apagó.

—Ahora se están desvaneciendo en la madera —me aseguró —. Vuelven a desvanecerse en la madera, y pronto también la iglesia se desvanecerá en el bosque.

En Drohóbych la civilización había fracasado más de una vez. «Digámoslo sin rodeos», había escrito Bruno Schulz, añadiendo:

> La desgracia de esa zona es que allí nada tiene éxito, nada puede llegar a una conclusión definitiva. Los gestos quedan suspendidos en el aire, los movimientos se agotan prematuramente y no logran superar cierto punto de inercia. Ya hemos señalado la gran brillantez y prodigalidad de intenciones, proyectos y anticipaciones que constituye una de las características del distrito. De hecho, no es más que una fermentación de los deseos prematuramente suscitados y, por tanto, impotentes y vacuos…

Nacido en Drohóbych en 1892, Bruno Schulz era un hombre pequeño y enfermizo. Tenía los ojos hundidos y la piel excesivamente pálida, los miembros muy delgados y la cabeza demasiado grande para su cuerpo. Era judío en una época en que eso era un lastre para un escritor, y debido a ello su talento parecía de segundo orden, sobre todo para sí mismo. De adolescente, deambulaba como un alma en pena por las

sombras de la achaparrada casa de su familia y se sentaba en los claros iluminados por el sol de su jardín cubierto de maleza. Veía pasar a las muchachas, pero le daba miedo hablar con ellas. Reflexionaba sobre su colección de sellos («la abría, y ante mí se desplegaba el encanto de mundos coloridos, de espacios inmóviles»), sobre el clima («sus abrigos de piel, empapados de viento, olían ahora a aire libre»), sobre las estaciones («cada primavera empieza así, con sorprendentes horóscopos que van más allá de las expectativas de una sola estación»)… Durante la mayor parte de su vida enseñó arte en una escuela secundaria para chicos mientras hacía discretamente caricaturas de sus conciudadanos: hombres absurdos con pretenciosos bombines, acobardados ante mujeres altivas con pieles y tacones altos. Pero también tradujo al polaco *El proceso* de Kafka, y publicó dos colecciones de relatos y una breve novela.

En su obra de ficción, Schulz escribió sobre la gente que vivía en Drohóbych. Escribió sobre su padre, un hombre que «se encogía de día en día como una nuez secándose dentro de su cáscara», marchitándose finalmente hasta reducirse al tamaño de una cucaracha. Escribió sobre Adela, la hermosa sirvienta que gobernaba la casa y la tienda como una dictadora. Escribió sobre Eddie, el vecino obeso, y Dodo, el pariente discapacitado, y sobre las «tiendas de canela», donde uno podía encontrar «luces de Bengala, cajas mágicas, sellos de países hace tiempo olvidados, calcomanías chinas, índigo, colofonia de Malabar, huevos de insectos exóticos, loros, tucanes, salamandras y basiliscos vivos, raíces de mandrágora, juguetes mecánicos de Núremberg, homúnculos en frascos, microscopios, prismáticos» y todas las demás cosas misteriosas que venían del mundo exterior a Drohóbych.

Schulz también escribió sobre la propia ciudad, con sus cambiantes estaciones, su laberinto de calles en las que un niño

podía perderse de noche, sus estrictas normas y secretos… Drohóbych sufría entonces la depresión económica que se produjo tras el gran auge petrolífero de Galitzia, una explosión de prosperidad iniciada a finales del siglo XIX cuando las prospecciones descubrieron petróleo bajo un campo donde pastaba el ganado vacuno. La fiebre del petróleo dejó tras de sí sólidas casas con amplios porches, grandes jardines y rotundas fachadas; casas ocupadas por grandes familias, hombres con cuentas bancarias y gruesas chaquetas de lana, y mujeres con faldas largas y sombreros de moda. Dichas familias leían periódicos de Viena y libros impresos en París y Londres, y sentían que formaban parte de un mundo más grande.

Sin embargo, el auge económico se había producido con demasiada facilidad y, cuando quedó atrás, la ciudad seguía atormentada por su propia falta de consistencia: Drohóbych estaba demasiado lejos de cualquier parte para tener ninguna certeza. En los relatos de Schulz, sus casas siempre se disuelven bajo la exuberancia de los jardines, mientras que las cosas y las personas desaparecen sin más explicación. Incluso la nueva riqueza de la ciudad parece insustancial, como de imitación, «sospechosa y equívoca»: «En esa ciudad de material humano barato no puede florecer ningún instinto, no pueden despertarse pasiones oscuras e insólitas…».

Schulz sobrevivió a la ocupación soviética de Drohóbych, que duró de 1939 a 1941, pero no pudo sobrevivir a los alemanes. Un oficial de la Gestapo desarrolló cierto gusto por sus dibujos y lo protegió; otro oficial, que odiaba al primero, lo desaprobaba. En 1942 este último disparó a Schulz en la calle mientras el escritor llevaba a casa una hogaza de pan que había comprado en el mercado.

Después de la guerra, Drohóbych se encontró en el lado soviético de la frontera. Las personas importantes y las grandes familias desaparecieron por completo; ya no llegaban

periódicos de Viena, y el resto del mundo se desvaneció en la distancia. La hiedra se encaramaba por las paredes de las robustas casas, corroyendo la piedra más y más cada año. Las termitas infestaban las vigas de madera, el moho pudría los cimientos y las malas hierbas estrangulaban lentamente los senderos. Las calles se agrietaban y los adoquines se mellaban. La ciudad —como había predicho Schulz— se desvanecía en la exuberancia vegetal de sus jardines. El cementerio judío desapareció bajo una urbanización.

Encontré la casa de Schulz. Era sencilla y de madera, «una de esas casas oscuras de mirada ciega y vacía, tan difíciles de distinguir unas de otras».

Como no estaba segura del número exacto, le pregunté a una mujer de rostro triste que salía por la puerta si era aquella la casa de Bruno Schulz. Ella negó con la cabeza.

—Nunca he oído hablar de él —me dijo.

«Desde hacía algún tiempo —había escrito Schulz— nuestra ciudad se hundía en la perpetua grisura del crepúsculo…».

Junto a la iglesia católica de la ciudad me tropecé con un polaco. Era bajito, de brazos y piernas cortas, y tenía la cara achatada y anaranjada de un campesino. Llevaba una chaqueta mal ajustada de burda tela marrón, zapatos polvorientos y pantalones negros sin dobladillo. Estaba visiblemente agitado. No podía hablar con claridad, ni terminaba las frases del modo apropiado; confundía las formas verbales, había perdido el sentido del tiempo.

—Debería venir a ver —me repitió una y otra vez—. Está ahí, está ahí para verlo. Todo el mundo lo ha visto. La sangre corría por todo el callejón, ahí donde vivíamos. Nuestro jardín estaba lleno de ella. Ahora los han desenterrado, los han encontrado, tiene que venir a ver, pero no debería llevarle ahí, ¡oh!,

¡terrible, terrible!, tiene que venir a ver.

En su discurso, el presente y el pasado se entremezclaban sin ninguna lógica, las descripciones y los ruegos se fundían entre sí sin el menor sentido; quería enseñarme algo, pero no me explicaba qué era.

—Sangre en el jardín —repitió—, la sangre entró en nuestro jardín. —Empezó a caminar, casi a correr—. ¡Vamos, vamos!, los han desenterrado —añadió—, han vuelto a sacarlos.

Me condujo por una de las largas calles que llevaban a las afueras de la ciudad, girando a la derecha y luego a la izquierda y de nuevo a la derecha. Al cabo de un rato seguíamos sin habernos alejado apenas del lugar de donde habíamos partido. Pero el hombrecillo siguió caminando, abriéndose paso por una callejuela, sorteando con mucho cuidado las calabazas y calabacines otoñales que crecían en los trozos de jardín que había tras las casas. Finalmente se detuvo junto a una valla de madera.

—Allí están —señaló—, de allí es de donde salió la sangre.

Me encaramé a las tablas de madera, di un ligero brinco al otro lado, y vi lo que miraba la gente.

Había un agujero en el suelo, una fosa —de unos seis o siete metros de profundidad—, y un puñado de hombres armados con toscas palas cavaba dentro. Cada pocos minutos alguno de ellos extraía un hueso, un trozo de tela o un botón de latón. Entonces daba una voz a otro grupo de hombres que estaban de pie en el borde de la fosa. Los curiosos que se agolpaban alrededor, en su mayoría niños, asomaban la cabeza intentando ver algo, mientras los hombres que rodeaban la fosa abrían los brazos para retenerles. Luego, de forma visiblemente ostentosa, uno de ellos se agachaba para coger el objeto, le quitaba el polvo con su pañuelo y lo llevaba con gran cuidado hasta una larga mesa de fabricación casera instalada allí cerca.

Sobre la mesa, los frutos de aquella labor arqueológica

habían sido sometidos a una macabra forma de organización. Los amarillentos cráneos humanos estaban agrupados en pilas, los más grandes a la izquierda, los más pequeños —quizá cráneos de niños— a la derecha. Algunos de ellos, con agujeros de bala en la frente —junto con uno con la punta de un hacha de metal todavía limpiamente insertada en la nuca—, se exhibían de forma prominente delante de los demás. Al lado de los cráneos había huesos de piernas y brazos clasificados en grupos y cuidadosamente apilados unos sobre otros como si fueran juegos de construcción infantiles. Cerca de los huesos había montones de órganos secos, hígados y pulmones, corazones y trozos de músculo, también clasificados con esmero por tipo y clase. Junto a ellos estaban los botones de latón, de los soldados y de los zapatos y vestidos de las damas, y luego los zapatos de cuero, las botas de montar, los crucifijos de plata, las espadas de los nobles y toda la multiplicidad de monedas —del Tercer Reich, de la Segunda República Polaca, de la Unión Soviética…— que revelaban la confusión de aquellos tiempos.

La fosa estaba en el centro de la ciudad, justo detrás de lo que en otro tiempo había sido el juzgado austriaco. En el otoño de 1939 y el invierno de 1940 el edificio había sido el cuartel general del NKVD, la policía secreta de Stalin y precursora del KGB. Con el fin de asegurarse de que el comunismo arraigara en Galitzia, el NKVD empezó a identificar a determinados tipos de personas de manera sistemática: personas ricas y refinadas, propietarios de grandes granjas o incluso de granjas apenas mayores que huertas familiares, capitanes del ejército y sacerdotes, damas que dirigían coros de iglesias, hombres jóvenes que ejercían la docencia… Uno a uno, fueron arrastrados al juzgado, fusilados o ejecutados de un hachazo en la nuca y finalmente arrojados a la fosa que había al lado. La mayoría eran polacos. Los judíos de Drohóbych corrieron la

misma suerte dos años después.

Tras la mesa, un profesor de biología local con un delantal blanco presidía la horripilante exhibición.

—Esta es la forma científica de actuar —explicó—. Esto nos permitirá estudiar nuestro descubrimiento. Todos sabíamos lo que íbamos a encontrar aquí. Ahora debemos analizarlo.

Admitió modestamente que él mismo había ideado aquel método de clasificación de los hallazgos y, con aire despreocupado, cogió varios restos corporales y los movió de un montón a otro. Su aparente incapacidad para horrorizarse ante todo aquello le confería cierta autoridad: a su alrededor, todo el mundo —tanto los curiosos que pasaban por allí como los encargados de la excavación— le cedía el paso, se apartaba para dejarle pasar. Como él parecía saber qué hacer con aquel terrible tesoro, se inclinaban ante la autoridad superior del maestro y le dejaban apilar los huesos a su antojo en ordenados montones; transcurridos unos minutos, sin embargo, pude ver que también tenían miedo. No había forma de saber lo que implicaba descubrir una fosa con restos humanos, ni de adivinar lo que esta podría revelar. Hacía poco que la civilización había regresado a Drohóbych, y era posible —de hecho, probable— que la ciudad volviera a desvanecerse en la tierra.

A través de los Cárpatos

Desde Drohóbych, decidí hacer autostop.

Un soldado que conducía un camión militar de color verde me llevó hacia las montañas por una carretera que seguía el trayecto del oleoducto, bautizado con el nombre de *Druzhba*, que significa «amistad».

—*Druzhba*, *druzhba*, como usted y yo —me dijo el soldado, visiblemente divertido.

Me apeé en el siguiente desvío, y un director de fábrica que viajaba en un destartalado Lada me llevó el resto del camino.

El director de fábrica se llamaba Markus. Había nacido en Úzhgorod en la década de 1930, cuando la ciudad todavía formaba parte de Checoslovaquia, y crecido allí durante la guerra, después de que fuera ocupada por Hungría. La lengua

de su infancia era el ruteno, pero en la escuela había aprendido a leer en húngaro y a rezar en eslavo antiguo. Conocía palabras en muchas lenguas distintas. Me explicó que «sí» en ruteno era *eino*, mientras que en ruso era *da*, en ucraniano *tak* y en eslovaco *ahno*; eso demostraba —me aseguró— que los rutenos estaban más cerca de los eslovacos que de los eslavos orientales.

Según él, su nombre era italiano y su familia descendía de legionarios romanos. Tenía cinco hermanos.

El mayor se casó antes de la guerra, se trasladó a Budapest y nunca volvió a saber de él.

El segundo hermano se alistó en el ejército checoslovaco y tras la liberación de Praga se fue a Canadá. Durante el largo y difícil periodo soviético nadie había podido escribirle, pero hacía poco Markus había recibido una carta suya. Era posible que pronto aquel hermano viajara a Rutenia. O que Markus pudiera ir a verle.

El tercer hermano fue capitán de la policía checoslovaca, pero durante la guerra se vio obligado a unirse al ejército fascista húngaro. Murió combatiendo a los aliados y la familia no sabía dónde estaba enterrado.

El cuarto hermano se alistó en el Ejército Rojo, ayudó a liberar Praga y regresó convertido en un héroe comunista. Ahora vivía en Kiev.

Markus, el más joven, había sido un niño enfermizo desde que nació y no había combatido. Pero me cantó una canción de guerra, una canción rutena sobre una gaviota que se había perdido en las montañas: «¡Oh, gaviota, qué lejos estás de casa! ¡Rutenia está tan lejos del mar!…».

Sin embargo, él nunca había visto una gaviota.

En Úzhgorod, las viviendas eran las típicas casas de pueblo

cuadradas de Hungría oriental, cada una con su propia huerta, su propia vaca, su propia gallina y su propia vid preñada de uvas blancas y fuertes. En la colina había un castillo húngaro con las torrecillas erosionadas por el viento y una iglesia construida por María Teresa, de la que se decía que amaba a los rutenos por encima de cualquier otro pueblo.

Markus me invitó a cenar, comentándome que los ucranianos jamás exhibían esa clase de hospitalidad. Me dijo que eran como los lobos, que solo se reunían en manadas, en turbas, en mítines, pero nunca hacían cosas tales como invitarse a cenar unos a otros. En todo el mundo —me aseguró—, las buenas naciones estaban situadas junto a las malas. Así, Rutenia —la pequeña, buena y olvidada Rutenia— se hallaba junto a la malvada Ucrania.

Un campesino de piel renegrida me llevó montaña arriba hasta Mukáchevo y me contó una historia sobre el zar Pedro de Rusia.

El día que viajó por primera vez a Mukáchevo —me dijo—, al zar Pedro de Rusia todavía no se le conocía como Pedro el Grande, y aún no se había iniciado el siglo XVIII. Pero el zar Pedro ya era un hombre al que había que tener en cuenta, y llegó acompañado de un gran séquito: boyardos y húsares, aguadoras y prostitutas, caballos, mulas y perros… Los aristócratas húngaros —pues eran ellos los que por entonces gobernaban Mukáchevo— se pusieron en marcha. Había que alojar convenientemente a la corte rusa, de modo que los principales terratenientes del lugar les cedieron su castillo. Había que dar de comer apropiadamente a la corte rusa, así que los campesinos les proveyeron de cabras y conejos silvestres, miel y pan recién hecho. Había que dar de beber a la corte rusa, así que los nobles ordenaron a los monjes que

trajeran una botella tras otra del vino blanco, claro y de sabor intenso, que almacenaban en sus bodegas cerca de Mukáchevo (entonces llamado Mukácheve).

El zar Pedro quedó impresionado. Al marcharse, se declaró más que satisfecho y ordenó a sus sirvientes que cada mes le procuraran una botella de vino ruteno, que debían enviar por correo especial a la corte interina establecida en la nueva ciudad de San Petersburgo, solo para que él pudiera experimentar una vez más el sabor del sol de Rutenia.

Más tarde le repetí la historia al encargado de la bodega de Mukáchevo. Él se encogió de hombros. No sabía si era cierta. Quizá lo fuera o quizá no. Tal vez fuera solo una leyenda.

El encargado era un hombre de tez pálida, cara arrugada y ojos cansados. Era ruteno —«sea lo que sea lo que eso signifique», me dijo, volviendo a encogerse de hombros—, pero hablaba ruso con un leve acento, trastabillando un poco en las palabras difíciles. Era un hombre receloso. Al principio no quería enseñarme la bodega. Era sábado —me aseguró—, y los extraños tenían prohibido el acceso. Yo le dije que quería exportar el vino a Polonia. Se le iluminó la mirada: *exportar* era la palabra mágica.

Descendimos por una escalera larga y estrecha. Alargué el brazo para tocar las paredes; estaban húmedas, como si hubiera llovido bajo tierra. El aire tenía un aroma dulzón, teñido de un tenue olor a uvas podridas.

Abajo, el suelo se aplanaba y varias hileras de gigantescos barriles de madera, todos ellos más altos que un hombre, se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El encargado me dijo que tenían más de un kilómetro y medio de extensión, aunque no había tantos como antaño. Los barriles, fabricados con la madera de los abedules de la zona, estaban concebidos para

durar veinte años, pero la mayoría de ellos no habían sido reemplazados desde la guerra. Algunos habían llegado a durar hasta treinta años, otros incluso cincuenta. Tenían fugas y el aire se filtraba en su interior, de modo que el vino ya no tenía el mismo sabor que antes.

De todos modos, solo uno de cada diez barriles estaba lleno, ya que cada año había menos uvas. Todo había empezado con la campaña contra el alcohol: Gorbachov le había dicho a la gente que cortara los viñedos y la gente le había obedecido. Luego se acabó la planificación central, ya no había razón para seguir produciendo nada. Pronto ni siquiera habría vino.

Al llegar a la parte más baja de la bodega, el encargado sacó su mechero y lo aceró a la pared para revelar una tosca inscripción grabada en una escritura que parecía casi rúnica. Había una fecha en números romanos, 1557, y dos firmas: las de los padres Stefan y Dominic. Aparte de eso —me dijo el encargado—, nadie había podido descifrar la inscripción.

Su voz se redujo a un susurro:

—Es un misterio. Es una lengua antigua. Nadie sabe descifrarla.

Me fijé con más atención y descubrí que la lengua no era otra que el latín.

En otro tiempo, un tren de vapor unía Úzhgorod, capital de la provincia austrohúngara de Rutenia, con Czernowitz, capital de la provincia austrohúngara de Bucovina; una distancia de apenas unos cientos de kilómetros. El tren siguió funcionando aun después de 1918, cuando Úzhgorod se convirtió en la capital de la provincia checoslovaca de Rutenia, y Cernăuți (Czernowitz), en la capital de la provincia rumana de Bucovina. Pero desde 1945, cuando tanto Úzhgorod como Chernivtsí (Czernowitz) se incorporaron finalmente a la República

Soviética de Ucrania, el tren había dejado de conectar las dos ciudades.

En Úzhgorod decían que la culpa era de dos de los generales de Stalin. En 1945 estos habían conquistado Checoslovaquia oriental y Rumanía, y lo celebraban trazando la frontera entre Ucrania y esos dos países.

La noche era oscura. El bosque estaba en calma. Sobre la mesa había un mapa y una botella de vodka en el centro. «¡A tu salud!», le dijo el primer general al segundo. «¡A la tuya!», respondió el segundo general al primero. Empezaron a beber y a dibujar. Al amanecer todavía seguían bebiendo, pero el mapa estaba terminado.

Era un bonito mapa. Checoslovaquia tenía una nueva frontera que ya no incluía a Rutenia, su punta oriental. Rumanía tenía una nueva frontera, ahora sin Bucovina, su franja septentrional. Los límites de Ucrania se habían ampliado de modo que ahora tenía un enclave en el extremo más alejado de los Cárpatos. Todo era perfecto; todo, excepto la frontera entre Ucrania y Rumanía, que oscilaba un poco. O, mejor dicho, que oscilaba bastante, moviéndose de un lado a otro de las antiguas vías del tren austriaco.

Dado que ahora las vías quedaban a ambos lados de la frontera, el tren resultaba inútil. O al menos así era como la gente de Úzhgorod explicaba que no hubiera tren a Chernivtsí.

Ahora era imposible —decían— viajar entre Úzhgorod y Chernivtsí, dos ciudades ucranianas que antaño habían sido dos ciudades Habsburgo. A nadie se le ocurriría ir en coche de una a otra por las terribles carreteras que cruzaban los Cárpatos. A nadie, salvo a dos húngaros: Kálmán e István.

Kálmán e István: ambos con gafas de sol de espejo y chaqueta de cuero. Kálmán: esbelto y de estrecha cintura, con el cabello

rubio suelto propio de un dandi de la *belle époque*. István: muy alto, muy moreno, ancho de hombros y de manos grandes. Tenían que ser dos —me dijeron— porque en el camino podías tropezarte con bandidos. Antes de partir prepararon el dinero: cincuenta dólares en efectivo. Era más de lo que yo había gastado en todo el mes anterior. Pero el viaje valdría cada céntimo, me aseguró Kálmán, mostrándome con orgullo su Ford.

Solo había un problema: no había gasolina. No había donde comprarla. Ni legalmente, ni en el mercado negro, ni en ningún sitio. No se preocupe —dijo Kálmán—: somos húngaros, sabemos cómo hacer las cosas; los húngaros soviéticos sabemos cómo hacer de todo en el sistema soviético, somos los únicos que hemos podido con él. Justo a las afueras de la ciudad, István detuvo el Ford junto a un pequeño grupo de chozas de madera, caravanas y tiendas del ejército: era un campamento gitano. En un campo embarrado que había al lado pastaban varios caballos con los ojos desorbitados y las costillas visiblemente marcadas bajo la piel. El aire estaba impregnado de un olor, no especialmente desagradable, a humo, fuego y carne cocinada.

—¡Ese olor!… —exclamó István, emitiendo un ruido como si tuviera arcadas—. ¡No soporto su olor!

Kálmán abrió la portezuela del coche, se acercó a una de las chabolas, golpeó con el puño la puerta, hecha de metal procedente de chatarra, y desapareció en el interior. Unos minutos después salió acompañado de un hombre menudo y moreno.

—Lleva estas —le dijo Kálmán al hombre, al tiempo que le entregaba dos grandes latas metálicas.

Luego volvió a desaparecer en la choza, esta vez seguido de István.

El hombre trajo las latas al coche. Me miró, entornó los ojos,

encendió un cigarrillo y permaneció en silencio. Al cabo de un rato se quitó el cigarrillo de la boca, lo tiró al suelo y lo pisoteó. Después cogió una de las latas y vertió su contenido en el coche.

Kálmán e István volvieron a salir.

—Ya puede marcharse —le dijo Kálmán al hombre.

Este me miró de nuevo, se dio la vuelta y se alejó, llevándose la lata de gasolina vacía. Kálmán puso la otra, la que estaba llena, en el asiento trasero del coche.

Nos pusimos en marcha.

—Me han hecho dejar un depósito por la lata —protestó István—. ¡Gitanos cabrones!

—¡Gitanos cabrones! —coincidió Kálmán.

Luego mascullaron varios juramentos en húngaro entre ellos.

Pasado Mukáchevo, la carretera ascendía entre colinas de color pardo y verdes prados. El barro había penetrado en el asfalto, y el asfalto se había desparramado colina abajo. El Ford rebotaba y chapoteaba de bache en bache. Al cabo de un rato la carretera pareció perder parte de su lógica: giraba y oscilaba sin razón aparente, atravesando aldeas y diminutas granjas. Durante un rato discurrió entre viñedos; luego, a medida que se hacía más empinada, fueron quedando atrás. En su lugar aparecieron huertas pulcramente cuidadas, con árboles salpicados de fuertes manzanas verdes, peras minúsculas y oscuras ciruelas, al tiempo que las cuadradas y sobrias casas rurales húngaras daban paso a las alambicadas viviendas de madera de los montañeses.

En los altos Cárpatos cada valle habla un dialecto distinto y cada pueblo tiene su arquitectura propia. Pasamos por una región donde los habitantes pintan cuadros en los muros. A cada paso aparecían representados una niña y un niño, o un

niño y una vaca, o un campesino, presumiblemente el propietario, en las paredes de un granero o de un cobertizo empleando colores planos primarios. Varios kilómetros más allá los lugareños dejaban de pintar cuadros, pero, en cambio, construían todas sus casas con techos altos y puntiagudos diseñados para evitar que se acumulara la nieve en invierno. Unos kilómetros después, llegamos a un pueblo en el que cada centímetro de madera de cada casa estaba cubierto de tallas: hojas, copos de nieve, diseños geométricos… Cada casa parecía competir con la siguiente, parecía querer ser más elaborada que su vecina. Una de ellas, que se alzaba solitaria en una colina por encima del pueblo, estaba completamente cubierta de pequeños espejuelos que recogían chispas de luz solar, resplandeciendo con un brillo trémulo como una joya tallada en proporciones exóticas.

—Ahí está la frontera —dijo István, cambiando abruptamente de nuevo al ruso—. Mire, se puede cruzar.

Justo al lado de la carretera discurría una fina valla de metal, pero no se divisaba ni un solo guardia ni un solo nudo de alambre de espino.

—¿Para qué? —repuso Kálmán—. Nadie quiere ir a Rumanía. Es peor allí que aquí.

De nuevo guardaron silencio. Pasamos junto a una casa que tenía las paredes, el techo y la puerta recubiertos de lo que parecía ser papel de aluminio.

—¿A qué se dedica? —La pregunta iba dirigida a Kálmán.

Este soltó una leve risotada.

—Yo comercio.

István sonrió a su vez.

—Yo trabajo con dinero —dijo—. Me dedico a la compraventa de divisas.

Ambos eran estraperlistas y pasaban buena parte de su tiempo yendo y viniendo entre Úzhgorod y Hungría.

—Pero ya casi no vale la pena —añadió Kálmán—. Antes hacías un buen negocio trayendo vídeos y sacando piezas de maquinaria. Pero ahora los trenes son tan caros que están dejando sin trabajo a los estraperlistas.

En Hungría la vida era dura. Los salarios eran bajos, los precios altos, era difícil conseguir trabajo. Todos los húngaros soviéticos —y todavía había unos cuantos miles de ellos— intentaban emigrar, pero no era fácil salir adelante. Al menos en Úzhgorod un poco de dinero todavía daba para mucho. Si tenías unos cuantos dólares, vivías bien.

En ese momento me di cuenta de que Kálmán tenía un enorme moratón en un ojo.

—¿Qué le ha pasado?

—Ellos eran dos —respondió, y volvió a reír.

De vez en cuando la carretera cruzaba de un lado a otro de las vías del tren. Aunque los pasajeros ya no podían utilizar la línea Úzhgorod-Chernivtsí, las empresas estatales que importaban productos húngaros a Ucrania podían usarla libremente. En cuatro ocasiones tuvimos que detenernos para que pasara un tren, y en las cuatro István se desplomó sobre el volante.

—¡Soviéticos cabrones! —espetó.

—¡Soviéticos cabrones! —coincidió Kálmán.

Pasamos por Just —denominada Huszt en húngaro—, una ciudad que alcanzó brevemente la fama no mucho después de que en Múnich, en 1938, Hitler dividiera Checoslovaquia en pedazos. En ese momento los Sudetes pasaron a formar parte de Alemania; Bohemia y Moravia se convirtieron en protectorados alemanes; Eslovaquia siguió siendo independiente, pero bajo un Gobierno pronazi.

Rutenia, el extremo oriental de Checoslovaquia, pasó a ser

una provincia autónoma regida por un político y sacerdote uniata, monseñor Voloshin, y Just, una ciudad rutena, se convirtió en el centro de un amplio y costoso proyecto propagandístico. Desde allí, Hitler esperaba incitar a la rebelión a la población ucraniana de Polonia. Para ello acudieron a la ciudad montones de profesores formados en las modernas escuelas de fascismo y nacionalismo de Berlín a fin de dar conferencias sobre la gran patria ucraniana; se exhibieron símbolos ucranianos y nazis; se organizó un regimiento de tropas de asalto rutenas denominado «Sich»; se ondearon banderas, se gritaron consignas y se llamó a la población a alzarse en armas.

Pero en marzo de 1939 Hitler se había cansado del plan. Tenía proyectos mejores y de mayor envergadura. De modo que cedió Rutenia a los húngaros. Ese mismo año el ejército húngaro entró en la región, y los campesinos de Just volvieron a dedicarse a cuidar de sus ovejas.

Pasamos cerca de Miková, el pueblo donde vivieron Andréi Warhola y Julia Zavacka en los primeros años del siglo XX. Andréi era un agricultor rico para los estándares locales, con una casa, un caballo y sus propios pastos. Un día Andréi vio a Julia trayendo trigo de los campos de su padre y quedó impresionado por su belleza.

«¿Quién es esa muchacha?», le preguntó a una mujer que estaba junto al campo.

«Es mi hija, Julia, y se convertirá en tu esposa», le respondió la mujer.

Nadie le había preguntado a Julia qué opinaba, pero el tamaño de la casa de Andréi, su caballo y sus pastos ya habían convencido a su madre. Eso bastó: Andréi y Julia se casaron al poco tiempo, en algún momento de 1908. Unos años después,

Andréi cruzó la frontera polaca y puso rumbo a Estados Unidos, tras prometerle a Julia que le enviaría dinero para que se reuniera con él.

Pasaron nueve años. Andréi consiguió un trabajo en una mina de carbón de Pennsylvania, y luego otro como obrero de la construcción; vivía en una parte de Pittsburgh llamada Ruska Dolina, el Valle de Rutenia. Debía enviarle dinero a Julia para que se pagara el pasaje a Estados Unidos, pero el dinero no llegaba. Finalmente, en 1921, Julia pidió dinero prestado a su párroco local para reunirse con su esposo.

Ambos tuvieron un reencuentro sorprendentemente gozoso, del que nacieron tres hijos.

Los tres tuvieron éxito en la vida: Paul se dedicó a la compraventa de chatarra; John trabajó como dependiente en Sears y Andrew, aunque enfermizo de niño, fue a la universidad y estudió artes gráficas. Julia nunca llegó a aprender bien el inglés, pero complementó los ingresos familiares haciendo ramos de flores de imitación con latas de sopa y papel crepé. Y los domingos rezaba en la iglesia católica griega.

Más adelante en su vida, Andrew se convirtió en Andy y eliminó la vocal del final de su apellido.

«Vengo de ninguna parte», solía decir Andy Warhol a la gente.

Pasamos por Slatinské Doly, el pueblo donde en 1923 nació Ján Ludvik Hoch. Cuenta la leyenda que Slatinské Doly era tan pobre que sus habitantes no podían permitirse tener un cementerio: o emigraban, o los pájaros se comían sus cadáveres. El joven Hoch daba de sí todo lo que podía. Estudiaba en la *yeshivá* local; trabajaba en el jardín de su madre y, cuando había luna llena, ayudaba a su abuelo a

introducir caballos y ganado vacuno de contrabando en Rumanía. Sin embargo, era demasiado brillante y ambicioso para quedarse en el pueblo, y en 1939, cuando Rutenia pasó a formar parte de Hungría, Hoch puso rumbo a Budapest, donde se le perdió el rastro.

Según una versión de la historia, allí conoció a un grupo de soldados checos que se dirigían a Francia vía Zagreb y Palestina, y se fue con ellos.

Según otra, se alistó en el ejército checo, luchó contra los alemanes y los rusos en Europa oriental y luego se retiró a través de Bulgaria y Grecia.

Y según una tercera, dirigió a un grupo de voluntarios checos que atravesaron Hungría y entraron en Yugoslavia; allí fue detenido, torturado y golpeado por los nazis, y solo escapó de la muerte gracias a la intervención del embajador francés.

Fuera como fuese, al terminar la guerra Hoch tenía un nuevo nombre: Robert Maxwell. Cuarenta y cinco años después se había convertido en el dueño de un vasto imperio mediático —integrado por periódicos canadienses, tabloides británicos, el neoyorquino *Daily News*, prensa israelí, prensa húngara, editoriales científicas e innumerables conglomerados de medios de comunicación— y había acumulado deudas por valor de tres mil millones de libras esterlinas que no tenía forma de pagar. Después de haberlo intentado todo (incluso robó dinero del fondo de pensiones de sus propios trabajadores) se arrojó por la borda de su yate, y fue enterrado con honores en el Monte de los Olivos, en Israel.

Llegamos a otro pueblo donde repentinamente las casas pasaban a ser de mayor tamaño, tenían amplios tejados pentagonales y las puertas eran más elevadas de lo habitual.

—Alemanes —comentó István—. Este es un pueblo alemán.

No era imposible: en esta parte de Europa habían vivido agricultores sajones desde la Edad Media. Tras la guerra, los

gobiernos de Alemania Occidental les habían ayudado a regresar a territorio alemán.

Luego Kálmán e István volvieron a guardar silencio. Las sombras de los pinos se fueron haciendo cada vez más y más alargadas hasta que la luz desapareció por completo. La carretera parecía interminable, y daba la impresión de que las sacudidas del coche no iban a cesar jamás. De vez en cuando István daba un brusco bandazo para evitar atropellar a un anciano en bicicleta o a algún perro.

—¡Campesinos cabrones! —juró en ruso.

—¡Campesinos cabrones! —coincidió Kálmán.

Seguimos avanzando despacio y en silencio por aquella infame carretera durante muchas horas. Solo entrada la noche, cuando las montañas retrocedieron, el terreno se aplanó y dejamos atrás aquellos adornados pueblos, István y Kálmán parecieron animarse. En Kolomyia, antaño una de las grandes y más remotas ciudades judías del Este, una enorme sinagoga dominaba el centro de la población.

—¡Judíos cabrones! —espetó Kálmán.

—¡Judíos cabrones! —coincidió István, y paró el coche—. Nos detenemos aquí —añadió.

—¡Si todavía no hemos llegado! —protesté.

—Pero nos hemos quedado sin gasolina —repuso Kálmán—. Nos detendremos a dormir aquí. O se queda a dormir con nosotros, o tendrá que dormir en otro sitio.

En Kolomyia no había hoteles, y era bien pasada la medianoche; habíamos recorrido casi doscientos cincuenta kilómetros en dieciséis horas.

—De acuerdo —respondí, y me eché a dormir en el asiento trasero.

Kolomyia se hallaba en el corazón de lo que los polacos

llamaban «Polska B», esto es, la Polonia inferior, la Polonia subdesarrollada. A la mañana siguiente entré en un bar y pedí un café. El propietario me miró con expresión curiosa y me dio un té.

—*Kofe… nyet* —dijo.

Inexplicablemente, en la plaza mayor había docenas y docenas de taxis. Dejé a Kálmán e István en busca de gasolina y me puse a regatear con uno de los taxistas para que me llevara a Chernivtsí. Una vez acordado el precio, pronto nos encontramos fuera de la ciudad.

Habíamos salido de los altos Cárpatos, pero el terreno seguía siendo llano y accidentado, y mucho más deshabitado que en el norte. Durante una hora, más o menos, me dediqué a mirar por la ventanilla: la tierra parecía arenosa y estéril; el negro suelo ucraniano había quedado atrás.

Entonces, de repente, el taxista redujo la velocidad.

—Chernivtsí está lejos, muy lejos —me dijo, y añadió que no sabía si teníamos suficiente gasolina para llegar.

Meneó la cabeza, detuvo el coche en la cuneta y apagó el motor. Las solitarias tierras de cultivo nos rodeaban por todas partes como un desierto.

—Creí que habíamos acordado…

Miré al taxista, y él me devolvió la mirada. Estaba muy sucio: tenía manchas negras detrás de las orejas, unas líneas negras alrededor del cuello y franjas negras en los bordes de las mangas. Le relucía la calva con un brillo grasiento. Lentamente giró la llave en el contacto. El motor emitió un leve gruñido como respuesta. Volvió a apagarlo y se giró hacia mí, apoyándose en la puerta del copiloto. Abrió los ojos como platos.

—Si no quiere pagar, puede bajarse aquí —señaló por la ventanilla los campos vacíos— y caminar.

Pero, cuando cogí mi cartera, me agarró la mano y me

detuvo.

—¡Es broma! —exclamó, y empezó a reírse como un loco.

Giró de nuevo la llave, y el coche, un viejo Mercedes, volvió a coger velocidad entre petardeos y eructos.

En ese momento me di cuenta de que el taxista llevaba unos números tatuados en los nudillos con tinta azul: 7-8-4-6.

—La cárcel —me explicó—. Yo era joven y estúpido.

No quiso darme más detalles.

Él era ucraniano, pero afirmaba con orgullo que no hablaba ni una palabra de aquella lengua.

—Solo ruso, solo ruso —me repitió.

—¿Cuál es su nacionalidad? —me preguntó.

Temiendo parecer demasiado rica, o demasiado extranjera, le respondí con cautela:

—Polaca.

—¡Polaca! ¡Creía que era americana!

¡Ah!, Estados Unidos sí que era un país decente. Grande, progresista, emocionante… no como Ucrania, que era lenta y atrasada. Aprender ucraniano era una pérdida de tiempo y él tenía cosas más importantes que hacer, como intentar emigrar a Alemania. Había estado allí una vez. Allí todo el mundo tenía un Mercedes, pero no un Mercedes viejo como el suyo, sino uno nuevo y flamante.

—¡Almacenes llenos de cosas! —exclamó, y abrió los brazos de par en par, dejando que el coche se desplazara al carril contrario.

—¡Es broma! —exclamó de nuevo, y volvió a reír, mientras tiraba del volante hacia delante y hacia atrás y lo giraba a derecha e izquierda, haciendo chirriar el coche por el esfuerzo. Estuvimos a punto de chocar contra un roble.

Para compensarme por ello, dio un largo rodeo hasta Jotín.

—Polaco —precisó, cerrando la puerta del coche.

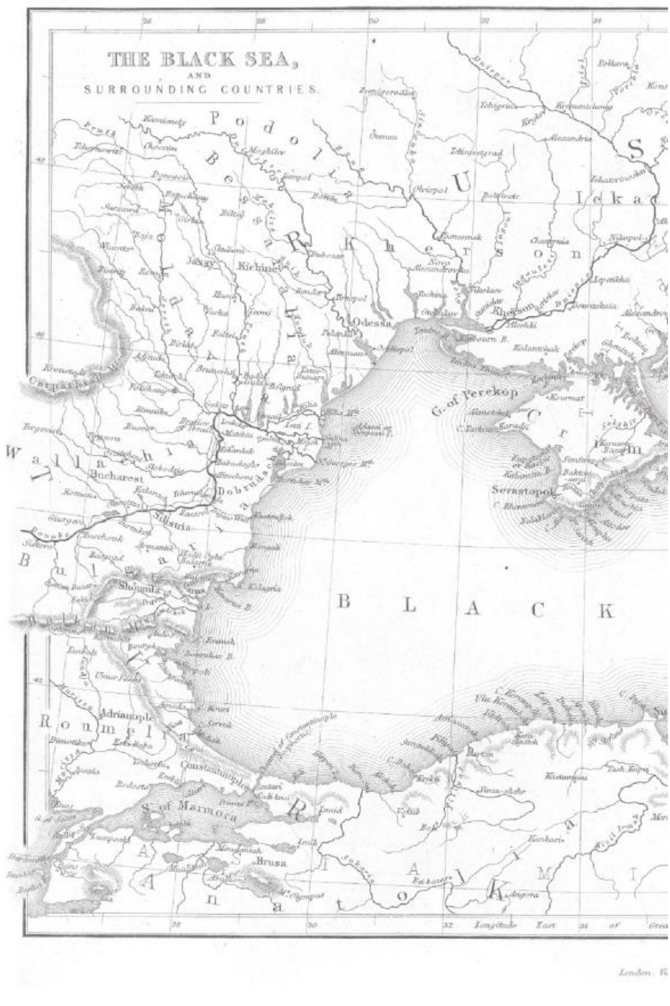
Yo había visto el monumento a la batalla de Jotín —o

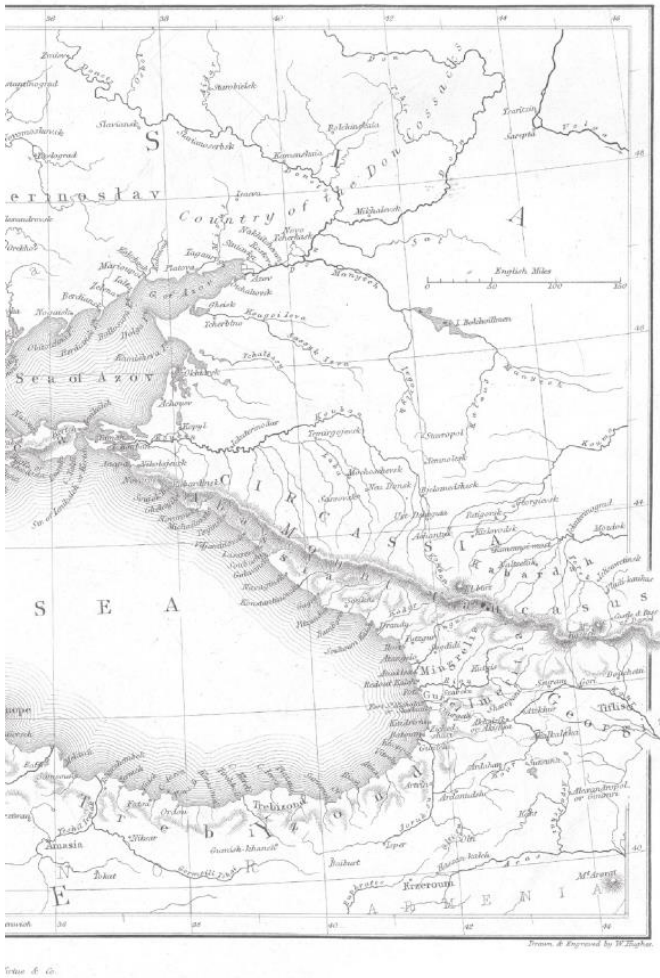
Chocim, como la llamaban los polacos— en la pequeña iglesia parroquial de Nowogródek: los nueve hombres decapitados con sus cabezas rodando por el suelo junto a ellos. Pero no sabía nada del castillo.

Y ahora, de repente, allí estaba, alzándose erguido y silencioso en la orilla del río, como una aparición inesperada, como el castillo de un libro de cuentos. Jotín era alto y blanco, con gruesos muros, robustas torrecillas y amplias almenas. Unos arquitectos genoveses lo habían construido originariamente para los turcos, y sin duda había algo de italiano en sus gráciles torres redondas y sus altas ventanas. Rodeado de casas de campo medio en ruinas, Jotín se hallaba extrañamente fuera de lugar, como una dama de alta cuna que de repente se encontrara viviendo en los barrios bajos. El castillo estaba tan bien construido que ni la desaparición de la Mancomunidad de Polonia, ni la escisión del Imperio otomano, ni la desintegración de Austria-Hungría ni la muerte del zar habían podido derribarlo. Subí todo lo que pude por la escalera semiderruida. Desde las ventanas de la torre, el ancho Dniéster parecía superponerse a las verdes tierras de cultivo como una fina cinta azul.

Recóndito y olvidado, el castillo de Jotín seguía custodiando la antigua frontera entre Polonia y el Imperio turco. Marcaba el final de las antiguas *kresy*, el límite exterior de las ancestrales tierras fronterizas.

—Yo lo demolería —me aseguró el taxista, pateando una de las paredes con su pesada bota negra—. Lo demolería todo y vendería los ladrillos. ¿De qué le sirve a nadie ahora?


THE BLACK SEA,
AND
SURROUNDING COUNTRIES.
Podolia
Bessarabia
Moldavia
Wallachia
Bulgaria
Roumelia
Anatolia
Kherson
Odessa
Kherson
Kichinef
Jassy
Bucharest
Silistria
Shoumla
Adrianople
Constantinople
S. of Marmora
Brusa
G. of Perekop
Sevastopol
B L A C K
Longitude East of Grea
London




William Hughes, «The Black Sea, and Surrounding Countries», *c* 1840-1844.

CUARTA PARTE

# CIUDADES ISLAS

## Chernivtsí/Czernowitz/Cernăuți

> Con respecto a la Bucovina, estaba aislada de todo, como un absurdo fragmento de territorio para el que no podía haber ninguna explicación racional.
>
> A. J. P. TAYLOR

Estrictamente hablando, las tierras de Bucovina no se enmarcan en la Europa central, sino en los Balcanes. En Chernivtsí, la capital de la región, las fachadas eran de estilo Habsburgo, pero los colores y los vientos cálidos dejaban entrever algo más: aquella mañana me sentí como si hubiera cruzado una línea invisible y hubiera entrado en el Sur.

El aire estaba impregnado del olor característico de la fruta semipodrida y la excesiva abundancia de hortalizas algo pasadas. Los sauces llorones dejaban caer sus largos brazos sobre las calles, mientras las enredaderas en flor se enroscaban en los cables del teléfono y los balcones de estilo italiano

trepaban por las grietas de las paredes y se metían en los portales. Incluso los rostros de la gente habían cambiado. Las muchachas eran menudas y morenas como las sicilianas, y llevaban el cabello teñido de un rojo intenso o les colgaba en largas trenzas negras por la espalda. Algunos de los hombres tenían la piel morena y se dejaban abierto el cuello de la camisa; otros iban vestidos con trajes almidonados y sombreros grises. Llevaban bastones, o botellas de oscuro vino tinto, o pasteles envueltos en cajas atadas con cordel. Las mujeres se asomaban a las ventanas y, a través de los patios llenos de ropa blanca tendida, llamaban a voz en grito a sus hijos, que les respondían también a gritos. No parecía haber tráfico rodado. Todo el mundo iba andando, como si Chernivtsí no fuera una ciudad de varios cientos de miles de habitantes, sino un pueblo grande.

Allí la gente se movía despacio y pensaba despacio. Frente a la antigua Deutsches Haus, el centro de la antigua comunidad alemana, una mujer me aseguró que a Chernivtsí no le interesaba en absoluto la nueva política, el ruido y el alboroto que llegaba a veces de Moscú, a veces de Kiev o a veces de Bucarest.

—Aquí abajo —me dijo— preferimos que nos dejen en paz.

En un bloque de pisos situado en una de las calles más tranquilas de la ciudad, estuve comiendo en casa de un profesor que era amigo de un amigo. Su regordeta esposa me sirvió un vino local y luego nos asomamos al patio, donde las palomas dormitaban a la sombra.

Cuando le pregunté por su nacionalidad se encogió de hombros.

—Mi madre era judía y mi padre era ucraniano. Yo hablo y escribo en ruso.

En Chernivtsí —añadió— eso no importaba. Hasta la fecha, allí el nacionalismo no hacía daño a nadie.

El profesor me explicó que habían pensado en marcharse, pero al final habían decidido no hacerlo.

—Aquí se está tranquilo… y es demasiado tarde para que vayamos a ninguna parte. En lugar de ello, leeremos libros sobre el mundo. Ahora podemos conseguir buena literatura de Occidente. ¿Para qué habríamos de ir allí?

Su mujer asintió.

—Es demasiado tarde para que cambiemos —apostilló.

La ciudad parecía atrapada en una especie de vacío, reacia a avanzar; quizá siempre había sido así. En la Edad Media, el ducado de Bucovina había sido una provincia polaca remota y no especialmente bien gobernada (los nobles polacos intentaron sin éxito esclavizar al campesinado moldavo), pero entre los primeros y más memorables conquistadores de la región —y de Chernivtsí, su capital— destacaban, con mucho, los otomanos. Aunque hacía largo tiempo que estos se habían marchado, su influencia seguía viva: era como una corriente subterránea, como el exótico subconsciente de la ciudad. Su presencia se manifestaba en los arcos y cúpulas turcas y los suelos de baldosas decoradas de las iglesias ortodoxas, en la explosión de mármol y piedra de colores que cubría las paredes de la universidad —un enorme edificio diseñado por Josef Hlávka, el arquitecto de la Ópera de Viena—, en el tono algo más oscuro de la piel de la gente, y quizá también en su apatía.

Desde entonces, la ciudad había cambiado de manos varias veces más, pero nunca había llegado a pertenecer a nadie por completo, y nunca había perdido su carácter indolente, aislado y peculiar. En 1775 el Imperio otomano cedió Bucovina a los Habsburgo como compensación por la mediación del emperador en la guerra ruso-turca. En su nueva encarnación, Chernivtsí pasó a convertirse en Czernowitz, una de las legendarias ciudades germanoparlantes del Este, una avanzadilla del imperio, siempre sospechosa y algo turbia.

Czernowitz atraía a criminales y mercachifles, a gentes que no encajaban en ningún otro sitio. La ciudad conservó su talante cínico y escéptico, y sus habitantes nunca sucumbieron a la pomposidad imperial.

La lealtad de la ciudad a Viena era objeto de un constante escrutinio. Los austriacos que iban a establecerse allí a menudo adoptaban las costumbres autóctonas, retirándose al agreste aislamiento de sus fincas para pescar, cazar, dejarse crecer el pelo y farfullar en los dialectos ucranianos y rumanos de sus campesinos. Los judíos que fijaban su residencia en Czernowitz se convertían en objeto de burla por parte de los judíos de otros lugares debido a su provincianismo y al sonido gutural de su yidis. Y los polacos y húngaros que iban a parar allí eran siempre sospechosos de poseer instintos criminales. Con fama de sucia, remota y excesivamente confiada, como suelen serlo las capitales provincianas, Czernowitz se convirtió en el blanco de los chistes en toda Galitzia:

> Un habitante de Czernowitz le dice a otro:
> —¿De dónde has sacado ese abrigo tan bonito?
> —De París.
> —¿De verdad? ¿Y a qué distancia está París de Czernowitz?
> —A unos mil kilómetros.
> —¡Qué provincia, y qué bien hacen las cosas!

En 1919, Czernowitz volvió a cambiar de manos. Rebautizada ahora como Cernăuți, la ciudad se convirtió en capital de la provincia de Bucovina en el Reino de Rumanía. Según el mito rumano, los antiguos dacios —los antepasados de los rumanos— tenían aquí su origen: se afirmaba, pues, que Bucovina era la cuna de la cultura rumana, de la nación rumana. Pero la propia Cernăuți siguió hablando en alemán hasta la Segunda Guerra Mundial, y la ciudad despreció el

descarado nacionalismo de los dirigentes rumanos como un aristócrata despreciaría los progresos de un nuevo rico. Durante veinte años, la ciudad apenas se tomó la molestia de cambiar la doble águila de los Habsburgo por el escudo de armas rumano en los edificios públicos. Escribe el novelista Gregor von Rezzori, que creció allí:

> De hecho […] el interludio rumano fue poco más que un nuevo cambio de vestuario en un escenario digno de opereta. Los uniformes de los lanceros austriacos fueron reemplazados por los de los Roșiori rumanos, la infantería no tenía nada destacable de todos modos, y a toda la transformación no se le dio mayor importancia de la que se le da al cambio de decorado en el teatro municipal entre *La condesa Maritza* y *El barón gitano* o *El estudiante mendigo*.

Para su obra de ficción, Von Rezzori se inventó una versión imaginaria de Czernowitz a la que llamó *Czernopol*: un lugar de nacionalidades y pueblos fluctuantes. Como Czernowitz/ Cernăuți, Czernopol era de naturaleza mudable. Daba igual la frecuencia con la que cambiaran sus colores nacionales, daba igual que la ciudad fuera objeto de germanización o de rumanización, que se izaran o arriaran banderas en el ayuntamiento, que se rediseñaran los sellos, las monedas y los uniformes de la policía: la esencia rumana-húngara-ucraniana-polaca-judía-alemana de la ciudad (Von Rezzori la califica de «demoniaca») parecía capaz de sobrevivir a cualquier imperio. Czernowitz seguía siendo un lugar en el que podían sobrevivir juntas diferentes naciones sin importar cuál de ellas ostentara el poder. Czernowitz —se decía la gente— siempre sería capaz de asimilar a sus conquistadores.

Después de la Segunda Guerra Mundial se produjo un nuevo cambio. El ejército soviético invadió Bucovina y la anexionó a Ucrania. Cernăuți fue rebautizada como Chernovtsý, o Chernivtsí para los ucranianos. La rusificación y la

ucranización sustituyeron a la rumanización que antes había sustituido a la germanización que antes había sustituido al dominio otomano. De nuevo se impusieron estrictas normas lingüísticas y se prohibió hablar rumano. Pero esta vez la ciudad también quedó aislada. Se cortaron las líneas ferroviarias a Viena y Bucarest (e incluso a Úzhgorod). Se deportó a alemanes y rumanos, y se trajo a ucranianos y rusos de fuera para dar una apariencia más soviética a la ciudad.

Aunque siempre había tenido un carácter remoto, ahora Chernivtsí se hizo casi inaccesible desde el mundo exterior. Las carreteras procedentes de Kiev y Moscú, apenas utilizadas en el pasado, eran malas y resultaba difícil circular por ellas. Lviv y Chisináu, las grandes ciudades más próximas, apenas eran menos provincianas, y además quedaban bastante lejos. Chernivtsí desapareció de escena como un animal en hibernación.

Por la tarde, la esposa del profesor sirvió té de una agrietada tetera de estilo inglés y encendió las velas que había en la repisa de la chimenea, justo bajo el retrato de su suegro. Su rostro redondo y sonrosado brillaba a la luz de las velas.

—Era un auténtico *gentleman* —me aseguró; hablaba en ruso, pero pronunció la palabra *gentleman* en inglés.

—Y un auténtico ruso —añadió su marido—. Mi padre fue educado para amar la lengua rusa.

Ambos enmudecieron, y los tres alzamos la vista hacia el cuadro. Un hombre delgado de pelo canoso, con un traje negro y unas gruesas gafas también negras, nos miraba fijamente. Su rostro no reflejaba expresión alguna y sus ojos no revelaban nada. Nacido en San Petersburgo, el padre del profesor había sido miembro de la última generación de auténticos intelectuales rusos, amigo de los poetas y escritores que

llenaban los salones de la ciudad a principios de siglo. De joven estudió en la universidad, hizo sus pinitos en teosofía, debatió sobre el arte por el arte y en cierta ocasión le presentaron a la poetisa Anna Ajmátova. Llegó a publicar poemas breves en un pequeño periódico. Cuando vino la Revolución, los bolcheviques le parecieron gente de mal gusto, pero no se atrevió a abandonar la tierra donde se hablaba ruso. Para no meterse en líos, cambió su especialidad de la literatura moderna al eslavo antiguo, se trasladó a Moscú y empezó a enseñar historia de la gramática rusa en la universidad. Como otros, dejó de publicar, luego dejó de escribir y finalmente dejó de declamar poesía en voz alta.

No es que fuera el único: para cuando empezaron las purgas, ni la gran Ajmátova escribía ya sus poemas en papel; en lugar de ello, se los aprendía de memoria y pedía a sus amigos que también los memorizaran. Pero el padre del profesor era aún más cuidadoso: ni escribía sus poemas ni se los confiaba a nadie más. Para evitar pronunciar palabras peligrosas, guardaba silencio, y con este método sobrevivió a las purgas y a la guerra.

Inevitablemente, las autoridades sospecharon que albergaba sus propias ideas, así que decidieron ponerle a prueba. A finales de la década de 1940 le pidieron que denunciara a cierto especialista lingüístico judío que promovía el pensamiento cosmopolita en su trabajo.

El padre del profesor no quiso hacerlo. En lugar de ello, recuperó su talento para la poesía del lugar donde lo había escondido y pronunció un discurso breve y conmovedor. Un profesor ruso no tenía nada suyo —afirmó—, ni especialistas que le ayudaran, ni libros, ni pluma, ni papel; pero había algo que sí podía tener. Se puso en pie: «Un profesor ruso todavía puede tener algo de orgullo», declaró, negándose a denunciar a su colega.

Los tres directivos universitarios a quienes iba dirigido el discurso dieron la espalda al padre del profesor y le denunciaron como enemigo del pueblo. Poco después descubrieron que acababa de habilitarse un puesto de docente de lengua y literatura rusa en Chernivtsí, recién adquirida a Rumanía. Las autoridades planeaban colonizar la ciudad con eslavos para erradicar la influencia rumana: usted —le dijeron — contribuirá a restituir Bucovina a sus raíces eslavas. Sin protestar, como siempre, el padre del profesor hizo las maletas y se marchó.

Chernivtsí no podía ser más diferente de Moscú. La universidad estaba casi vacía. El profesorado alemán había escapado o perecido en campos, mientras que el rumano se había trasladado a Chisináu, donde todavía estaba permitido leer y escribir en su lengua. Los rusos eran en su mayoría oficiales del ejército e ingenieros. Durante varios años, el padre del profesor fue el único docente de literatura en toda la universidad. Mantuvo una estricta dieta intelectual a base de Tolstói, Dostoievski y Pushkin, y al cabo de un tiempo las autoridades le dejaron en paz. No escribió nada, ni siquiera un poema que se aprendiera de memoria. El discurso había sido su último esfuerzo poético.

El exilio había acabado con sus ganas de escribir.

Nadie iba a ver al padre del profesor: la gente tenía miedo de un hombre que había sido desterrado. Nadie iba a cenar a su casa, nadie le escribía, nadie le llamaba, nadie jugaba con sus hijos en la escuela. Solo después de muchos años en Chernivtsí empezó a tener conocidos, pero nunca llegó a tener amigos.

—Mi preciosa madre —dijo el profesor con un suspiro— no era feliz.

La madre del profesor descendía de una familia de comerciantes suecos que se habían instalado en San Petersburgo a instancias del zar, pero también contaba con

nobles polacos y ucranianos en su árbol genealógico. No trabajó nunca —decía que no lo consideraba apropiado—, y en el calor de las tardes estivales de los Balcanes se sentaba de cara a la pared con los ojos cerrados, soñando con nieve y lugares fríos.

De vez en cuando les llegaba alguna noticia del mundo exterior.

Se enteraron de que dos de sus colegas más afables de San Petersburgo habían sido asesinados en la cama por el KGB. A un primo suyo lo habían enviado a Estados Unidos para estudiar ingeniería a cargo del Estado, y a su regreso lo habían llevado a un campo de internamiento y lo habían fusilado como espía extranjero. A un tío le acusaron de ser un nacionalista ucraniano y lo desterraron, mientras que sus hijos perecieron en Siberia.

En la década de 1950, un amigo de la época de San Petersburgo volvió de los campos de internamiento. Inicialmente había sido condenado a diez años. La noche anterior a su liberación, los guardias le dieron un banquete y una botella de vodka. Después volvió a su barracón tambaleándose, dando tropezones y gritando que en cuanto saliera iba a matar al camarada Stalin. Al día siguiente otro recluso lo denunció a las autoridades del campo. Debido a ello, al final no fue liberado y, en cambio, cumplió otros quince años más.

«No puedes fiarte de nadie», aseguró cuando le contó la historia al padre del profesor una noche mientras tomaba el té.

El padre del profesor era de la misma opinión, y, de hecho, los últimos años de su vida hablaba cada vez menos. Dejó de recitar poemas de otros, dejó de repetir los versos de Ajmátova y de Mandelstam, ni siquiera para sí mismo. Nunca hablaba de San Petersburgo ni de Moscú. Hasta el final de su vida tuvo miedo de utilizar el teléfono. Nunca le dijo a su hijo que, si la

historia hubiera ido por otro camino, le habrían llamado príncipe, puesto que pensaba que el tema de la aristocracia en general y de los títulos en particular era demasiado arriesgado para mencionarlo. Pero le educó para que, como él, amara la lengua rusa, y, cuando se jubiló, este ocupó su cátedra en la universidad.

El profesor miró de nuevo el retrato. Su mujer acarició el broche de oro en forma de mariposa que adornaba su chaqueta.

—Dos semanas antes de su muerte —me explicó él— le sorprendí quemando libros. Me horroricé… le agarré por el hombro, le dije que parara… pero él me respondió que eran libros de poesía y que ya no los necesitaba.

Para un ruso de San Petersburgo, vivir en Bucovina equivalía a estar en el exilio: era un lugar que ningún gran escritor ruso había descrito nunca. No había poesía en las fachadas extranjeras de Chernivtsí, ni belleza en las gentes que hablaban extrañas lenguas por la calle.

Sin embargo, para el profesor y su esposa (también ella era hija de exiliados, militares enviados a la ciudad contra su voluntad) Chernivtsí era todo lo contrario.

—Esto es distinto —me dijo el profesor—, más civilizado que Rusia.

Para él, Bucovina era un territorio fronterizo, pero era un territorio fronterizo *europeo*. A ojos de la pareja rusa, la arquitectura de Chernivtsí, que otrora los habitantes de Galitzia calificaran de provinciana, evidenciaba un pasado civilizado, mientras que las tradiciones alemana y judía de la ciudad, antaño consideradas sospechosas por los austriacos, les parecían una muestra de sofisticación. Chernivtsí estaba lejos de Moscú, lejos de Kiev, lejos de todas partes; pero allí se podía vivir bien.

—Solo tiene que mirar este piso —me dijo la esposa del profesor—. Nadie vive así en Rusia.

Y era verdad. Tenían tres amplias habitaciones, una chimenea de mármol, auténticos armarios estilo Danzig —de madera oscura con gruesas tallas— y un sofá Biedermeier. El agua se cortaba varias veces al día y la electricidad era inestable, pero el piso era espacioso, y tenía suelos de parquet y altos ventanales. Mientras nosotros hablábamos, su hijo estaba en la habitación de al lado: allí podía sentarse a leer sin que nos oyera. El piso era un lugar para vivir, no para esconderse; no era como los abarrotados bloques de hormigón de Moscú.

Sin embargo, les inquietaba el futuro. Les inquietaba el nacionalismo ucraniano; les inquietaba el nacionalismo rumano; les inquietaba la posibilidad de verse expulsados de allí.

Nosotros no conocemos Rusia, me dijeron. Allí ya no tenemos parientes: o están muertos o han desaparecido. Nuestras raíces están aquí; nuestro hijo ha nacido aquí, nunca ha estado en Rusia. Él habla ucraniano en la escuela. Nosotros hablamos ucraniano en la escuela. No nos sentimos conquistadores.

—Creemos en una Ucrania independiente… Ucrania debe ser independiente… no queremos que Ucrania siga formando parte de Rusia —me dijo el profesor, casi en tono de súplica—. Creemos que aquí los rumanos deben tener sus derechos. Ellos creen que esto es Dacia, que aquí es donde se originó Rumanía… dejemos que también ellos tengan en Dacia un hogar.

—Nosotros también somos víctimas —apostilló la esposa del profesor—. En la Unión Soviética sufrieron todas las naciones, pero también sufrieron los rusos. —Ambos dieron un sorbo a su té—. Nosotros no somos opresores —añadió ella—. Ahora somos autóctonos.

Bucovina había asimilado una vez más a sus conquistadores.

Kamenets-Podolski a principios del siglo XVIII

Kamenets-Podolski en la actualidad

## Kamenets-Podolski

—¿Quién ha construido este lugar? —preguntó el sultán Osmán, comandante de las tropas turcas, cuando vio por primera vez Kamenets-Podolski.

—Lo ha construido Dios, empleando los maravillosos métodos de la naturaleza —respondió uno de sus hombres.

—Entonces que sea el propio Dios quien lo asalte —dijo el sultán, y ordenó a sus hombres que se retiraran.

De una guía polaca del siglo XIX

A lo largo de su recorrido desde los Cárpatos hasta el mar Negro se incorporan numerosos afluentes al río Dniéster. La mayoría de ellos son arroyos más bien anodinos, pero el Smotrych es una excepción. En su camino hacia el Dniéster, el Smotrych se desploma en un cañón bordeado de elevados riscos. En ese mismo punto el río engendra también una isla y, en lo alto de esa isla, muy por encima del agua, se alza la magnífica ciudad de Kamenets-Podolski.

Contemplé la ciudad por primera vez de la misma forma que lo hiciera la mayoría de la gente durante muchos siglos: desde

el *Most Turecki*, el Puente Turco, uno de los dos construidos por los polacos, que une la isla con la tierra que la rodea. En otro tiempo Kamenets se consideró la fortaleza perfecta, y desde el puente resultaba fácil ver por qué. Abajo, el curso del río era rápido y estaba plagado de rocas, mientras que el puente era estrecho y, por ende, fácil de defender. Desde las murallas de la ciudad podía verterse aceite hirviendo sobre las cabezas de los atacantes que intentaran escalar los riscos, y desde el castillo podían dispararse ballestas contra los ejércitos que avanzaran abajo.

Kamenets no tiene una fecha de fundación concreta. Es probable que la isla estuviera habitada desde la época de los primeros humanos: en las cercanías se han encontrado puntas de flecha de bronce y huesos de nómadas eslavos, y se dice que en las capas de escombros que yacen bajo la propia ciudad hay objetos aún más antiguos. Las primeras menciones escritas de Kamenets aparecen en los relatos de las invasiones mongolas del siglo XIII, cuando todas las ciudades de la Rus de Kiev cayeron ante las hordas, excepto ella. En 1396 la fortaleza pasó a estar bajo dominio polaco, y en los siglos XV y XVI la ciudad formó parte de la primera línea de defensa de la Mancomunidad, primero contra los turcos, luego contra los tártaros y más tarde contra los cosacos rebeldes. Durante las invasiones suecas, casi todas las ciudades polacas fueron saqueadas, pero no Kamenets. La fortificación era como una especie de amuleto: la nación que la poseía sabía que disponía al menos de una ciudad que siempre estaría a salvo.

En los anales de Polonia y Lituania, Kamenets destaca por su buena suerte y su confianza en sí misma. El castillo, considerado inexpugnable, fue escenario de gloriosos bailes. El mercado de la ciudad, a salvo de posibles asaltantes, se llenaba de productos traídos de Persia, Armenia, Turquía, Moscovia e incluso China. Kamenets era una ciudad fronteriza, una

avanzadilla de la civilización en la barbarie del Este. Misioneros y sacerdotes acudían allí en tropel con la esperanza de ganar más conversos para la verdadera fe y evitar asimismo que la población autóctona la abandonara. A mediados del siglo XVII se erigían en torno a la plaza mayor nada menos que once iglesias.

Pero hasta una fortaleza perfecta debe defenderse, y a medida que la Mancomunidad se fue haciendo más anárquica, también decayó su espíritu de lucha. En 1672, durante el reinado del rey Miguel Wiśniowiecki —uno de los monarcas más incompetentes que jamás gobernaron la Mancomunidad—, el sultán Mehmed IV logró conquistar Kamenets. En aquel momento había menos de doscientos soldados de infantería disponibles para defender la ciudadela de posibles ataques, mientras que los pesados cañones resultaban inútiles, ya que no se había suministrado pólvora. Los turcos cruzaron el río, escalaron los riscos, treparon por las murallas sin que nadie se lo impidiera y Kamenets fue saqueada por primera vez en su historia.

La pérdida de la ciudad fue una auténtica conmoción para la aristocracia polaca: era una señal de alarma, un indicio de que algo iba tremendamente mal.

«Las iglesias, mi Señor, se han transformado en mezquitas, y ahora ellos cantarán el Corán en el mismo lugar donde nosotros hemos cantado misa», se lamenta uno de los caballeros polacos en la versión que da Sienkiewicz del desastre. Espoleados por la derrota de Kamenets, los polacos aclaman al héroe, Juan Sobieski: «¡Salvador!». Lo eligen rey, tras lo cual él reúne a los caballeros y derrota al poderoso ejército turco ante las mismas murallas de Viena. Fue un momento glorioso: en el Vaticano hay un cuadro de Sobieski triunfante, una vasta panorámica de la victoria. Kamenets sería reconquistada unos años después.

Pero el daño ya estaba hecho. Polonia se había visto

fatalmente debilitada por los otomanos, los suecos y los moscovitas. Sobieski murió, volvió la anarquía, comenzaron las divisiones, y en 1793 Kamenets cayó de nuevo, esta vez en manos de Rusia.

Entonces algo extraño le ocurrió a la ciudad. Kamenets siempre había estado situada en un importante enclave fronterizo entre el Este y el Oeste; ahora se encontraba en un rincón meridional sin importancia del Imperio ruso. La ciudad siempre había sido un refugio seguro para los comerciantes, pero los burócratas rusos cortaron las rutas de intercambio. ¿De qué sirve la fortaleza perfecta si no tiene nada que proteger? ¿De qué sirve una ciudad erigida en una isla si ya no hay necesidad de salvaguardar a los lugareños de posibles incursiones? Los polacos se marcharon poco a poco. Los judíos fueron expulsados de la ciudad, se les permitió volver y luego se les volvió a expulsar. Un pequeño grupo de armenios se quedaron a cuidar de su catedral, que albergaba una colección de libros litúrgicos del siglo XIII. Pero Kamenets había perdido su razón de ser. Las murallas se desmoronaron, las grietas y baches del suelo se agrandaron, las casas se derrumbaron… Una guía del siglo XIX consigna que en el recinto del castillo había «una panadería, un almacén de ropa y un baño de vapor».

El advenimiento de la Unión Soviética no cambió nada, salvo por el hecho de que Stalin cerró las iglesias ortodoxas, además de las católicas. En 1941 el agua y las rocas que tantas veces habían preservado Kamenets a lo largo de tantos siglos no pudieron protegerla de las bombas alemanas, y las estrechas casas del centro de la ciudad desaparecieron por completo. Luego las autoridades municipales intentaron plantar árboles en la plaza mayor, pero en vano: había tantos siglos de escombros enterrados que no creció nada más que unos pocos arbustos. La plaza quedó como un enorme agujero en el centro

de la ciudad vieja.

Kamenets está erigida en una isla, y lo que antaño había sido una ventaja ahora parecía una maldición. Quizá fuera por eso por lo que me recordaba a Venecia. Ambas habían llegado a ser grandes ciudades comerciales en la Edad Media y las dos habían entrado en un periodo de decadencia en el siglo XVIII. Hoy los venecianos están abandonando poco a poco los canales de su ciudad por las comodidades modernas de tierra firme, y, de manera similar, los habitantes de Kamenets dejan el corazón insular de la ciudad para instalarse en las tierras agrícolas de los alrededores. Del mismo modo que año tras año, y centímetro a centímetro, se mide cuánto se hunde Venecia, también debería poder medirse mes a mes, incluso semana a semana, la decadencia de Kamenets: cómo se difuminan los rasgos de sus estatuas, cómo se desgastan sus piedras, cómo se erosionan sus calles…

Al igual que Venecia, Kamenets era una ciudad extraña e incómoda de explorar. Las calles y las casas de piedra tenían un aspecto seco y polvoriento, y apenas se veían árboles. En un callejón, una mujer con la piel del color del papel amarillento se metió en casa en cuanto me vio llegar. Un hombre sentado junto a un muro emparrado se quedó mirándome fijamente al pasar por delante, pero no respondió cuando le di los buenos días. De las antiguas murallas colgaba ropa tendida y había basura en las calles. La mayoría de los lugareños parecían encerrados en sí mismos: quizá la conciencia de la vulnerabilidad ante posibles ataques de su ciudad, antaño fuerte, había vuelto a los habitantes de Kamenets recelosos del mundo exterior.

Cada una de las once iglesias se había deteriorado a su manera. Todas ellas habían perdido sus iconos, sus pinturas, sus retablos y sus bancos de madera; la mayoría también habían perdido sus registros de nacimientos y defunciones, sus

cálices y vidrieras. Algunas, despojadas de sus campanarios, puertas de madera y esculturas, ya ni siquiera parecían iglesias. En secreto, alguien había enterrado, entremezclados, los huesos de las víctimas de las purgas en la cripta de la iglesia de los dominicos. La de la Trinidad, despojada de sus paneles de madera, se había convertido en un archivo público. La de los franciscanos había perdido su tejado, y la estatua de san Francisco que antaño adornara su portal había ido a morir al camposanto, donde todavía yacía boca abajo en el barro. Pese a ello, las iglesias seguían en pie, como un monumento a otra época.

Solo la catedral de Kamenets parecía conservar sus señas de identidad. Se trata de un edificio único, un inusual monumento a la moral tolerante que antaño caracterizara el pasado de Kamenets. Ebenezer Henderson, jefe de una expedición a Ucrania llevada a cabo a mediados del siglo XIX por una sociedad bíblica británica, consignó así su primera reacción:

> Nos llenó de no poca sorpresa encontrar la siguiente inscripción en árabe sobre la puerta de la escalera:
>
> *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es el apóstol de Dios*. No podíamos entender qué concordancia podía haber entre el púlpito de una iglesia declaradamente cristiana y la consigna del islamismo; pero el obispo pronto desveló el misterio, informándonos de que la iglesia había sido anteriormente una mezquita mahometana…

Hoy la inscripción ha desaparecido y los frescos han sido encalados, dejando las paredes curiosamente desnudas. Pero el minarete, construido por los turcos durante su corta ocupación, se mantiene en pie; en lo alto, la Virgen María permanece a horcajadas sobre la media luna islámica.

En Kamenets me alojé en casa de Sveta y Yelena. Sveta estudiaba en el Instituto Pedagógico, el único organismo de enseñanza superior de la ciudad. Yelena era su profesora, y

ambas compartían un piso atestado de muebles polvorientos y obras de escritores rusos menores.

Sveta tenía el rostro enjuto de un pequeño roedor y una risa triste y nerviosa. Probablemente andaba por los veintipocos años, pero parecía mayor. Aun así, era difícil imaginársela como adulta, como madre o como algo más que la asistente de alguien. Parecía haberse quedado estancada en una permanente adolescencia.

—Nunca he estado en ninguna parte —me aseguró—. Y no creo que vaya a ninguna parte.

Exhibió una cruda sonrisa, y pestañeó un poco.

A cambio del alojamiento y la comida, ella limpiaba el piso, ayudaba a cocinar y hacer la compra, y miraba por la ventana. Rara vez hacía mucho más que eso, ya que en Kamenets era difícil conseguir buenos libros y del todo imposible encontrar buenos periódicos. No había cines, ni teatros, ni restaurantes. De todos modos, Sveta no se atrevía a salir sola de casa por las noches y le daba miedo viajar en tren. Su familia vivía en un pueblecito y ella rara vez iba a verles. Tenía pocos amigos, de modo que todo su instinto de amor y compañía iba dirigido al cuerpecito de Marsik, un antipático terrier negro con un ladrido agudo.

—¡Aquí, Marsik! —gritaba Sveta, poniéndose a cuatro patas para hablarle—. ¡Aquí, Marsik! ¡Hola, Marsik! ¿Cómo estás?

A veces el perro respondía mirando a Sveta y gimiendo con fuerza.

—¿Qué quieres, Marsik? Dime lo que quieres —le preguntaba ella, y luego aguardaba una respuesta.

Cuando esta no llegaba, volvía a preguntar:

—¿Qué quieres, Marsik? Dime lo que quieres.

Luego meneaba la cabeza, se llevaba fuera al perro y le daba un hueso o un trozo de queso.

Por la mañana, Marsik se despertaba, saltaba sobre Sveta —

que dormía en el sofá del salón— y empezaba a ladrar. Sveta le respondía con alegres gritos a modo de saludo. Luego se lavaba rápidamente, se vestía a oscuras y salía por la puerta a toda prisa para llevar a Marsik a su paseo matutino, mientras su voz metálica resonaba en mis oídos.

—¡Vamos, Marsik! Te apetece un buen paseo, ¿verdad, Marsik? ¡Vamos!

En cierta ocasión en que me llevé instintivamente las manos a los oídos para dejar de escuchar los fuertes ladridos del perro, Sveta me lanzó una mirada feroz.

—¡Tiene hambre! —me recriminó, defendiendo al animal.

Durante el resto del día no volvió a dirigirme la palabra.

Físicamente, Yelena era lo opuesto a Sveta: una mujer de pómulos salientes, ojos azules, cabello de un blanco inmaculado y ancha de hombros. Mientras Sveta iba siempre disparada, Yelena se movía despacio, a la manera de los grandes animales. Sus años de docencia le habían imbuido de los hábitos característicos de quien parece estar perpetuamente dando clase: rara vez terminaba una frase sin repetir una o dos veces las últimas palabras y mantenía siempre la voz varios decibelios por encima de lo necesario.

Terminaba indefectiblemente sus relatos con las palabras «Da, i eto vsyo»: «Sí, y no hay más».

Yelena era ucraniana, pero su apellido era polaco y su familia hablaba ruso desde hacía cuatro generaciones. Antaño su madre había vivido en una casa adosada en el centro de Kiev, pero luego la familia lo perdió todo en la Revolución y huyeron al sur de Ucrania. Como Nabokov, Yelena había crecido en Crimea.

Ahora Yelena no pertenecía a ninguna parte, y Kamenets era un lugar tan bueno —o tan malo— como cualquier otro. Mientras que para el joven profesor ruso de Chernivtsí el exilio había sido una bendición, una forma de preservar su idea de la

civilización, Yelena veía el suyo como algo inútil.

—Después de mí aún quedará Sveta. Pero después de Sveta… no habrá nadie. Sveta y yo vivimos en una isla, y somos una isla.

Cuando le pregunté por su trabajo, Yelena cerró los ojos con expresión de hastío.

—El nuestro —me dijo— es un mal instituto. Es un muy mal instituto. Preparamos a nuestras profesoras para ser enfermeras en caso de que haya una guerra. Damos clase de marxismo-leninismo a nuestras profesoras. No les enseñamos a enseñar. La profesora de ateísmo acaba de renombrarse a sí misma profesora de religión y da las mismas clases una y otra vez. Sí, y no hay más.

Al preguntarle por sus alumnas, Yelena hizo una mueca.

—Nuestras alumnas —me dijo— son malas alumnas. Son niñas tontas del campo que vienen a Kamenets para casarse. Llegan sin saber nada, y mientras están aquí no prestan atención. Suspenden las asignaturas y luego vienen a suplicarme a mí. Me dicen: por favor, deme mi diploma; por favor, estoy embarazada; por favor, necesito un diploma para conseguir trabajo; por favor, si suspendo tendré que volver a mi pueblo…

Sveta discrepaba:

—Algunas de ellas se esfuerzan —terció.

—Uno o dos como tú no pueden cambiar el sistema —espetó Yelena—. Ve a preparar un poco de té.

Sveta se resistió; le temblaban un poco las manos.

—Creo que se puede hacer algo —protestó con voz chillona —. Podemos esforzarnos al máximo. Podemos intentar estudiar y aprender y mejorar.

Yelena la fulminó con la mirada.

—Eres una ingenua —le dijo sin rodeos—. ¿Qué crees que ocurrirá si intentas enseñar bien, si intentas educar a tus

alumnos? ¿Y si te esfuerzas, si estudias las cosas por tu cuenta? Tus colegas sentirán celos, te destruirán. Te echarán de tu trabajo. A nadie se le permite ser mejor que nadie. A nadie se le permite ser mejor que nadie. Sí, y no hay más.

Sveta bajó la mirada. Yelena se volvió hacia mí.

—Nuestra ciudad… —me dijo, reanudando su discurso— nuestra ciudad está condenada. Nuestra ciudad se hundirá en el río bajo el peso de su propia estupidez. ¿Ha visto usted a alguien cuidando de las iglesias? ¿Hay alguien reparando la carretera? El año pasado, tres casas viejas se deslizaron por las rocas hasta caer al agua. ¿Hay alguien intentando evitar que eso se repita?

Sveta salió a toda prisa de la habitación.

Era extraño: aquí, en una ciudad construida por polacos y gobernada por ucranianos, había un característico problema ruso. Demasiado sofisticadas para su entorno, Sveta y Yelena no eran, pese a ello, lo bastante sofisticadas para escapar. Demasiado cultas para disfrutar de la compañía de los lugareños, no eran, pese a ello, lo bastante cultas para encontrar la forma de salir de su aislamiento.

«¡Si pudiéramos ir a Moscú!…», suspira Irina en *Las tres hermanas* de Chéjov.

—¡Si pudiéramos viajar a París o Londres!… —suspiró Yelena.

Pero todo se había predicho ya: el desmoronamiento de Kamenets, el advenimiento de la rusificación, el fin de la civilización… Todo había sido predicho por Zygmunt Krasiński, un poeta polaco contemporáneo de Mickiewicz. El escenario donde transcurre su célebre obra *La no Divina Comedia* está basado claramente en Kamenets:

> En la isla de granito se alzan las torres del castillo, desnudas, clavadas en el risco por las generaciones pasadas, unidas a la roca como un pecho humano unido a la columna vertebral de un centauro. En lo alto, sobre ellas, ondea la solitaria silueta de un estandarte recortada contra el cielo azul grisáceo…

Si el castillo en cuestión es el castillo de Kamenets, también la trama es una trama propia de Kamenets. En una extraña prefiguración de Marx, *La no Divina Comedia* presenta a un aristócrata, el conde Henryk, defendiéndose en las murallas del castillo de la ciudad contra un revolucionario ateo llamado Pancras.

> *¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!, gritan los revolucionarios*;
> *¡Muerte a los nobles! ¡Muerte a los mercaderes!…*

Al final de la obra, la turba saquea el castillo y asesina al conde Henryk. Krasiński insinúa —con poca sutileza— que el libro versa en realidad sobre la caída de Polonia, el auge de Rusia, la muerte de una antigua civilización europea y el advenimiento de otra nueva.

Chéjov describió el estado de ánimo reinante; Krasiński proporcionó la explicación.

—Las personas como tú y yo, Sveta, ya no somos necesarias aquí —aseguró Yelena—. Y de todos modos, a las personas como tú y yo, Sveta, ya nadie nos escucha.

En medio del silencio, se escuchó el chisporroteo de la radio.

—¡Aquí, Marsik! —prorrumpió finalmente Sveta—. ¡Ven aquí, Marsik! Sí, Marsik, ¿te gustaría ir a dar un paseo? ¿Te gustaría? ¿Sí?

El perro movió su breve cola.

—¿Te gustaría?

Marsik volvió a mover la cola.

—Sí, iremos a dar un paseo —intervino Yelena, poniéndose en pie con gesto pausado—. ¡Venga, Sveta! ¡Venga, Ania! —Su voz se hizo imperiosa—. Es hora de ir a dar un paseo. Es hora de ir a dar un paseo. Sí, y no hay más.

Salimos del piso, cruzamos el puente y entramos en un parque diseñado hacía largo tiempo por un príncipe polaco. Aquejados por los años, los árboles del parque estaban todos inclinados.

Yelena y yo caminábamos delante. Sveta iba detrás, tirando de Marsik con la correa. El aire fresco del exterior del piso calmó su enfado mutuo. Bajamos por un sendero y luego subimos una empinada pendiente. Sveta soltó a Marsik de la correa y este echó a trotar delante de nosotras, ladrando a una ardilla. Las tres nos volvimos para contemplar la vista.

Desde la colina, Kamenets parecía irreal, como un decorado de película concebido para adaptarse a la visión de una ciudad fortaleza medieval de algún director de cine. Encaramada en la roca, muy por encima del agua, la negra silueta del minarete de la catedral destacaba contra el cielo gris.

—Sí —suspiró Yelena—. Sí, y no hay más.

## Chisináu/Kishinev

Las aflicciones causadas a este pobre país por su división continuarán, porque la operación aún no ha concluido.

J. G. KOHL hablando de Moldavia,
*Reisen in Südrussland*, 1846

Moldavia es un país vinícola. Desde la parte trasera de un viejo autobús pude observar a varias mujeres con pañuelos en la cabeza y hombres con sombreros anchos dispersos por las bajas colinas podando sus vides o recogiendo sus uvas. No muy lejos de Chisináu, el autobús pasó por un pueblo donde todas las casas estaban pintadas de azul. Era extraño: solo unos años antes también había pasado por otro pueblo en el que todas las casas eran de color azul. Aquel pueblo también se hallaba en Moldavia, pero en la Moldavia rumana, justo al otro lado de la frontera, cerca de Iași.

Por entonces la Unión Soviética permanecía intacta, Ceaușescu seguía en el poder y la ciudad de Iași parecía un

lugar peculiar y remoto, como si fuera el fin del mundo. Me alojé en un hotel enorme donde no había más huéspedes y donde el personal nos trasladaba constantemente a mi acompañante y a mí de una habitación a otra para grabar mejor nuestras conversaciones. Cambiamos dinero con un estudiante árabe en la plaza, pero luego descubrimos que la mejor moneda no era el leu rumano, sino los cigarrillos Kent; nadie sabía por qué Kent y no, por ejemplo, Marlboro o Camel: simplemente era eso lo que se hacía en Iași. En cierta ocasión, cuando intentamos ir a ver a un rumano cuyo nombre era conocido en Occidente, varios policías de paisano saltaron de entre los arbustos y nos fotografiaron con una gran cámara Instamatic de color negro. Después comprobamos que dondequiera que íbamos nos seguían espías que parecían de historieta, con gabardina y gafas oscuras. Para confundirlos, condujimos en círculos y luego salimos de Iași, dirigiéndonos tan rápido como pudimos hacia la frontera soviética. Nos detuvimos con un brusco frenazo cerca del pueblecito azul y nos quedamos allí a hacer pícnic, mientras los hombres de gabardina y gafas oscuras rabiaban en su coche cerca de nosotros.

Ahora me hallaba de nuevo en un pueblecito azul cerca de la frontera entre Moldavia y Rumanía, pero esta vez al otro lado, en lo que había sido la Moldavia soviética y ahora era una Moldavia independiente. Según mis cálculos, pues, Chisináu se encontraba a una frontera de distancia del lugar más extraño en el que había estado nunca.

Al igual que Chernivtsí y Kamenets-Podolski, Chisináu siempre había estado en la linde de los imperios; sin embargo, y a diferencia de esas dos ciudades, ninguno de los gobernantes de Chisináu había pensado lo suficiente en la ciudad como para embellecerla. Chernivtsí tenía sus hermosas plazas y Kamenets su asombroso castillo, pero Chisináu no tenía nada. Mientras la

recorríamos en coche, no dejaba de buscar algo que pudiera dar a Chisináu un carácter que le definiera: un edificio notable, una plaza de mercado, una calle memorable… Pero la mayoría de los edificios carecían de valor en sí mismos; eran meros monumentos provincianos, ecos lejanos de edificios más importantes situados en ciudades más importantes.

La Rusia zarista había gobernado Chisináu y todo el norte de Moldavia, la región que llamaba Besarabia, desde 1812 hasta la Primera Guerra Mundial. Pese a ello, no había legado a la ciudad más que una mala imitación de la Nevsky Prospekt de San Petersburgo: una larga calle, un puñado de tiendas que se esforzaban por ser elegantes, un banco con una alegoría del Comercio en su frontón… Tampoco el largo reinado otomano había dejado mucho, salvo algunas florituras turcas en la iglesia ortodoxa, un edificio por lo demás anodino con forma de desmesurado granero. Se había convertido en un museo del Partido Comunista, y ahora volvería a reconvertirse; pero nunca había sido un gran monumento religioso, ni jamás lo sería.

En otro tiempo existió una aristocracia moldava. Un viajero del siglo XIX que visitó la ciudad describe una cena en la que quedó «muy impresionado por el aspecto rico y magnífico de sus vestimentas orientales. Los boyardos, o la nobleza, ostentan un gran estatus y ejercen, dentro de su esfera de influencia, cierto grado de autoridad austera y despótica apenas menor que la exhibida por los pachás turcos…».

Sin embargo, tampoco ellos legaron casi nada a la ciudad en materia de arquitectura.

Es cierto que Chisináu había sido destruida por la guerra, que muchos de sus edificios más elegantes habían caído víctimas de las bombas alemanas o rumanas. Pero incluso las nuevas construcciones de posguerra carecían de cualquier estilo propio. Al fin y al cabo, también Minsk había sido destruida,

pero luego había sido reconstruida minuciosa y exhaustivamente. ¿Quién podría olvidar sus horribles edificios, sus plazas azotadas por el viento, sus altísimos monumentos a mayor gloria de Stalin? Chisináu, en cambio, ni siquiera resultaba especialmente fea y, desde luego, no tan memorablemente fea como Minsk. Desde la guerra, los gobernantes soviéticos de Chisináu, conocida entonces como Kishinev, habían hecho poco más que quitar la bolsa de dinero que llevaba en la mano la alegoría del Comercio y levantar algunos de los habituales bloques de pisos de hormigón. Costaba encontrar auténtica fealdad en la urbe.

Los edificios que llamaban la atención en Chisináu eran solamente las pocas hileras que aún quedaban de casas de una sola planta pintadas en tonos pastel, que resultaban prácticamente indistinguibles de las casas de una sola planta pintadas en tonos pastel que yo ya había visto en Vilna, en Lviv o en Drohóbych: eran las casas de los judíos, probablemente los únicos a quienes ha importado realmente la ciudad. En Besarabia el yidis sigue teniendo su propio dialecto, mientras que la literatura yidis cuenta con su propio género. Chisináu permanece arraigada en la memoria judía de un modo que no puede equipararse con la de ningún otro pueblo; pero el amor de los judíos por Chisináu no se vio correspondido: cuando se menciona a Kishinev en los libros de historia, suele ser por la brutalidad de los pogromos antisemitas que allí se produjeron.

Quizá la ausencia de un estilo identificable en Chisináu se deba al número de veces que ha cambiado de manos. Antes del siglo xx la ciudad era moldava, pero en ocasiones fue polaca, turca o rusa. En el siglo xx, el Tratado de Versalles entregó Chisináu y toda Besarabia a Rumanía; la Unión Soviética invadió Besarabia en 1940; el ejército alemán invadió de nuevo la región en 1942, y en 1945 volvió a caer en manos de la Unión Soviética. Pero este tipo de historia no es en absoluto

inusual en esta parte del mundo.

Puede que de hecho la falta de carácter resulte de algún modo inherente al propio lugar, y tal vez incluso se remonte a Esteban el Grande, el más venerado de todos los reyes moldavos. Durante su reinado, a finales del siglo XV y principios del XVI, Esteban se encontró atrapado entre el Imperio otomano y la Mancomunidad de Polonia-Lituania. Ambos le exigían lealtad y ambos codiciaban sus tierras. Esteban el Grande resolvió el problema cambiando de bando constantemente. A veces se unía a los polacos para luchar contra los turcos, mientras que en otras ocasiones se distanciaba de los polacos y enviaba misiones diplomáticas a Constantinopla. En cierta ocasión quemó los campos de maíz de su propio pueblo para mantener a raya a los turcos.

La veleidad era el rasgo más notable de Esteban el Grande; pero la inconstancia y la mutabilidad son rasgos característicamente moldavos. Mientras que los cambios de régimen nunca alteraron el carácter básico de Chernivtsí —la ciudad se limitó a ignorar a sus gobernantes—, Chisináu se apresuró a adaptarse a cada uno de sus nuevos líderes: con cada nuevo régimen, la ciudad modificaba su talante, repetía nuevas consignas y volvía a hacer de nuevo lo que se le pedía.

Stalin debía de ser consciente de esta veleidad característicamente besarabia, pues fue él quien trató de despojar a la provincia, de una vez por todas, de sus vínculos étnicos y lingüísticos con Rumanía. Por orden suya la región pasó a denominarse República Soviética de Moldavia. Por orden suya el alfabeto latino empleado normalmente por la población de habla rumana fue declarado ilegal, y en su lugar se adoptó el alfabeto cirílico. Por orden suya los nuevos diccionarios pasaron a incluir términos moldavos recién acuñados y hasta entonces inéditos en rumano (la antigua palabra «corbata», por ejemplo, fue reemplazada por un nuevo

término que venía a significar «tejido-para-atar-al-cuello»). Por orden suya se reescribió la historia para enfatizar la divergencia histórica de Moldavia con el resto de Rumanía, así como su cercanía a Rusia y sus afinidades eslavas. En la década de 1950 los comisarios soviéticos retiraron la espada que sostenía en la mano la estatua de Esteban el Grande que desde hacía largo tiempo se alzaba en la entrada del parque central de Chisináu; más tarde, incluso trasladaron la propia estatua a un rincón del parque lejos de la entrada.

La artimaña estuvo a punto de lograr su objetivo. Al fin y al cabo, Moldavia ciertamente tenía una identidad y una autopercepción que diferían de las de la Gran Rumanía, y una historia distinta de la del resto de las provincias rumanas. La educación soviética se basó en esa identidad peculiar: toda una generación de escolares creció escribiendo en cirílico y vilipendiando a Rumanía. De hecho, apenas hubo oposición a este estado de cosas. Muchos moldavos se limitaron a seguirle la corriente al nuevo régimen tal como habían hecho en el pasado con los regímenes ruso y turco. Parecía que el recuerdo de Rumanía se perdería en una o dos generaciones más.

Sin embargo, hasta los propios planes de Stalin acabarían viéndose frustrados por la mutabilidad moldava.

En 1990, en cuanto fue posible, los moldavos —primero unos pocos y luego muchos más— empezaron a movilizarse en favor del cambio. Se aprobó una nueva ley; se rompieron las antiguas reglas. Casi de la noche a la mañana Moldavia recuperó el alfabeto latino, y en pocas semanas aparecieron carteles con letras latinas por toda Chisináu. Al cabo de unos meses la estatua de Esteban el Grande reapareció en la entrada del parque, espada incluida.

La veleidad, la mutabilidad y la inconstancia acabaron imponiéndose. Para algunos parecía como si los cuarenta años de la República Soviética de Moldavia no hubieran existido

nunca; para otros no tendría nada de sorprendente que unos años después el viento volviera a soplar en otra dirección y los moldavos empezaran a inclinarse de nuevo en dirección a Rusia.

—¿El típico rumano? —Nico se quedó pensativo un momento —. Al típico rumano le encantan los niños. El típico rumano odia la violencia, adora la música y trabaja mucho. Es muy inteligente. Le encantan las flores. Es amable con las mujeres.

—¿Es todo?…

Nico volvió a reflexionar.

—Y, por supuesto, se siente muy orgulloso de ser rumano. El orgullo es uno de nuestros rasgos nacionales, junto con la honestidad y la generosidad, obviamente.

Nico procedía de Bucarest. En apariencia le habían inculcado tantas mentiras que había llegado a adoptar su propia versión de la verdad. Creía que los rumanos eran un pueblo excepcionalmente virtuoso y estaban inusualmente desprovistos de malicia. En cambio, otros (los comunistas, Ceauşescu, los rusos, los húngaros…) se aprovechaban de forma constante de la inocente naturaleza de los rumanos, mansos como corderos. Y entre estos últimos, los besarabios —proseguía su teoría— eran los más inocentes de todos. Eso explicaba cómo los rusos habían podido presionar a Besarabia, en contra de su voluntad, para que se incorporara a la Unión Soviética.

Una peculiar combinación de patriotismo histérico y justa ira parecía haber llevado a Nico a Chisináu, donde, según él, la parte más hermosa de la nación más hermosa del mundo seguía bajo el yugo de la opresión. Nico trabajaba como periodista de agencia, pero me aseguró que eso no era más que su trabajo. Lo que de verdad esperaba ver en su vida era la reunificación de Moldavia y Rumanía: la re-creación de la Gran Rumanía.

«¡Puñeteros rusos!», solía repetir, casi escupiendo, mientras que en otras ocasiones hablaba con elocuencia de las glorias de Bucovina y Besarabia, de la antigua naturaleza rumana de Odesa, del malestar de los húngaros en Transilvania y de la injusta suerte que le había tocado a Rumanía tras la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, había algo extraño en las férreas opiniones y el orgullo nacional de Nico. Chirriaban: no encajaban con el resto de su personalidad, que podría describirse como ligeramente femenina. Nico exhibía un andar algo afectado y ceceaba al hablar. Llevaba sus estrechas caderas enfundadas en unos ajustados vaqueros azules de una marca francesa, en su muñeca tintineaba un reloj como una pulsera, y transportaba sus cuadernos y su cámara de fotos en una bolsa de cuero que llevaba colgada al hombro como lo haría una mujer. Se reía demasiado fuerte, abriendo demasiado la boca y cerrándola a continuación con excesiva rapidez por miedo a que alguien se fijara en sus dientes torcidos de color grisáceo. Hasta su odio a los rusos parecía de algún modo afectado y cohibido.

—¡Malditos comunistas! —espetó, curvando el labio y ceceando ligeramente.

Luego se agarró a mí, anunciándome que iba a hacerme de guía y a presentarme a personas importantes de Chisináu. Durante uno o dos días estuvimos paseando por las calles más céntricas de la ciudad, donde Nico, curiosamente, demostró saber muy poco sobre la historia de los edificios.

—Todos nuestros grandes monumentos quedaron destrozados durante la guerra —me explicó—. Chisináu fue la auténtica víctima de la guerra. Sufrió daños mucho más graves que ninguna otra ciudad.

¿Y qué había de Varsovia, Berlín o incluso Minsk?, le pregunté.

—Esos lugares —me aseguró— no saben nada de la guerra

en comparación con lo que pasó aquí.

Sin embargo, se mostró muy vago con respecto a cómo habían sido los edificios antes de la guerra.

Nico me llevó a ver la estatua de Esteban el Grande. Esteban tenía muy abiertos sus ojos de piedra, que miraban fijamente al vacío, y sus cejas eran gruesas y arqueadas. Llevaba una corona puntiaguda y un manto de pieles, como un rey de cuento de hadas. Pregunté a Nico por las gloriosas hazañas de Esteban.

—Fue muy importante —me respondió de forma imprecisa —. Vivió… —se inclinó sobre la placa que había junto a la estatua para averiguarlo— en el siglo XV.

Luego nos dirigimos a la iglesia ortodoxa, donde varias ancianas menudas y vigorosas se entregaban a la tarea de fregar el suelo y colgar nuevos iconos en las paredes.

—Los malditos comunistas robaron los viejos iconos —me explicó Nico.

Pero se detuvo en la entrada de la iglesia con aire nervioso, como si tuviera miedo de entrar. Quizá nadie le había enseñado a rezar.

Le pregunté por los escritores en yidis que aún vivían en Chisináu, y de nuevo se mostró impreciso.

—No son importantes —me aseguró—. Aquí solo importa el rumano.

Sin embargo, tampoco parecía conocer a los rumanos. Me prometió organizar reuniones con amigos… que luego no llevó a cabo. Organizó un almuerzo con un destacado nacionalista… que no apareció. Hizo una serie de llamadas telefónicas y se mostró tremendamente útil a la hora de ayudarme con un problema de visado… y luego no llegó a tiempo. Pero sí me preguntó minuciosamente a quién iba a ver, dónde iba a alojarme y qué quería hacer en Chisináu. Y cuando le dije que iba a Tiráspol, la «capital» de Transnistria, de inmediato aceptó acompañarme.

Transnistria es uno de esos pocos lugares cuyo nombre encaja en el cliché que tenemos los occidentales de la Europa oriental. Se trata de una delgada franja de territorio, con solo unos pocos kilómetros en su punto más ancho, integrada en la Unión Soviética desde la Revolución hasta su desintegración. En cambio, nunca ha pertenecido a la Rumanía moderna: desde 1917 hasta la Segunda Guerra Mundial, Transnistria, pese a su pequeño tamaño, recibió el nombre de República Soviética de Moldavia, mientras que la propia Moldavia seguía formando parte de Rumanía; la idea era que la mera existencia de una república soviética nominalmente moldava podría atraer a los demás moldavos, y quizá también al resto de rumanos, a la esfera de la URSS.

Tras la Segunda Guerra Mundial —y una vez que el resto de Moldavia se incorporó a la Unión Soviética—, Transnistria sirvió a un propósito similar. La región, de habla rusa y mayoría rusa, era en la práctica una colonia rusa dentro de Moldavia: existía con el fin de alentar al resto de Moldavia a seguir la vía de la rusificación establecida por Stalin. No fue, pues, ninguna sorpresa que, cuando en 1990 la Moldavia soviética declaró su intención de separarse de la URSS, los líderes de Transnistria declararan a su vez su voluntad de separarse de Moldavia e incorporarse a Rusia. Y tampoco lo fue que los nacionalistas rusos se movilizaran en su favor. Creada por los soviéticos para irritar y provocar a los rumanos, Transnistria seguiría irritando y provocando a los rumanos aun después de la desaparición de la Unión Soviética.

Nico y yo salimos temprano de Chisináu. Pasamos por delante de la enorme fortaleza donde se refugió el rey sueco Carlos XII tras sufrir una aplastante derrota a manos de Pedro el Grande en 1709.

—En aquellos tiempos Moldavia importaba de verdad —me explicó Nico—. Eran tiempos en los que los rumanos tenían

verdadero poder.

Se mostró parecidamente elocuente cuando pasamos junto a un grupo de campesinas que se esforzaban por arrastrar un fardo de heno a través de un campo lleno de desniveles.

—Nuestros campesinos moldavos —aseguró— no pueden equipararse con ningunos otros.

Pero el buen ánimo de Nico se agrió cuando llegamos al Dniéster. El río, amplio y de aguas casi azules en Jotín, se reducía aquí a una estrecha corriente de color marrón. En el puesto fronterizo, una bandera soviética ondeaba en un largo mástil a pesar de que Moldavia había declarado su independencia de la Unión Soviética un año antes. Y si bien la independencia de Transnistria con respecto a Moldavia aún no había sido reconocida, dos hombres jóvenes con ametralladoras vigilaban ya el paso.

Una vez en Transnistria, el paisaje cambiaba. La región había formado parte de la Unión Soviética durante cuarenta años más que el resto de Moldavia, y, debido a ello, sus campos estaban más descuidados, sus casas más destartaladas y sus carreteras peor conservadas que las de la propia Moldavia. Pasamos junto a un cartel que rezaba: «Nuestra fuerza está en nuestra unidad», y luego otro que proclamaba: «Gloria al trabajo». Ambos estaban escritos en ruso, como lo estaban también los nombres de las tiendas y de las calles. Nico frunció los labios en una parodia de absoluta determinación y empezó a mascullar dramáticos juramentos en voz baja.

—¡Mire! —gruñó—. ¡Rojos! ¡Le dije que eran rojos!

Tenía razón: en Tiráspol, la capital de Transnistria, todavía moraba la Unión Soviética. Frente al ayuntamiento se alzaba una enorme estatua de bronce de Lenin, mientras que los demás edificios oficiales estaban ornados con banderas rojas, eslóganes edificantes, hoces y martillos; los nombres de las calles seguían celebrando la Revolución de Octubre, el Plan

Quinquenal y la Victoria sobre el Fascismo; y la gente seguía haciendo cola para comprar pan y exhibiendo rostros inexpresivos como máscaras, exactamente igual que en el pasado. Era como entrar en un plató de cine. Los símbolos comunistas parecían elementos anacrónicos, similares a las farolas de gas o a los coches de bomberos tirados por caballos; eran cosas que uno esperaría ver en una ciudad que de alguna manera se hubiera visto preservada de los efectos del tiempo.

En la sede del Gobierno de Transnistria, un grupo de hombres jóvenes —más bien niños— vestidos con lo que suponía que eran uniformes militares holgazaneaban en la entrada. Uno de ellos lucía una chaqueta de camuflaje del ejército estadounidense; otro llevaba una burda imitación de botas cosacas y gafas de sol; un tercero esgrimía una ametralladora, y un cuarto, sentado ante un improvisado escritorio, anotaba los nombres de los visitantes en un librito negro. Era fácil ver qué les motivaba: resultaba divertido disfrazarse y plantarse ante un edificio importante. Sin duda era mejor que ir a la escuela o al trabajo, y sin duda les hacía sentirse parte de algo más grande, les hacía sentir que tenían poder.

El aspirante a cosaco nos bloqueó el paso. Le expliqué que teníamos una cita con el presidente de Transnistria.

—Imposible.

—¿Por qué imposible?

—El presidente de Transnistria no está aquí.

Nico intervino:

—Ella es extranjera —precisó—. Tiene una cita con el presidente de Transnistria.

El cosaco pareció confundido. Se volvió y consultó con sus compañeros. Finalmente, el que llevaba la ametralladora se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras, pasando junto a la enorme estatua de Lenin y la bandera soviética. Al llegar arriba

desapareció en una oscura sala. Los demás se sentaron, desviando la mirada.

Aguardamos un rato.

—¿Fuma?

El cosaco encendió un mechero de fabricación estadounidense.

—Sí, gracias —respondió Nico, sonriendo con afectación.

Aguardamos un rato más. El cosaco bajó la vista, avergonzado por aquella falta de precisión militar.

Finalmente, el chico de la ametralladora volvió a bajar corriendo y jadeante.

—Les verá el portavoz de prensa —nos informó.

Le seguimos escaleras arriba y luego por un largo pasillo y a través de varias antesalas. Yo ya había estado en docenas de edificios de oficinas como aquel, que se repetían en todos los países comunistas. En cada sala había un retrato de Lenin colgado en la pared, una secretaria sentada ante un espacioso escritorio rodeada de teléfonos y una ventana que daba a un edificio idéntico al otro lado de la calle. En la Unión Soviética, los funcionarios más importantes eran siempre los que más teléfonos tenían, por la misma razón por la que los funcionarios de mayor rango solían tener faxes y fotocopiadoras en sus despachos, aunque eso significara que sus secretarias no pudieran utilizarlos. Por otra parte, las estanterías de los funcionarios estaban desprovistas de libros, papeles y archivadores. La tecnología era poder, pero cualquier apariencia de actividad era un signo de debilidad.

El muchacho de la ametralladora nos dejó sentados junto a una secretaria que no pareció muy contenta de vernos. Levantó los ojos de su revista, dio un profundo suspiro y luego descolgó un teléfono rojo.

—Los invitados han venido a verle —murmuró por el auricular, y volvió a su lectura.

Aguardamos unos minutos más. La secretaria cerró la revista y giró su silla para encararse a la ventana. Por encima de su hombro pude ver que estaba limando sus largas uñas rojas.

Finalmente resonó una voz tras las altas puertas de madera. Nico se levantó de un salto.

—Pasen —invitó la voz de dentro.

Empujamos las puertas, y allí, en el extremo de una larga mesa, estaba sentado uno de los *chinovniks* de Gógol: un auténtico burócrata ruso. Tenía un rostro amorfo, la barbilla apenas definida y el cabello escaso, sus ojos eran redondos y brillantes como cuentas, y vestía de forma anodina. Como el prefecto de *El inspector general*, no hablaba ni muy alto ni muy bajo, ni mucho ni poco.

—El presidente —declaró— está celebrando su cumpleaños. Por desgracia, no terminará su almuerzo de celebración hasta esta tarde, y me temo —sonrió débilmente— que no estará de humor para recibir visitas.

En ese preciso momento, como obedeciendo a una señal, nos llegó un eco desde una sala distante: aplausos, vítores, el entrechocar de vasos de vodka… El portavoz de prensa sonrió de nuevo.

—Generalidades, solo generalidades. Tan solo puedo hablarles de generalidades —aseguró, y se lanzó a un breve discurso sobre los objetivos del nuevo Estado independiente de Transnistria—. Queremos la independencia y la paz —prosiguió —. Paz con todos nuestros vecinos. Pero no queremos formar parte de Moldavia. No somos moldavos. Esta no es tierra moldava y nunca lo ha sido.

Nico se echó hacia atrás y le miró con manifiesta hostilidad.

Tiráspol —añadió el funcionario— había sido fundada por los rusos en 1792, poco después de la victoria rusa sobre Turquía, por orden de Catalina la Grande. Había sido una ciudad planificada, una ciudad fortaleza construida por

soldados; sus calles aún discurrían perpendiculares unas a otras, como las calles de Manhattan.

—Antes de Tiráspol —precisó— aquí no había nada, nada en absoluto. Nadie, ni gente, ni cultura, ni historia. Rusia fundó Transnistria.

Nico suspiró de forma ostensible. El portavoz de prensa se quedó mirándole.

—Mi querido amigo —le dijo—. ¿De dónde es usted?

—De Bucarest —respondió Nico.

—¡Ah! —exclamó el portavoz de prensa, y a continuación apartó la vista de Nico y siguió hablando conmigo.

Antaño toda aquella región —explicó— se conocía como Novoróssiya, Nueva Rusia. Hubo un tiempo en que Novoróssiya se extendía desde Tiráspol hasta Jersón, y más abajo hasta Odesa y el mar Negro. Era una colonia rusa, como las colonias rusas de Alaska y California. La propia Catalina la Grande se interesó por Novoróssiya y envió allí a algunos de sus cortesanos favoritos como gobernadores. Los aristócratas rusos llegaron a Novoróssiya y empezaron a cultivar grandes fincas; luego vinieron los mercaderes rusos para comerciar; los rusos forjaron la economía desde cero.

—Antes de que llegara Rusia aquí no había nada, ni cultura, ni historia —repitió.

Aquello fue demasiado para Nico.

—Aquí había rumanos —declaró con voz opaca por la furia —. Príncipes moldavos. Una antigua civilización. Una antigua lengua.

El portavoz de prensa me miró con un suspiro de pesar.

—Estos rumanos, ¡qué exaltados nacionalistas! ¡Siempre malinterpretando las cosas! —Se volvió hacia Nico—. Un puñado de campesinos en un puñado de pobres chozas no hacen una cultura —afirmó—. Cuando los conquistadores llegaron a América encontraron pieles rojas. Cuando los rusos

llegaron aquí encontraron moldavos.

—¿Nació usted aquí, en Transnistria? —le pregunté al portavoz de prensa.

Se produjo un largo silencio.

—No, no exactamente.

Explicó, de forma poco convincente, que su padre había sido capitán de la marina y su familia viajaba de un sitio a otro.

—¿Y qué hacía antes de venir aquí?

El portavoz de prensa empezó a hablar entre dientes. Su anterior trabajo, admitió, era muy distinto del actual. Hasta hacía poco había sido experto en América Latina. Había estudiado español en Moscú y había enseñado historia a alumnos cubanos y nicaragüenses en la Universidad de Chisináu, hasta que las autoridades municipales cerraron el departamento de formación de estudiantes extranjeros.

—¡Los muy necios! —refunfuñó—. En este momento podrían estar ganando divisas con él.

—¿Y cuánto tiempo lleva viviendo aquí en Tiráspol?

—Bueno… —vaciló—, hace ya bastante tiempo.

—Pero ¿cuándo llegó exactamente?

Hubo otro silencio.

—Hace dos años —confesó.

De repente la peculiar historia del portavoz de prensa encajaba en un patrón. Al igual que Dobrynin, el extraño polaco que había conocido en Brest, el portavoz de prensa del presidente de Transnistria era casi con toda seguridad un saboteador, alguien que había venido a Tiráspol para causar problemas a la Moldavia independiente. Puede que alguien le hubiera puesto allí; puede que él y sus amigos, temerosos al perder sus puestos de trabajo enseñando a cubanos y nicaragüenses, hubieran venido por voluntad propia. Era difícil saberlo: mucha gente podía tener interés en causarle problemas a Moldavia. Una escaramuza entre rusos y moldavos locales

podría hacer maravillas por la moral del XIV Ejército ruso, desplegado cerca de la región. Unos cuantos problemas podrían bastar para contribuir a la causa de los nacionalistas rusos en Moscú; incluso podrían dar al nuevo Gobierno moldavo en Chisináu una excusa para armarse, para aunar a la población en torno a él.

Desde la misma sala distante de antes volvieron a llegar sonidos de vasos entrechocando.

—¿Y cuánto lleva el presidente viviendo aquí?

—El mismo que yo —contestó el portavoz de prensa—. Dos años.

—Gracias —respondí yo.

Nos fuimos de allí, bajamos las escaleras y salimos a la plaza donde se alzaba Lenin. Antes de regresar a Chisináu, nos detuvimos en un bar de aspecto sórdido y lleno de humo donde nos tomamos un refresco ruso. Sabía a agua sucia en la que se hubiera vertido algún colorante alimentario.

Durante unos minutos, Nico se entregó a un exaltado discurso sobre las iniquidades de Rusia y defendió a voz en grito la naturaleza moldava de Transnistria:

—¡Transnistria, nuestra Transnistria, algún día pertenecerá a Rumanía!

Golpeó con el puño sobre la mesa.

Me pareció demasiada emoción para gastarla en la sucia y fea Tiráspol. Me quedé mirando a Nico, recordé que los rusos no eran los únicos que tenían agentes infiltrados y me pregunté quién lo habría enviado a Chisináu.

# Odesa

> Por aquel entonces vivía yo en la polvorienta Odesa, ciudad de cielo claro y chillones colores, de ambiente activo, brillante, en donde todo respira Europa, por la diversidad de su vida y el ajetreo comercial. La voz de la dorada Italia resuena en la alegre calle por donde se pasean el orgulloso eslavo, el francés, el español, el armenio, el griego, el grueso moldavo, y también el hijo de la tierra de Egipto…
>
> PUSHKIN, *Eugenio Oneguin*

Por la ventanilla del tren observé las bajas colinas moldavas retroceder detrás de mí. Los viñedos se convirtieron en pantanos y marismas, y los pueblecitos dieron paso a una empobrecida periferia urbana. Al cabo de un tiempo, esta dio paso a la ciudad. Al bajarme en la estación de Odesa, vi a un marinero con uniforme y gorra azul caminando con el brazo alrededor de la cintura de una muchacha de ojos verdes. De

repente, la lamentable tragedia de Transnistria, la peculiaridad de Chisináu, la claustrofobia de Chernivtsí y Kamenets, todo ello pareció diluirse: había llegado al mar. La luz de aquel día de principios de noviembre era fría y brillante, y el viento olía a sal.

En el centro urbano, la gente caminaba deprisa mientras el tráfico avanzaba lentamente entorpecido por los adoquines rotos y los baches. Los nombres de las calles narraban la historia de la ciudad: Italianskaya, Hevrayskaya, Bulgarskaya, Grecheskaya… Había un bulevar francés y un barrio moldavo, una calle secundaria que llevaba el nombre de la antigua colonia albanesa de la ciudad y otra dedicada a los «pequeños rusos», los ucranianos. Odesa siempre había tenido una población extraña. Un viajero del siglo XIX, Aleksandr Kuprín, describía así el puerto de la ciudad:

> Estibadores corriendo de aquí para allá, de los barcos a los muelles y almacenes y viceversa, por las temblorosas pasarelas; vagabundos rusos vestidos con harapos, casi desnudos, de rostros ebrios e hinchados; turcos de piel morena con sucios turbantes y grandes pantalones, holgados hasta las rodillas pero ceñidos desde ahí hasta los tobillos; persas achaparrados y musculosos, con el pelo y las uñas pintados de color rojo zanahoria con quinquina…

Las calles estaban flanqueadas de altas y elegantes casas adosadas. Cada fachada difería de su vecina a la manera ecléctica de la Rusia zarista, con un estilo que no era realmente un estilo. Una casa podía exhibir una columna jónica, un arco bizantino y aldabas de latón en la puerta, mientras que la de al lado podía contar con altas ventanas góticas, una torre redonda con tejado puntiagudo y una gran escalinata. El clasicismo se entremezclaba con la exuberancia y el colorido de la Turquía otomana para generar un auténtico batiburrillo de formas y proporciones. Los edificios resultantes eran incoherentes,

desproporcionados, incluso feos a veces, pero en Odesa parecían apropiados.

Esta era, de hecho, la primera ciudad rusa hermosa que había visto nunca. Aunque a menudo se compara Odesa desfavorablemente con San Petersburgo, yo prefería Odesa con mucho. Mientras que San Petersburgo se engalanaba en exceso con palacios y bulevares y exagerados monumentos al zar, los comerciantes de Odesa habían construido su ciudad a escala humana. Mientras que San Petersburgo se esforzaba conscientemente por ser una gran capital europea, Odesa nunca había pretendido ser otra cosa que *nouveau riche*. San Petersburgo fue forjada por esclavos, que murieron a millares; Odesa fue forjada por mercaderes y comerciantes del mar Negro.

Mark Twain, que viajó a Odesa en el siglo XIX, declaró que allí se sentía como en casa. Y escribió:

> Parecía una ciudad estadounidense […]. Calles anchas y elegantes, y rectas por demás […] un aspecto nuevo y familiar en las casas y en todo; sí, y una nube de polvo azotadora y asfixiante, tan parecida a un mensaje de nuestra querida tierra natal que apenas pudimos abstenernos de derramar unas cuantas lágrimas de agradecimiento y proferir unas cuantas abominaciones a la vieja y consagrada manera estadounidense. Mirando calle arriba o calle abajo, en esta o aquella dirección, ¡solo veíamos a Estados Unidos! No había ni una sola cosa que nos recordara a Rusia…

Twain tenía razón: no había nada que fuera demasiado ruso en Odesa. Hasta finales del siglo XVIII se asentó en aquella ubicación un pequeño fuerte turco conocido como Jadsibey. En 1791, el mercenario José de Ribas —nacido en Nápoles, de sangre española e irlandesa— tomó el fuerte en nombre de Catalina la Grande. Debido a la profundidad de las aguas del puerto, la emperatriz declaró que el emplazamiento debía

rebautizarse como Odesa, en honor a un antiguo pueblecito pesquero griego que había cerca, y lo convirtió en la capital de Novoróssiya, su nueva colonia rusa en el mar Negro. Con la ayuda de un arquitecto holandés, Franz de Volán, De Ribas inició la construcción de la ciudad.

Odesa, pues, fue fundada por extranjeros, y también fueron extranjeros quienes después velaron por su desarrollo. El primer gobernador destacado de la ciudad fue Armand-Emmanuel du Plessis, duque de Richelieu, sobrino nieto del célebre cardenal y exiliado de la Francia revolucionaria. Construyó iglesias, escuelas y amplios bulevares de estilo parisino. Más tarde regresaría a su país, donde sería primer ministro en dos ocasiones. El siguiente gobernador de Novoróssiya fue el conde Mijaíl Vorontsov, un ruso anglófilo que había estudiado en Cambridge, tenía un secretario y un mayordomo ingleses, daba sus órdenes en inglés y vivía en lo que él consideraba esplendor inglés. Durante su mandato, las calles de Odesa se pavimentaron con baldosas importadas de Trieste.

En el siglo XIX la ciudad creció al mismo tiempo que lo hacían las ciudades de Estados Unidos, y fue colonizada por inmigrantes a la manera estadounidense: franceses, españoles, refugiados polacos, marineros italianos, mercaderes griegos, comerciantes turcos, judíos… Todos ellos querían vivir en el único puerto libre de Rusia. Los siervos rusos fugitivos, conocidos como «ignorantes» (si se les preguntaba por su origen, se encogían de hombros y afirmaban ignorarlo), se convirtieron en uno de los mayores grupos de comerciantes de la ciudad. Odesa era libre y anárquica, y adquirió la misma fama de insegura de la que gozaban algunas ciudades portuarias del Mississippi como Hannibal, en el estado de Missouri. Era grande y sucia, y no precisamente la clase de lugar donde querría vivir una familia de abolengo.

Contrabandistas y delincuentes poblaban sus suburbios; marineros y comerciantes llenaban sus hoteles baratos… Varios escritores y poetas rusos se fueron a Odesa cuando las restricciones y los censores de San Petersburgo y Moscú se volvieron excesivamente rigurosos. Mickiewicz pasó en Odesa parte de su exilio ruso y Pushkin ejerció allí como funcionario del Estado hasta que su aventura con la condesa Vorontsova, la esposa del gobernador general, se convirtió en un asunto demasiado embarazoso para la buena sociedad de la urbe. Tras la Revolución, la ciudad pasó a convertirse en una especie de refugio. Temerosa de las purgas que tenían lugar en Moscú y Leningrado, la *intelligentsia* rusa (cineastas, escritores, poetas, académicos…) huyó a Odesa. Sobrevivieron los suficientes de sus integrantes como para dotar a la ciudad del mejor estudio de cine cómico, los mejores poetas y los mejores músicos de la Unión Soviética.

Una vez llegado a Odesa, casi nadie la abandonaba. Allí la vida era más fácil. Sus mercados rebosaban siempre de frutas y verduras. Incluso en los peores tiempos, los turistas de Moscú volvían a casa con cestas llenas de uvas y granadas, melones dulces y peras moradas. Los odesanos dejaban crecer las parras en los tejados de sus casas y elaboraban su propio vino; en verano se sentaban a la orilla del mar, y en invierno admiraban la nieve y disfrutaban de su hermoso teatro de la ópera.

Caminando por las calles, una expresión quedó grabada en mi mente: «el viento de la libertad». En Odesa se tenía la sensación de que algo así —algo como el viento de la libertad — flotaba en el aire. Quizá fuera por la presencia del mar, visible desde el bulevar Primorsky, el paseo arbolado que recorre el frente marítimo de la ciudad; o quizá fuera por el hecho de que, a diferencia de tantas otras urbes rusas, Odesa no había sido construida por una causa concreta.

Pedro el Grande construyó San Petersburgo para empujar a

Rusia hacia Europa, y para mostrar al mundo el alcance de su poder protegió los gruesos muros del Hermitage con los cadáveres de los constructores del palacio. Stalin levantó Kaliningrado para borrar el recuerdo de Alemania, y para disuadir a los alemanes de regresar bombardeó sus monumentos y desterró sus nombres de las calles. Pero, en cambio, fue simplemente el dinero —el dinero del comercio, del contrabando, del transporte— el que pagó las calles minuciosamente trazadas y los ordenados parques de Odesa.

Aquí, el nacionalismo, fuera del tipo que fuera, era imposible: imposible de concebir e imposible de llevar a la práctica. El movimiento nacional ucraniano había intentado organizar manifestaciones en la plaza de la ciudad y había sido objeto de mofa. ¿Quién hablaba ucraniano en Odesa? Sin embargo, cuando los rusos se movilizaron en favor del resurgimiento de Novoróssiya, tampoco le importó a nadie. En Odesa todo el mundo hablaba ruso, pero ¿qué más daba?, ¿quién podía ser otra cosa que odesiano?

—Llámeme Stan —me dijo Stanislav—: la mayoría de los angloparlantes lo hacen.

En un flamante restaurante subterráneo iluminado por largas velas, Stan pidió caviar, pescado ahumado y vino blanco. Las mesas y las sillas eran de brillante plástico americano, y las paredes relucían de pintura reciente, pero el camarero se tomaba su tiempo.

Stan era el último descendiente de una larga estirpe de panaderos bávaros. Sus resueltos y varoniles antepasados habían llegado a Odesa en 1804, atraídos por los elevados salarios, los reducidos impuestos y una concesión que les permitía elaborar todo el pan de la nueva ciudad. Allí se habían unido a los otros alemanes (cerveceros, carniceros, tenderos,

hojalateros, ferreteros…) que vivían en el distrito germano de Odesa. Juntos, construyeron iglesias de ladrillo rojo y sólidas escuelas donde sus hijos leían a Goethe. Todo eso terminó en la década de 1930, cuando los alemanes de Odesa fueron apiñados en trenes y deportados a Kazajstán. El abuelo de Stan pasó el resto de su vida construyendo la carretera de Taskent a Teherán.

En Kazajstán, la madre de Stan se había casado con otro alemán de Odesa. Aun así, a la hora de bautizar a su propio hijo le pudo el sentimiento eslavo: su primer amante, Stanisław, había sido polaco.

—Pero mi padre es mi padre —recalcó Stan.

Resultaba fácil ver que era así: su anguloso rostro germano no tenía nada de eslavo.

Tras la muerte de Stalin, pareció lo más lógico que los padres de Stan volvieran a mudarse a Odesa. Ahora vivían en las afueras de la ciudad, en una carretera que llegaba hasta la costa, y Stan y su padre regentaban un negocio de naturaleza imprecisa, que contaba con un apartado de correos y cuentas bancarias en el extranjero.

—Nos dedicamos a la importación y exportación —me dijo Stan.

El negocio les facilitaba los viajes. Cuando Stan iba al extranjero no tenía que llevar dinero en efectivo ni productos con los que comerciar, porque al llegar podía acudir a cualquier banco y sacar su propio dinero. Los funcionarios de aduanas siempre le registraban en busca de las divisas no declaradas o los sacos de oro que cualquier ruso normal que viajara al extranjero necesitaría para sobrevivir.

En cierta ocasión, Stan había ido a Baviera a ver a unas personas que creía que eran parientes suyos. Al abrir la puerta y ver a Stan, estas se mostraron sorprendidas. Luego, al enterarse de quién afirmaba ser, sus presuntos parientes

manifestaron recelo, pensando que quizá solo quería dinero. Finalmente, tras cotejar árboles genealógicos, certificados de nacimiento y tradiciones familiares, y descubrir que el vínculo era auténtico, se les llenaron los ojos de lágrimas.

Todavía seguían siendo panaderos.

Los parientes alemanes de Stan le rogaron que volviera. Le hablaron del derecho de retorno: cualquiera que pudiera demostrar su ascendencia alemana podía convertirse en ciudadano alemán. Se ofrecieron a ayudarle con los trámites. Pero Stan negó con la cabeza.

«Yo amo a Odesa —les dijo—. Ya no soy alemán; soy odesiano».

Stan me aseguró que Odesa era una ciudad abierta, que todavía podía convertirse en cualquier cosa. En cambio, Baviera era cerrada, su historia ya estaba escrita. Él no tenía el menor interés en Baviera. Le parecía que ir allí sería dar un paso atrás.

Sonrió, e hizo un amplio gesto con su musculoso brazo como si quisiera abarcar todo el restaurante: a los hombres de tez oscura que cuchicheaban ante botellas de color verde; a las mujeres maquilladas que observaban con mirada atenta a sus parejas, vestidas con excesiva elegancia; a los perezosos camareros; a los platos rebosantes de comida; a las relucientes copas llenas de vino…

—¿Quién soportaría renunciar a todo esto?

Aquella tarde fui a ver a Larisa. Si bien Larisa compartía apellido con Władysław Sikorski, un célebre general polaco, la historia familiar no coincidía: la familia del general procedía de Mazovia, cerca de Varsovia; la suya, de Cuyavia, en la región occidental de Polonia. Aun así, ella estaba segura de que había un parentesco.

—Una vez, de niña —me explicó—, mi padre me llevó aparte, me pidió que me sentara y me hizo un dibujo de nuestro escudo de armas. Me dijo que lo mirara con atención, que lo memorizara, que era el mismo escudo que el del general. Luego lo rompió en pedazos y me pidió que no se lo contara a nadie.

Soltó una risotada. Larisa hablaba el ruso materno en lugar del polaco paterno, pero la idea de tener una remota conexión con el famoso general polaco la divertía. Nunca se sabía. Algún día aparecería un pariente forrado de oro y los rescataría a todos.

Hacía ya unos días que Larisa y su marido se habían mudado al piso, pero todavía no habían desempaquetado sus cosas. Varios muebles viejos —sillas de madera desgastadas, un aparador astillado, un escritorio demasiado pesado— se hallaban repartidos por todo el piso en extrañas posiciones relativas, inseguros de su apropiada relación. Entre ellos yacían esparcidos varios lienzos inacabados cubiertos de colores vivos y chillones. El marido de Larisa era pintor, y también tenía algo de músico. Llevaba el pelo largo y un amplio mostacho. Escribía canciones y las tocaba con la guitarra. A veces tocaba para sus amigos, pero nunca por dinero; él —afirmaba— no necesitaba dinero. Me aseguró que el gran baladista ruso Vysotski le había robado su estilo y sus melodías características de Odesa.

—Vysotski canta canciones de marineros y de presos —me dijo—; canciones de Odesa.

Larisa enseñaba arquitectura en la universidad. Me explicó que sus colegas estaban aterrorizados.

—Se supone que ahora la universidad es ucraniana, pero allí nadie habla el idioma.

Me describió al viejo rector corriendo de un lado a otro tirándose de los pelos y suplicando que alguien le tradujera sus

cartas a Kiev.

Estaba fuera de sí —me dijo, y empezó a reír a carcajadas—. ¡Dios! —añadió, secándose los ojos—. ¡Fue de lo más divertido!

Larisa dio un bostezo y luego se excusó. Aquella mañana había tenido que madrugar para dar una clase a primera hora, pero al día siguiente podría dormir hasta tarde.

—La pereza —me explicó— es la maldición de mi familia.

De joven había tenido grandes ambiciones. Quería construir casas, rediseñar calles, triunfar en la universidad. Pero ahora ¿para qué molestarse? Tenía suficientes amigos, suficiente comida, suficiente bebida; y en Odesa casi siempre hacía buen tiempo.

La política la desconcertaba.

—Yo soy polaca, él es judío, y llevamos treinta años viviendo juntos —me dijo Larisa, señalando a su marido—. En todo este tiempo nunca he llegado a descubrir qué le hace distinto de mí.

Iván vivía en Odesa, y hablaba un inglés perfecto y sin estridencias con el típico acento del Medio Oeste estadounidense.

Él no parecía dar mucha importancia a aquel logro. Era fácil aprender idiomas, aseguraba; hasta un niño podía hablar ruso, polaco y ucraniano. Pero, cuando insistí un poco, admitió que pocos en Odesa podían igualar su acento.

—Esos imbéciles del politécnico enseñan fonética teórica, gramática teórica, historia de la lingüística y materialismo dialéctico, pero no hablan una palabra de inglés. Tuve que dejarlo.

Ante mi renovada insistencia, reconoció que había llegado a dominar el inglés escuchando noche tras noche la emisora de las Fuerzas Armadas estadounidenses cuando trabajaba como «asistente técnico soviético» en Vietnam del Norte. Aquellas

horas pasadas junto a un cacharro que a duras penas podía calificarse de aparato de radio fueron los únicos momentos agradables de su servicio militar.

Por lo demás, Vietnam le había parecido espantoso. Para cumplir con su deber internacionalista, en cierta ocasión había tenido que saltar en paracaídas desde un avión. Estaba tan aterrorizado que se desmayó en el aire, y se despertó a la mañana siguiente en un hospital. La enfermera le dijo que lo habían encontrado colgando de un árbol.

En otra ocasión habló con un grupo de prisioneros de guerra estadounidenses que le suplicaron que escribiera una carta al presidente de Estados Unidos. Habían dejado de soñar con la libertad, y solo querían que Iván pidiera al presidente que solicitara a los vietnamitas que les dieran más comida.

Ahora Iván mantenía actualizada su jerga estadounidense con la ayuda de Frank e Ida, amigos por correspondencia. Tenían una tienda de comestibles en algún lugar de Pennsylvania y le escribían cartas cada semana. Iván también había comprado, a un precio excesivo, un libro titulado *American Colloquialisms*, de donde había sacado expresiones como *cool dude*, «tío guay», con las que salpicaba su discurso.

Últimamente había dejado de responder a su teléfono, aunque sonaba de manera incesante. Ahora en Odesa todo el mundo necesitaba traducir algo: un artículo científico o, más probablemente, una solicitud de visado. Y en toda Odesa, una ciudad de varios cientos de miles de habitantes, nadie podía igualar el nivel de inglés de Iván.

—Creo que conozco a todas las familias judías de Odesa —me dijo—. He traducido todas sus solicitudes de visado.

Iván podría haberse hecho rico de haberlo querido. La gente le ofrecía toda clase de sobornos para acelerar las solicitudes de visado: dinero, vodka, jamón, salchichas… incluso a sus hijas. Pero él prefería seguir siendo honesto. Atendía a todos por

turnos, y siempre cobraba la misma tarifa. No necesitaba el dinero.

—No soy muy aficionado a los restaurantes —me explicó.

En un rincón de su sala de estar se apilaban montones de solicitudes para entrar en Estados Unidos. Todas venían a decir cosas similares: «Un niño al que acosaban en la escuela por ser judío»; «comentarios desagradables sobre los judíos en el trabajo»… Los solicitantes tenían que demostrar que habían sido víctimas de persecución antisemita antes de que Estados Unidos les admitiera. Iván dio un bufido.

—¿Quién no fue víctima de persecución en la Unión Soviética? Mi padre fue una víctima porque tenía demasiadas tierras, así que Stalin lo envió a Siberia. Yo soy una víctima porque hablo demasiado bien el inglés y mis colegas me odian. Mi mujer es una víctima porque su marido trabaja como traductor particular, y sus colegas la odian.

Antes ser judío no tenía nada de particular, era como pertenecer a una gran familia extensa o a un club. Ahora era algo que podía utilizarse. Iván se mostraba escéptico.

—De todos modos, en realidad a los estadounidenses no les importa si algún bastardo antisemita le ha tirado piedras a tu hijo. Quieren saber cuántos parientes tienes en Brighton Beach, y si tus parientes están forrados, tendrás visado.

Estados Unidos le resultaba cargante. ¡Toda aquella gente tan ansiosa por llegar allí!, ¿y para qué?

—Todos se van a vivir a una parte de Nueva York llamada la Pequeña Odesa —me dijo—. E intentan hacer que allí sea todo igual que aquí.

De repente me di cuenta de que el tiempo había cambiado. Solo unos días antes soplaba un viento cálido del sur, la característica brisa balcánica. Pero una noche empezó a

hacerse cada vez más frío, y a la mañana siguiente ya no se podía andar tranquilamente por la calle. Con el cambio de tiempo resultaba mucho más difícil conseguir taxi, y la frustración que entrañaba encontrar uno superaba con creces la satisfacción que finalmente obtenías al pararlo. Los autobuses iban abarrotados, y el aire cargado del interior de los tranvías olía a piel vieja y apolillada. El polvo y el calor habían dado paso a un penetrante olor a carbón quemado y a una disminución de las horas de luz. Cuando alguien maldecía a la Unión Soviética, cuando alguien más decía: «En América las cosas son mejores, ¿no?», descubrí que ya no tenía fuerzas para fingir que discrepaba.

Era hora de volver a casa.

En la oficina de Intourist me aseguraron que resultaba prácticamente imposible salir de Odesa.

—Hay un tren a Bucarest, desde luego —me dijo una mujer con los labios pintados de rojo intenso y el cabello a juego del mismo color. Era una persona alegre y bien dispuesta, pero absolutamente incompetente—. Veamos… —Consultó un viejo horario—. Este tren solo circula los martes y los jueves, lo que significa dentro de tres días. Hay que estar en la estación a las tres de la madrugada. Cuando llegue a la frontera, tendrá que esperar allí catorce horas, sin salir de la estación. Después de Bucarest, el tren continúa hasta Przemyśl, en el sur de Polonia. Luego tendrá que esperar allí… a ver… cuatro horas y media, mientras cambian las ruedas.

Como precaución ante una posible invasión relámpago, los trenes soviéticos circulaban por vías más anchas que los occidentales.

Siguió informándome y recreándose en las complejidades del trayecto. La Unión Soviética había desaparecido, pero no las desdichas inherentes a los viajes soviéticos.

—Después el tren continúa hasta Varsovia, pero me temo que

el que hay es lento. Se llega a Varsovia a la mañana siguiente. Hay otro más rápido, pero tiene que esperar al día siguiente. Y solo puedo venderle el billete de aquí a Bucarest. No más lejos.

Las rutas Bucarest-Varsovia —me explicó— eran famosas por sus bandas de jóvenes y astutos ladrones.

—¿Y no hay ningún vuelo?

Cogió otro horario igualmente desgastado, que en este caso llevaba una pegatina apenas legible: «Aeroflot». Consultó el reverso, luego el anverso, y a continuación el reverso de nuevo. Nadie le había preguntado nunca por los vuelos. Finalmente concluyó:

—No hay vuelos internacionales desde Odesa. A lo mejor le gustaría ir a Moscú…

Negué con la cabeza.

Ella volvió a coger el horario de trenes y examinó el índice.

—Espere, déjeme ver… quizá pueda tomar un tren directo a Varsovia. Desde Odesa hay un tren directo, todos los días, directo a Varsovia y Berlín. En una noche se planta allí.

—¿Podría venderme un billete?

Dio un suspiro.

—Lo siento mucho, pero no puedo. La cuota que tenemos asignada de esos billetes está agotada desde hace seis meses. ¿Por qué no prueba en la estación de tren?

Pero en la estación de tren la cola para comprar billetes al extranjero serpenteaba por todo el vestíbulo. La gente incluso se había traído almohadas y mantas para tumbarse mientras esperaban dos, tres o cuatro días.

Tres veces, en tres horas, les dije a tres hombres distintos que necesitaba conseguir un billete a Varsovia, que tenía que volver a casa de inmediato. Las autoridades de Moscú y de Kiev querían que me fuera a casa, mi visado iba a caducar, y la Administración de Ferrocarriles de Odesa sería la responsable.

El primero de los tres hombres, de ojos caídos y expresión

perruna, me aseguró que le gustaría ayudarme, que le encantaría de hecho, pero que no podía.

El segundo, un tipo con bigote, se limitó a decirme que no era responsabilidad suya.

El tercero pareció realmente asustado por la amenaza relativa a las autoridades de Moscú y Kiev, pero ni siquiera una hora entera de llamadas telefónicas bastó para conseguir un billete de tren. Después de hacer la última llamada, se inclinó hacia mí y me susurró algo.

—¿Qué?

—La mafia —me dijo—. Haga lo que haga no conseguirá billete.

No podía hacer otra cosa, continuó, que esperar hasta la noche e intentar sobornar a alguien. Con cincuenta dólares debería bastar, y, si un día no lo conseguía, podía conseguirlo al siguiente. Tendría que ir probando.

Furiosa, opté por renunciar a la Administración de Ferrocarriles de Odesa. Salí de la estación empujando sus enormes puertas delanteras, eché a caminar por las calles empedradas y enfilé el bulevar en dirección al puerto, pasando en mi trayecto por varios mercados, el ayuntamiento y la estatua de Pushkin.

El mar, frío y gris, imitaba el color del cielo; las gaviotas gritaban su soledad al viento. Junto a los destartalados muelles, un grupo de escuálidos barcos de pesca se acurrucaba para darse calor.

Barcos. Obviamente, había otra forma de volver a casa.

# Epílogo

Llorando, sollozando, suplicando, la mujer que hacía cola en la aduana imploraba indulgencia. Detrás de la barrera estaba el barco; podía verlo, casi tocarlo, pero el guardia fronterizo no la dejaba pasar.

—*Nyet!* —gritó por tercera vez.

Había descubierto que llevaba billetes de dólar cosidos en el interior de una de sus bolsas.

La mujer volvió a lamentarse, abriendo mucho la boca; solo tenía un diente. Sus posesiones yacían a su alrededor en pequeños montoncitos, como restos del naufragio de una vida soviética. Tenía cajas de cartón atadas con deshilachados cordeles de segunda mano y maletas tan abarrotadas de ropa vieja que había tenido que reforzarlas con gruesos cinturones para evitar que reventaran las costuras. En una mano llevaba una jaula oxidada en cuyo interior había tres periquitos desaliñados, y con la otra sujetaba a una niña no menos asustada que los pájaros. Llevaba un desgastado pañuelo alrededor del cuello y otro enroscado en su ancha cintura.

La mujer tenía el cabello oscuro y los ojos intensamente resaltados con rímel también oscuro. El resto de los integrantes de la cola la miraban con disgusto.

—¡Gitana!… —susurró alguien detrás de mí.

Al cabo de un rato la mujer dejó de suplicar y, en lugar de ello, se quedó mirando fijamente al guardia. Él le devolvió la mirada. Finalmente llegaron a una tregua: él se quedó con sus dólares y a ella se le permitió embarcar. Muy despacio, como si pretendiera causarles a él y a los demás la mayor irritación

posible, recogió sus multicolores pertenencias y subió al barco con expresión altiva arrastrando consigo a sus periquitos y a su hija.

Yo era la siguiente. El guardia me miró de arriba abajo.

—¿A dónde va? ¿A Yalta?

—A Estambul.

Me quitó el pasaporte de la mano sin mediar palabra. Le dio la vuelta, vio que era estadounidense y de inmediato perdió todo interés.

—¿Qué lleva? ¿Una bolsa? ¡Adelante!

Los problemas que otrora planteaban los extranjeros a los agentes fronterizos soviéticos hace tiempo que desaparecieron. Con la *glásnost* terminó la prohibición relativa a la literatura subversiva y ahora los extranjeros no tenían límite alguno en la cantidad de moneda que podían llevar, de modo que no se les podía acusar de sobrepasar dichos límites ni obligarlos a entregar el dinero a los funcionarios fronterizos. A los ucranianos, en cambio, sí se les podía hacer pagar.

Alcancé a aquella mujer desaliñada. Antes de subir al barco murmuró una oración, se persignó e hizo que su hija se persignara también. Luego se volvió en dirección al funcionario de aduanas, murmuró algo más (¿otra oración?, ¿una maldición?) y escupió.

Alguien muy optimista había bautizado el barco con el nombre de Yunost, «Juventud». Antes, en el vestíbulo de venta de billetes, varias fotografías exhibían su reluciente proa blanca, sus instalaciones de latón pulido, y sus alegres banderas rojas, estrellas amarillas, hoces y martillos.

—Un barco muy bueno, de primera calidad —me había asegurado la taquillera—. Muchos extranjeros lo toman. Le daré un camarote de señoras, con mucho espacio interior y

mucha luz.

Pero el Yunost hacía tiempo que había dejado atrás la flor de la vida. Sus pasillos eran oscuros y húmedos; sus cubiertas apestaban a mar y a pescado podrido. Crecía moho en las paredes, y los baños públicos estaban cubiertos de verdín y negra mugre. Mi camarote contenía únicamente dos literas; no había espacio para nada más.

El aire olía a rancio. Dejé mis cosas en la litera inferior e intenté abrir la portilla. Mientras tiraba de ella, entraron por la puerta una mujer de aspecto descuidado y un hombre maloliente.

—¡Oye, tú! —espetó la mujer—. ¡Sal de la litera de abajo!

Me volví para mirarles: las enormes caderas de la mujer se desbordaban por la parte superior de sus pantalones elásticos; las finas manos del hombre temblaban por el exceso de alcohol. Ambos chupaban la misma marca de cigarrillos baratos. Un denso humo azul les oscurecía el rostro.

Habían herido mi orgullo.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Es nuestra. —La mujer me miró fijamente, empequeñeciendo sus ojillos porcinos en su grueso rostro, y repitió—: ¡He dicho que es nuestra!

Su marido ya estaba arrastrando sus pertenencias al camarote, siete enormes bolsas de lona llenas de cosas para intercambiar en Estambul. Vi por qué querían la litera inferior: para disponer de más espacio de almacenamiento bajo la cama.

Pero no era nada fácil encaramarse a la litera de arriba. Y yo había llegado primero.

—No —respondí, mirando al marido—. Se supone que esto es un camarote de señoras.

—Te equivocas —replicó la mujer, y me contó un cuento chino sobre los números de los billetes—: los billetes con número par corresponden a las literas inferiores; los billetes

con número impar, a las literas superiores.

Aquello era absurdo, ya que en ninguna de las literas había escrito ningún número.

Su marido soltó una maldición y encendió un cigarrillo.

—No —repetí, sintiéndome un tanto pueril.

—¡Sucia extranjera! —espetó la mujer, y empezó a arrojar sus pertenencias sobre mi cama.

Yo volví a tirarlas al suelo. Ella volvió a subirlas.

Aquello era demasiado. Ganara o perdiera, no podía pasar dos días en su compañía. Me incorporé, cogí mi maleta y recorrí el pasillo llamando a las puertas de todos los camarotes en busca de una cama vacía.

Había una disponible en la cubierta inferior. El camarote era aún más pequeño que el anterior, las camas estaban más apretujadas y no había ni una sola silla. Pero las tres señoras lituanas que lo compartían eran pulcras, iban bien vestidas y desaprobaban a los demás pasajeros.

—¡Rusos!… —murmuraron con gesto de desprecio cuando les hablé de mis anteriores compañeros de camarote.

Pero también ellas hacían contrabando. De hecho, todos en el barco hacían contrabando con la única excepción de dos prostitutas. Las señoras lituanas me explicaron que en su país las cosas se estaban poniendo cada vez más difíciles, que allí todo era caro. Los viajes en barco como aquel aún eran baratos, todavía se podía pagar en rublos. Chasquearon la lengua horrorizadas cuando les dije que a mí el billete me había costado treinta dólares. A ellas todo el viaje —tren a Odesa y barco a Turquía— les costaba menos de diez.

Valía la pena con tal de ver Estambul y ganar algo de dinero a la vez.

Por la noche, las cuatro cenamos en el comedor, un recinto sin

ventanas y de techo bajo. Había una sola camarera, por lo demás de aspecto huraño, para atender a una cincuentena de pasajeros. Tras una larga espera, nos trajo cuatro delgados cuencos de sopa agria. Las señoras lituanas la probaron, hicieron unas cuantas muecas y volvieron a dejar la cuchara en la mesa. Las tres afirmaron sentirse mareadas.

—¡Ay, mi estómago!

—¡Ay, qué espantosa comida!

Tras otra larga espera, la camarera trajo cuatro escuálidos trozos de pollo. Las señoras lituanas suspiraron, picotearon la comida y depositaron también sus tenedores en la mesa.

—¡Incomible! —sentenció una de ellas.

—¡Incomible! —coincidió otra.

Tras una espera aún más larga, la camarera nos trajo una botella de vino. Las señoras lituanas se irguieron en su silla con aire de desaprobación.

—Yo que ustedes me lo bebería —dijo la camarera—. No hay otro.

Finalmente una de ellas cedió y se comió el pollo. Las otras se quedaron mirándola.

—Tengo hambre —declaró en tono lastimero. Y se comió también el pollo de los platos de sus dos compañeras.

A nuestro alrededor, los demás pasajeros emitían los alegres ruidos que suelen hacer los rusos cuando salen de casa. En una mesa abrieron una botella de champán y lo celebraron al ver que rociaba la mesa de al lado. En otra mesa cercana, las dos prostitutas cruzaban las piernas y soltaban risitas cuando los hombres que estaban al lado les contaban chistes verdes. Una mujer mayor y su hija, ataviadas con idénticos vestidos de noche de color rosa, se sentaban solas en otra mesa con aire desolado. De sus orejas colgaban unos brillantes pendientes de plástico; tenían los párpados cubiertos de maquillaje azul claro, y sus labios y mejillas resplandecían de un vivo color carmesí.

—Nos habían dicho que habría baile —se quejó la hija con desazón.

El barco estuvo crujiendo durante toda la noche. Crujía cuando golpeaba una ola. Crujía cuando soplaba el viento. Imposible dormir.

Por la mañana el aire era frío, el mar era gris y la niebla cubría el horizonte. Aun así, fuera se estaba mejor que dentro de los sofocantes camarotes. Las señoras lituanas se envolvieron en mantas y se tendieron en unas viejas tumbonas. Yo me uní a ellas, y al cabo de unos minutos también lo hizo otra mujer.

—¿Puedo?

—Sí, sí —respondieron las lituanas, aunque parecían algo recelosas.

No tardó en ganárselas. Explicó que era de un lugar del que yo no había oído hablar nunca: una pequeña república autónoma situada en las montañas del Cáucaso. Ella era rusa, pero estaba casada con un hombre de allí. Sacó una hoja de papel y nos hizo un boceto de él.

—Tal que así —dijo, y dibujó dos líneas cruzadas.

Luego hizo un dibujo de su casa. Tenía varios pisos y un tejado como de una pagoda china.

Las señoras lituanas no dejaban de expresar su admiración.

La mujer iba a Estambul a comprar un abrigo para su hija. No había abrigos en el Cáucaso, y los de Odesa eran demasiado caros. En Estambul sin duda encontraría un abrigo, de modo que iría allí y luego tomaría otro barco de vuelta a través del mar Negro.

Ella y las señoras lituanas hablaron acerca de cómo sería comerciar en los mercados de Estambul. Ninguna lo había hecho antes. La mujer de la pequeña república autónoma se

sentía muy segura de su éxito, porque había traído caviar y oro. Su voz profunda resonó sobre el agua.

—Caviar y oro. El caviar y el oro cunden mucho en cualquier sitio.

Las demás se quedaron mirando fijamente al mar. Ellas habían traído juguetes y pequeños electrodomésticos, y se sentían menos confiadas.

Una de las señoras lituanas había visto la televisión el día antes.

—Lituania ha declarado la independencia —nos dijo.

Nadie respondió. Al cabo de un rato las cuatro se levantaron para volver a entrar.

—Demasiado frío —coincidieron.

Yo me quedé fuera, me envolví más en las mantas, intenté leer, y me quedé dormida en medio de la niebla.

Me desperté al sentir una mano húmeda en el brazo. Creí que era un insecto, le di un manotazo y levanté la vista. Un hombre alto de aspecto juvenil me sonreía. Le reconocí: era el que había abierto la botella de champán en el comedor.

—Venga a sentarse con nosotros —me invitó—. Tiene que ser aburrido estar aquí sola.

Se llamaba Arkady. Él y Nikolái, su socio, hacían cada mes el viaje de Odesa a Estambul; eran contrabandistas.

Le seguí hasta el bar de la cubierta superior. Parecía que allí no se permitía estar a nadie salvo a los profesionales. Ellos estaban todos sentados en una única mesa redonda.

—Ania, le presento a Nikolái, Dima, Vania, Alekséi y Mitia.

Los seis llevaban zapatos italianos y costosos jerséis de algodón de tonos pastel como los que se veían en Estados Unidos en los anuncios donde aparecían jóvenes rubios y adinerados. También llevaban el pelo pulcramente cortado y

calcetines impecables: todo parecía formar parte del uniforme. En Odesa, si eras listo y querías salir adelante, te hacías contrabandista.

En el centro de la mesa había una botella de vodka, pero Arkady me aseguró que podían conseguir cualquier cosa.

—Cualquier cosa. Lo que quiera. Si quiere whisky irlandés, tendrá whisky irlandés. Si quiere coñac francés, tendrá coñac francés.

Empecé a murmurar algo acerca de no beber tan temprano, pero Nikolái me interrumpió:

—¡Usted es polaca! —me acusó—. Habla ruso con acento polaco. No es americana.

Nikolái tenía dibujada en la frente una larga cicatriz causada por un cuchillo. Le enseñé mi pasaporte.

—Falso —decretó él, ya con la mirada perdida por el alcohol.

La camarera nos trajo una bandeja llena de bebidas: otra botella de vodka para los chicos y una botella de coñac francés para mí.

—¿Lo ve? Se lo dije —alardeó Arkady—. Cualquier cosa, podemos conseguirle cualquier cosa en este barco. Vaya a pedirlo abajo: no lo tendrán. Vaya a pedírselo al capitán: no lo tendrá. Pídanoslo a nosotros y podemos conseguirlo.

Dima estaba apoyado en el brazo de una silla. Balanceaba ligeramente el torso y tenía las pupilas dilatadas. No me veía con buenos ojos. No veía con buenos ojos a los estadounidenses. Menos aún cuando se enteró de dónde había estado.

—¿Vilnius? ¿Minsk? ¿Lviv?… Esas no son ciudades de verdad. —Lanzó un escupitajo por encima del pasamanos—. Vilnius… Sin nosotros, Vilnius no sería nada. Vilnius es una ciudad rusa, rusa. La construyeron arquitectos rusos. No hay nada de lituano en ella.

Estaba enfurecido por la declaración de independencia de

Lituania.

—¿Qué es Lituania? Una colonia rusa. Prácticamente la inventamos nosotros. Apenas era un país, nadie había oído hablar nunca de ella.

A Dima tampoco le gustaba la idea de que yo escribiera un libro sobre mi viaje.

—¿Qué sabe usted de Rusia? Usted no puede escribir un libro sobre Rusia. ¿Por qué no ha ido a Nóvgorod? ¿A Sverdlovsk? ¿A Volgogrado?… Esas son ciudades de verdad, ciudades rusas. No puede escribir un libro sobre Rusia si no ha estado allí. Usted no sabe nada de Rusia.

El libro, precisé, no iba a versar sobre Rusia.

—¿Qué? ¿Escribe sobre Lituania? ¿Sobre Ucrania? Esos no son sitios de verdad, son sitios que inventamos nosotros. Los rusos construyeron Lituania, los rusos construyeron Ucrania. ¿Por qué no ha ido a Leningrado? ¿A nuestra Leningrado, a nuestra San Petersburgo? Era la mejor ciudad del mundo hasta que la arruinaron los bolcheviques. Londres, París… no eran nada al lado de San Petersburgo. La gente venía a San Petersburgo a aprender a vivir. Nuestra literatura era la más grande del mundo. Nuestro rublo era la moneda más fuerte del mundo, mucho más fuerte que su dólar —sentenció—. Por entonces su dólar no valía nada.

Dima me aseguró que admiraba a Occidente, pero que Occidente no tenía nada que le interesara.

—Occidente… ¡Tonterías! ¿Sabe quién construyó la Universidad de Oxford? ¡Un príncipe ruso! ¿Y quién pagó la Universidad de Heidelberg, y quién pagó la Sorbona? ¡Rusos! ¡Todos rusos! Los rusos fueron los mayores mecenas de ustedes, los de Occidente. Nosotros ayudamos a construir su civilización, ustedes se engrandecieron gracias a nuestros conocimientos y a nuestro dinero. ¿Sabe quién construyó su transbordador espacial? ¿Lo sabe? ¡Científicos rusos! Lo dijo

Reagan… o puede que fuera Bush. ¡Científicos rusos!

—Es posible —terció Nikoláі—. Por eso se estrelló.

Todo el mundo se rio salvo Dima, que se dejó caer en su silla, furioso. Apareció una camarera que nos traía café.

—¿Quiere saber cosas de nuestro país, Anushka? —preguntó Arkady.

Aquella era una reunión de rusos; de ahí que hubiéramos pasado ya de los nombres de pila a los apodos.

—Mire, no hay café en este barco. Todo el mundo lo pide, pero no lo hay. El capitán no puede conseguir café. La tripulación no puede conseguir café. ¡Pero nosotros sí podemos conseguirlo! Ese es nuestro sistema, ¡así es como funciona!

Hablaba con afecto de las peculiaridades de su país, como si hablara de un amigo excéntrico.

—Un amigo mío se ha mudado a Nueva York. Me escribe contándome cosas extrañas. Dice que, cuando intenta hablar con una chica guapa por la calle, ella se ofende y le dice que se largue. En Odesa puedes hacerlo: puedes acercarte a una chica e invitarla a tomar un café, y si le gusta tu cara, aceptará, y si no le gusta, te lo dirá. Pero no se sentirá ofendida. Así es como funciona nuestro sistema.

Al otro lado de la mesa, los demás contrabandistas intercambiaban nombres de comercios de Estambul.

—No vayas a ese; ese te engaña —estaba diciendo Mitia.

—¡Cuidado con el aduanero del puerto, el de los anillos de oro! —advirtió Vania—. La última vez que fui por allí me robó dinero.

—Ve a tomar el té a su oficina —le aconsejó Mitia—. En Estambul basta tomar el té con quien te molesta. No te engañarán tanto si se han tomado un té contigo.

—No es verdad, no es verdad —replicó Vania—. Si te tomas un té con ellos, todavía te engañan más.

Le pregunté a Arkady por sus visitas a Estambul. Había

estado allí treinta y dos veces.

—¿Hagia Sophia? —Se le trabó la lengua al pronunciar el nombre—. ¿Qué es eso?

Tenía una vaga idea del Imperio romano. Pero ignoraba dónde se había ubicado geográficamente —¿quizá en Grecia? —, cuándo había existido o por qué había caído. También había oído el nombre de Constantinopla, pero desconocía que guardara relación con Estambul.

—Lo dice una canción —le expliqué.

—A nosotros no nos enseñaron nada de eso —me dijo—. Aprendimos cosas sobre Lenin, y la Revolución, y la Gran Guerra Patriótica. Pero no aprendimos nada sobre Roma o Constantinopla.

Se encogió de hombros.

Arkady también se había desentendido del mundo comunista de su infancia, pero, cuando este desapareció, no le quedó nada.

—A veces me aburro tanto… —me diría más tarde—, a veces me aburro tanto que quisiera morirme. No se imagina qué aburrimiento. No hay nada que leer, nada que hacer, nada en lo que pensar. Tengo que preocuparme todo el tiempo de dónde comprar cosas, cómo comprarlas, cómo venderlas. Y al final… también eso me aburre.

El barco dio un bandazo. Los vasos de vodka resbalaron sobre la mesa. Vania y Mitia los sujetaron y propusieron un brindis por hacer buenos negocios en Estambul. Todos brindamos.

—Anushka —me dijo Nikolái—, ¿quiere comprar un abrigo de piel? ¿Un abrigo de piel bonito de verdad? En Estambul, si se queda con nosotros, le conseguiremos un abrigo de piel, a muy buen precio, un precio inmejorable. Conocemos los mejores sitios. Ahora en Estambul todo el mundo quiere hablar con los rusos, somos muchos, saben que harán negocios con

nosotros durante muchos años.

—Anushka —preguntó a su vez Arkady—, ¿cómo es Canadá? Mi hermana se ha casado y se ha mudado a Canadá. ¿Canadá es como Estados Unidos?

La conversación sobre Constantinopla y Santa Sofía había hecho que de repente le entraran ganas de viajar.

—¡Idiota! —se burló Nikoláii—. Canadá no es como Estados Unidos. Es mucho más pequeño.

—En realidad —precisé— es más grande.

La conversación se interrumpió por un momento mientras los contrabandistas consideraban la nueva perspectiva: Canadá era mayor que Estados Unidos. ¿Significaba eso que también era más poderoso? A ellos les habían enseñado que el tamaño era poder…

Luego Arkady y Nikoláii empezaron a hablar en tono elogioso de las prostitutas. Ambos estaban de acuerdo en que estas eran inteligentes y educadas; chicas que intentaban ganarse la vida.

—La rubia ha probado a hombres de todas las nacionalidades. De todas las nacionalidades. Dice que los peores son los turcos. Y los mejores, los rusos. Todavía le gustan más los hombres rusos que todos los demás —aseguró Arkady en un tono no exento de orgullo.

Inspirado de algún modo por aquellas palabras, Dima se recuperó del bajón. Se levantó, apoyó los pies firmemente en el suelo y alzó su copa para hacer un brindis. Todo el mundo se quedó mirándole, aguardando.

—Por Rusia —proclamó—. Rusia es la nación más civilizada del mundo. Nadie es más civilizado que nosotros los rusos. Va por Rusia. —Levantó más su copa—: ¡Por Rusia!

Y a continuación volvió a desplomarse en su silla.

—No somos nada —se lamentó—, nada. No somos nada de lo que fuimos.

Luego guardó silencio.

—Dima tiene razón —intervino Nikolái en tono reflexivo—. ¿Qué diferencia hay entre un campesino del Volga y un hombre que vive en la selva africana? Ninguna, salvo que el africano tiene sol, aire puro, agua limpia y no se muere de frío en invierno.

Por la mañana el barco seguía avanzando, pero el rugido del motor se había atenuado hasta convertirse en un tenue zumbido. Los gritos de las gaviotas se filtraban por la pequeña portilla. Una de las mujeres lituanas se revolvió en su litera y murmuró algo incomprensible. Bajé sin hacer ruido de la litera superior, me vestí a toda prisa y salí a la cubierta. Había dejado de llover, y el aire frío había quedado atrás.

Habíamos entrado en el Bósforo.

—*Prekrasno!* —exclamó Nikolái—. ¡Maravilloso!

Estaba solo en la proa. Tenía los ojos atravesados de diminutas venillas y daba la impresión de que había dormido con la ropa puesta. La cicatriz de su frente se veía roja e inflamada, pero él estaba sonriente.

—Nunca me lo pierdo. He hecho este viaje quizá cincuenta o sesenta veces, pero nunca me pierdo esta vista.

En silencio, pasamos ante un castillo de los cruzados, varias villas y cipreses, y un pueblecito de pescadores. Todo parecía estar hecho de materiales ricos y lujosos. Los colores resplandecían: el blanco de las casas, el verde de la hierba y el azul del cielo eran tan intensos que parecían salidos de una postal. Después de tantos meses de tonos pardos y grisáceos se hacía difícil creer que fueran reales. Nos cruzamos con otros barcos de mayor tamaño que enarbolaban banderas de Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos y Francia. Eran como emisarios del resto del mundo. Los aparejos de sus cubiertas parecían flamantes y suntuosos, y las letras pintadas en sus

proas se me antojaban claras y netamente definidas.

El Yunost se deslizó por debajo de un puente, y la ciudad se acercó a nosotros.

—*Prekrasno!* —repitió Nikolái.

Ante nuestros ojos brillaban los minaretes de Estambul. Me encontraba de nuevo en el Este.

# Nota sobre la grafía de los topónimos y antropónimos

La grafía de los topónimos de Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania suele ser motivo tanto de fascinación como de interminables controversias. Dado que las ciudades y pueblos de las zonas fronterizas de Europa han estado bajo el dominio de diferentes naciones en distintas épocas, la cuestión de su grafía también se halla extremadamente politizada, de modo que el uso de una grafía concreta siempre complacerá a un grupo a expensas de otro.

Para reducir al mínimo la confusión, he seguido una serie de reglas muy sencillas. En los mapas que acompañan al texto, a la hora de situar un lugar en una determinada época, utilizo la grafía que empleaban quienes gobernaban en el territorio en ese momento; de ahí la diferenciación entre Wilno y Vilnius para referirme a Vilna, o entre Königsberg y Kaliningrado. En cambio, cuando hago referencia a un lugar en el presente —tanto en los mapas como en el propio texto—, utilizo la grafía que suelen emplear las personas de la zona con las que hablo. De ahí el uso de Hermaniszki, Bieniakonie o Woroniaki (todas ellas grafías polacas); Lviv, Chernivtsí o Drohóbych (grafías ucranianas), o Kamenets-Podolski (grafía rusa). En ocasiones las grafías pueden variar incluso dentro de un mismo capítulo —especialmente en el caso de Wilno y Vilnius— dependiendo de la persona con la que esté conversando.

De manera similar, en lo referente a los nombres de personas utilizo la transcripción convencional de los nombres rusos

cuando la persona en cuestión habla ruso (Svetlana, Nikolái…), pero, en cambio, mantengo la grafía polaca o ucraniana para referirme a quienes hablan dichas lenguas (Władek, Liudmyla…).

# Nota sobre las fuentes documentales

Docenas y docenas de libros, opúsculos y ensayos han contribuido a configurar mi conocimiento de las tierras fronterizas de Europa. A continuación menciono los que más me han aportado. A la hora de escribir sobre la historia de Prusia Oriental me resultó especialmente útil el ensayo de Michael Burleigh «The Knights, Nationalists and the Historians: Images of Medieval Prussia from the Enlightenment to 1945» (*European History Quarterly*, enero de 1987), junto con el libro, del mismo autor, *Germany Turns Eastwards* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988). También recurrí a Martin Brakas, *Lithuania Minor* (Nueva York, Lithuanian Research Institute, 1976). He reproducido algunos textos de Hans von Lehndorff, *East Prussian Diary* (Londres, Oswald Wolff, 1963), así como de *Documents on the Expulsion of the German Population from the Territories East of the Oder-Neisse Line* (vol. I, ed. Theodore Scheider, trad. Dr. Vivian Stranders, Bonn, Ministerio Federal para Personas Desplazadas, Refugiados y Víctimas de Guerra, 1958-1961) y del poema de Aleksandr Solzhenitsin «Noches prusianas» (en traducción inglesa de Robert Conquest, Nueva York, Farrar, Straus, & Giroux, 1974).

Para escribir sobre la historia de Polonia y Lituania me basé en la historia de Polonia en dos volúmenes de Norman Davies, *God's Playground* (Boulder [CO], Colorado University Press, 1982), en Adam Zamoyski, *The Polish Way* (Nueva York, Hippocrene Books, 1993), y en Czesław Miłosz, *Native Realm* (Berkeley [CA], University of California Press, 1981). Cuando ya había escrito el capítulo sobre Adam Mickiewicz, descubrí

un ensayo de Miłosz (publicado en el número de septiembre de 1991 de la revista para emigrantes polacos *Kultura*) que venía a confirmar muchas de las historias que yo había oído sobre Mickiewicz, además de añadir algunas más. También me resultó muy útil la colección de ensayos editada por Keith Sword *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces* (Nueva York, St Martin's Press, 1991). Las citas de la poesía de Mickiewicz proceden o bien de la traducción inglesa de George Rapall Noyes (Nueva York, Dover, 1964), o bien de la edición bilingüe de *Pan Tadeusz* en polaco y en inglés de Kenneth Mackenzie (Nueva York, Hippocrene Books, 1992), que fue, de hecho, el libro que me llevé en mis viajes. Algunas traducciones de Mickiewicz y de otros poetas polacos son mías.

A la hora de escribir sobre Rusia y Ucrania, mis fuentes documentales más importantes fueron Orest Subtelny, *Ukraine: A History* (Toronto, University of Toronto Press, 1988); Richard Pipes, *Russia Under the Old Regime* (Nueva York, Scribners, 1976); Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire* (Nueva York, Oxford History of Modern Europe Series, 1967), y Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow* (Nueva York, Oxford University Press, 1987). Las citas proceden de la traducción inglesa de *El imperio del zar*, del Marqués de Custine (Nueva York, Doubleday, 1989), y de la nueva edición inglesa de la *Trilogía* de Henryk Sienkiewicz (trad. W. S. Kuniczak, Nueva York, Hippocrene Books, 1991), además de las fuentes anteriormente mencionadas. Las citas de Tarás Shevchenko proceden de la excelente colección de traducciones de Vera Rich *Song Out of Darkness* (Londres, Shevchenko Centenary Committee, 1961).

En relación con los capítulos sobre Bielorrusia, debo un especial agradecimiento a los propietarios de la Biblioteca Skaryna de Londres, que me proporcionaron una gran ayuda y asesoramiento. Allí encontré toda una serie de antiguas obras

sobre la región, entre las que cabe destacar: William Coxe, *Travels in Poland, Russia, Sweden and Denmark* (Londres, T. Cadell and W. Davies in the Strand, 1784); E. Henderson, *Biblical Researches and Travels in Russia* (Londres, James Nisbet, 1826); W. R. Morfill, *Slavonic Literature* (Londres, Society for Promoting Christian Knowledge, 1883), y A. MacCallum Scott, *Beyond the Baltic* (Londres, Thornton Butterworth, 1925). La historia de Bielorrusia que me resultó más útil fue la de Nicholas Vakar, *Belorussia:The Making of a Nation* (Cambridge [MA], Harvard University Press, 1956).

# Agradecimientos

Fueron muchas las personas que me ayudaron de diversas maneras durante mis viajes a Lituania, Bielorrusia, Ucrania y Moldavia. Pero algunas de ellas merecen una mención especial.

De mis viajes por Lituania, quiero dar las gracias a Czesław Okińczyc, Janusz Obłaczyński y Daiva Nilkelytė, así como a Edita Pukelytė por sus excelentes traducciones, y a Edward Lucas por sus consejos entonces y después. En Bieniakonie, Michał Wołosewicz fue un anfitrión encantador, y además me dio permiso para reproducir sus poemas. En Minsk, Vitaly Zaika me ayudó en muchas cosas, pero quiero agradecerle especialmente una deliciosa tarde en un palacio de Radziwiłł que, por desgracia, no se menciona en este libro. En Lviv, Władek e Irena Hrechorowicz se mostraron abrumadoramente hospitalarios, como siempre, e Ilyusha me enseñó la ciudad una semana antes de marcharse para siempre. Quiero dar también las gracias a Andréi Markus, al padre Andrzej Witek, a Dmitri y Elena Apetri, y a Stanislav Kislevich.

David Mehnert, Malcolm Gladwell, Terry Martin y Paul Forty leyeron las primeras versiones del manuscrito; los profesores Norman Davies y Norman Stone me hicieron útiles sugerencias más tarde, al igual que Mark Almond, Adam Zamoyski, Timothy Garton Ash, Chrystia Freeland y Taras Kuzio. Linda Healey fue una excelente editora, y Michael Carlisle un valioso agente. La institución Charles Douglas-Home Memorial Trust me ayudó a regresar a Ucrania. Mis suegros, Jan y Teresa Sikorski, soportaron mis largos silencios mientras escribía el

libro en Chobielin. Quiero dar también las gracias a Harvey y Elizabeth Applebaum por su apoyo moral durante tantos años; a Julie y Kathy Applebaum; a Daniel Franklin y Peter David por fingir que no les importaban mis prolongadas ausencias del *Economist*, y a Dominic Lawson y Simon Heffer por las semanas y los fines de semana que pasé alejada del *Spectator*. Por último, debo aclarar, obviamente, que todos los posibles errores que pueda contener el texto son exclusivamente responsabilidad mía.

## Una lectura imprescindible para descifrar los orígenes de la guerra en Ucrania y la frágil situación de Europa del Este.

En el otoño de 1991, en plena desintegración del imperio soviético, Anne Applebaum -ganadora del Premio Pulitzer por Gulag. *Historia de los campos de concentración soviéticos*- emprendió un viaje desde el Báltico hasta el mar Negro, pasando por Lituania, Bielorrusia, Los Cárpatos y Ucrania, con la intención de comprender la nueva configuración de unos territorios en constante conflicto. Por el camino descubrió un amplio abanico de culturas identitarias, religiones y aspiraciones nacionalistas que competían entre sí.

Si bien han transcurrido más de treinta años, las vidas aquí narradas se leen hoy como un registro documental de un mundo que ya no existe. Applebaum, una excelente observadora, teje con gran habilidad la desgarradora historia de una región incomprendida a través de los relatos de

personas corrientes, que describen el modo en que los acontecimientos históricos influyen y marcan la vida de la gente.
Ubicado entre la crónica periodística, la literatura de viajes y el ensayo histórico, *Entre Este y Oeste* ilumina con brillantez los orígenes de la crisis geopolítica entre Rusia y Europa y nos ofrece algunas claves para entender el alma de estas tierras fronterizas.

**La crítica ha dicho:**
«En su implacable búsqueda de la comprensión, Anne Applebaum ilumina mundos relegados al olvido de esperanza, sufrimiento y dignidad humana».
*The Washington Post*

«Sus investigaciones la han llevado a revalorizar de manera radical algunos de los supuestos históricos más básicos de Occidente».
*The Evening Standard*

«El carácter receptivo de Applebaum anima a los fronterizos a contarle la infinidad de formas en que la división política ha subyugado sus vidas personales, sus tradiciones culturales y sus lenguas».
*Publishers Weekly*

**Anne Applebaum** es columnista para *The Washington Post*, profesora asociada en la London School of Economics y colaboradora de *The New York Review of Books*. Entre sus libros anteriores cabe destacar *Hambruna roja* (Debate, 2019), *El Telón de Acero* (Debate, 2014), con el que ganó el Premio Cundill y fue finalista al National Book Award, y *Gulag* (Debate, 2004), obra galardonada con el Premio Pulitzer en la categoría general de no ficción. Vive en Polonia con su marido, el político polaco Radosaw Sikorski, y sus dos hijos.

Título original: *Between East and West. Across the Borderlands of Europe*

Primera edición: enero de 2023

© 1994, 2023, Anne Applebaum
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1994, Anita Karl y James Kemp, por el mapa del inicio del libro
© 1994, John Flower, por los mapas de principio de capítulo
© 2023, Francisco J. Ramos Mena, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: Pepe Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1861-940-3

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros

Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»**
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice

Entre Este y Oeste. Un viaje por las fronteras de Europa

Introducción a la edición de 2023

Introducción

- Preludio

Primera parte. Alemanes

- Kaliningrado/Königsberg

Segunda parte

- Vilna/Vilnius/Wilno
- Paberže
- Perloja
- Eišiškes
- Radun
- Hermaniszki
- Bieniakonie
- Nowogródek

Tercera parte. Rusos, Bielorrusos Y Ucranianos

- Minsk
- Brest
- Kobrin

Un recuerdo
Leópolis/Lviv/Lvov/Lwów
Woroniaki
Drohóbych
A través de los Cárpatos
Cuarta parte. Ciudades Islas
Chernivtsí/Czernowitz/Cernau?i
Kamenets-Podolski
Chisináu/Kishinev
Odesa
Epílogo
Nota sobre la grafía de los topónimos
Nota sobre las fuentes documentales
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Anne Applebaum
Créditos